De la autora de las inolvidables novelas
Agua de Limón y *El gran dragón negro*.

MI QUERIDA *Irène*

Basada en una historia real

CLARA FUERTES

Mi querida Irène

Clara Fuertes

Edición: Diciembre 2019

Título: Mi querida Irène
© Clara Fuertes
Diseño de portada: Alexia Jorques
ISBN: 9781711268866
Sello: Independently published
® Todos los derechos reservados

Para *Irène Némirovsky*,
amó la vida por encima de sus derrotas.

Nunca hay un final que
no desemboque en otro comienzo.
…
Fernando Sarría,
Silencio (por favor)

Aunque los hornos crematorios están
materialmente destruidos,
su humo aún oscurece el cielo del mundo.
León Moussinac

Late una vida entera en los retratos.
Lo que no se cumplió, allí tiene su espacio,
su futuro imposible, su triunfo, el latido que vibra.
Duele la vida que tuvo movimiento.
De vez en cuando llueve en los retratos.
Francisca Aguirre,
Detrás de los espejos

¡Con permiso!

Introduciéndome entre los personajes

Yo te daré pájaros
que cantarán tu nombre
desde lo más alto de los árboles
Gioconda Belli

¿Por dónde empiezo?

Mientras el coche avanza escribo todo lo que ha sucedido durante estos últimos días. Visualizo cada momento como si pudiera estar de nuevo ahí, con ellas.

Veo las sillas de la cocina, la luz grisácea que entra por los grandes ventanales, el blanco y sus dedos sobre el piano.

Imagino la noche y el viento colándose por las rendijas. Y la imagino a ella, a Julie, a las niñas, Denise y Babet, a Michel y el dolor justo en el centro de la casa, de la gran sala. La quietud de los muebles me alarma.

Irène ya no está.

Imagino una vela consumida al despuntar la mañana, una puerta cerrada con pestillo, una mirada agotada y febril, una noche en sombras, llena de ruidos, pasos apresurados, susurros, llantos que mojan, despedidas.

Imagino una maleta orgullosa, de cuero marrón algo envejecida, en un rincón cualquiera de la casa. Una maleta que todavía no sabe que deberá aguardar años y lágrimas para desvelar su propia verdad.

Imagino los nervios, los meses envenenados, la rutina de un hogar alterada, la cotidianidad interrumpida a base de golpes negros sobre la puerta de la entrada: uno, dos, tres, cuatro, y lo bucólico del lugar destrozado.

Imagino una familia desmembrada.

Se suceden las imágenes.

En un rincón de la habitación se encuentra Irène, está temblando como una hoja nueva, recogiendo sus cosas de forma atropellada.

Son tiempos sombríos.

En otra imagen, la veo partir risueña, concentrada solo en sus pies, por el camino polvoriento que linda el pueblo de Issy-l'Évêque

y su hogar. Lleva el cabello desordenado, en un moño bajo mal hecho, y sus manos están manchadas de tinta negra; podrían ser quizá, una metáfora de su propia historia. Entre los brazos sujeta un cuaderno de letra minúscula que cuenta un relato muy grande.

La veo, un momento después, agotada, estrujada en un tren de ganado, despojada de sus rizos, de su humanidad, de su autoría, de su obra, de todo lo que era hasta entonces, una vida, sueños, familia.

Y antes de todo lo malo, en París, recorriendo sus calles, con esa mirada juvenil y radiante con la que llegó del frío, de Kiev, una mirada que estaba por descubrir un mundo de letras inmenso.

Un don.

Sí, ahí está, mi querida Irène antes de que los colores negro y rojo se colasen como arañas por los barrios de la ciudad de París y de toda Europa; antes de que la guerra amargara a sus gentes y su acento francés; antes de que llegasen las dudas y el llanto nocturno. La veo, la siento, vuelve ese dolor agudo, justo en el centro de la sala, de mi cuerpo, del vagón, del campo, de la gran ciudad.

Puedo, también, escuchar a Michel, su marido, tecleando sin parar muchas líneas y todas tienen la misma angustia, la fuerza de la desesperación, una lucha a contracorriente. Amor, soberbia, confusión, incredulidad.

Le miro y comprendo su ansiedad, vive del pasado, se alimenta de él, intenta luchar contra un mundo que ya no existe, y que sin saber cómo le ha convertido en un fantasma, en alguien que no le importa a nadie.

Desquiciado rechaza la idea de la invisibilidad, pero el espectro le domina, le asfixia poco a poco, le ata de pies y manos, le venda los ojos, le tapa la boca y el pañuelo le pica, le hiere, sangra y entre el rojo de su sangre encuentra una gigantesca araña negra que le recuerda, una y otra vez, oprimiéndole el pecho, que ya no es nadie, ¡nadie!, o quizá menos que nadie, menos que un animal, al menos eso es lo que dicen que son los judíos. Lo pudo ver en un cartel que lucía orgulloso en la puerta de un establecimiento: «Ni judíos ni perros». La comparación le dolió. Le hirió en lo más profundo.

Veo a Michel que corre entonces hacia un espejo y desesperado se mira, se toca la cara, se convence de lo contrario, de que no tiene cola, ni colmillos caninos, ni sabe ladrar, pero, desde que ella no está, desde que a Irène se la han llevado, ya no consigue verse bien. Todo se ha vuelto difuso, una bruma. Quizá sus ojos también tengan telarañas. Sus labios están muertos y le escupen a la cara, como si fuese un gran insulto, con desprecio, siempre la misma palabra, la

misma odiosa palabra, la palabra por la que llevan huyendo una vida entera, ellos, y antes que ellos sus padres: ¡judío!

¡Judío!, ¡asqueroso judío!

Y él la repite, y lo hace en alto, en bajito, también en silencio, con el pensamiento, pero a él no le suena tan mal, nunca le ha sonado mal, tampoco bien, la palabra le es indiferente y por eso bebe, para brindar por ella y otras tantas palabras que se ha llevado Irène.

Su querida Irène, su inspiración, su musa, su trabajo ahora que le han echado del banco. Su gran genio de las frases.

Con Irène le resultaba imposible aburrirse. Todavía podía recordar sus inicios, lo alocada que era, lo que le gustaba el baile y la vida mundana, y hablar, hablar hasta bien entrada la madrugada, cómo olvidarlo, y aquella mañana de enero, ¡cómo olvidar aquella mañana de enero del resto de su vida!

Recordaba cada detalle.

A Irène le gustaba hablar de literatura, y una de sus autoras favoritas era Katherine Mansfield; sentía una admiración profunda y casi surrealista por aquella mujer solitaria y observadora que vivía a caballo entre una vida compulsiva y la enfermedad que la retenía. Mansfield había hecho de la tuberculosis un cuento, pura narrativa, magia. Decía que era tan delicada como una mariposa, qué otra cosa podía ser sino, una mujer que saludaba con las manos dentro de las mangas. Íntima amiga de Virginia Woolf, ambas despertaban en su querida Irène una complicidad sin límites:

—A una mujer que es capaz de describir con tanta sutileza lo que yo siento, no puedo sino mostrarle mi más sincera admiración. Escucha esto, Michel: «Y le pareció que todos los besos, las voces, el tintineo de las cucharillas, las risas, el aroma del césped pisoteado, reverberaban en su interior», ¿no te parece hermoso? ¡Brinda por la pereza de las emociones!

—Mucho. ¿De qué libro es?

—*Fiesta en el jardín*.

—Tendré que leerlo.

A Michel, la seminconsciencia que le añade el alcohol en la sangre le aferra a las palabras y a la vida que tenía con Irène. A los recuerdos.

Tiene algo esa nada cotidiana, ese vacío que siente por dentro. Encanto no es la palabra, no encuentra ninguna que se le parezca, y por eso teclea con fuerza, con desesperación, casi compulsivo, como si en cada una de las sílabas que acertara a juntar, y en las que pide ayuda, clemencia, libertad, su querida Irène pudiera salvarse.

Es mejor que nada. Lo otro, callar, sería morir.

Recuerda el horizonte, y la llegada de Irène al atardecer, cansada y feliz, después de una tarde escribiendo tumbada en algún prado de la campiña francesa, su isla, como ella la llamaba de una manera enternecedora. De aquella isla emergía el cielo, la fuga, los viajes, los personajes malsanos, las cicatrices y los recuerdos, las soledades, la fragilidad de las aves y lo moribundo, las lágrimas y las sonrisas ácidas, el viento, la fiebre, su lejanía de miope.

La recuerda, la recuerda, la recuerda.

¡Cómo no recordarla!, ¡cómo no amarla!

La tiene en las manos, en los ojos, en su cabeza. Su piel le roza. Es lo único que le mantiene en pie. Pensarla. Sentir que la toca. Lucharla.

Siempre fue distinta a las demás, parecía como si en sus párpados anidase una absoluta indiferencia por la vida y al mismo tiempo cientos de contradicciones la aferraban a ella.

Su querida Irène era extraordinaria.

Un día le confesó que quería morir joven. ¡Joven!, quizá fuese una premonición.

¿Volveremos a vernos algún día?, le pregunta en alto y yo me sobresalto al escucharle. En su interrogación está clavada la duda y, al final de la duda, el miedo, un miedo líquido, un miedo que suda.

Michel recuerda cómo les gustaba hablar, a ella más que a él, a veces parecía un monólogo incansable y no comprendía ni una sola de sus palabras, de sus ficciones, fantasías de una escritora, pero daba igual, la escuchaba embelesado, porque sabía que estaba en su isla y eso la hacía feliz. Sí, le gustaba hablarle, y a él sentir su voz, le acariciaba el alma.

—Hoy he visto a las niñas jugar junto al bosque con los otros niños del pueblo, ¡qué contentas parecían! Denise llevaba a la pequeña Babet de la mano y por un momento casi he olvidado por qué vivimos refugiados en este lugar tan lejano a todo lo que somos. Aquí no me reconozco, Michel. No encuentro nada de lo que fui, tú lo sabes, frívola, despreocupada, amante, ciega, egoísta, y sin embargo, es curioso, es en esta pequeña comarca de trigo rubio donde más me gusto, donde mis letras se han agigantado, donde estoy viviendo por primera vez la infancia de mis hijas y mi talante se ha apaciguado con sus sonrisas de campo. Aquí el mundo parece demasiado normal para estar en guerra. De día. Pero luego llega la noche, y con ella crecen los recuerdos y los reproches, el asma que no me deja respirar, las malas noticias, las incertidumbres. La noche me atormenta, me agarra de los brazos, de la garganta y me

desvela. Parece algo surrealista. Veo a mi padre en sueños y siempre me dice lo mismo, «¡venid conmigo a América!» y yo me rio de él, con un tono histérico y un escalofrío que me recorre entera. «¡Qué estúpida fui, que orgullosa papá!», le digo en voz alta, aunque tú nunca me escuchas. Cuando pienso en él, ¡le echo tanto de menos! Si no hubiera muerto, estoy segura de que al final nos habría convencido. ¡Ojalá nos hubiera convencido!

—¿Y qué hubiéramos hecho en América?

—Ser felices.

—Ya lo somos, amor mío.

A veces Irène solo nombraba lo cotidiano, la rutina, la calle, el pueblo, sus gentes. Hablaba de los vecinos y de las niñas, del precio del pan, el colegio, los deberes, o de lo caros que le resultaban los alimentos en un lugar donde nada parecía que escaseaba; hablaba de los árboles, las hojas y las estaciones, de sus cambios de paletas, y de Julie Dumot, aquella extraña mujer, alta y herida, que acompañó la vida final de su padre.

Aquella mujer le fascinaba.

Julie llegó con el viento y las malas noticias y se ocupó de sus hijas; se instaló como si siempre hubiese formado parte de la familia y lo hizo con la naturalidad de las aves que emigran a zonas templadas, después de recibir aquella carta que le envió Irène el veintidós de junio del 1941. Aún puede Michel recordar palabra por palabra aquel mensaje de auxilio entre líneas:

«Mi querida Julie, al saber que Rusia y Alemania estaban en guerra, lo que enseguida temimos fue el campo de concentración, por eso le escribí una carta en la que le rogaba que viniera enseguida. Si cuando llegue no estamos aquí, instálese con los niñas en el Hôtel des Voyageurs, propiedad de Loctin, que es donde vivimos desde hace un año. Se trata de un modesto albergue, pero comerá bien y los dueños son personas de la más absoluta confianza. Les dejaremos una cajita con algunas joyas entre las que figuran como más importantes mi diamante montado en forma de anillo y un broche de brillantes. También le dejaré la pitillera de oro de papá que usted nos había dado. La caja contendrá igualmente unos veinticinco mil francos en billetes de banco. También encontrará en casa del señor Vernet, notario de Issy-l'Évêque, que es una persona excelente, o en casa del propio Loctin, unos sesenta mil francos, igualmente a su disposición. El once de noviembre podrá instalarse en la casa que alquilamos por tres, seis o nueve años, en la casa de M. Marius Simon, al precio de cuatro mil quinientos francos al año. Es una casa que no está amueblada, pero ya nos hemos puesto de acuerdo con M. Billand, ebanista y con el señor Vernet, para que nos alquile los muebles

necesarios. Así pues, lo único que tendrá que hacer es hablar con ellos. Es evidente que lo mejor sería, si fuera posible, hacer transportar los muebles del apartamento de París, aunque costase caro (unos transportistas de Nevers que conoce el señor Vernet, la casa Chautard, nos piden actualmente cinco mil francos por el traslado). Haga según crea oportuno. En caso de que quisiera trasladar los muebles de París, le adjunto aquí la carta para el gerente.

»He comprado quince moules *de leña y he pagado tres mil francos por ella en Frachot, Issy. Se la servirá en cuanto la pida. Por consiguiente, no tiene que preocuparse por la calefacción. He pedido a M. Fontaine, de la ferretería, que nos procurase un horno, por el que habrá que pagar unos dos mil francos. Tendrá que encargar a alguien que se ocupe del huerto, que puede proporcionarle abundancia de frutas y verduras. Pida consejo a Marius Simon, nuestro propietario, o a M. Loctin. Me parece que, con el dinero que le dejo, podrá vivir tranquila largo tiempo. Cuando se termine el dinero, venda primero las pieles, que encontrará en las maletas y que sin duda usted reconocerá. También hay bastantes vestidos, todos sacados del* quai *de Passy. A ser posible, conserve las martas cibelinas. También hay cosas de plata. Véndalas después de las pieles y antes de las joyas. Y finalmente, y ya en último lugar, en casa de Loctin encontrará el manuscrito de una novela que posiblemente no tendré tiempo de terminar y que se llama Tempête en juin (Tempestad en junio). Esto es lo que habrá que hacer con el manuscrito:*

…

»Gracias a Dios, Denise y Babet tienen buena salud, aunque Babet tiene una ligera enteritis. No toma leche pura ni queso blanco, aunque un huevo pasado por agua de vez en cuando no le hace daño alguno. La señora Loctin está al corriente del régimen que necesita. Las dos niñas van a la escuela, tienen que continuar yendo, salvo Babet si hiciera mucho frío en invierno. Por supuesto que está usted en libertad de organizar la casa como desee y, en términos generales, de hacer que todo vaya lo menor posible y como a usted le parezca conveniente. A este fin dejo en casa del señor Vernet, notario, una carta en la que le otorgo plenos poderes.

»Y eso es todo, mi querida Julie, ya comprenderá la tristeza con la que escribo esta carta, aunque como sé que las niñas seguirán con usted, estoy tranquila con respecto a su suerte, porque estoy segura de que no las abandonará. Se las confío. Y la abrazo muy afectuosamente.»

Irène Némirovsky-Epstein

«P. D. En lo tocante a nuestro apartamento de París, sería mi deseo que los muebles se trasladaran a Issy pero que el apartamento se

conservase para tiempos mejores, aunque pagando lo menos posible por él. Actualmente pagamos mil trescientos cincuenta francos por trimestre, la mitad del precio de antes de la guerra. Procure conseguir un buen trato del gerente. De todos modos, si las cosas continúan mal, está en libertad de desprenderse del apartamento».

Cuando llegó Julie, recordar cada palabra de aquella carta, les hizo llorar de impotencia. Solo habían pasado unos meses y ya no les quedaba casi dinero.

La ordenanza del veintiséis de abril de 1941 había sido muy dura de asimilar, todas las cuentas habían quedado bloqueadas, no podían trabajar, tampoco publicar lo escrito, y a riesgo de que la descubriesen, Irène había firmado un falso contrato para una novela con el nombre de su querida Julie.

¡Ay, qué habría sido de ellos sin Julie!

Fue su ángel de la guarda, y las niñas la adoraban, con aquella altura de gigante maltrecho, con sus lentes a medio poner, resbalando siempre por su nariz como si fuera un tobogán, con su cabello canoso y esa edad indefinida, Julie era un poco la abuela de todos ellos.

Irène había vendido las pieles y las joyas y subsistían como podían en aquella casa inmensa de catorce habitaciones que nunca quisieron ocupar ni utilizar en su totalidad. Era imposible calentarla, y enseguida desistieron de la idea de amueblarla. Aquella casa había sido su salvación cuando el Hôtel des Voyageurs, donde se alojaban se había llenado de alemanes. Los tenían pared con pared y comenzaron a sentir el peligro demasiado cerca.

Les saludaba por las mañanas.

Cuando traspasaron la puerta de la entrada de su nueva casa, y llegaron hasta el jardín convertido en huerto, se sintieron felices y respiraron tranquilos.

En aquella fortaleza nada malo podía pasarles, eso fue lo que pensaron, y dichosos por tener un techo y un lugar donde poder refugiarse, aunque fuese demasiado grande y caro para ellos, dieron gracias infinitas veces al cielo.

Las niñas estaban radiantes y por primera vez en mucho tiempo, dejaron de sufrir pesadillas. Vivían ajenas a todo, correteaban sin parar de aquí para allá, libres como los conejos que abundaban por los campos.

Tenían a sus padres solo para ellas. ¡Qué más podía necesitar un niño!

Aquella circunstancia, la de vivir al margen del mundo, alejados de todo aquello que les había mantenido cuerdos y vivos, nunca les

había sucedido y fue muy dura su monotonía al inicio, la lentitud de los días, el plomizo sentir que como familia refugiada tenían, los cotilleos sobre ellos, sobre su historia, pero, poco a poco, se fueron confiando a sus gentes, a la única calle que atravesaba el pueblo, a vivir perdidos en medio de los campos de la región de Saône-et-Loire.

Era hermosa esa región. Hasta el cura venía a verles y a charlar.

Michel repasaba cada ordenanza nueva con lupa, escribía a los amigos, pedía consejos, ayuda y después, con toda la información, no hacía nada, salvo mirar a Irène. ¡Cómo amaba a su querida Irène y a esas criaturas que le había dado!

También le hacían sufrir, sobre todo cuando pensaba en lo que podía sucederles, en los campos de trabajo de los que había oído hablar, en las deportaciones y en las familias que vivían separadas.

Sufría porque si todo salía mal, imaginaba a sus hijas años después, vivas, haciéndose miles de preguntas, algo legítimo.

¿Cuántos justificados reproches les echarían en cara en el futuro?

Durante meses, Michel sintió a Irène lejana, miedosa de cada ruido y aquello le desalentaba a tomar decisiones.

Hasta que llegó Julie.

Con ella la vida pareció tomar otro color, un ritmo distinto. Irène se relajó, fue como si sintiera que ya podía marcharse, que Julie, pasara lo que pasara, ocuparía su lugar. Insistió mucho en que debía de guardar aquella carta que le habíamos escrito hacía tiempo, que aún era válida, que aún podía pasar lo peor.

Y comenzó a escribir cada día en un grueso cuaderno de cuero, el último que nos quedaba. Su letra era menuda, nerviosa. Decía que sentía que le iba a faltar el papel, que tenía que contar toda aquella locura.

Se hacía preguntas y las reflexionaba en el papel:

«Todo lo que viene haciéndose en Francia desde hace unos años en determinada clase social únicamente tiene un móvil: el miedo. El miedo es la causa de la guerra, de la derrota y de la paz actual… ¡Dios mío, qué hace conmigo este país!».

Leía, tomaba notas, recordaba a sus colegas, se lamentaba, se enfermaba, y volvía, volvía al pasado.

Temía más por la desaparición de su obra que por su persona y se repetía sin cesar, ¿para qué?, ¿para qué todo este esfuerzo de años? Pero un día, al volver de uno de sus largos paseos, mientras Michel la esperaba en el dintel de la puerta, y Julie daba de cenar a sus pequeñas, pudo ver de nuevo aquel brillo que le enamoró de

ella.

El brillo de la creación. Irène tenía la luz encendida en su mirada miope.

Esa noche le confesó que había comenzado a escribir una nueva novela y Michel se alegró por ella y también, por qué no confesarlo, por él. Irène necesitaba a las letras como el agua para beber, la escritura la hacía revivir y con su júbilo la casa crecía. Y Michel la necesitaba a ella, porque si ella creaba él también trabajaba, había pasado a la máquina de escribir todos sus manuscritos.

Decidida a narrar lo que estaban viviendo, Irène se puso manos a la obra. Quería dejar un testimonio veraz de la vida en guerra, del inicio, de la derrota, del éxodo, de la asfixia, la asesina locura de Hitler contra los judíos. Quería hablar del debilitamiento de Francia, aquella tierra que les había acogido y que de pronto se había vuelto absurda, miedosa y cómplice de la misma locura y del antisemitismo alemán.

¿Por qué esa Francia que, durante el período de entreguerras, había sido una nación abierta y liberal y les había abierto sus puertas y su corazón, se había vuelto contra la gente que más la amaba, los refugiados judíos?

Escribir mantenía a Irène en pie, mantenía en pie a toda la familia.

Vivían del milagro de las letras y de las buenas gentes del pueblo.

En Issy burlaban como podían las leyes antisemitas que cada vez eran más duras y les iban cercando poco a poco. Sabían que en la Francia Ocupada los judíos habían comenzado a ser trasladados hasta la Zona Libre; Vichy había instaurado un programa de arianización, donde casas, negocios y formas de vida habían sido expropiados o cerrados. Todo era confiscado, incluso la identidad a través de los censos.

Miles de judíos se habían quedado sin nada, en la indigencia y los extranjeros resultaron los más vulnerable de todos.

Sabían de la existencia de campos de reclusión, Gurs, Saint-Cyprien, Rivesaltes, Le Vernet y Les Milles y de otros pequeños que pasaban desapercibidos a la población. Y la gran pregunta era, ¿cuánto tiempo iban a poder resistir escondidos?, ¿alguien los denunciaría?

Su identidad era un secreto a voces.

Irène tenía mucho miedo, y Michel lo sabía, también él lo tenía, aunque no hablaran de ello. Sus crisis de asma durante la noche la delataban, se habían hecho frecuentes, su caminar precipitado, y

torpe.

Durante el día se refugiaba, huyendo de la realidad que les cercaba y que la agobiaba, en sus letras y en el bosque y siempre volvía con briznas de pino sumergidas en sus rizos que Michel adoraba quitarle en el dintel de la puerta antes de entrar.

Ese era su momento.

También Julie la cobijaba en sus brazos, y le contaba historias, la llenaba de recuerdos y caricias, como la madre que tuvo y nunca ejerció.

La vida en Issy era hogareña, tranquila, el sueño de cualquier familia judía perseguida, pero no era feliz.

Tenían demasiadas sombras encima.

Michel escuchaba la radio por las mañanas y, se encogía como los caracoles con cada nueva prohibición, con cada avance de las tropas alemanas.

Lamentaba la poca movilidad que tenían, su abandono al destino. Le ocultaba a Irène la gravedad de sus días, aunque ella, no sabía cómo, se enteraba de todo y se lo echaba en cara.

Le decía:

—Necesito la verdad de este océano putrefacto, querido Michel, quiero hacer algo grande, una novela como *Guerra y paz*, y si no conozco toda la verdad, no será un testimonio auténtico, un castigo a la conciencia de los hombres. Quiero mostrar la culpa del ser humano, su egoísmo, las tinieblas que nos rodean, las debilidades, quiero vaciarme, hacerme presente en este manuscrito, invadir a los lectores y oprimirles el pecho hasta que crean que van a morir de pena. Esta novela será mi propio duelo, el duelo de esta guerra, ¡será memoria! ¿Es que ya no recuerdas lo que dijo nuestro querido Dostoievski?, ¿lo has olvidado?:

¿Puede haber lugar para la absolución de nuestro mundo, para nuestra felicidad o para la armonía eterna, si para conseguirlo, para consolidar esta base, se derrama una sola lágrima de un niño inocente?

No, ningún progreso, ninguna revolución justifica esa lágrima.

Tampoco una guerra.

»¡Dios mío! ¡Qué mundo perturbado y sin derechos es este en el que nos había tocado vivir! ¿Cómo es posible que este lugar que adorábamos, este país, nuestra querida Francia, un hogar, la patria de nuestro corazón, el refugio al que escapamos y donde nos sentimos seguros durante años y también felices por habernos conocido, se haya convertido en este infierno de almas en pena y asesinos?, ¿por qué somos tratados peor que los animales?, ¿por qué nos quieren marcar con estrellas amarillas como si fuésemos reses,

para poder señalarnos por la calle, para burlarse de nosotros o darnos un buen puntapié después?, ¿cómo es posible que nuestra Rusia vuelva a repetirse en ese suelo cálido francés, que nos alcancen de nuevo los pogromos, el miedo al judío, el destino incierto, los asesinatos impunes y las bocas selladas?, ¿es que esta malsana corriente anti judía no va a cesar nunca? Estoy asustada, Michel, asustada de tanta violencia. ¿Qué les quedará a nuestras hijas cuando todo esto termine?, ¿una solitaria infancia como la de su madre, ausente, lejana y fría de cariño como el largo invierno de Kiev?, ¿destrucción?, ¿desprecio?, ¿odio?, ¿muerte?, ¿moriremos?, me lo pregunto todos los días.

—No, desde luego que no moriremos, mi querida Irène. Cuando termine esta guerra seguiremos en pie, Irène, ¿me escuchas?, ¡en pie! Y volveremos a París a recuperar nuestra vida. Ya lo hicimos una vez, hace muchos años, ¿acaso no lo recuerdas?

—¡Cómo olvidarlo!

—Somos más fuertes que todos ellos.

—No, Michel, no lo somos. Hemos vivido compadeciéndonos por nuestra infancia helada toda la vida, anhelando ser reconocidos, adoptados, iguales a ellos. Hemos crecido, triunfado incluso, pese a la sombra de la Gran Guerra y todos sus muertos; pese a las agresiones, el extremismo y el Imperio ruso —ahora al alemán—; pese al rechazo constante y nuestra explotación como víctimas. Y nos hemos vuelto a levantar, sí, es cierto, enriquecido, envalentonado, pero seguimos siendo unos desgraciados, los perseguidos, los mártires, unos parias, las voces anónimas que nadie quiere escuchar porque son las culpables de todo, hasta de respirar, esa es nuestra propaganda, nuestro génesis. ¡Cuántas veces habré escuchado esas frases manidas!: ¡Pobres judíos!, ¡pobres niños judíos!, ¡pobres inocentes!, ¡pobres!, ¡pobres!… ¡No, no somos pobres! Francia nos sedujo desde el principio, nos enamoró su vida alegre, social, sus fiestas. Nos engañó. ¿Y París?, ¡ay París!, ¡qué ciudad más cosmopolita, abierta, bohemia, libre, sobre todo libre! ¡Qué mentirosa más grande! Sus cafés de media tarde, su ir y venir, ¡cómo añoro sus calles, su pulso, su alegría, mi propia inocencia que volvió a confiarse! Los dos sabemos que aquel sentimiento es ya agua pasada, no nos engañemos más, Michel, es una decepción que me duele en las entrañas. Francia ya no nos quiere. Y después de esta guerra, después, si sobrevivimos, ya no sé si podré volver a París, ni quedarme en esta tierra, ya no sé si quiero hacerlo. No puedo seguir amando un lugar que nos ha abandonado.

—Entonces, querida mía, iremos a donde tú quieras.

—¿Me lo prometes?

—¡Te lo prometo!

—¿Sabes, mi querido Michel?, hoy he vuelto a leer a Chéjov, y me ha emocionado hasta las lágrimas. Ha sido como volver a descubrirme.

—¿Qué libro?

—*La gaviota*.

—Al leer el pasaje de Marina, su último monólogo, me he dado cuenta de que estoy muy lejos de los grandes. Necesito el sol para crecer, la ilusión, la ficción, y no esta niebla densa, esta negrura húmeda y fantasmal que solo me trae odio y tedio. Este miedo cotidiano me está matando, Michel. Ya sé que no soy inocente, que esta disputa entre el bien y el mal, entre el deber y el querer que me laten a mil por hora, es mía, está en mi cabeza, pero siento que la vida se nos va, ¡se me va!, y si no hubiera sabido lo que es vivir a manos llenas, si no hubiera probado la dicha, la gloria, su miel, quizá ahora mismo estaría agradecida por vivir un día más en este refugio que nos colma de paz y de lo más básico, la supervivencia. Pero no, aquí estoy, conjurando al fuego, llena de dudas y lamentos, recordando instantes y abismos, leyendo a Nina, a Chéjov.

—¿Por qué no me lees algún fragmento?

—Déjame buscarlo:

¿Por qué decía usted que besaba la tierra por donde he pisado? ¡Lo que se debería hacer conmigo es matarme! ¡Estoy tan cansada! ¡Qué bueno sería descansar! ¡Descansar! Soy una gaviota. No, no es eso. ¡Soy una artista! (…) ¡Represento mis papeles con fruición, con entusiasmo! ¡Se apodera de mí como una embriaguez en el escenario, y me reconozco a mí misma maravillosa! (…) ¡Ahora, Kostia, sé y comprendo que en nuestras profesiones —tanto escribiendo como representando— lo principal no es la gloria, ni el brillo, ni la realización de los sueños! ¡Lo principal es saber sufrir! ¡Llevar tu cruz y tener fe! ¡Yo la tengo, y por eso mi sufrimiento es menor! Y cuando pienso en mi vocación, no temo a la vida. (…) ¡Qué bien estábamos en otro tiempo, Kostia! ¿Lo recuerdas? ¡Qué vida tan clara, tan cálida, tan alegre, tan pura! ¡Qué sentimientos! ¡Cómo se parecían a las flores tiernas y delicadas! ¿Te acuerdas? «Hombres, leones, águilas y codornices, los ciervos con sus cornamentas, las ocas, las arañas, los silenciosos peces que poblabais el agua, las estrellas de mar y demás seres que el ojo humano no alcanzaba a ver, es decir, todas las vidas, todas las vidas, todas las vidas, que tras cerrar su triste ciclo, se habían apagado. Hace ya mil siglos que la tierra no contiene ni un solo ser vivo, y que esta pobre luna enciende en vano su faro. Ya no gritan las cigüeñas cuando

se despiertan en el prado, ni se oye el chasquido del escarabajo en la arboleda, ni a los abejorros entre los tilos en el mes de mayo…

¡Cómo le gustaba a Michel escuchar a su querida Irène!

A veces, sus conversaciones eran más ligeras, y tan solo hablaban de libros, de escritores que les inflamaban. Una tarde le nombró a Anna Noailles, la había estado leyendo en secreto. Michel conocía su pasión por Proust, por Chénier, Maupassant, durante su adolescencia por Alexandre Blok, Tolstói, Dostoievski y Chéjov, y su gran descubrimiento al viajar a Francia, Oscar Wilde. Sus personajes, la figura de Lord Henry la entusiasmaban, decía que ese afán por vivir era la esencia que se respiraba en Francia, antes, todo era antes: «Lo único que vale la pena en la vida es la belleza, y la satisfacción de los sentidos».

Y así fueron ellos, absurdos y frívolos durante un tiempo, como Lord Henry.

El tiempo de la ceguera.

Europa era un polvorín y ellos se aferraban a las tertulias, a beber vino, a recitar poemas y a creer que en Francia estarían siempre a salvo.

Con Anna Noailles, les llegó otra visión de la vida, una más sencilla.

De reclusión. Y es que así era como se sentían, aislados.

Desde que Irène le habló de ella y de su escritura, Michel también creyó en sus frases como en una religión: «Solo se vive para ese poquito de felicidad que se espera», eso decía Anna, y la de Michel fue ver amanecer a Irène a su lado, contemplarla volver por el camino polvoriento con su cuaderno de cuero bajo el brazo y su sonrisa melancólica, estrechar su fino talle, enredarse las manos entre sus rizos siempre suaves. Y en cierta forma, Noailles tenía razón, era cierto, desde que se habían refugiado en Issy-l'Évêque ya no esperaban nada de sus jornadas, ya no echaban de menos el vino, ni la superficialidad de los encuentros nocturnos con los amigos, ni siquiera la poesía, se tenían los unos a los otros, eso bastaba, era toda la felicidad que necesitaban:

«El mundo pertenece a los que no tienen hora fija para las comidas».

Después de los recuerdos, Michel volvía al alcohol, ya no había consuelo para él que no fuera el alcohol. Acariciaba su sufrimiento, lo cuidaba, era su propia herida de guerra y parecía como si se olvidara de que yo estaba ahí, como un fantasma, paseándome por su memoria. Me entristecía la visión de ese hombre fuerte, abandonado a su suerte y sabía que el alcohol le ayudaba, le

anestesiaba el dolor, le hacía confundir lo cierto con la ilusión, lo real con lo irreal, y aunque fuera durante unos instantes, hasta que caía en la inconsciencia, eso era lo que más se le acercaba al deseo.

Vivía con él y para él.

Desde que a Irène se la llevaron, el licor ardía en su lengua, quemaba sus entrañas y volvía a hacerse las mismas preguntas una y otra vez.

Yo las anotaba todas:

¿Por qué otra vez, Dios mío?, esa era la más simple de ellas, la clave de todas las preguntas. Después se iban complicando, se iban haciendo imposibles de responder: ¿por qué les habían delatado?, ¿quién había sido?, ¿por qué se la habían llevado?, ¿por qué solo a ella?, ¿y a él?, ¿y a las niñas?, ¿por qué no?, al menos estarían juntos. ¿Dónde estás, mi querida Irène?, lloraba, ¿por qué nadie quiere ayudarme?, ¿por qué nadie responde a mis cartas?, ¿por ser judío?, imagino que para ellos merezco todo el desprecio del mundo y por eso este largo silencio. Pero, ¿y si yo, y si nosotros, no nos sintiéramos judíos?, ¿también tienen que castigarnos?, ¿por el pasado?, ¿por nuestros orígenes?, ¿acaso alguien puede elegir sus orígenes, a sus padres, a sus abuelos?, ¿y si no creyésemos en nada?, ¿y si renegásemos de lo que creen que somos? ¡A quien puedo demostrarle que no soy judío sino ruso y ahora un francés convencido, un francés de corazón!

Michel no lo entiende, no puede hacerlo, y no para de darle vueltas a las razones, a los motivos, al abandono: ¡pero si ninguno de los dos creía, si ni siquiera practicaban, si hasta la propia Irène hacia una crítica mordaz de los judíos en sus libros, si Denise, su hija mayor, había tomado la comunión y ellos mismos, ¡Dios mío, ellos mismos se habían bautizado!

No le daban tregua las preguntas, las exclamaciones, las respuestas.

Le sudaban las manos. Tenía miedo, miedo por ella, porque no podía ayudarla, y miedo por él, porque no sabía vivir sin Irène, y ella tampoco sin él, sin sus hijas, sin sus letras.

Estaba hecho un despojo y solo sabía llorar despacio y beber vino para olvidar, al menos, unos instantes. Se pasaba los dedos con fiereza por el cabello, varias veces, arrancando alguna guedeja a su paso, humedeciéndolo con su angustia. Se estaba quedando calvo, se daba cuenta al mirarse al espejo. Después se dejaba caer sobre las rodillas y se lastimaba, pero le agradaba ese dolor hiriente, ahuyentaba otros, otros de los que no podía ni hablar. No quiere a la muerte cerca y, sin embargo, le pisa los talones y lo sabe. ¡Ay de

mí!, dice en voz alta llorando. Y a los labios le llegan las palabras de Goethe, aquellas que dibujó en la boca del joven *Werther:*

¡Ay de mí! ¡Este vacío, este horrible vacío que siente mi alma, que siento aquí en mi pecho! Y me digo: Si pudiera un momento, un solo momento estrecharla contra mi corazón, todo este vacío se llenaría.

¿Por qué?, ¿por qué?, y retornaba así a la más simple de todas las preguntas, al origen de la interrogación y de ese dolor partido, justo en el centro de su cuerpo, cerca del corazón, cerca de su querida Irène.

Sabía cosas desde hacía tiempo, cosas que pasaban en los campos de trabajo, insignificantes detalles, de eso estaba seguro, igual hasta exagerados, si lo comparaba con la verdad, pero le dolían. Cada noticia que había escuchado, que le llegaba, le encogía el espíritu si pensaba en ella.

Y siempre estaba pensando en Irène.

Los judíos son desplazados hasta Polonia en trenes de mercancía —escribe, como le pidió Irène que hiciera para su nueva novela. ¡Quiero la verdad, Michel, aunque sea dura!, le dijo, ¿me prometes que me la contarás, que la escribirás cuando no esté? Y él, cobarde como ninguno, asintió, pero un segundo después calló lo que sabía, lo que le habían contado los muchachos de la Resistencia. Solo ahora se atreve a escribirlo en el cuaderno de cuero marrón de Irène para dejar constancia y un testimonio auténtico de guerra—, un viaje inhumano que hacen en unas condiciones pésimas. Cuentan que viajan de pie, hacinados, que el traslado se prolonga durante días, que nadie les da agua y la gente se llega a beber sus propios orines. Dicen que separan a las familias nada más bajar al andén, al llegar, hombres a un lado y mujeres a otro, que nadie sabe cómo resisten el hambre, el frío, y lo peor, las enfermedades que corren por los barracones atestados de gente. Dicen que en marzo de este mismo año, el cuarenta y dos —ya nunca podré olvidar este año—, las autoridades francesas detuvieron a cuatro mil judíos en el campo de retención de Drancy, y que después se los entregaron a los alemanes junto con otros mil y pico judíos de la región de Compiègne, esa ciudad tan bonita de la región de Hauts-de-France que visitamos en una ocasión y de la cual te enamoraste. Dicen que los llevaron hasta Auschwitz, en Polonia y que, por lo que han oído, ese lugar no es solo un campo de trabajo. Hablan de exterminio. Las gentes de la zona cuentan que está rodeado de alambradas, soldados alemanes armados y perros guardianes con aspecto feroz. Que es un campo preparado para la muerte, con hornos crematorios; que de él salen gruesas columnas de un humo negro y

denso que les hace llorar. Y que a veces, llueven cenizas sobre los campos y lo tiñen todo con distintos tonos de gris. ¡Ay, mi querida Irène!, me resulta tan difícil de creer que tal sitio pueda realmente existir. Estoy convencido que dramatizan la realidad.

Mientras yo me inmiscuyo en su escritura, en su vida y miro cómo le brillan de agua a Michel los ojos y le tiemblan las manos solo de imaginar a su querida Irène en un lugar así, siento que su dolor me atraviesa y me hiere entera.

Es demasiado grande su sufrimiento como para no compartirlo.

Dijo Kafka una vez, en su *Diario,* «Quien está vivo y no puede con la vida necesita una mano que aparte un tanto la desesperación que le infunde su destino».

Así que para aligerar ese destino, me lo llevo a otra habitación, una vacía, sin súplicas, ni recuerdos, sin miradas turbadas.

Después recorro la casa, el resto de la inmensa casa con lentitud.

Paseo los dedos por sus paredes desconchadas, por el daño abierto que se filtra por los poros fríos de las puertas.

Todavía puedo ver las migas de pan esparcidas por el suelo de la cocina y las hormigas que entran sin permiso desde el jardín convertido en huerto; un conejo de mentira que me mira risueño, con la cara sucia de restos de chocolate de alguna de las niñas —quizá de Babet, la más pequeña—, desde una estantería de madera labrada; una cama deshecha, abandonada a su suerte, de sábanas de hilo bordadas con la inicial «D» y junto a ella otra igual, o parecida, con una inicial distinta, la «E».

Mis labios pronuncian sus nombres en voz alta: ¡Denise, Elisabeth!

Y acaricio su textura, la noto caliente todavía.

La casa tiene las puertas abiertas, la luz demasiado blanca, indefensa. Es la fosforescencia de su vida cuando lo era y la no vida cuando dejó de serlo y se tornó nostálgica.

Percibo el aroma del café y los recuerdos de familia, el pan, las confituras, los restos lánguidos de una comida tardía, el queso en su cestillo, los gritos y las risas de las niñas yendo y viendo por los pasillos, también su llanto cuando pelean, las voces graves y agudas, los susurros y la alegría de estar juntas, y el tecleo constante de una máquina de escribir que se escucha a lo lejos.

Debe ser Michel transcribiendo los relatos de Irène o escribiendo cartas.

Los platos sucios aguardan dentro de un balde, no tienen prisa. Solo las letras lo tienen. Las estaciones se van sucediendo, como la guerra, a través de las ventanas, los meses y el huerto. A veces se

sienten a salvo, otras no.

Hay habitaciones que dan a la plaza y otras al jardín, es una casa grande y me pierdo en ella. La plaza, ironías del destino, después de muchos años lleva tu nombre, tu reconocimiento como escritora, también tu culpa, tu pecado, ser judía.

Puedo arañar la visión de aquel día, trece de julio de 1942.

Puedo sentir lo irreal y lo verídico al mismo tiempo, el momento crispado del sueño de un loco, y el mío propio de narrarlo, el martirio, la emoción, las fotos esparcidas, el pánico ante las botas negras y las arañas sobre fondo rojo, el frenazo del encuentro, el grito ahogado: «¡Están aquí!». Lo esperado. El sobresalto ante los golpes sobre la puerta de madera. La apresurada despedida y un «volveré» de mentira. Engaños.

La casa casi no respira, la actividad es frenética, solícita, tan intensa como vana. Y la veo partir, empujada, desvalida y en su última mirada hay un ruego a los presentes, a los que se quedan. Un ruego mendigo, largo, pensado, cada uno tiene el suyo, cada uno se guarda para sí su significado.

El desánimo de la tarde queda intacto. En la casa. En la calle. En el campiña francesa. Los vecinos rehúyen el contacto, el fracaso. La vergüenza pasa de casa en casa, como un soplo que se cuela por las rendijas de una ventana que no cierra bien. Hay un delator, lo saben, y sienten curiosidad. No es malo, es mejor que quedarse de brazos cruzados. Hay que saber quién ha sido. Hay que andarse con cuidado, son tiempos difíciles, se dicen. Quizá sea mejor no hablar con nadie, salir a medianoche, con el aire nuevo, rogarle a un Dios que ya no existe, que les ha abandonado, sonreírle a los árboles y esperar al otoño, o mejor al invierno.

Ojalá la lluvia barriera la guerra, las muertes inútiles y el calor asfixiante de las deportaciones. También a los alemanes que se han instalado en sus calles como si fueran los dueños de todo y nada al mismo tiempo. Son unos depredadores de mirada azulada. La escena sobrecoge.

Imaginarla me hace temblar y almacenar silencios. Me los guardo, son para mí un tesoro, que en algún momento se convertirá en palabras, en papel, en narrativa.

En esta historia que ahora comienza.

Y vuelvo en mí o eso quisiera, porque la trama debe continuar, y otros personajes me piden voz.

Sin embargo, todavía me quema la imagen de la herrumbre del Hôtel des Voyageurs; me quema la casa vieja ahora habitada de nuevo y su plaza y su jardín idílico tan verde; me queman los años a

cuestas, que en realidad no son tantos, los perdones, a veces, mal disimulados, tímidos, callados. Otras, sobredimensionados. Me quema la Segunda Guerra Mundial y toda su barbarie, su desmoronamiento, su solución infernal. Me queman los millones de inocentes que, sobre todo en el año 1942, fueron aniquilados, convertidos en cenizas, borrados del mapa.

Hoy son ruinas y memoria, como esta novela pretende serlo, como lo será el paisaje que voy dejando atrás al regresar a Madrid.

Un paisaje del que hablaré más tarde, o quizá sería mejor que hablase ella.

Ella, mi querida Irène.

Seguro que tiene mucho más que contar.

La velocidad de la tinta
Diario mental
(Verano del año 1939 a 17 julio de 1942)

Cierto que hablo de mí.
¿De qué otra manera podrían observarse los resortes del mí
si no desde la propia vida?
Pero que el tema sea el mí no me convierte en tema.
Chantal Maillard,
Mujeres de pie

La guerra se nos acerca. Ya está encima.

Me digo una y otra vez que no pasará nada, me lo repito para creérmelo. Nada. ¿Por qué habría de suceder algo en Francia?

Quizá me engañe o intente construir un mundo donde poder salvarme, donde solo exista el amor, la rutina, las excusas, lo fácil, la infancia, lo acomodado.

Cada vez me cuesta más esfuerzo escribir sobre el amor.

Desde hace meses nos llegan noticias difusas desde Alemania y no son buenas, algunas me parecen incluso algo recargadas, cantos de sirena quizá.

Parecen de otro mundo.

A veces puede llegar a ser mucho más lo que imaginas que lo que te cuentan, y para mí, que me alimento de ficción, me basta un poco de leña para que en mi cabeza arda una hoguera.

Las discutimos en las tertulias y a media voz. Hablamos de política, del dinero, de lo que está ocurriendo en Europa, de los negocios, de lo que creíamos, de lo que puede ser, conjeturamos, y estamos convencidos de que nos cuentan la mitad de la mitad.

Y por eso tenemos miedo, miedo de saber hasta dónde puede llegar ese más, de que las paredes nos escuchen, de los vecinos o el servicio. Estamos un poco paranoicos.

Cada vez me cuesta más confiar en la gente.

Dicen que durante la *Kristallnacht*, la noche de los cristales rotos, los nazis han quemado sinagogas y negocios judíos, saqueado

hogares. No quiero ni imaginármelo. Y en ocasiones creo que es imposible que todo eso esté sucediendo, parece que ese loco de Hitler se ha tomado en serio su antisemitismo y su limpieza étnica. ¡Cuántos estúpidos prejuicios!

Alemania se desploma. ¿Iremos detrás?

No, me digo, Alemania está muy lejos. No llegarán a Francia.

Hemos escuchado que han encarcelado a cientos de mujeres y arrestado a más de treinta mil hombres, todos judíos, y los han metido en campos de trabajo o de concentración, como se les llaman ahora.

No nos quieren en sus ciudades, ni en los negocios, ni cerca, pero parece que nos necesitan para seguir adelante con la maquinaria de la guerra. Manos de sucios judíos, como nos llaman, trabajando, dejándose la piel por ellos, para que avancen y se hagan gigantes, con el único objetivo de sobrevivir. He retenido algunos de los nombres de los campos, Dachau, Buchenwald, ¿Mauthausen?, no me suena ninguno, ni los sitúo en el mapa, pero puedo pasear por su delirio. Tengo que preguntar qué sucede en ellos, cómo viven.

Dicen también que han expulsado a todos los niños judíos de las escuelas públicas, ¡pobres criaturas!, y que ya no se puede practicar la medicina, ni el derecho; que les paran por la calle, en cualquier momento, para pedirles su identidad, que les escupen, o les empujan fuera de las aceras.

Los pasaportes han sido marcados con una gran J mayúscula roja.

Ha habido una conferencia, aquí en Francia, promovida por los Estados Unidos de la Liga de las Naciones, en la que han participado treinta y dos países.

Cuando lo escuchamos, Michel y yo, nos miramos esperanzados. ¡Por fin parecían moverse!, ¡condenar lo que estaba ocurriendo en Alemania!

Durante días deliberaron sobre el tema, la situación de los judíos en el Este era grave. Algunos propusieron que se les prestara ayuda a las familias que escapaban de Hitler, había que darles refugio, amparo. Sin embargo, la conclusión de aquella conferencia fue un desastre, y ningún país dio un paso al frente. No nos lo podíamos creer, ¿es que nadie estaba dispuesto a ayudarnos?

¡Cuánta desesperación sentimos por los judíos alemanes!, al fin y al cabo eran nuestros hermanos.

París se está cerrando, parece un capullo defectuoso que tuvo el amago de abrirse en entreguerras y después se quedó a medias, se

quedó en eso, tan solo en una posibilidad.

Así siento a París, una posibilidad. Lo fue. Pero ahora está irreconocible. Parece como si las sombras que llegaran desde el norte y las nuevas leyes promulgadas, le hubieran quitado las ganas de vivir. A París. A sus gentes. ¡Parece increíble!

Las calles están desiertas y eso me provoca un frío enorme, un frío que me cala profundo, en los huesos, aunque haga calor.

Es el frío de la soledad, el frío de las ventanas que ya no quieren mirar hacia afuera. Siempre huyendo —me sirvo una copa de vino —, como este vino tan rojo, tan de Burdeos, un vino que se me escapará en apenas una exhalación de la botella, de la copa; un vino que descansará en mi boca el tiempo que dure paladearlo, nada, segundos, y huirá al estómago a calentarlo, y después de arder dejará una oquedad inmensa, difícil de llenar. Esa es mi vida. Un hueco enorme. O algo parecido. Exceso. Y el compás de la música de un piano.

Un gran vacío.

Llegan más noticias.

Hitler ha invadido Polonia.

Y continúan los atropellos contra los judíos. Dicen que han perdido el derecho a alquilar viviendas y que les están reubicando en casas judías, ¿qué querrán decir con eso?, ¿cuál es el significado de casa judía? No lo entiendo.

Una nueva profesión se suma a las otras prohibidas, la odontología.

En mi cabeza ondea aquella otra guerra, la primera, y los pogromos, y todas las huidas, y los muertos, miles de ellos, millones, y las escalofriantes derrotas y victorias que no ganaban ni perdían nada, algo de terreno, de dignidad, de sentido común.

No, sentido común no tenían.

Las guerras nunca lo tienen.

Pero esta vez no voy a hacerlo. No, no seré como mis padres. No, yo no voy a huir. No dejaré que mis hijas crezcan sin patria. Ellas son francesas, tanto como lo son todos los demás, la gente de este pueblo, la de París, la del norte, sur, oeste o este. Mis hijas son francesas de nacimiento y de corazón, por mucha sangre judía o extranjera que corra por sus venas.

Si Francia me adoptó hace años, y me convirtió en lo que soy ahora, tendrá que guarecerme en estos momentos bajos de delirios de grandeza y extinción.

Lo sé, sé lo que estáis pensando. Pero, ¡qué ilusa eres Irène!

Y eso es cierto, lo he sido siempre, utópica, ¡pobre de mí!

Francia no me cobijará, ¡claro que no lo hará!, ¿por qué habría de hacerlo?, no es nada mío, no es mi tierra, aunque la haya querido como si no hubiese ningún otro lugar en el mundo; Francia es solo un puñado de letras, y un creer que llegaría a ser algo, eso es Francia.

¿Qué es eso en comparación con la palabra de moda?

¡Judía!, ¡sí, soy judía!

No, no me engaño. Ya no. Francia nos está cercando. Es Francia la que permite que nos aíslen, que nos asfixien poco a poco, como una soga que no acaba de apretar pero está a punto, y suelta, y vuelve a intentarlo, y suelta. Es un juego de ratón y gato. O de león. Es fuerte, como las leyes, implacables.

También la memoria lo es. Es difícil olvidar.

Y Francia ha caído en esa espiral malvada, está cayendo como nuestras tertulias, antes tan ligeras, tan amenas, tan literarias, se han vuelto de plomo. Parecemos una familia de ancianos hablando del pasado, añorando, pasándonos el parte de guerra.

Y así pasan los meses, y el verano de 1939, y solo me queda la posibilidad de participar en el mundo a través del miedo y la palabra.

Pero hay más miedo que palabras. Las palabras se han llenado de agua y no suenan claras, me huyen, como huyen los visionarios, y los que no tienen apego a los muebles. Como papá huyó a América. Y así, entre partida y partida, y despedidas tristes, quizá definitivas, ha llegado el tres de septiembre de 1939.

Y también la maldita frase que todos corean, unos con dudas, otros con exaltación de valientes, puñado de insensatos: «Estamos en guerra. Gran Bretaña y Francia le han declarado la guerra a Alemania».

Eso dicen.

Todo es caos. Una leonera. Pero al oírlo, es cierto, siento un cierto alivio, y esbozo casi una sonrisa por el porvenir, una manifestación de vida que significa que no estamos solos del todo, que hay alguien que cree que los judíos y esa locura aria alemana hay que pararla como sea.

Y el corazón se me llena de verde. Y la mirada de lágrimas por los soldados que morirán, muchachos jóvenes, con hambre de victoria y furia romántica.

Michel enmudece durante días, bebe más vino de lo habitual y contempla el mar como si quisiera atravesarlo. Me preocupa.

Cecile, nuestra querida cocinera, mi mano derecha para conseguir que este hogar nuestro funcione, revolotea por la casa y

me zarandea con sus prisas. Me convence para que pongamos a las niñas a salvo en el campo. Yo convenzo a Michel. Hay que ver cómo respira París en guerra primero, antes de volver, antes de exponerlas, le digo, y las niñas parecen contentas de continuar con el verano.

Acaba por ceder.

Y sin saberlo, emprendemos un viaje que modificará la historia de nuestra familia justo el día diez, cuando la Fuerza Expedicionaria Británica se establece en el norte de Francia.

Respiramos. Ahora estamos mucho más tranquilos.

Pero es un espejismo, porque comienza una guerra dentro de otra guerra. Un sin vivir de fechas, de partes, de leyes que nos marean durante el año 1940.

Vivimos pendientes de la radio y de los periódicos, y de lo que cuentan que sucede más allá de la frontera.

En París todo son historias quemadas.

El diez de enero, un correo interceptado alerta de la intención de Alemania de invadir Holanda y Bélgica. Lo hacen un tiempo después. Ganan dos territorios más.

Se levanta un muro con vallas de alambre y púas en la ciudad de Lodz, en Polonia, un gueto de pequeñas dimensiones, y se aísla a los judíos del resto del mundo para que trabajen para la guerra, trabajos forzados a cambio de una mínima ración de comida. Sin agua corriente, ni alcantarillado, ¿cómo pueden vivir?

Vuelven a engañarme mis preguntas, ¡ingenua!, me grito, a veces no me soporto.

Desde luego que así no se puede vivir, esas condiciones son peores que la propia muerte. Pero me llama la atención que no nos quieran y, sin embargo, nos mantengan con vida hacinados y nos utilicen. Esa ha sido siempre la filosofía de los miserables, de los cobardes.

Dicen que en el gueto hay encerrados cerca de ciento sesenta mil judíos, ¿cómo pueden ser tantos?, ¿será cierto?

Me gustaría que todo lo que escucho fuese mentira, exageraciones, pero, ¿y si no es así?, siento terror. ¡Dios mío!, ¿cómo hemos llegado a esta situación tan límite?

¿O es que quizá no va a haber límites?

El nueve de abril invaden Noruega.

El nueve de mayo, algunos alemanes, haciéndose pasar por turistas, se apoderan de los cruces de las carreteras en Francia.

Y así comienza el ataque y se suceden los días, con la incertidumbre, la lucha, la resistencia, un pueblo tras otro, la noche

y el día detrás de las cortinas y las ventanas, los muertos y los bombardeos, las evacuaciones, el avance, el retroceso, y la pérdida definitiva de lo que éramos, y peor aún, de lo que podíamos haber sido.

El futuro suena a guerra mundial y tiene un hambre atroz de judío.

El catorce de junio los alemanes conquistan París y yo quiero morirme porque no soporto ver todos esos uniformes adueñándose de los adoquines y los parques. Los cafés cierran antes. Los nazis imponen un toque de queda.

Los ojos de hielo nos recorren.

El gobierno se instala en Burdeos. Y durante los días siguientes van cayendo otras ciudades francesas: Dijón, Orleans, y la *Wehrmacht* se sitúa en el valle del Loira. Nos han cercado. El mariscal Pétain y su gabinete piden el armisticio.

Se han llevado la alegría de París. Y yo me siento una extraña.

Extranjera, dirán ellos más tarde.

No mucho más tarde.

Los bohemios se encierran, y los poetas, también yo, que no soy lo uno ni lo otro. Intento regresar, pero no sé adónde y para qué. Por primera vez en mi vida comprendo la inutilidad de las palabras. Y de las tertulias. Estoy perdida.

Desorientada.

¡Qué tristeza!, me digo mientras suspiro al mismo tiempo, y a veces mi voz resuena por los pasillos, y consigue salir de mi pecho liberándose. Y Michel, más combativo que yo, me replica sin pedírselo: «¡Aguantaremos!».

Y yo le amo por ello, casi tanto como el día que le conocí, durante aquella fiesta de finales de un año y comienzo del otro, como inician los amores de verdad, los grandes, los de las novelas románticas, y los buenos propósitos convertidos en listas que terminan rotas un mes después. Pero nosotros no terminamos. Le amé con la conciencia de que era el definitivo, y que todo lo conocido antes ya me quedaba muy atrás, incluso lo que había sucedido el día anterior.

De él me gustaba todo, su piel morena, su sonrisa y ese aire de enamorado perdido, como de náufrago, que descubrí en cuanto nos conocimos un poco más. Parecía como si llevara una tragedia a cuestas en su mirada.

Y yo a su lado me sentía enorme, crecida, como una madre, sensible y despierta, diferente a la mía, muy diferente, impulsada a quererle, a protegerle.

¡Cómo olvidar aquellos días en los que casi no respiraba de pura emoción!

Michel hablaba con aquel acento tan nuestro que Francia no le había conseguido doblegar, con la misma rotundidad que habíamos heredado del Este y de los rusos, de nuestras madres y abuelas, de todas las generaciones precedentes.

Me dijo el día que me conoció que volvería a verme. Y lo hizo; vino el lunes siguiente, el martes que le siguió, el miércoles, el jueves, y así todos los días hasta hoy.

Ya no nos separamos.

Y yo que había sido hija única, que había tenido todo cuanto una niña, y después una mujer, pudiera desear, sentí de pronto un amor que hasta entonces no había probado, un amor incondicional, generoso, protector, incluso con su familia. Me aceptaron como a una más. Y no es que mi padre no me quisiera, no, me adoraba, pero siempre estaba fuera, de viaje, de negocios, a Suecia, a Nueva York, a China y un largo etc., de compras, ventas y reventas; la gente le colmaba de riquezas, pero no de amor.

Mi madre no supo hacerle feliz, ni a mí tampoco.

Lo poco que yo ganaba dedicándome a publicar era insignificante en comparación con la asignación que mi padre me hacía llegar para mis comodidades, que no eran muchas, dicho sea de paso, solo leer, leer y leer, y después escribir, escribir y escribir. Aún con todo yo las apreciaba, cada gesto, cada carta, cada visita que me hacía. No quería su dinero, solo su compañía, pero él no lo entendía.

Julie entró en mi vida casi al mismo tiempo que mi madre, la extravagante y viciosa señora Némirovsky, salió de ella. No fue difícil echarla. Se fue sola, se instaló en Niza, y vivía ocupada celebrando fiestas.

Nunca supo cómo ocuparse de una hija. Le molestaba. ¿Qué podría deciros de ella que no hayáis ya intuido? Mi madre solo se quería a sí misma. Y yo a su lado me sentía tan sola, que el día que me alejé, ya mayor, no volvimos a encontrarnos nunca más. Coincidió con la llegada de mi pequeña Denise, mi primera hija.

Mi madre no soportó la idea de ser abuela. Ni de que yo creciera tampoco. Me trataba como a un bebé, le gustaba que vistiera con atuendos infantiles y me peinaba como si fuese una muñeca de porcelana. Un juguete, eso es lo que era para ella.

Me crispaba. Despreciaba mis aficiones, mis lecturas, mi palabra, mi opinión, mi forma de crecer, vestir y rebelarme contra el mundo. Incluso mi manera de ser madre y amar a Michel. Toda yo era banal

para ella, insignificante, pobre, carente de interés alguno, vulgar. Y mi padre consintió que fuera así, que me hiciera daño; estuvo ciego tantos años, aunque hacía tiempo que había dejado de amarla. Pero yo no, no, no soportaba su tiranía superficial, sus infidelidades, la mundana forma de vivir que tenía incluso en tiempos de guerra. Era obsceno. Y por eso creo que llegué a odiarla. Sí, la odié y en mis libros lo reflejaba, la elegía siempre como un personaje lleno de veneno.

Julie, sin embargo, era otra cosa, la miraba y me parecía una mujer increíble, fresca, divertida. Una amiga, más que una madrastra, tan solo nos llevábamos dieciocho años de diferencia, y eso no era nada. Tenía un espíritu de campesina, noble, fuerte y llano. Venía del sur de Francia, de Las Landas, y a su manera supo desdoblarse en secretaria, amante y compañera de mi padre. Julie se me hacía irresistible

Sus historias sobre cine y personajes con los que había trabajado, Sacha Guitry o Tristan Bernard entre otros, me enamoraban, me daban ideas, alas para escribir. Mis adentros estaban llenos de preguntas, de historias que buscaban un espacio para salir y ver a luz. Julie era una soñadora. Y yo también. Eso nos unió.

Y cuando Michel entró en mi vida ya no hubo espacio para nadie más. ¡Ay, mi querido Michel, qué suerte tuve de que te cruzaras en mi camino!

A veces pienso que de no ser por ti habría acabado tan mundana como mi madre, con ese diablo terrenal en el cuerpo, con esas ganas de lucimiento y condenación, con esa pasión frenética por la diversión, el baile, la excitación, el lujo y las conversaciones insustanciales.

¡Cómo las aborrecía de niña! y sin embargo, yo misma repetí durante años su mismo patrón. ¡Tengo tantos reproches que hacerme!

Legítimos reproches que mendigan un amor de madre, un amor de verdad. Y sé que mis palabras muestran el dolor y lo ponen al descubierto. ¿No es acaso un despropósito tener una madre que no sabe amar?

Sigue abierta. La herida sigue abierta. No puedo cerrarla. No sé cómo hacerlo. La literatura me libera, es verdad, es mi única defensa, pero duele.

Ahora que soy madre, lo sé. Ahora que soy madre, la entiendo todavía menos.

Cuando pienso en ti, Michel y en todo ese amor que recibo cada

día, agradezco al cielo haberte conocido. Y me gusta mirarte mientras tecleas mis manuscritos, y ver cómo levantas una ceja y luego la otra, y frunces los labios, preguntándote quizá, qué es lo que he querido decir y callando después, dejándome libre ese espacio de intimidad. Adoro ese gesto tan tonto, es encantador.

«¡Sí, Michel, aguantaremos!», le respondo sonriéndole con mucho esfuerzo, afirmando con la cabeza para reforzar la idea. Pero estoy muy lejos de creerme lo que digo, lo que gesticulo. Soy todo dudas, un corazón abrumado por la melancolía de otra guerra más a mis espaldas.

«¿Dios mío, qué nos va a hacer este país, Michel? ¿Recuerdas cuando nació Denise, y yo quería llamarla Catherine?, ¿lo recuerdas?, Catherine, como el célebre personaje de la novela de Emily Brontë, en *Cumbres borrascosas,* y tú dijiste que no, e insististe en que la llamásemos France».

¡France!, me escandalicé yo.

«¡Le debemos tanto a este país!», dijiste, y querías que nuestra niña recordase siempre que Francia había sido nuestra salvación, que en ella nunca correría el menor peligro. ¡Ay, Michel!, casi me convences con tu alocada idea. Tú y mi padre habéis sido los grandes horadadores de mi conciencia.

¿Y ahora?, ¿te das cuenta de lo que nos está ocurriendo ahora? ¡Cómo voy a narrar todo este miedo que siento!, ¡cómo voy a describirlo!, ¡cómo contar los disparos uno a uno, y esta maldita sensación de mentira y repetición!

¡Estoy atemorizada!, se me enredan los pensamientos. Y eso me paraliza, y pienso en nuestras queridas hijas, tan pequeñas, tan lejos, en ese campo que no es nada nuestro, que no significa nada para ninguno. No es justo. Ellas no se merecen vivir solas ni sollozando.

«Querida, se puede hacer. Se ha hecho. Seguir respirando es fácil. Esta no es la primera ni la última guerra que vivirá el mundo. Y como las otras, también pasará. Solo tenemos que mantenernos con vida, pasar desapercibidos, esperar». Eso me respondió Michel. Todavía hoy puedo escucharle:

«¡Escribe!», me animó, «escribe esta vida».

Y a mí no se me ocurría nada. Las palabras se me habían vuelto fugitivas, demasiado trágicas. No podía soportarlas de lo que me pesaban.

Íbamos mucho, todo lo que podíamos, a Issy, a ver a las niñas. ¡Cómo me enamoraba la vida que llevaban mis hijas!, ¡tan libres!, ¡tan sanas!, habían cogido un color dorado y algo de peso. El campo

les sentaba bien, mejor que París, eso había que reconocerlo.

Pero hubo un viaje fantasma. Un viaje que fue de no retorno. Aquel viaje cambió toda nuestra vida tal y como la habíamos conocido hasta entonces.

Michel cayó enfermo en París, septicemia, y yo, en aquel momento, me encontraba en el pueblo de Issy con mis pequeñas, Denise y Babet. Estuvo muy mal, casi se me muere, y yo en la distancia, sin poder cuidarle, quería morirme con él. «Si él se va, yo me voy detrás», le decía a Cecile entre lágrimas. Pero no pasó, gracias a Dios, y se recuperó. Cuando volvió al banco, a su puesto de trabajo, le despidieron. Le hubieran destituido igual, lo sé muy bien, las nuevas leyes eran ya imparables, crueles según avanzaban los meses, y para todos los judíos iguales, pero en aquel momento, justo en aquel, aquella manera de echarle, nos dolió en el alma.

La deslealtad puede llegar a herirte de muerte.

Michel, entonces, vino a vernos al pueblo. Cuando lo recogí en el tren, estaba pálido, débil y muy abatido. Nunca lo había visto tan triste.

Pero los días que pasamos en el campo le animaron. Yo tenía un proyecto entre manos, me habían encargado una novela para un semanario que publicaba en zona libre y mis libros se vendían todavía.

Había esperanza.

Hasta que promulgaron aquella maldita ley en la que prohibieron volver a París a todos los judíos que ya la habían abandonado. Nosotros entre miles.

Estábamos atrapados.

Y como no podíamos volver a casa, ni siquiera a recoger nuestras cosas más personals, nos organizamos como mejor pudimos y dejamos que pasara el verano entre trigos.

Quizá todo se acabara pronto, eso pensábamos, eso deseábamos, quizá con la llegada del otoño o del invierno. Quizá con el nuevo año. Pero no, no sucedió ningún milagro. No se fue con el frío ni con la esperanza, tampoco con las plegarias. La guerra continuaba, era imparable, y se volvió crítica, ácida, muy difícil de digerir. Y, aunque todavía no lo sabíamos en aquel momento, los días más tristes aún estaban por llegar.

Julio nos sorprendió con el gobierno instalado en Vichy, con Pétain nombrado jefe del Estado y con las relaciones diplomáticas rotas con el Reino Unido.

El verano se hizo angustioso, eterno, estábamos pendientes de la radio, de cualquier noticia que pudiera llegar, pero la Francia

colaboracionista no dio marcha atrás y endureció los decretos.

A finales del mes de septiembre, se dio una definición de lo que se consideraba que era un judío. Decía el decreto en su artículo primero:

En virtud de la aplicación de la presente ley se considera judío a todo aquel que tenga tres abuelos de raza judía o dos abuelos de dicha raza en el caso de que su cónyuge sea también judío.

En aquel decreto también se me vedó publicar.

Los alemanes seguían avanzando en Francia con su campaña del miedo. Europa estaba dominada, todos lo estábamos. Las cosas fueron tomando un cariz preocupante, un significado doble. Se nos ordenó censarnos de nuevo, pero solo a los judíos, y ante esta nueva orden, dudamos. Yo dudaba. Y por primera vez Michel, tan cercano siempre a la legalidad y al orden establecido, me hizo caso. Y desobedecimos. Estábamos metiéndonos en camino sin retorno, lo sabíamos, estábamos perdidos.

Los días se sucedían en cúmulo de despropósitos, la realidad era brutal.

Las noticias desde el frente no eran buenas, los alemanes avanzaban, creaban el eje Roma-Berlín-Tokio. Y al mismo tiempo, el Reino Unido era apoyado por los Estados Unidos con unidades militares.

La guerra se había mundializado.

Nos aferrábamos a las cosas sencillas, porque no teníamos nada más. Las pequeñas cosas conseguían mantenerme a salvo, los libros, los juegos con las niñas, los paseos por el campo, la mirada cálida de Michel, las horas de cocina junto a Cecile, y escribir. Sí, decidí escribir de nuevo. Quizá nunca hubiera un momento mejor. Y yo, quería contar la verdad de lo que sucedía en tiempo real, construirla con cuidado, dando primero pequeñas pinceladas de invasión y luego ir avanzando con ella. No sabía con gran certeza lo que había fuera, pero me llegaban informaciones de todas partes, un entramado de verdades y recovecos.

Dolce, podía llamarla así, dulzura, la antítesis de la tragedia, una ironía, los alemanes invadiéndolo todo, los pueblos, la vida, la rutina, nuestro escondite, un curioso contraste, una ocupación pacífica en apariencia, o eso decían, una dulce cautividad, de momento.

¿Batallas?, ¿paz?, ¿un final?, iba tomando notas, pero había que ir viendo cómo evolucionaba la guerra y yo solo podía dejarme llevar por la ficción, avanzar a golpe de sospechas, noticias, historias, luces y sombras gigantescas.

Y utilicé la sinfonía número cinco de Beethoven, con sus cuatro partes: *allegro, andante, scherzo, allegro*. Escuchar la música en mi cabeza mientras escribía, sus compases, su ritmo, me ayudaban con la letra y los pequeños detalles. Había muchos que nombrar. Y así fue cómo comencé, con mi querida Francia convertida en escenario de novela. Avanzaba despacio, *a tempo* con la guerra. *A tempo*, como lo había hecho Tolstoi en *Guerra y paz*.

¿Cómo sería un mundo sin preguntas?, escribí un día. ¡Un sueño hecho realidad! Había contado los días previos a la invasión, las primeras bombas, la tensión y el silencio, la posesión de los extraños y la supervivencia de las casas.

Se me ocurrió que podía haber una parte que se llamara, *la tempestad* o quizá *tempestades.* Una historia de tormentas.

Y después estaba lo otro, el mundo desquiciado que nos rechazaba, que nos expulsaba, una y otra vez, de todas partes.

«Son judíos», y con esa frase despectiva parecía que todo el mal estuviese justificado, el repudio, el insulto y el desprecio, incluso el silencio cómplice, la atadura de pies y manos, lo incómodo de nuestra propia existencia.

Eso también debía aparecer en la novela, de una forma o de otra. Y no podía callármelo, aunque incomodase, porque no solo quería escribir una historia de franceses en guerra sino una historia del mundo.

¡Judíos!, ¡qué odiosa palabra!, ¡cuánto dolor había a su alrededor!, ¡cuánta historia tenía detrás! y por lo que parecía, también delante.

A veces veía a Michel, ahí parado frente a mis textos, donde la figura del judío no mostraba bondad alguna, sino una crítica mordaz, aguda, latente, porque no la quería cerca de mí, ni sentía que me representaba. Y no quería mirarle cómo meneaba la cabeza con lástima y suspiraba contrariado. Todo ese aire que exhalaba iba dirigido a mí, atravesaba los pasillos y me llegaba en forma de escalofrío.

A Michel no le sonaba tan mal esa palabra, es más, creo que le gustaba. Sí, mi marido amaba ser lo que era, judío, y yo le amaba a él por querer serlo, aunque yo lo rechazara, aunque el mundo entero nos aborreciera.

«Mejor callar, reservarlo para el hogar, hay que dejarlo para los adentros, alejado de la garganta», eso me decía Michel.

Y ese era un gran dolor.

Definitivamente, ya no puedo publicar, así que esta novela que estoy escribiendo se quedará en el limbo de esta guerra. Mis únicos

ingresos son los que recibo de Albin Michel y de su yerno Robert Esménard, pero si las cosas siguen así tendremos que pensar en otras opciones. Se me ha ocurrido publicar con el nombre de Julie; estoy segura de que a ella no le importaría.

Tengo que escribirla. La necesito a mi lado. Con Julie todo me resultaría mucho más fácil.

Hice bien en cambiar de editorial. Grasset, mi antiguo editor, ha resultado ser un cretino y un colaboracionista. Le he entregado el manuscrito que me pidió para el semanario de la revista y del que ya me pagó la mitad por adelantado y se ha negado a abonarme el resto. ¡Es insultante! Además, ha retirado todos mis libros de las librerías, y eso que no estaban dentro de la lista del embajador de Alemania en París, Otto Abetz. No sé por qué lo ha hecho, no eran libros prohibidos en Francia, no hablaban de política. Pero no soy la única autora afectada, hay muchos otros, la mayoría escritores judíos, algunos comunistas, o incluso personalidades que se han opuesto de frente al nazismo. Me apenó Stefan Zweig, su obra es excelente, pero, ¿y la de Trotski, Jung, Marx, Louis Aragon y otros tantos?, ¿qué pasará con todas ellas?

Me da miedo desaparecer. Que mi obra se muera. ¡Dios no lo quiera! Si me prohíben ser lo que soy, escritora, firmar mis propios textos, ¿qué será de mis palabras, de mis personajes, de mi mundo imaginario? ¿Dónde dejaré todo este sufrimiento solitario que resta por la casa, por las calles, que me aúlla enfadado porque se encuentra indefenso?, ¿a quién le regalaré los abrazos y la música de mis capítulos?, ¿y sus dedicatorias? ¿De qué vamos a vivir?

Me enfado conmigo misma, y me repito que ya hemos vivido esto antes, no mucho antes. No es nueva esta situación de emergencia, me digo para escucharme y creerme lo que dice mi yo más racional, el que no está asustado como un ratón ante un felino gigante. Rusia y sus pogromos ya nos echaron de nuestro hogar, aunque hubieran preferido matarnos, eso es verdad. Ya conocemos lo que es un exilio, una huida precipitada, el frío, el hambre, el comenzar de cero en otro lugar, el vivir sin raíces, ni lengua, ni patria.

Michel y yo sabemos que todo ese dolor ajeno, de vecinos, de amigos, de desconocidos, esta guerra aria de dominación, pasará. Como pasaron los pogromos y la otra, la Gran Guerra.

Pero 1940 está siendo cruel. Mucho. No me lo esperaba. Y algo me dice que solo acabamos de empezar. Es una intuición que me callo, que debo callarme, pero sé que hay silencios que revelan la verdad, que hablan por sí solos.

El invierno está siendo muy frío, más de lo habitual. Tengo las manos agrietadas y mis palabras me salen teñidas de sangre. Y luego está la maldita casa que alquilamos para huir de los alemanes, es tan grande que no hay forma de calentarla ni siquiera un poco. Me duelen los huesos, la cabeza, el cuerpo entero y me estoy acostumbrando a pensar en la muerte todos los días como si fuera una compañera de vida más. ¡Qué necia comparación!

Dicen que los alemanes han aislado a los judíos de Varsovia en un gueto. Otro gueto. Parece que han encontrado la forma más eficaz de incomunicarnos. La ciudad de Lodz les abrió el camino. Ciudades limpias de judíos, como si fuéramos un deshecho. Ojos que no ven, ciudadanos que no sienten.

A la gente del gueto le han quitado todo lo que tenía fuera y dicen que hay trescientas cincuenta mil personas confinadas y lo peor, no paran de llegar más y más con los rostros desencajados. Se aferran a sus cosas, las pocas que llevan, como si fueran tesoros.

Nos están convirtiendo en animales heridos. Y un animal herido y acorralado puede resultar muy peligroso o todo lo contrario, manso como un cordero.

Corderos. Eso es lo que somos. Me atrevería a asegurar que nuestro pueblo no se levantará contra ellos, no se amotinará, no, no es el estilo del pueblo judío, aunque bien podrían hacerlo. Son miles. Somos miles. No les entiendo, como tampoco me entiendo a mí misma y mi empecinamiento en seguir en Francia. ¿Por qué somos así?, ¿qué naturaleza débil hemos heredado?, ¿o acaso es fuerte?, ¿humilde?, ¿conformista?

Todo el mundo sabe cómo terminan los corderos.

¡Ay la guerra!, qué insufrible emoción. ¿Puede una guerra justificar tantas lágrimas, la tristeza de los niños, el hambre hueco del estómago que araña y acorrala?

¡Escribiré, Michel!, sí, y hablaré de los verdugos y de los mártires, también de los que miran hacia otro lado, los colaboracionistas, y los valientes que resisten y pelean. También de los que se esconden, como nosotros. Somos unos cobardes. Pero esta vez no huiremos, y lo digo con el corazón roto y encogido, porque no sé muy bien qué es lo que vendrá después, ni tampoco si estoy haciendo lo correcto con este empeño mío de aferrarme a Francia, de sentirla parte de mí. Y pienso en mi padre en estas horas bajas de dudas y en aquellas palabras que pronunció hace tan solo unos años, en el veintiséis, ¡madre mía, parece una eternidad!, cuando trataba de convencernos de que debíamos marcharnos con él a los Estados Unidos.

«Es la mejor opción», dijo, y tenías razón, papá. Siempre la tuviste, pero yo estaba tan feliz, tan ciega. Francia era para mí la adopción, la libertad, el amor, la fama, el reconocimiento, la escritura, mi nuevo yo, mi sueño, la creación, tertulias, amigos. ¡Qué pocos amigos tuve en mi infancia!, tú lo sabías. En Francia, por fin podía respirar, olvidar que era judía, y que mi madre, mi propia madre, no me amaba. El resto lo compensaba. Y luego fue lo más grande, la cuna, la maternidad, mi hija Denise recién nacida. ¡Qué criatura!, ¡qué amor más desmedido sentí!

Aún recuerdo mi tono burlón, mi mentón en alto, desabrido gesto de toda mi prepotencia: «Ni nosotros ni mi hija corremos aquí ningún peligro.» Eso le dije a mi padre. ¡Qué ilusa fui!

La guerra enseña.

Y las preocupaciones, hoy más que nunca, parecen no tener fin. ¡Cuánto vacío a mi alrededor!, quizá nadie sepa nunca la experiencia tan devastadora que nos abraza en este momento. Noviembre ha visto cómo va creciendo el tripartido; primero ha sido Hungría, después Checoslovaquia.

El Eje del mal avanza, como el año que está a punto de terminar. Y nosotros seguimos temblando de miedo y le pedimos al nuevo año que todo este infierno se acabe pronto.

¡Por favor, por favor, escúchanos!, rezamos.

Pero no lo hace.

1941

Las fuerzas alemanas someten a los Balcanes. Yugoslavia firma un pacto de paz con Hungría y Bulgaria se une a las actividades militares del Eje. Un territorio más que suma. Y una esperanza más que perdemos. Las fuerzas británicas enviadas a ayudar a los griegos pierden los combates.

Consecuencia: pierden Grecia.

Perdemos todos.

Por aquel entonces, nadie lo sabía todavía, pero los alemanes ya comenzaban a gestar los planes de la invasión de Rusia y Japón ideaba un ataque por sorpresa a Pearl Harbour. La ordenanza del veintiséis de abril nos ha abierto una nueva brecha. Se obliga a los editores a ingresar las cantidades adeudadas a todos los autores judíos en concepto de ventas de libros o encargos, en cuentas que han sido bloqueadas.

Una pérdida más. Nos quieren ahogar. Y no he parado de darle vueltas al tema desde entonces, ¿cómo podría eludir esta prohibición?

De momento, y digo solo de momento, estoy tranquila, Albin

Michel o su yerno Robert, ya no sé quién de los dos o quizá sean los dos, velan por mí, y desobedecen continuamente la nueva ordenanza, la desafían y me hacen ingresos mensuales de tres mil francos. Están poniéndose en peligro, lo sé, y corren un gran riesgo, por eso me parece tan increíble lo que hacen y lo valoro tanto. Se han convertido en nuestros ángeles de la guarda y dependemos de ellos para todo. Ahora lo entiendo mucho mejor, el destino me puso en sus manos por algún motivo.

Encuentro esta vida de campo muy aburrida, y aunque nuestras hijas parecen felices, siento una enorme presión en el pecho cuando las miro. Yo que viví a la sombra de la Gran Guerra y de sus consecuencias, en la oscuridad del pogromo de 1905 en Kiev, se me hace muy duro pensar en lo que puede llegar a venir, y sobre todo en el después. ¿Qué pasará después?

De pronto, todo lo que estamos viviendo ahora me resulta demasiado conocido, casi familiar, y es que hay conflictos que siempre regresan y gentes que parecen tener fijado en su destino ser perseguidos. Y si en su momento me parecieron actos incomprensibles, por la niñez y adolescencia que me rodeaban por aquel entonces, hoy, ya mayor, todavía los encuentro más absurdos. Esta última novela tiene que reflejar esos recuerdos, los buenos y los malos, la persecución y la soledad de los que se creen vencidos.

¿Estamos vencidos?, me pregunto.

Puede; yo, al menos, me siento así a veces, y no puedo evitar sonar algo trágica, ya lo sé, pero es un presentimiento que me ronda desde hace tiempo: no voy a sobrevivir a esta guerra.

Si me oyera Michel se enfadaría mucho conmigo, le gusta pensar que soy una mujer optimista. Pero no lo soy, ni siquiera me acerco a esa mujer y, algo me dice que el final de mi novela será la muerte. No puedo hablar de ello en alto, claro, ni tampoco de ninguno de estos pensamientos negros que me persiguen por las noches y por el día, tan aciagos e incontrolables como las tormentas inesperadas del verano. Quizá sean las noches de insomnio. Sí, no puede ser otra cosa. ¡Estoy tan cansada!

¡Cómo acallar a esa voz que me susurra y me repite tozuda!: «¡Echa a correr, Irène!, ¡huye!, ¿a qué esperas?».

Me molesta su insistencia, pero la tengo tan adentro que no la puedo aplacar y es como una herida abierta en el costado que pincha, una posibilidad que quizá me esté negando, ¿le estoy negando sobrevivir a mi familia también? ¿Estoy siendo egoísta al decidir quedarnos?, ¿qué pensarán estas hijas mías el día de mañana?, ¿me reprocharán mi terquedad?, ¿mis principios?, ¿qué

legítimos sermones tendré que oírme? ¿Me estaré equivocando? Espero que no. Confío en ello.

Tengo mucho que escribir, cuando la pluma corre entre mis dedos no me vienen las voces de la muerte. Lo prefiero. Está claro que lo peor es el presente, el día a día, las noches, las horas que pasan mates y sin esperanzas. La ficción me ayuda a iluminarlas, a abrirme paso, me aleja de esta guerra y de sus noticias claustrofóbicas y asesinas.

Esta novela va a ser la más ambiciosa de mis obras, de todas cuantas he escrito. Será como una sinfonía con cinco tiempos. Y la voy a llamar *Suite francesa*. O no. Ya lo veremos, pero, de momento me gusta el título. Ojalá pueda terminarla, no sé si voy a llegar a tiempo.

La guerra sigue avanzando. Y las estaciones con ella.

Ya estamos en verano. ¡Otro verano que paso lejos del mar!, ¡cómo añoro su azul, su vida marinera!

¿Qué horrible destino nos aguarda?, me pregunto todo el tiempo, y luego pienso en Issy, en este pueblo tranquilo y mortalmente soporífero donde nunca pasa nada, ni siquiera los soldados que nos rodean parecen interesados ni en la guerra ni en nosotros los judíos. Igual ni siquiera saben que lo somos. Creo que hemos logrado pasar desapercibidos, aquí y ahora. Es lo que Michel quería. También yo.

A veces me contemplo en el espejo, mis ojeras crecen y se oscurecen al mismo ritmo que el miedo que tengo. Un miedo que parece no tener fin, que crece y avanza como la guerra a la sombra de un ciprés. Es curioso que no le temo a casi nada, nunca lo he hecho, ni siquiera a las lluvias torrenciales o a las grandes tempestades del mar, tampoco a la soledad, pero esta incertidumbre me está volviendo vulnerable. Me quiebra. Y entonces, mientras intento curar mi propio vacío, sucede que Alemania ataca la Unión Soviética, y con el avance viola el pacto germano-soviético de no agresión.

Nos llevamos las manos a la cabeza y, preocupados, seguimos la radio con atención. Dicen que los *Einsatzgruppen*, grupos de exterminio que siguen al ejército alemán, llevan a cabo matanzas en masa, las noticas son aterradoras y lo que escuchamos, demasiado horrible para ser cierto.

Desde Kiev hablan de plomo, masacre y miles de judíos dentro de un barranco, el Babi Yar. Al parecer, la población había recibido un bando el veintiocho de septiembre y en él se especificaba:

Todos los judíos residentes en Kiev y sus alrededores deben

presentarse mañana lunes a las ocho de la mañana en la esquina de las calles Melnikovsky y Dokhturov. Deben portar sus documentos, dinero, objetos de valor y también ropa de abrigo. Cualquier judío que no cumpla estas instrucciones y que sea encontrado en algún otro lugar será fusilado. Cualquier civil que entre en las propiedades evacuadas por los judíos y robe sus pertenencias será fusilado.

Dicen que nadie regresó a la ciudad aquel día y que los gritos remotos que les llegaban se mezclaban con el silencio de las calles de Kiev como si fuese un cementerio de vivos. Todo el mundo estaba sobrecogido, temblando. A lo lejos se escuchaban las ametralladoras silbando. Silbaron durante horas, hasta que el día se hizo de noche y callaron.

Me impacta lo que escucho, hablan de mi tierra, de mi gente.

Imagino, porque no puedo hacer otra cosa, la gran puesta de largo del ejército nazi, el sadismo de sus soldados, la sangre fría y el horror en el rostro de las familias al mirar de frente a los ojos de hielo y sus armas apuntando al pecho al mismo tiempo.

No puedo dejar de pensar en los niños, sobre todo en los niños, en su llanto. Tampoco en las últimas caricias de los enamorados, en la protección de los cuerpos inocentes, en la súplica de los ancianos de rodillas, en las madres, en las despedidas entrecortadas, rápidas, en los vivos enterrados entre miles de muertos, en las manos sujetándose con fuerza antes de caer en el olvido.

Seguro que hay vivos entre tanto cadáver. No paro de darle vueltas, de imaginarlos ahogados por el peso y la sangre de otros. ¡Es una pesadilla!

¡Qué castigo es ser judío!, y tullido, enfermo mental o gitano. Parece que también ellos han despertado el interés y la ira del gran monstruo alemán y sus aliados. Les falta pureza, eso dicen. Y pueden decir lo que quieran, pero la Historia de los hombres nunca olvidará lo que está ocurriendo en la vieja Europa. Y tampoco podrá perdonarlo. Yo, al menos, no perdonaré jamás.

Sigue muriendo mucha gente

También hemos oído que rocían los trenes de ganado repletos de personas con gases asfixiantes, que los camiones son utilizados como cámaras de gas, que se hacina a los detenidos durante días en trayectos eternos y no se les da ni agua.

¿Será verdad todo lo que nos cuentan?, ¿una barbarie así es posible?, ¿puede el ser humano llegar a ser tan perverso? ¿Exagerarán?

Las informaciones que nos llegan siempre son de alguien que ha visto, a otro alguien que se lo ha contado, de otro que lo ha vivido.

Un lío tremendo. Y todo el mundo sabe que la verdad, entre tanto público, se pierde. Me gustaría escuchar, solo por una vez, que cada noticia que nos llega es mentira, una gran exageración; que el boca a boca ha agigantado los informes, que los ha podrido, que son solo una propaganda más del miedo o de los que luchan contra ese mismo miedo.

Sí, a veces, quisiera estar sorda, no enterarme nada, alejar mi curiosidad, mi oficio, no preguntar jamás, no saber, no tener amigos en todas partes que nos informan de las cosas que pasan por el mundo, no recibir cartas, ni prestar oído a la radio cada minuto del día. Me desalienta. Sería mejor no saber. Disfrutar de este retiro campestre forzado y escribir algo ligero, una novela sin trascendencia, de personajes costumbristas y amor.

Creo que así sería mucho más feliz. Y a veces, pocas, muy pocas, es cierto, lo consigo. Sé que Michel me oculta cosas. Lo hace por amor, para que no sufra. Es adorable este esposo mío. Y yo se lo agradezco de todo corazón, pero mi yo novelista puede más que mi prudencia y no lo puedo evitar. Me alimento de todo lo que ocurre a mi alrededor, de la tragedia y los personajes, de la imaginación que le pongo a algunas escenas. ¿Y si trascendiera la novela a lo que está ocurriendo en el resto de Europa y no me centrase solo en Francia?, me pregunto.

Podría ser interesante, sí, pero tengo que pensarlo bien, con calma, porque al no vivirlo en primera persona estoy atada. Al tratarse de una novela con fondo histórico, un testimonio veraz de esta guerra, no puedo fallar, ni equivocarme, ni juzgar antes de tiempo. Si alguna vez se llegara a publicar, y ojalá esto ocurriera muy pronto, significaría que esta guerra ya habría terminado, y entonces tendría que cotejar los datos y las cifras. También las historias que me han llegado. Habría que revisarlo todo. Viajar. ¡Cómo anhelo viajar! No, me digo, me repito, las fuentes que tenemos son buenas, al menos, eso creo. Detestaría mostrar victimismo. Contarlo. Tengo que huir de esa idea, aunque tengo claro que esta guerra va camino de convertirse, de seguir así, en un auténtico genocidio.

De momento iré atesorando en mi memoria todo lo que escuche, todo lo que sienta, cada ordenanza nueva, cada prohibición, cada carta, cada sentimiento que me parte en dos mitades. ¿He dicho en la memoria?, no, en la memoria no, sería un ejercicio inútil. Mejor en el cuaderno. ¡Quién sabe lo que ocurrirá mañana!, ¿y si me detuvieran?, ¿a quién le importaría mi memoria si muere conmigo? El cuaderno servirá de testimonio.

Mi letra es cada vez más pequeña. Me queda poco papel y esta estilográfica espero que dure lo suficiente. ¡Con la cantidad de material que dejé en París!

He pensado en organizar una pequeña mudanza y se lo he dicho a Michel, pero hemos hecho cuentas y es tan caro que hemos desistido. Necesitamos todo nuestro dinero en efectivo para poder sobrevivir. Y ya va quedando menos.

Estoy preocupada.

Si esta odiosa guerra se alarga en el tiempo, no creo que nos alcance. Tengo que empezar a vender cosas. Empezaré por las pieles, después me quitaré las joyas, ambas son inútiles en estos tiempos. En realidad lo han sido siempre.

Los soldados alemanes que hay en el pueblo de Issy se marchan para apoyar y combatir en el Este. ¡Están eufóricos!, ¡qué absurdos! Dicen, con un orgullo casi desmedido, que son muy grandes, que son más de tres millones de soldados alemanes, y que sus aliados, soldados finlandeses, rumanos, húngaros, italianos, eslovacos, croatas y españoles, les ayudarán a vencer al enemigo.

¿Grandes?, pienso yo, ¿grandes para qué?, ¿para seguir matando y exterminando a un enemigo que no pelea, al pueblo judío?

No les imagino matando, ni muriendo tampoco, y menos por una causa que ni ellos parecen conocer. ¡Tan jóvenes!, ¡tan muertos!

Nos despedimos de ellos sin pena alguna. Resulta estúpido escucharles. Son solo unos críos jugando a la guerra, a ser héroes. De todas formas, han sido buena gente y no les guardo rencor.

Esta guerra es una locura interminable de bocas.

Sin soldados por el pueblo, la gente parece haber recuperado algo de afabilidad. El cura viene a verme a menudo, charlamos sentados en las hamacas del jardín. Dice que tengo el huerto más productivo de la región, y la verdad es que es cierto. Mis árboles y matas son generosos con nosotros. Creo que a ellos no les importa que seamos judíos.

Esta tierra, los campos de Saône-et-Loire y sus gentes, también son generosos, no puedo decir lo contrario, no sería justa; los granjeros que nos traen la carne, conejos y aves, y los campesinos que nos cruzamos por los caminos son de una amabilidad fuera de lo común, se quitan el sombrero, nos saludan, hablamos de la guerra, o del tiempo, o de cualquier cosa que surja. Esas pequeñas conversaciones a mí me dan la vida. Como las que tengo con la directora de la escuela de las niñas, nunca recuerdo su nombre, o si lo hago, no acierto jamás con el justo, bailo las letras o digo otro nombre. Ella no dice nada, tampoco se ofende, pero yo he optado

por no nombrarla para no equivocarme. Me avergüenzo ¿Por qué me sucederán estos lapsus?

Es una mujer más que interesante, y me gusta su conversación cuando viene a verme, es lo más parecida a las tertulias de París. Culta y muy leída, compartimos lecturas y opiniones. Es ella quien me deja libros. Es mi salvación.

Los libros son más interesantes que las personas. Eso siempre.

Con el resto de los vecinos tengo una buena relación, no estrecha, pero sí afable, nos saludamos por la calle, nos sonreímos incluso.

Sé que muchos de ellos han permitido a sus hijos unirse a la Resistencia, que incluso odian el Gobierno de Vichy, pero no sé, no llego a fiarme del todo de sus buenas intenciones, porque al mismo tiempo que arquean sus labios hacia arriba, siento en su mirada toda mi culpabilidad por esta guerra interminable y una frase en el aire: «Tú no perteneces a este lugar».

En estos tiempos difíciles de sálvese quien pueda, cualquiera puede ser un delator, incluso el más amable de los hombres. Soy pesimista, cada día más.

Alemania y sus aliados se están haciendo los dueños de Europa. La queman.

Me alarma tanto lo que estamos viviendo que un día decido escribir una larga carta a Julie. La necesito a mi lado. Ella es mi única amiga verdadera, es casi una madre, alguien en quien puedo confiar y con quien puedo contar para cualquier eventualidad. Estoy segura de que Julie jamás me fallaría. Quería mucho a mi padre, y todo ese afecto, cuando nos dejó, me envolvió a mí. Además, Julie es como una abuela para las niñas; quién mejor que ella para cuidarlas en caso de que a su padre o a mí nos pasase algo.

Hay que pensar en todo. En todo. Hoy más que nunca.

En la carta le doy instrucciones precisas, le otorgo plenos poderes. En adelante ella será la tutora legal de mis hijas y de la totalidad de mis bienes y de los de Michel.

Y mientras la escribo, se me ocurre una idea genial.

Publicar en la sombra. Sí, si no me dejan hacerlo con mi nombre, porque soy judía y extranjera, quizá podría utilizar el nombre y los apellidos de Julie, como seudónimo, Julie Dumot, ¡suena bien!, no, ¡suena de maravilla!

Sí, esa es la solución, así todas las cantidades a pagar por obra y derechos de autor podrían ir a sus cuentas y los futuros ingresos no quedarían bloqueados. Además de que dejaría de poner en peligro a mi ángel de la guarda.

¡Cómo no se me había ocurrido antes!

Espero durante días su respuesta, su llegada. No hay noticias. Me inquieto sin necesidad, eso me dice Michel. El correo es lento en tiempos de guerra. A veces se pierde.

Para ahuyentar mi negrura me escapo hasta el bosque y, cobijada entre los árboles, sigo escribiendo al mismo ritmo que lo hace esta insoportable guerra que se está haciendo dueña de todo, incluso del pensamiento y del cielo azul.

Es extraño, pareciera como si nos hiciéramos compañía. La concentración y las armas. Las dos juntas dentro de un gran agujero negro.

Pienso en los puntos de fractura de las frases. Las releo. Anoto símbolos que tendré que repasar más tarde, y me parece maravillosa la comprensión del mundo a través de las palabras.

Sin embargo, mi cabeza me niega la ceremonia lingüística, mi comunión, y me lanza varias preguntas descarnadas, ácidas, preguntas que no tienen respuestas, porque hace tiempo que he dejado de pedirle nada al presente, salvo el amor cercano de los míos: ¿En qué momento te estancaste?, ¿en qué momento dejaste de mirar al futuro y de creer?, ¿por qué enmudeces siempre que te pregunto por el porvenir?

¡Calla!, digo en voz alta, y se repite la palabra con el eco del bosque, ¡no quiero oírte!, ¡déjame! y dos pájaros asustados escapan de una rama cercana y se echan a volar.

¿Cuándo comenzó?, pienso, sin embargo. ¿Cuándo se hizo presente esta sensación de caída, de desplome, de rostros extraños bailando por la noche como si fueran monstruos?

Creo que fue durante la primavera, o quizá fuese al inicio del verano. Tuve un sueño muy raro. Estaba en el mar. Recuerdo el azul intenso, los dos fondos del cielo y la tierra uniéndose, y a dos niñas vestidas de blanco avanzando por un camino de tierra amarilla. Venían corriendo hacia mí, riendo, podía escuchar su risa templada, pero no ver sus rostros, estaban ennegrecidos, como si fuera el borrón de tinta de una página en blanco. Y de pronto comenzó a hacer frío, un viento helador, a las niñas se les levantaba el vestido. Las vi cómo huían de la mano, cómo se refugiaban en el azul del mar. Las grité con todas mis fuerzas que parasen, que aquel no era el camino de vuelta a casa, pero no me escucharon y desaparecieron entre la espuma. Quería correr detrás, alcanzarlas, pero no podía moverme. Mis piernas ya no eran dos, sino una sola, un tronco enorme y mis brazos se habían convertido en ramas agitadas y furiosas. A mi lado había otros árboles sorprendidos, me miraban

como si fuera una extraña.

La soledad fue infinita.

Esa noche tuve un ataque de asma. Se sucedieron otros.

Por las noches me sentía perdida, pero si me dormía, el sueño se convertía en pesadilla, se repetía, y llegaba la ansiedad. Para evitarlo, pensaba. Y eran largas aquellas horas de insomnio entorno a la vida, y no por nada en concreto, sino por todo el amor que sentía, que me quedaba por dar, un amor que si me detenían iba a quedar incompleto. También mi novela a cinco o cuatro tiempos. Mi gran obra quedaría truncada.

En realidad no le tenía miedo a la muerte, solo al dolor de separarme de los míos, mis hijas, ¿qué sería de ellas?, ¿y Michel?, mi querido Michel, mi otra mitad, ¿lo soportaría? Pensaba en la inutilidad de una vida encerrada en un campo de concentración, de trabajo forzado, en las enfermedades y la soledad, en el frío que haría en el norte de Europa, quizá también en el hambre. Pero todo eran suposiciones. Noches.

La razón de mi cansancio.

La muerte llueve sobre los campos y las ciudades, también sobre mis letras que describen esta mezquina guerra, pero nada es del todo real hasta que llega la experiencia, hasta que has mordido su dolor.

Y eso espero que no ocurra nunca.

Han llegado noticias de unos amigos de París. Han sido detenidos y deportados, pero de momento no se sabe con certeza a dónde. También se han llevado a la nodriza, y a la niña de tres años que tenían. ¡Pobre criatura!

Qué desalentador resulta el embrutecimiento de esta gente. No son soldados, sino máquinas de hacer daño, de matar. Lastiman solo con hablar.

¿Por qué nos odiarán tanto? ¿Cómo es posible envenenar de esta manera a todo un pueblo y tan rápido?

Antes de refugiarnos en Issy escuchamos frases hirientes, tan humillantes como insensatas. A Michel, algún compañero, le llegó a insultar en el banco. En una ocasión le gritaron que era un explotador, que abusaba de los franceses honrados, que les quitaba un puesto de trabajo. También nos llamaron lepra semita. ¿Lepra?, ¿cómo podían compararnos con esa espantosa enfermedad? Nariz ganchuda, esa fue otra, aunque era cierta, para qué engañarnos. Pies planos, ¡qué irónico!, incluso llegaron a decirnos que nuestro cerebro pensaba diferente, o que desprendíamos un aroma especial. ¡Cuánta insensatez!

Al parecer, los judíos estábamos llenos de defectos. El mundo se estaba volviendo loco.

Menos mal que llegó Julie a devolverme algo de calma.

¡Ay, mi querida Julie!

Cuando se instaló en nuestra casa, sentí tanto descanso que dejé de tener insomnio y dormí durante días, y llegó un momento en el ya no pude imaginar mi vida sin ella. Formaba parte de mi brazo, de mis manos; a lo que yo no llegaba, lo hacía ella, ampliaba mi sonrisa, acababa los cuentos, recogía a las niñas del colegio, les daba la cena, me daba tanta tranquilidad que mis letras fluían sin descanso, rápidas, me agotaban, pero al finalizar el día, cuando volvía a casa del campo, me sentía dichosa.

Y ver a Michel a lo lejos, esperándome en el dintel de la puerta de la entrada, me emocionaba como si fuese una niña pequeña. Su largo abrazo al acercarme, sus mismas palabras de siempre: «Mi querida Irène, ya estás en casa». Y con esas palabras, su mirada me iluminaba.

Dentro de casa huele a alcohol y a tristeza. Observo a Michel desde la cocina, está sentado en el escritorio y golpea las teclas de la máquina de escribir. A veces no le reconozco dentro del gabán que se empeña en llevar a todas horas, le queda demasiado ancho. Ha adelgazado mucho durante los últimos meses. Su figura postrada delante del estudio y los zapatos que le sobresalen por delante bien lustrados y relucientes, harían pensar a cualquiera que lo viera que va a salir de casa de un momento a otro, pero no, nada más lejos de la realidad. Hace tiempo que Michel no sale de casa, ni siquiera le gusta pasear por este pueblo. Desconfía de todo el mundo, su rostro se ha vuelto grisáceo y está surcado por profundas arrugas que le cruzan la frente. Me preocupa. Bebe, ya lo hacía antes, pero ahora bebe más, y cuando lo hace, las aletas de su nariz se dilatan. Bebe, siempre que me ausento, la mayoría de las tardes, aunque piensa que yo no me doy cuenta. Bebe y mecanografía mis manuscritos. Y yo no soporto el ruido de sus dedos y la compulsividad con la que azota las teclas, y por eso me marcho a escribir lejos, a la campiña francesa, para no mirar su deterioro, para no verle beber. Para que no me estalle el corazón dentro del pecho cuando pienso en su vulnerabilidad. ¿Qué hará si nos separan?, ¿sobrevivirá? ¡Dios mío!, ¡cómo amo a este hombre! Nunca se ha sentido en Issy como si estuviera en su propia casa. Creo que ninguno hemos podido hacerlo. Quizá las niñas hayan sentido otra cosa. Sé que aman estos campos y las callejuelas de este diminuto pueblo. Y a sus amigos, ay los amigos, lo son todo para los niños. Para mí, el hogar es otra

cosa, el hogar somos nosotros, solo nosotros, un equipo de valientes: Denise, Babet, mi querido Michel y Julie, ahora también Julie. Y si ellos están cerca, yo estoy feliz, me siento casi segura. Por primera vez en mi vida, pese al entorno que nos lastima, a la guerra que no cesa, a todo lo difícil, me siento realmente amada. Como mujer, como madre. Completa. Y todo ese amor se traduce en estabilidad, en un deseo inmenso de vivir, de conseguir más tiempo. Arañarlo si era necesario. Robarlo. ¿Se podía robar el tiempo?

Supongo que fui yo quien cambió el orden de las cosas.

Y el optimismo al entrar en casa, al volver de escribir, se convirtió en rutina, quería recordarles sonriendo, siendo felices. Me repetía todo el tiempo, mientras regresaba por el camino de tierra, ¡estás bien!, y me lo creía de verdad, y era extraño eso de estar radiante por una vez en la vida, una sensación nueva, gratificante. La negrura la reservaba para el cuaderno. Frases y frases de negrura como: «¡Mi vida es un teatro!, y trato de aparentar una normalidad que no llega. Me entristece esta guerra que se libra sinsentido, pensar en la amarga complicidad de mi presente y mi pasado, en las perlas que adornaban el cuello de mi madre, en sus eternas fiestas, en mi niñez solitaria, en el baile de máscaras donde nada era lo que parecía, ni siquiera la elegancia de las cortesanas y su infidelidad.

¿Y ahora?, ¿qué nos queda ahora?, ¿nuestra escuálida vida reducida a cuatro calles polvorientas de un pueblo de provincias?, ¿las letras pequeñas en un cuaderno que no sé si verá la luz?, ¿la felicidad en el rostro sonrosado de nuestras hijas que pese a todo viven su infancia de forma plena?, ¿la angustia propia justo en el centro de mi pecho? ¿Creerá alguien, alguna vez, el gran drama que estamos viviendo?, ¿le pondrán voz a las mujeres que partieron embarazadas y perdieron a sus bebés por el camino?, ¿a los enfermos arrancados de sus camastros en fase terminal?, ¿a los que se hacían sus necesidades encima de puro miedo?, ¿a este horror? ¿Qué hago yo aquí escribiendo, pasando las horas hilvanando palabra con palabra?, ¿es esto la vida?, ¿le importará a alguien?, ¿por qué tengo este romanticismo enfermizo de huir, de refugiarme en la literatura, de no mirar de frente y callar lo que pienso?, ¿es natural?, ¿dónde está la verdad de la vida?». Me hacía muchas preguntas, y las escribía todas.

Otras veces sentía que el bosque se burlaba de mí, que los caminos se alargaban para que no volviera a casa, que el viento me susurraba: «Pero, ¿qué estás haciendo, Irène?, ¡abandona la novela!, ¡vive!».

Y yo le respondía en alto, casi sollozando: «Eso es fácil de decir,

pero, ¡dime tú que sabes tanto!, ¿cómo se puede vivir sin escribir?, ¡yo no puedo!, me parecería la vida más triste del mundo».

Julie y yo alargábamos las cenas con tertulias interminables mientras las niñas dormían y Michel se recogía en sus lecturas. Esos momentos eran un tesoro para mí. ¡Sabía tanto!, ¡tenía miles de historias que contarme y con ellas luego yo escribía, las reinventaba, cargaba de tinta la pluma!

Julie me ayudaba a llevar el ritmo acompasado de mi propia respiración. Se convirtió en mi pulso, en el tacto de una piedra roma dentro de mi mano. Sentía toda su solidez, su dulzura, y eso me agigantaba. Hacíamos planes. Hablábamos de las certezas, de lo desconocido, de lo que podía ocurrirme, ocurrirnos; con Michel era imposible.

—Si al final se me llevan, me deportan (no soporto esta palabra), ¿las cuidarás, verdad?, son tan pequeñas.

—¿Qué pregunta es esa?, ¡claro, Irène!, siempre.

—Lo sé, lo sé, ha sido estúpido preguntarte algo así, pero tengo que estar segura de que puedo marcharme. Hace tiempo que tengo un triste presentimiento, Julie, y no puedo compartirlo con nadie, está edificado sobre el silencio.

—¿Qué te ocurre, Irène?, ¿te sientes mal?

—No voy a sobrevivir a esta guerra, mi tiempo se está consumiendo.

—Pero, ¿de qué tiempo me hablas?

—Del de vivir, el tiempo que he vivido ya lo he cumplido con creces. Y si muero, desearía saber que mis hijas serán felices, que no les faltará de nada, que alguien les hablará con cariño de mí. ¿Si muero, les hablarás de mí?

—Cada día. Pero, calla, no hablemos más de muerte.

Y durante un rato, seguíamos allí, en la cocina, con las manos entrelazadas, en silencio, mirándonos, respirando. Y teníamos la esperanza, el deseo quizá, de que la vida nos regalara otra oportunidad.

La guerra continúa. Es como una canción vacía, va dejando mella por donde pasa, ruinas, caídos, llanto por los rincones.

A los judíos alemanes no se les deja salir del país y van marcados como si fueran ganado, con la estrella amarilla de David. ¿Llegará esa moda también aquí, a Francia?

Hace unos días nos confiscaron la radio. Pero Michel no se quedó conforme ni con los brazos cruzados y no tardó nada en conseguirnos otra. Prefiero no preguntarle cómo lo ha hecho o a quién ha tenido que sobornar para lograrlo. Y mejor no indagar

cuánto nos ha costado. La nueva radio no se escucha igual que antes, las voces tienen como arenilla, se entrecortan, y yo creo que es porque la tenemos escondida y no llega bien la señal, pero no importa, al menos nos mantiene informados de los avances de la guerra.

Corren tantos rumores, la verdad de unos y de otros, que ya no sabemos a quién creer; sin embargo, es tan fuerte mi necesidad de tener fe en cualquier cosa, por mínima que sea, que no puedo evitar sentir algo de esperanza cuando escucho que a raíz de la invasión de Alemania a la Unión Soviética el veintidós de junio de 1941, Stalin, su líder, se ha unido al presidente de los EE.UU., Roosevelt, y a Churchill, el primer ministro de Gran Bretaña. Sin embargo, la intervención de los EE.UU. sigue siendo tímida, solo un apoyo, y yo anhelo mucho más. Que se impliquen, eso es lo que quiero, que vengan a liberarnos a todos con su ejército de gigantes.

Papá hablaba tan bien de América. ¡Ojalá me hubiera ido contigo, papá!, ¡ojalá!, ¡qué impertinente y obstinada era!, una niña mujer mimada, eso es lo que era.

Últimamente rezo, rezo mucho, rezo todo el tiempo, rezo como nunca lo había hecho hasta ahora, con convicción; bueno en realidad no sé si se puede llamar rezo a lo que hago, porque solo pido.

Pido. Pido. Pido. No me canso de pedir. Siempre fui una egoísta, eso es verdad. Pero ya no pido por mí, solo por ellas, por mis niñas, Denise y Babet, y por Michel. Tú me lo decías, papá. ¿Lo recuerdas? Solo me interesaba de tus vueltas los regalos; y sobre todo, tu tiempo, lo quería todo para mí, pero no me lo dabas. Siempre ocupado, siempre volviéndote a marchar, otro negocio, otra frase de despedida, otro beso que no abrigaba, otros silencios, tantos silencios que por eso me refugiaba en los libros, en sus citas, en la escritura, en el viaje sentimental de todo lector. Para mí los libros eran mi propio testimonio de la soledad, el palpitar de un aprendizaje que desembocó en una vida real. Buscaba la fama, eso me decías burlón, ¡puede ser!, sí, ¿por qué no?, ser reconocida, célebre, estar rodeada de gente para no sentirme siempre sola, como cuando era una niña. ¿Había algo malo en ello?

El siete de diciembre de 1941, Japón (una de las potencias del Eje) bombardea Pearl Harbour, en Hawai. Me siento feliz y me disculpo por ello. Sé que es mezquino decirlo. Casi una imprudencia escribirlo, pero que los Estados Unidos sean atacados implica una posibilidad para sobrevivir, y yo ansío escucharla. El once de diciembre es la fecha del encuentro, un día que se quedó sin vivir

porque estuvimos todos pendientes de la radio. Mereció la pena. Estados Unidos entraba en la guerra. Brindamos en familia. Alzamos la copa y deseamos el final. Y con esa avidez comenzamos el año 1942.

Sigo escribiendo. Tengo mucho que contar, ahora más que nunca. ¿Y si volviese al pasado?, ¿a los recuerdos de mi infancia a través de un personaje? ¡Tengo tantos y tan nítidos! Volver, como quien saca un abrigo viejo del armario y le sacude el polvo. Volver, ¿me apetece volver?, ¿rescatar esa otra vida que tuve, en la que me comía las uñas, en la que me sentía un animal abandonado, una percha de vestidos bonitos, una insignificancia?

No lo sé. Es doloroso volver a esa niña, aunque, sobre esa niña gris y solitaria, he construido lo que soy. Esa niña son mis raíces y mis novelas. Mi éxito.

No he sentido cómo pasaba el tiempo, me ha volado entre las manos, siempre ocupada en batallas perdidas, en silencios demasiado largos, en vivir a través de otros, sobre todo de esos personajes que leía y me parecían apasionantes.

Recuerdo cuando lo hice por primera vez.

Sí, cómo olvidar cuando me metí en aquel personaje tan parecido a mí y escribí aquella pequeña novela que mi madre odio desde el principio, *El baile*.

Los dedos me bailaban en el papel como un vals de Mozart. ¡Fue increíble!, la libertad. ¡Y cómo no!, a mi madre le pareció nefasta. Un insulto. Una insignificancia. Y aunque no me lo dijo en alto, supe enseguida lo que pensaba; esa horrible mujer, esa madre estirada, no podía ser ella, pero lo era; esa familia deshecha en convencionalismos y sin amor no podíamos ser nosotros, pero lo éramos. Y ella lo sabía. A veces los hijos resultamos una molestia, una carga. Esa fue siempre la sensación que tuve con respecto a mi madre. Con mi padre no, yo sentía que él me quería, me colmaba de afecto cuando estaba en casa, que era muy poco, es verdad; me llenaba de caprichos y atenciones, me escuchaba; todo era insuficiente para su pequeña Irène. Mi padre era un hombre bueno, adorable. ¡Cómo lo añoro!

Sin embargo, a mi madre le molestaba, le sobraba, le suponía una preocupación más, un dolor de cabeza, un estorbo, arrugas en la piel, un sentido del deber que no tenía, que nunca deseó. Mis lamentos la rebasaban, no me necesitaba cerca, ni lejos, ni a medio camino.

Su desapego me dolió de niña y me arrancó lágrimas de desconsuelo durante una interminable infancia y gran parte de mi

adolescencia, pero con el tiempo el rechazo me liberó. Y fue gracias a las lecturas. Después llegaría la escritura, ácida, mortal, donde ella era, sin duda alguna, la diana de mi ira, de todo mi odio que en realidad no era tal, sino un rencor profundo y quizá algo exagerado.

La representé de muchas maneras en mis personajes, llevándola como venganza de la mano al máximo ridículo. Y es que así la veía yo, frívola, grotesca, soberbia, egoísta, caprichosa, excesiva, hermosa, muy hermosa. Tenía una belleza rusa, blanca, casi transparente y el cabello rubio que siempre añoré para mí. El tiempo se encargó de estropearla. El tiempo y sus desvaríos.

Sí, mi madre desvariaba. Siempre me pregunté por qué me había tenido si en su esencia no estaba ser madre, ¿quizá para retener a mi padre?, ¿para lucirme como a uno de sus vestidos caros, o aquellas joyas ostentosas que tanto anhelaba tener y que mi padre le regalase?

Mi madre había nacido para deleitarse, para ser servida, amada por los hombres, admirada, cortejada. Le gustaba el lujo y vivir de forma regalada, sin preocupaciones. Conocía su atracción, la fascinación que producía en los hombres, que se volvían locos en su presencia y llamaban su atención como perritos falderos.

La familiaridad, la rutina y el apego le aburrían; mi padre le aburría, él solo era un medio para conseguir lo que quería; yo le aburría, era una sombra pequeña pero alargada, una molestia, una competidora, feúcha, desgarbada, miope, una vergüenza, y encima, me gustaba leer. ¡El horror! ¿Había algo menos atractivo que una mujer de letras con las manos siempre sucias de tinta, o un libro, o la mirada perdida en mundos irreales?, eso decía ella en voz alta burlándose de mí ante sus amistades cuando supo que escribía, que mis libros gustaban, que se vendían, que ganaba dinero y que había dejado de depender de un hombre para vivir.

«¿Trabajar?», insistía, «¡qué estupidez!, el mundo ya está lleno de gente corriente, no tiene ningún encanto que trabajes. Con las letras te morirás de hambre, y ya sabes lo vulgar que me resulta la pobreza».

Pero con el tiempo sus desprecios, marcas de su gran desamor, dejaron de sorprenderme, de dolerme en lo más profundo, y solo me causaban risa y puro agotamiento.

Me trataba como a un bebé, ridiculizándome todo el tiempo, cuando era niña, y como a una niña cuando ya fui mayor. Siempre estuve sola, y creo que por eso leí tanto de niña, de adolescente, de adulta; quería, necesitaba, engañar al corazón, a los desvaríos que sentía mi espíritu solitario. Aprendí a amar la música, el mar, a mi

padre con todas mis fuerzas, la lengua francesa y el inglés, y cuando el amor definitivo, Michel, entró en mi vida, me volqué en él.

Me alejé de ella para poder sobrevivir; mi madre era una mujer tóxica. Lo que está torcido, a veces, es difícil de enderezar y su oscuridad me acompañó durante años, mientras nacían mis hijas y las criaba con todo el amor que ella nunca quiso darme; mis queridas hijas, ¿cómo no amar a aquellas criaturas perfectas?

Fueron mi ocupación más valiosa. Nada de lo que había hecho hasta entonces había tenido sentido. Y de poco me sirvió la vanidad o la sabiduría que había querido alcanzar con mis propias manos manchadas de tinta; ellas me lo desmontaron todo, mientras Francia estallaba en otra absurda guerra y la tierra era ocupada.

Si conseguí apartar a mi madre de mi vida como hizo ella conmigo, fue gracias a mis hijas, ellas me señalaron el camino, y aunque me costó, fue muy liberador.

Fue otro comienzo. La luz de un amanecer.

He pensado mucho en ella estos días, y creo que no se dio ni cuenta de la distancia que puse entre las dos, o quizá sí, y le dio igual. Sí, supongo que le dio igual, porque nunca me quiso de verdad, lo fingió mientras mi padre estaba vivo, pero cuando él murió ya no cabían los engaños entre las dos.

Huir de los recuerdos fue una terapia que llevé al papel. Mis libros, todos ellos, fueron testigos de mi noche.

Cecile me cuenta cosas sobre el ejército en la sombra, la Resistencia. Dice que el general Charles de Gaulle aboga por una resistencia abierta contra el régimen colaboracionista de Vichy. Y yo le pregunto qué significa resistencia abierta y ella hace un gesto firme con la mano en forma de pistola.

Me llevo la mano a la boca. Y ella se sonríe y me guiña un ojo, y un segundo después añade: «No os vamos a dejar solos». Y yo quisiera abrazarla con fuerza, pero en ese momento entran las niñas y se adueñan de mi cuerpo rodeándome con cariño. Y yo alzo la cabeza para evitar que se me escapen las lágrimas y caigan sobre ellas. No quiero que me vean llorar.

Me resulta insultante que alguien pueda favorecer a los nazis, y me duele en el alma que puedan arrancarnos de nuestros hogares como si nada, y tratarnos peor que si fuésemos animales solo por el hecho de ser judíos o extranjeros.

¿Dónde está la caridad cristiana de esta tierra?, ¿la fraternidad de la que hacen gala sus canciones, esas que cantan mis hijas en el colegio?

A veces la Resistencia recala en casa de Cecile, lo sabe todo el

pueblo. Yo me enteré hace poco. Su hermano es un miembro activo y, a través de él, Cecile me adelanta las últimas novedades, el devenir de la guerra en el resto de Europa, la ofensiva en París y cosas por el estilo.

Me entero de mucho, más de lo que le gustaría a Michel e incluso a mí misma. Y me aterra lo que escucho.

Hablan de detenciones, de brutales e interminables interrogatorios en los cuarteles, de aullidos de dolor que se escuchan desde la calle. Hablan de mujeres violadas en los campos de internamiento, de que les rapan la cabeza y con los cabellos hacen colchones, que les visten con pijamas y les quitan todo lo que tienen nada más llegar, que les hacinan en barracones y les separan, hombres a un lado, mujeres a otro. No quiero ni pensar que tanto dolor pueda ser real.

Y siempre termina diciéndome lo mismo, que debemos huir, escapar a Suiza a través de las montañas, que en Issy no estamos seguros.

Pero yo me resisto, le acaricio el brazo con ternura y le digo que las niñas son felices con ella, con los conejos, en ese lugar perdido, su campo, el que ella ama y nos ha hecho querer a fuerza de vivirlo, y que veo a Michel débil y a Julie mayor y que sin ellos no concibo mi vida. Le digo también que la gente de Issy parece amigable, llana, y que no puedo creerme que nadie vaya a delatarnos ahora, que esté tranquila.

Es curioso que sea yo la que le anime, y que le diga que esté tranquila cuando yo, por dentro, me muero de nervios e intranquilidad. Además, le aseguro: «Estáis tu madre y tú, sois nuestros ángeles de la guarda. No, mi querida Cecile, no nos marcharemos. Mi familia ya lo hizo una vez, y nos quedamos sin una patria a la que volver, y míranos ahora, ¿qué tenemos?, nada de nuevo, solo un miedo legítimo. ¿Cómo voy a hacerles lo mismo a mis hijas? Ellas son francesas, hijas de esta tierra, y no sé cómo sucederá, ni cuándo, pero tendrán que aprender a amarlas».

Aún puedo recordar, si me esfuerzo mucho y me quedo en silencio, uno de los momentos más dulces y trágicos que viví siendo muy niña junto a mi madre. Mis padres siempre dijeron que era imposible que pudiese rememorar aquel episodio, demasiado pequeña, decían, pero yo podía, no sé cómo, pero podía.

Corría el año 1905, y en las calles de Kiev estallaba algo parecido a una guerra, un pogromo, ese nombre lo sabría más tarde. Yo miraba por la ventana, sorprendida por aquella revuelta de la calle que no entendía, al abrigo de nuestra casa acomodada. Me

gustaba aquella casa, o al menos la recuerdo con cariño, quizá por mi institutriz Rose.

Ella fue un tesoro en mi vida. Mi primer tesoro. Tampoco tuve muchos. Rose me envolvía con su cuerpo orondo y su cariño mientras me enseñaba francés. De ella recibí todo el amor que me negaba mi madre, todo su tiempo, mis primeros aprendizajes. Me llevaba de paseo, me enseñaba la ciudad y lo hacíamos como si nos fuéramos de aventura. Conquistábamos el espacio.

Pero aquel día de 1905, Rose no estaba, y mi madre me apretaba contra su pecho muy fuerte e intentaba apartarme de la ventana que yo miraba embelesada. Daba pequeños gritos que me asustaban más que los que llegaban de fuera y hacía como que lloraba, aunque en su rostro no había ninguna lágrima. Su vestido rígido, como ella, me rozaba la cara, pero recuerdo que me dio igual, me sentía feliz de que estuviera cerca, protegiéndome. Fue un momento de debilidad, quizá de madre, de protección, que no he podido nunca olvidar.

Desde fuera llegaban voces, mi madre estaba presa del pánico. Su corazón latía muy rápido. Su aroma era dulzón; quizá por eso, e inconscientemente, desde entonces he relacionado el miedo con los árboles frutales.

Aquel infierno duró tres días por la ciudad, eso dijeron, y hubo un balance de cerca de cien muertos. A nuestro barrio, acomodado y silencioso, donde nos creíamos a salvo de todo, de la pobreza, la ruindad o la violencia de las calles de Kiev, también lo alcanzó y de forma inesperada, como una tormenta de verano, descargó lo que pudo, arrasó lo que vio y después, se retiró sometida por la policía.

Aquella marea de gentes descontentas parecía muy enfadada, apostada sobre las verjas, la zarandeaba sin piedad. ¡Qué fuerza tenían!, parecían colosos enfurecidos. Hay veces que me parece ver las mismas ramas de los árboles partidas, pisoteadas, en este bosque, incluso los cristales de las ventanas por las calles.

No les gustaban los judíos, ni nuestra riqueza, ni la religión en la que creíamos o no creíamos, mi familia no era practicante, pero eso daba igual, no preguntaban, solo atacaban. Necesitaban buscar culpables para liberar la tensión de sus días críticos.

El llanto del barrio.

No nos pasó nada en aquella ocasión, pero pudo ocurrir cualquier cosa, el odio era muy grande. El odio estaba grabado en la mirada de aquellas gentes. Y el cansancio.

También el nuestro.

Siempre acusados y perseguidos.

La siguiente oleada antisemita durante la Revolución rusa fue mucho peor, se llevó con ella a miles de judíos, y a nosotros nos hizo huir.

Huir, comenzar de nuevo.

Lo que vino después es más fácil de contar y tiene mucho que ver con eso de narrar, de adentrarse en uno, de enfrentarte a los fantasmas y buscar algo de felicidad.

¡Cuántos recuerdos me produce la espera lenta de esta guerra!

Enero de 1942 ha comenzado fuerte, implacable. Parece que se acerca el final, o la solución final, ya no recuerdo qué es lo que me ha dicho Cecile entre pucheros, no la prestaba mucha atención. Además, ¿el final de qué?, ¿de la guerra?, ¿de nosotros?, he pensado, pero estaba tan angustiada que solo la he abrazado.

¿Podrá haber un final sin luz?

La luz ha desaparecido de los días de Francia. Por si acaso tiene razón Cecile y el final está a la vuelta de la esquina, algo que sería bueno, escribo más deprisa, más pequeño, compulsivamente. Me gustaría finalizar a tiempo esta novela.

A tiempo de vivir o a tiempo de morir, no sé qué tiene el destino reservado para mí. Aunque me gustaría que fuera algo bueno. Publicaré esta novela y será un éxito.

Sí, lo será.

Un día, a principios del mes de febrero, Cecile llegó muy alterada a nuestra casa. Julie y yo la seguíamos por las habitaciones sin poder frenarla. No paraba quieta. Braceaba, lloraba, se secaba el sudor inexistente de la frente: «Son solo rumores, filtraciones, nos decía, ¡ay Dios mío!, no sé por dónde empezar. Los alemanes se han reunido en una conferencia llamada Wannsee, o algo así, ¡vaya nombre! y un oficial de las SS, esos que van de negro, un tal Heydrich, que dicen que es muy malo y que todo el mundo le teme mucho, ha elaborado un plan en el que se va a detener a todos los judíos. ¿Os dais cuenta?, ¡y vosotros aquí! Hablan de más de once millones en toda Europa. ¡Once millones! Hablan de exterminio».

Julie y yo nos quedamos de piedra. No nos salían las palabras ni para preguntar. Cecile seguía llorando, y se secaba las lágrimas con el delantal, y repetía: «¡Ay, Dios mío!», sin parar, cada vez más alto, mientras nos aconsejaba que huyéramos, que no esperáramos más, que teníamos que tomar una decisión rápida para salvarnos.

Julie me apretaba la mano, también ella asentía, le daba la razón y temblaba. Y yo, en estado de *shock*, ya no sabía qué pensar, qué hacer, qué era la mejor.

Hablé con Michel. Él también creía que debíamos huir a Suiza, a

través de Le Chambon-sur-Lignon, pero yo seguía sin verlo claro.

Esa noche me dio un ataque de asma y me puse muy mala. Cuando superé la crisis vi a una mujer reflejada en la ventana de mi habitación. Estaba sola. Aquella mujer no se parecía a nadie que yo conociera, y pensé que quizá era un espíritu de aquella casa, una antigua moradora. Estaba de pie, seria, y contemplaba un horizonte lejano en su mirada, cuando de pronto dijo: «Querida Irène siempre se puede partir, pero llegar, ay llegar, llegar es imposible si no se tiene a dónde».

Y después desapareció.

Esa noche decidí que afrontaríamos lo que viniera. Que Issy sería la última casa que ocuparía en aquella guerra absurda. Quizá me equivoqué, pero yo también libraba mi propia guerra. No soportaba el rechazo, ni en lo que nos querían convertir, huidos, mendigantes de un pedazo de tierra, de algo de tranquilidad.

La vida giraba en torno a nuestra desaparición y me parecía tan increíble que aquello pudiera estar sucediendo en pleno corazón de Europa que quería pelear, aunque mis puños no fueran otros que las palabras o la provocación de mantenerme firme y segura en mi propio espacio.

Mi casa. Mi familia. Mis libros.

Llegan más noticias:

«Se prohíbe a los judíos el uso del transporte público».

Y el veintisiete de marzo se detiene a miles de judíos, se habla de cerca de cuatro mil, pero quizá sea exagerado. Las noticias llegan con cuentagotas y algo distorsionadas. Dicen que los han llevado al campo de retención de Drancy, y que después se los han entregado a los alemanes para que trabajen en los campos de concentración de Auschwitz en Polonia.

¡Es horrible!, y por más que me esfuerzo, no entiendo lo que está ocurriendo.

Las víctimas de marzo nos dejan un sabor amargo en la boca y en el cuerpo un temblor que ya no parece querer cesar.

Estamos agotados de tanta hostilidad. Pero, en contra de lo que pensamos, las autoridades no paran, quieren más.

Se siguen elaborando normas contra nosotros con la única y perversa idea de arrinconarnos para siempre en la sociedad francesa.

¡Está claro que nos quieren fuera de Francia!

Nueva ordenanza del veintinueve de mayo: Todos los judíos debemos llevar puesta la estrella amarilla de David para que se nos identifique.

La moda alemana del marcado de ganado ya ha llegado a Francia.

¡Qué aterradora imposición!

Sin embargo, me sorprende que su imposición haya estado rodeada de polémica. Vichy se negaba. Y como no había acuerdo, al final se ha pactado que la lleven los judíos franceses de la Zona Ocupada. Los de la Zona Libre de Vichy estarán exentos.

A nosotros nos toca, como si no supiera ya todo el mundo de esta tierra de campos quienes somos.

Sufro de vernos señalados, aunque a las niñas les digo que me encantan las estrellas, que nos hacen diferentes, más bonitas.

Ellas me creen.

Observo que la población francesa comienza a protestar, rechazan a los alemanes. Y eso me hace feliz. Aunque podía haber llegado antes.

Es demasiado tarde, ¿o quizá no?

¡Cuántas historias de guerras e injusticias, de muertes injustificadas, se han edificado sobre silencios!

Mi obra avanza. Ya le queda menos, eso pienso mientras regreso por el camino a casa, mientras miro a Michel a los ojos y le beso con cariño, mientras acaricio a mis hijas en la entrada y les prometo que en cuanto termine la novela pasaré todos los minutos del día con ellos.

«¡Ya me queda menos!», les insisto porque me miran raro, como si me creyesen loca, o no me creyesen en absoluto.

Respiro hondo y pienso si estaré haciendo lo correcto; si mis manos no vacilan, ¿por qué el corazón lo hace todo el tiempo?

Me entristezco cuando pienso que será mi última novela, que este pasadizo incierto de horas por el que me deslizo, es más importante que ellos, ¡no lo es!, pero presiento que es la única salida para devolverle la vida a los muertos o una forma de vivir huyendo de la soledad y del miedo enorme que le tengo a todo.

No quiero que me vean llorar. No quiero. Me entra urgencia por terminar.

Los británicos bombardean Colonia y llegan por primera vez al interior de Alemania. Le siguen otras ciudades. Los Aliados atacan con fuerza. ¿Tendremos alguna esperanza?

¡Oh, por favor, por favor!, que se den prisa, que se den prisa.

«Se planifica una masiva redada para el verano», dice Cecile una mañana temprano.

«¿En verano?, ¡pero si ya estamos en verano!».

Esa tarde me tiemblan las piernas cuando salgo de paseo con el

cuaderno debajo del brazo, como siempre. Y mientras me alejo, pienso que el bosque y los campos están preciosos. Resplandecen de amarillo, de verdes nuevos, de rojos por los bordes. Retengo el color de las amapolas para más tarde, puede que su color cálido me dé fuerzas cuando me detengan.

Y se me abre una grieta en el interior que me estremece.

Recordaré esta tierra. Tan aburrida antes, tan placentera ahora.

¡Cómo he cambiado!

Pongo un punto final al manuscrito y sonrío. No lo he terminado, en realidad, pero ya no me importa nada. No quiero escribir más. Esta guerra no se lo merece. Abandono. Necesito estar con mis hijas, quererlas mucho, contarles cuentos, cogerle la mano a Michel, pasar las últimas noches junto a él, amándole, abrazándole.

¿Cuántas noches nos quedan?, ¿nos iremos juntos?

¡Verano!, ¿ha dicho Cecile durante el verano?

A veces el verano puede ser muy largo, puede ser interminable; sobre todo, cuando hace mucho calor.

Y este año lo hace. Las cigarras cantan muy alto, molestan a los que duermen, excitan a los amantes.

Aún me queda tiempo, me digo.

El siete de junio se implantan las estrellas amarillas en el pecho en zona ocupada. Son bonitas, si no fuese por lo que significan. A las niñas no les importa ponérselas.

A finales de junio, recibimos un llamamiento de la resistencia judía, es una carta clara, que nos asusta y al mismo tiempo nos parece algo exagerada.

Dice así:

Hermanos y hermanas:

Hace ya algunas semanas que los asesinos de la Gestapo nos han impuesto llevar la estrella amarilla. Pensaban que el pueblo francés reaccionaría de otra manera, que reforzarían su sistema represivo contra nosotros, pero no ha sido así. El pueblo francés ha visto en la estrella amarilla un signo más de su barbarie y nos ha mostrado toda su solidaridad. Visto el fracaso de la medida, parece que preparan una nueva ofensiva contra nosotros. Según las informaciones recibidas, fuentes fiables todas, preparan una nueva redada y una deportación masiva de judíos. El plan de exterminio servirá de paso como advertencia para los franceses que se oponen a nuestra esclavitud y piden que nos dejen vivir como ciudadanos libres.

¡Hermanos judíos! ¡El peligro es muy grande! Y nuestro primer deber es alertaros. Estos bandidos hitlerianos están dispuestos a los peores

crímenes. ¡Cerrar los ojos ante esta trágica realidad equivale a un suicidio!

Abridlos, reconocer el peligro, os conducirá a la salvación, a la resistencia, a la vida. La cuestión que se plantea es: ¿Qué deberíamos hacer cada hombre judío, cada mujer judía, cada joven judío, cada niño para no caer en sus manos?

No os quedéis a esperar en casa su llegada, ocultaros, esconderos, hay mucha población francesa simpatizante, buscad refugio, combatirles, resistir, pedid auxilio, intentad huir, que ningún judío sea víctima de la bestia sedienta de sangre. Cada judío libre y vivo es una victoria contra nuestro enemigo.

Unos días más tarde, se aprueba una nueva ley antisemita; cada vez son más restrictivas. Nos han comunicado que entrará en vigor el quince de julio, y para eso no queda nada. Dice esa ley que los judíos ya no podremos frecuentar los parques, ni los restaurantes o las cafeterías, tampoco los teatros, cines, conciertos, museos, bibliotecas, playas, ferias, albergues, incluso las cabinas telefónicas nos van a negar.

¡Qué irracional es todo!

¡Qué tapicen el mundo!, ¡que lo llenen de reglas, de ordenanzas, de leyes inútiles y racismo!, ya no me importa, me basta el campo, el campo no es de nadie, no es para nadie. Y mi casa. Ese es mi imperio. Y ellos no entrarán a mancillar mi imperio.

No les dejaré.

Más noticias:

Las armadas británica y estadounidense frenan el avance naval japonés en el centro del Pacífico en Midway.

¡Parece que los Aliados progresan!, pero son tan lentos. Imagino que tiene que ser así, pequeñas victorias darán al mundo algo grande, acabarán por fin con esta locura alemana, pero, ¿llegaré a verlo?

Me gustaría tanto.

Trece de julio, amanece gris, y el ambiente está cargado, como si el día arrastrase alguna melancolía del pasado. Quizá sea el calor. Mi ser literario me pierde. Tengo que relajarme.

Voy paseando por las habitaciones, y cubro los cuerpos cálidos de Babet y Denise con la sábana. Duermen. Les acaricio sus cabellos. Sonrío.

Hoy vamos a pasar el día juntos, quizá bajemos hasta el río.

Abro las ventanas del huerto para que entre el aire en la casa y me paseo por el jardín con los pies descalzos. Las primeras flores han madrugado llenas de rocío y me saludan, llevo su agua entre

los dedos de la mano y me acaricio la cara.

Después, con esa sensación de calma, de demasiada calma, ordeno papeles, correspondencia, asuntos importantes, todo por fechas; y por último, entierro, sin grandes ceremonias, mi cuaderno de letra minúscula en la maleta. Y me despido diciéndole: «¡Quizá en otro momento pueda retomar tu historia, terminarla! ¡Eras buena!, sí, puede que la mejor que haya escrito nunca».

El cuaderno parece asentir, guiñarme un ojo. Creo que me entiende. Se adelgaza con la gravedad y el peso de otros papeles que coloco encima.

Por la ventana entra el trino risueño de un ave, creo que es un gorrión, pero no lo sé, nunca me he aprendido el nombre de los pájaros. Me gusta su canto y me acerco a la ventana para ver si lo veo y me sorprendo porque está ahí, justo ahí, apoyado en el dintel del salón. Hace ruiditos raros como si estuviera picando algo y canta después.

Es hermoso su canto. Quizá él también se esté despidiendo de esta novela, o acompañe mi llanto. A lo mejor solo ha venido a decirme adiós. Me estremezco solo de pensarlo. Me gustaría acariciar la libertad de un ave.

Ser ave.

Al llegar hasta él, no sale huyendo como esperaba, sino que me observa indiscreto. Y en su mirada veo reflejada la mía. Es enorme mi mirada y brilla de miedo. ¿Ese miedo lo verán mis hijas?

Un mal presentimiento me atraviesa la base del cuello.

Tiemblo como una niña pequeña.

La mañana pasa en un abrir y cerrar de ojos, entre los preparativos de un desayuno tardío y una comida que quiere ser familiar, festiva.

«Hoy estamos de celebración» les digo. Pero no quieren saber qué celebramos. Les da igual. Las niñas están contentas, van y vienen por la casa. Michel aprovecha y arregla el huerto y por un día deja descansar la máquina de escribir.

Le beso en los labios y le digo que ya no le voy a dar más trabajo y él se encoge de hombros y me sonríe. Me parece que no me cree. Julie tararea una antigua canción francesa mientras cuelga la colada y Cecile le sigue el ritmo con el pie, mientras pela las verduras y habla.

Habla, habla, y sus palabras son como una caricia, aligeran los malos augurios, los alejan. Y de pronto un plato se le resbala de entre las manos y cae estrepitosamente al suelo justo cuando suenan cuatro fuertes golpes desde la puerta de la entrada y un nombre con

apellido.

Cecile me mira. Yo la miro. Y algo nos dice que son ellos, que es el final.

Nos abrazamos.

Michel entra corriendo desde el jardín y pregunta algo enfadado: «Pero, ¿qué es todo este ruido?», y al vernos abrazadas y llorando se lleva una mano a la boca y menea la cabeza en silencio, encogido de miedo y solo acierta a decir: «¡No, Dios mío, no!».

Yo corro hacia él, le rodeo con mis brazos el cuello y le beso la cara muchas veces. Después le susurro: «Mi amor, mi amor, no te preocupes, todo irá bien, seremos fuertes, lo resistiremos».

Julie se nos une. Está temblando de la cabeza a los pies y lleva de la mano a una Denise que, sobrecogida por la escena, llora, aunque no sabe por qué. Babet no está. La busco con la mirada. Y Julie me dice, entendiéndome, que ha salido un momento a la calle. Y yo le hago gesto para que vaya a recogerla y me hago cargo de mi querida Denise. Su mano resbala sobre mi cara y me dice, ¿qué pasa mamá?, ¿por qué lloráis todos?, ¿qué son todos esos ruidos?

La puerta vuelve a sonar más fuerte. Esta vez se escucha un nombre muy claro: «¡Irène Némirovsky!».

«Es la policía. Ha venido a buscarnos», le respondo. «Pero seremos fuertes, ¿de acuerdo?, no pasará nada», le digo para convencerla y de paso convencerme a mí de que quizá sea cierto. Y la abrazo como nunca lo había hecho hasta ahora, meciendo su miedo y el mío.

La entereza de Cecile me sorprende. La veo acercarse hasta la entrada erguida, y me mira a los ojos cuando posa su mano en el pomo. Su mirada me pregunta, ¿abro? Su mirada me pide permiso. Y yo asiento y al mismo tiempo le digo a Denise: «¡Busca a tu hermana, Denise, por favor!, ¡vete!».

En realidad solo quiero alejarla del escenario, salvarla, que no vea nada, pero ella no se mueve de mi lado. Y ya es tarde.

Varios hombres entran gritando. Están enfadados por la espera. Dan golpes a los muebles, y gritan mi nombre. Denise se me abraza más fuerte.

«¡No vayas mamá, no vayas!», me dice aferrándose a mi vestido, llorando, «¡mamá, por favor, no vayas, esos hombres son malos, te harán daño!», pero ya no me queda tiempo, quizá solo un instante y la beso de nuevo: «Sé fuerte, mi amor, y cuida, ahora más que nunca, de tu hermana pequeña, te va a necesitar, ¿me lo prometes, Denise?, necesito oírlo, ¡dímelo tesoro!».

«Sí, sí, te lo prometo, mamá».

«Te quiero, vida mía, siempre te querré».

Michel está llorando, me da la mano y me acompaña despacio hasta la entrada. El corazón me galopa dentro del pecho. Pero en un momento todo queda dicho, aclarado. Vienen a detenerme, solo a mí. Del resto de la familia se ocuparán más tarde, eso dicen medio riendo. Y yo respiro tranquila, sobre todo por las niñas; al menos les queda su padre y la posibilidad de huir. ¡Ellos están a tiempo!

Me dicen que recoja lo imprescindible y que me esperan en diez minutos en la puerta de la entrada. Y yo me apresuro a mi habitación, y amontono cuatro cosas sobre la cama, algo de ropa para cambiarme, unas mudas y un abrigo largo, aunque estemos en julio. Nunca se sabe, mejor ser previsora. Tengo tanto frío en el cuerpo que me lo pongo. No sé si algún día volveré a entrar en calor.

Denise me mira ir y venir por la habitación, llora sin consuelo. Y yo no sé cómo reconfortarla, no lo sé, porque yo misma me estoy muriendo por dentro.

Escucho cómo Michel pregunta a los soldados a dónde me llevan. Su voz me llega con nitidez. También las respuestas. Un soldado le dice casi gritando, que iré a un campo de internamiento, a trabajar de verdad por la causa. «Trabajos forzados», ladra otro. Y un tercero añade que ya es hora de que todos los sucios judíos arrimen el hombro por la guerra, que no solo van a luchar ellos.

Mi marido protesta, les insiste que yo soy una famosa escritora, que todo es un malentendido, que va a escribir a no sé quién, les dice cosas que no tienen ningún sentido, porque necesita sentir que me ayuda, y yo preferiría que se estuviera callado, que no se expusiera, no quiero que lo detengan también a él.

Deseo abrazarle por última vez, a él y a las niñas. Reunirme a solas con ellos solo un momento.

Denise me pregunta por qué nos han llamado sucios judíos y yo no tengo palabras para explicarle nada de lo que está ocurriendo allí, en aquella casa, no me sale la voz. Vuelvo a abrazarla y le susurro: «No les hagas caso, mi vida, la guerra embrutece a los hombres. Siéntete siempre orgullosa de lo que eres, y ama a tu patria, esta es tu tierra, Francia, no permitas que te digan lo contrario».

Y ella llora todavía más fuerte.

Michel se acerca hasta la habitación, parece ofendido, y me dice: «Esto no va a quedar así, Irène, y tú no te preocupes por nada, escribiré a todo el mundo, tienen que escucharnos. ¡Volverás!».

Y yo le abrazo también a él con esa ternura que sé que tanto le

gusta y le deja indefenso. Le sonrío y le digo que confío en él, aunque en realidad no lo hago, que volveré pronto, aunque en realidad no lo pienso, y que cuide de las niñas por los dos. Y al oído le murmuro: «¡Huye, estás a tiempo!».

Pero sé que nunca se irá. No sin mí. Aunque no me lo dice.

Entran Julie y Babet y ya casi no me quedan palabras ni aliento para seguir adelante con más despedidas. Estoy rota, por dentro y por fuera. No me sostengo en pie.

Me pongo de rodillas y abrazo a mi pequeña rebelde, la estrujo todo lo fuerte que puedo hasta que protesta y le digo que es preciosa, un ángel, y que quiera mucho a su hermana porque tengo que marcharme unos días. Y ella asiente y se marcha a jugar con sus muñecas tan contenta.

Su estela me deja un llanto inconsolable que recoge Julie. Con esfuerzo me levanta del suelo y la abrazo también a ella: «¡Ay, mi querida Julie, ¿cuidarás de ellas?, ¿serás la madre que yo no voy a poder ser?», y le señalo la maleta vieja de cuero con la mirada. Y ella asiente. Entre nosotras nunca han hecho falta demasiadas palabras.

Pero antes de marcharme, a solas, durante un último momento, mientras Michel sujeta a una inconsolable Denise que se niega a dejarme ir y Babet, ajena a todo, se queda en su habitación al resguardo de los llantos y en compañía de sus muñecas, se abalanza sobre mí, me abraza y me dice al oído:

«Las cuidaré con mi vida, mi querida Irène, y les hablaré de ti todos, todos los días, hasta que vuelvas. Porque volverás, Irène», y me mira a los ojos sujetándome la cara, «¿me has oído?, ¡volverás!, tienes que ser fuerte, y nosotras te estaremos esperando aquí o en cualquier otro lugar, juntas, siempre. ¡Oh, mi querida Irène!, ¡cuánta luz me has regalado!».

«Jamás te olvidaré, Julie», y mis manos buscan las suyas y, entrelazadas, las dejamos cerca del pecho. Apoyo mi frente en su frente, y suspiro. Cecile me abraza por detrás envuelta en llanto. Y Denise se suelta de su padre y se suma al gran abrazo de las mujeres en pie.

«¡Os quiero tanto, tanto!».

Y me suelto como puedo de ellas, con un dolor que me traspasa la piel, y pronuncio unas palabras, las últimas: «Hasta siempre, mis queridas amigas, mi adorada Denise. ¡Cómo os voy a echar de menos! Os llevo en el corazón, siempre cerca», les digo desde el umbral de una puerta ya abierta. Y por último, miro a Michel, y le sonrío desde lejos agradeciéndole en silencio todo el amor que me

ha dado durante tantos años de matrimonio, y le lanzo un beso con la mano abierta, un gesto tan nuestro, y después la cierro y mantengo el puño en el corazón, un instante.

Mientras me alejo pienso en el escenario que dejo atrás, en mis gestos de despedida, en mi sombra que seguirá vagando por la casa, en Issy, rota en dos mitades.

El coche negro me aleja de mi casa, de mi vida, de todo lo que era hasta hace nada, tan un momento. Es curiosa la velocidad de la sangre que teme por el porvenir, va a mil por hora. Como el paisaje que voy dejando atrás.

Nunca lo había visto así, tan desdibujado. Tan deshecho.

Sobre el escenario

Sin el otro somos un nido abandonado.
Sandra Rehder,
Amores licuados

Se ha ido. Irène se ha ido.

No, pero, ¿qué dices?, ¿por qué escribes una frase tan estúpida, tan inútil, tan salta de verdad, y encima, la repites? Me recuerdas a esas otras frases que leo en las noticias cuando una mujer ha sido asesinada por su pareja o expareja: Una mujer ha muerto, comienza el o la periodista que firma la noticia… Y no, no, no ha muerto, ha sido asesinada. ¡Cómo cuesta usar este verbo correctamente en el mundo real!, ¡asesinar!, parece relegado a la ficción más negra.

Me corrijo y os pido disculpas.

Irène no se ha ido. No, a Irène se la han llevado, la han arrancado de su hogar, de los brazos de los que más la querían. Ha sido una escena trágica. Tan triste que por momentos no podía mirar ni respirar. Y casi me avergonzaba formar parte de su intimidad, del llanto de la familia. Un sonrojo ridículo, lo sé bien, ninguno de ellos podía saber que yo estaba allí, paseando entre los personajes setenta y siete años después, con este sigilo mío tan inservible.

Llegué a Issy-l'Évêque hace unos días, fue un impulso venir hasta aquí, coger el coche y recorrer Francia en tu busca. Y ahora que he llegado ni siquiera tengo muy claro cuánto tiempo voy a necesitar para conocerte, para imaginarte, para transitar por los últimos años de tu vida, esos, que quiero contar, contaros. Solo hay algo que siento muy adentro, que noto en las manos, y es el deseo de escribir, de escribirte, de abrir las puertas que me lleven hasta ti. Y por eso estoy aquí, siguiendo tus pasos, mi querida Irène, como si fuera tu sombra.

Me alojé en una propiedad en medio de ninguna parte, en un extenso campo de trigo, daba igual dónde mirases, a izquierda o a derecha, hacia delante o hacia atrás, todo ondeaba en amarillos en aquel momento del año. Era verano, agosto para ser más exactos. Era precioso el paisaje, algo alejado del pueblo, pero desprendía un aroma humilde a casa familiar que me sentaba muy bien. Los gallos

cantaban al alba y me rodeaba tanta paz que me hacía sentir como si estuviera en casa.

Por la mañana, después de desayunar, me marchaba al pueblo de Issy y lo recorría con los ojos de Irène, como una madre camina tras los pasos de sus hijos muertos o de aquellos que han volado del nido buscando cualquier rastro que se los devuelva, aunque sea solo un instante.

Sentirla era una bonita ficción.

El día entero lo pasaba devolviéndola a la vida en cada calle, en cada rincón, en cada camino. Dos sombras narrándose, buscándose, queriendo saber más, queriendo contarlo todo. Fue así, en uno de esos paseos largos entre callejuelas, como conocí a Solange. Se me acercó risueña y me habló en español. Quizá me había escuchado preguntar por la escritora Irène Nèmirovsky, o simplemente conocerme fue un impulso, fue volver a sus orígenes, a su madre tierra, una española en Issy, alguien con quién poder charlar un rato, no lo sé. Quizá otros hablarían del destino, puede que yo misma, tengo una fe ciega en el destino, en esos encuentros inesperados que colman la vida. Las palabras entre nosotras fluyeron tan veloces, fue tan fácil conocernos, confiarnos que, desde aquel momento, Solange se convirtió en mi guía. Era hija de exiliados españoles. Sus padres habían huido durante la Guerra Civil y ya no habían vuelto a casa, a la patria. A veces, como ella misma me confesó, la patria no era algo tan importante, podía ser cualquier lugar, eso dijo, un hogar donde una familia creciese, un paisaje que te diera cobijo, libertad, alas para seguir caminando.

Solange hablaba perfectamente español, añoraba nuestra tierra, la visitaba con frecuencia, y a mí, sus palabras, me recordaron a aquellas que escribió Camino José Cela una vez:

El nacionalista cree que el lugar donde nació es el mejor lugar del mundo; y eso no es cierto. El patriota cree que el lugar donde nació merece todo el amor del mundo; y eso, sí es cierto.

Gracias a ella, la historia de Irène, creció en mis manos.

Fue feliz, podría afirmarlo con rotundidad. Sí, os hablo de Irène, fue feliz, aunque viviera atormentada y llena de dudas. Feliz, como lo son todas aquellas personas que encuentran la felicidad en las cosas más pequeñas, en la cotidianidad, en el olvido, en la pausa. Feliz porque soñaba, porque tenía la esperanza de ser más fuerte que la guerra, más fuerte que las palabras, más fuerte que sus miedos o la melancolía. Feliz, porque en aquel pueblo no se podía ser otra cosa.

Eso lo comprendí conversando con Solange.

A menudo pienso en ella, la recuerdo con mucho cariño, aunque no nos hayamos vuelto a ver y ya hayan pasado cuatro largos años. Los tiempos de escritura y publicación se hacen eternos. Sé, que sin ella, esta novela no habría sido posible, o sí, pero habría sido otra, quizá sorda, inútil, una historia más sobre la Segunda Guerra Mundial, sin sentimientos, sin mañana.

El futuro nos pertenece. Irène, le digo en bajito, tengo esperanza en este canto, en la intimidad que guarda esta corta y frágil vida de infinitos días. Tengo confianza en ti. Y en las palabras que nos han unido.

Solange me habló de ti, me contó todo lo que sabía, lo que había leído, escuchado, lo que se decía, rumores, verdad, quizá no había ninguna verdad en los recuerdos, ¡quién podía saberlo!; me habló de tus vecinas, de las amigas de tus hijas, de Michel, de Cecile, de Julie.

Me presentó a quienes te habían conocido, tan solo eran unas niñas pero algo guardaban en la memoria; días de escuela y juegos, días de miedo y guerra, y esos días, como aseguraban ellas, no podrían olvidarlos nunca. Tampoco a los que no son del lugar, a los que no han nacido en la tierra y dejan huella, como era tu caso, mi querida Irène. Hubo complicidad, de vez en cuando la vida te reúne, celebra encuentros, que sin darnos cuenta, nos marcan.

Cuando Solange sacó de la nevera una jarra de *limonade* en su cocina, yo sonreí. Y mientras nos tomábamos juntas aquel refresco, que no se parecía en nada a la que hacía mi abuela Magui, pero que para mí tenía el mismo significado, yo les confesé, que mi primera novela se llamaba igual que aquella bebida, *Agua de Limón,* limonada.

Les entusiasmo la idea, querían leerla, conocer mi historia, la de mis abuelas. Sentí tenerles que decir que no estaba traducida al francés, todavía hoy sigue sin estarlo, aunque no pierdo la esperanza. Llegará el día. Y brindaremos por los recuerdos, por las anécdotas y los trastos viejos, también por el buen corazón de la gente y porque nunca, jamás se repita otra guerra como aquella.

Les prometí que volvería. Aún no lo he hecho, pero una promesa es una promesa, y sé que volveré, quizá cuando *Mi querida Irène* vea la luz, o cuando sea traducida al francés, o simplemente volveré, porque entre las semillas que pude plantar aquellos días de verano, recuerdo muy bien que les animé a hacer una ruta con los pasos de Irène. Otros países lo hacen, les dije, mi propia hija había hecho un viaje y seguido, durante el curso escolar, la ruta de Harry Potter, pero hay infinidad de ellas, les animé, y por citarles algunos

ejemplos, les hablé del tour que recorre los pasos del célebre detective Sherlock Holmes y su creador Conan Doyle, o los que siguen el universo de Dickens o Shakespeare, Antonio Machado en España, Soria, Kafka en Praga o Saramago y Pessoa en Lisboa. Les gustó la idea, sobre todo a una Elisabeth Kulik, primera adjunta del equipo municipal y a Elodie Goldstein, su bibliotecaria, dos de las mujeres que más información me dieron sobre Irène.

Hoy, esa ruta es una realidad. *Sentier littéraire Irène Némirovsky,* así lo han llamado, el sendero literario de mi querida Irène. Sus pasos. Ocho kilómetros por las calles y los prados por los que ella caminaba, escribía, vivía al fin y al cabo. Me hace muy feliz saberlo. Se inauguró el ocho de junio de 2019.

Cuatro años han tardado en que la idea germinada durante aquel verano fuese una realidad. Cuatro años he tardado en terminar esta novela.

A Elodie la conocí al entrar en la biblioteca de Issy. Me cayó bien desde el principio. Quizá fueron sus ojos azules o su manera de sonreírme, o, a lo mejor, su juventud, no lo sé, pero sentí que podía confiar en ella. Se desvivió por ayudarme. Fue ella quien me indicó una cafetería en el centro de Issy donde su dueño, un enamorado de la obra de Irène, vendía todos sus libros.

Con aquel hombre hablé un buen rato, café mediante, y en compañía de Elisabeth Kulik, sobre los héroes de papel que surgían de la nada, también sobre la hipocresía de sus gentes:

«Hoy, parece que todo el mundo tiene recuerdos sobre la Resistencia, que cada abuelo o abuela fueron miembros de ella, unos valientes, dicen, pero es algo ridículo, la mayoría de la gente de este lugar miraba hacia otro lado, se encerraba en sus casas, no quería problemas, esa es la realidad, la verdad, y no la que se está maquillando con el paso del tiempo en Francia».

Eso fue lo que me dijo y me impactaron sus palabras, había sinceridad en ellas. Justo lo que yo buscaba. Fue muy duro con su propia gente.

Letras desde el corazón

(…) Y ahora se me mojan los ojos de pensarte,
y siento resbalar de agua mis venas
y mi sangre buscarte.
Te quedarás conmigo,
amante, compañero, hermano.
Conmigo, para calentar mis soledades
y las duras jornadas de esta guerra
(…) Te llevaré como llevo estas lágrimas retenidas
ahora que no hay tiempo,
ni espacio, para llorar.
Gioconda Belli,
A puro golpe de amor

Irène

Me llevaron a la gendarmería, y no fui la única. Hasta aquel lugar iba llegando gente, mucha, todos judíos, nos delataba la estrella amarilla del pecho, de los brazos. Una luz en medio de tanta oscuridad.

Todos teníamos el mismo miedo en la mirada, la misma inquietud, el nerviosismo que retuerce los dedos de una mano sin percibirlo, que muerde las uñas hasta hacerlas sangrar, o el borde de un vestido hasta arrugarlo.

Un nudo en la garganta que nos impedía hablar, consolarnos; nos mirábamos, sí, nos medíamos, quizá nos preguntábamos de dónde veníamos, a qué nos dedicábamos, si había esperanza de salir de allí, pero nadie preguntaba nada, nadie quería hablar con nadie, saber, confiar, ser amigable.

La guerra deshumaniza. Solo se escuchaban los llantos de algunas mujeres, los suspiros largos e intermitentes de algunas madres, que sujetaban bien fuerte los brazos de sus hijos ya mayores para no dejarles marchar.

No había niños, al menos allí no. Tampoco gente mayor. Todos parecíamos tener la misma edad. Se me ocurrían montañas de palabras en aquel momento, y lamenté no haber cogido papel y

pluma para cobijar todos aquellos pensamientos. ¿Qué iba a hacer con todos ellos?

Para protegerme, aislarme del dolor y de la soledad que había sentido de niña, tenía la costumbre de observar. Con el tiempo aquello se convirtió en un hábito. Y no podía evitar tejer un tapiz que crecía inmenso, que engendraba tramas, denuncias, gritos, corrientes y un largo transcurrir de acontecimientos que en mi cabeza se sucedían a velocidad de vértigo.

Yo iba atesorando cada escena que veía, que llegaba, y me sentía algo culpable por hacerlo y liberada al mismo tiempo, porque mi mente, en vez de pensar en ellos, en su llanto, en la soledad que había dejado en Issy o en mis propios vecinos de detención y sus circunstancias, su drama, repasaba *Suite francesa*.

Todo lo que me estaba pasando podía aportar algo nuevo a la novela, un giro inesperado.

Me acordé entonces de las palabras de Cecile, ¿no había hablado ella de solución final? ¿Éramos nosotros aquella solución?, ¿sería el final? No quería pensar en ello. Así que me concentré en mirar a mi alrededor, en repasar lo que veía. En imaginar la tragedia que había detrás de cada rostro devastado, de cada cuerpo nuevo que llegaba arrastrándose, en las manos endurecidas por la guerra, el hambre y la vida del campo que se apoyaban en el suelo, en sus gestos.

Me miré las mías; mis manos eran delicadas, manos de escritora con todas aquellas manchas de tinta alrededor de los dedos. Mis manos llamaban la atención. Las oculté debajo de la falda.

Y me concentré en los bultos y en las maletas que había por el suelo, era menos doloroso que mirar aquellos semblantes destrozados que me devolvían el mío. Algunas eran enormes, pequeñas vidas dentro de cuatro paredes de cuero viejo. Pensé en la inutilidad de aquellos equipajes. Y en la muerte. No, era mejor no pensar en la muerte, era mejor mirar, imaginar, crear ficción, aunque cada frase me llevaba al mismo destino. ¿De dónde salía tanta gente?

Comenzábamos a estar hacinados.

Todo aquello era una ironía enorme, ¿por qué nos detenían?, pensaba al imaginar a aquella gente sencilla, de pueblo, nada peligrosa, haciendo trabajos forzados lejos de casa. Y luego me contemplé a mí misma, y sufrí al verme sujetar una enorme piedra que me doblaba la espalda y me partía por la mitad.

¡Qué ridícula!, no podré soportarlo, pensé, me matarán allí mismo por no poder dar un solo paso.

Extrañamente nadie es maltratado. Solo nos van acumulando

como si fuésemos la leña que se recoge para el invierno, y ha dejado de haber espacio hasta para respirar.

Tengo miedo de que me dé un ataque de asma.

Me levanto para pedir si puedo ir al lavabo y alguien, una mujer con aire moribundo, ocupa mi lugar sin preguntarme siquiera. Y su indiferencia se me clava en el pecho, pero no me llegan las palabras a la boca para increparla, tampoco podría hacerlo. Ella parece más triste que yo.

Cojo mi maleta y me paseo por la sala en busca de un servicio. A través de la ventana veo mucha más gente que espera en la entrada.

Un policía me increpa, yo le pido ir al lavabo, y él dice que es imposible, y yo insisto y le digo que no me aguanto, que necesito agua, y él me ordena que me siente, y que me calle, y yo entonces le pido un papel y un lápiz, y mi osadía es tan grande que abre mucho los ojos y a grandes zancadas se aproxima hasta mí. Pienso que va a pegarme y no quiero verlo, y por eso cierro los ojos muy fuerte, esperando el impacto, pero no lo hace, solo acerca mucho su cara a la mía y me amenaza soltándome salivillas. Y yo, temblando, noto cómo un hilo de orina se desliza sobre mis muslos, y para cortarlo me busco un hueco entre decenas de piernas que protestan, que no son solidarias y me siento hecha un ovillo, avergonzada, sucia, sola, despojada de lo más básico.

Y así pasó aquella primera noche, oscureciendo el mundo.

Michel

Mi querida Irène,

Te escribo estas palabras, aunque nunca llegues a leerlas. No podría enviarte tanta desazón retenida, este dolor agudo que se me clava en el cuerpo.

No sería justo para ti, y menos en este momento de horas bajas que estamos viviendo. La incertidumbre me mata, tú lo sabes, no puedo dejar nada al azar. Hoy, más que nunca, desearía tenerlo todo atado, controlado. Pero no. No sé dónde estás, ni cómo, ni si te tratan bien o te están golpeando, tampoco si mis cartas, mis ruegos, llegan a algún sitio o se pierden en la nada. ¡Se escuchan tantas cosas, Dios mío! Y mi miedo se ha unido al tuyo, lo noto en mis manos que tiemblan todo el rato, en mis rodillas que no se sostienen, miedo por ti, por nosotros, por esta vida que carece de sentido.

Te gustará saber que el pueblo entero ha venido a decirme que lo siente, que no me rinda, que mucho ánimo. Acarician a las niñas. Nos colman de detalles. Abrazan a Julie. Parecen sinceras sus condolencias.

Pero mi miedo no me deja vivir, serenarme, mi miedo es, ahora mismo, un coloso que se ríe de mí.

Te sacaré de donde estés, mi amor, te lo prometo. No lo dudes. Confía en mí; ya he comenzado a teclear algunas cartas y telegramas urgentes:

Robert Esmérard fue el primero, después a André Sabatier:

Irène súbitamente detenida hoy.

Enviada destino Pithiviers (Loiret).

Espero puedan intervenir de urgencia.

Intento vanamente telefonear.

Y he recibido su respuesta:

Acabamos recibir telegrama.

Gestiones comunes hechas inmediato por Morand, Grasset, Albin Michel. Suyos.

Nunca creí que llegaríamos a vivir esta situación, mi querida Irène, ni tampoco que tú te irías primero. ¡Qué locura es todo esto!

¿Por qué no se me han llevado a mí?, me pregunto, ¿o a los dos?, ¿o a los cuatro?, ¿por qué separarnos? No puedo imaginar nada peor que una familia rota.

¡Es humillante!

Babet está bien, nos mira extrañada, pregunta por ti a cada minuto, te busca por la casa y solo escuchar su ¡mamá!, me encoge el alma. Se ha quedado dormida llorando, esperaba tu cuento, ese que te inventas para ella antes de dormir.

¿Cómo voy a sustituirte? No sabré hacerlo.

¿Y Denise?, ¡ay mi querida hija mayor, qué inteligente es! Se ha dado cuenta de todo y está inconsolable porque dice que no vas a volver, y yo, no sé cómo puedo reconfortarla, porque estoy muerto ahora mismo, y además, mi corazón me dice lo mismo, que no vas a volver, ya sabes lo pesimista que soy. Y la idea de nombrar en voz alta que no vas a volver, que tiene razón, me siega la garganta. No, no lo pronunciaré nunca, aunque lo piense, aunque lo sienta, aunque la odie por decirlo, por ser tan sincera, mientras viva, no dejaré que, en esta casa, nadie hable de muerte. No perderé la esperanza.

Sé que podría mentirlas, tú lo harías, y no sería ningún delito, tampoco caridad. Sería una forma sencilla de endulzar las mañanas, las noches, sacaría de sus rostros las sonrisas que más amo, que tú amabas. ¡Las añoro!

Pero no quiero hacerlo. Más mentiras no podría soportarlas. Son demasiadas. Llevamos mintiéndonos desde que comenzó la guerra. No, desde mucho antes.

Veo tu puño en el pecho, y cierro el mío. Veo tu beso con la mano abierta y me acaricio la cara. Pensar en tus últimos gestos me trastorna. Me humedece la cara. Nunca había llorado tanto.

No puedo dormir.

Dime, mi querida Irène, ¿qué hago con todo este amor que siento?, ¿y con este dolor? ¡Qué estúpido soy!, ¿verdad?, si estuvieras aquí me dirías: ¿no te das cuenta de que no te escucha nadie? Estoy condenado a cantar solo a partir de ahora, a hacerme preguntas inútiles todo el tiempo, a escribirte sin saber si algún día leerás estas cartas.

Julie hace lo que puede, las niñas la adoran, aunque ella te extraña. Su mirada se ha vuelto pequeñita estos días. Creo que es por el llanto. ¡Qué bendición ha sido esta mujer en nuestras vidas, cuánta razón tuviste al convencerla de que debía vivir con nosotros!, ¡nunca te lo agradeceré bastante!

Siempre tuyo,
Michel

Irène

Sin saber cómo, llega a mis manos una cuartilla en blanco y un lapicero pequeño. Miro al hombre que me lo da y le doy las gracias con una enorme sonrisa, pero él hace un gesto desganado, torcido, algo antipático y me dice que no es de él, que se lo han pasado de atrás.

Me interrogo quién ha podido ser y paseo la mirada por la sala en esa dirección y me encuentro con la de una mujer, que quizá sea de mi edad o algo más joven, nunca he sabido leer la edad en el rostro de la gente, que me sonríe.

Lleva un cuaderno en la mano y una pluma, las dos cosas que más anhelo en este mundo, en este ahora de encierro y humillación constante.

La sonrío y muevo los labios formando un gracias silencioso. Ella me guiña un ojo y vuelve a concentrarse en el papel como si estuviera escribiendo lo más importante del mundo. Y yo añoro sus ojos en cuanto caen al precipicio. Y miro el mío.

Me gustaría sentarme a su lado, y preguntarle qué tengo que escribir. He olvidado cómo hacerlo, el aroma de mi propia orina no me deja concentrarme, ni recordar quién soy. Tampoco ayuda estar rodeada de piernas y brazos, de estrellas amarillas de David, de bultos, de sudor, de llantos entrecortados, de todo un mundo que no sabe qué va a ser de ellos.

Podría mentir o escribir un pensamiento, una sola palabra, algo que me devuelva a mi yo. Necesito su dignidad. O quizá sea mejor no invocar a ese yo débil que soy ahora, me doy pena, a veces es mejor no encontrarse con una misma.

Podría decir en esta carta todo aquello que antes me gustaba que fuera y no era, mi ficción, esa que ha compuesto mis libros, pero en realidad me apetece hablar de este lugar, de su violencia pacífica, de mi micción inesperada, de lo espontaneo de ese folio, de la caridad de una desconocida a la que podría ponerle un nombre bonito, uno inventado, o del abanico de posibilidades que se nos presentan ahora mismo y de las cuales no conozco ninguna.

Sí, podría contar la verdad, pero seguro que acabaría en el cubo de una basura y no les llegaría a ellos. Y no me interesa. Es mejor inventar, solo inventar, porque siento todo su miedo en mi corazón

y me desespera no poder abrazar a mis hijas, o a mi querido Michel. No, no estoy acostumbrada a nada de esto.

«Todo va a salir bien», podría empezar diciéndoles, pero suena demasiado optimista y poco veraz. No me reconocerían. No, mejor comenzar con la palabra amor, esa palabra siempre nos ha unido:

Amor mío,

Por el momento, estoy en la gendarmería comiendo grosellas, (¡qué estupidez!, ¿cómo se van a creer que estoy comiendo grosellas, si ni siquiera es el tiempo de las grosellas?, ¿les hará felices?, me pregunto en un monólogo interminable, ¡claro que sí!, me respondo, ¡pues adelante entonces!) *mientras espero que vengan a llevarme. Sobre todo, debes estar tranquilo,* (¿por qué siempre tengo que decirle lo que tienen que hacer?), *tengo la convicción de que esto no durará mucho* (ay, cómo me cuesta escribir tanta ficción). *He pensado que también podríamos dirigirnos a Caillaux y al padre Dimnet. ¿Qué te parece?*

Cubro de besos a mis amadas hijas… Que mi Denise se porte bien y sea razonable (mi querida Denise, luz de mis ojos, mi primogénita, no sé por qué he escrito esta tontería, y espero que no te afecte, porque no tengo forma de borrarlo y un tachón sería casi peor. Siempre fuiste tan madura, tan parecida a mí en todos los aspectos. ¿Qué nuevas preocupaciones te afligirán con mi marcha?, ¿cómo te inquietarán? ¡Ay mi niña, cómo voy a echar de menos tus abrazos, tu mirada buscando la mía! Me llevo conmigo la imagen de aquella niña feliz, con tirabuzones dorados, que le daba la manita a la recién nacida Babet. ¡Qué adorable fue aquel momento!).

Erais un sueño.

Y París de fondo a través de la ventana, ¡ay París! Sin duda un lugar dedicado a la memoria.

Te estrecho contra mi corazón, así como a Babet, que Dios Todopoderoso os proteja. Por mi parte me siento fuerte y tranquila. (La mente y sus fantasías).

Si podéis enviadme alguna cosa, creo que mi segundo par de gafas se quedó en la otra maleta, en el portafolio. (Allí enterré todo lo que era hasta ayer mismo, ¿me recordará alguien en un futuro?, y mis hijas ¿descubrirán en mis letras la grandeza, las amarán, se sentirán orgullosas de su madre?, ¿sobrevivirán para que vea la luz *Suite francesa*?). *Libros, por favor. Y, si puede ser, también un poco de mantequilla salada.* (¡Qué petición más extraña!, ¿por qué lo habré escrito?)

¡Hasta pronto, amor mío!

Irène

La releo, me gusta, no expresa dolor, la escritura sabe cuidar todos los rincones del alma. ¡Qué liberación!

Me reservo un pedazo de hoja. Quizá más adelante pueda enviarles otra nota, pienso. Y miro a la mujer del fondo. Ella sigue escribiendo, ajena a todo lo que sucede en la sala de la gendarmería, pero mi insistencia acaba por desarmarla y levanta la cabeza. Le hago un gesto de que después le devuelvo el lápiz y ella asiente con un gesto amable, que no es poco en un lugar tan inhumano.

Y me pregunto, sentada allí, con la carta en mi mano, y el rostro agotado, si todos los que me rodean, e incluso yo misma, haremos historia alguna vez.

¿Alguien se atreverá a contar nuestro drama?

Siento una enorme tristeza.

Me acomodo la cabeza sobre las rodillas y cierro los ojos.

¡Quizá si pudiera dormir!

Michel

Querida Irène,

Esta noche no he podido dormir. Solo pensaba en ti. Te imaginaba en una celda y yo aquí, en nuestra cama, cómodo, seguro, caliente; no, no me parecía justo.

He vuelvo a escribirte sin la intención de mandarte esta carta, solo para estar contigo, para hablarte. Es mi manera de tenerte cerca, de no dejarte ir.

No sé dónde te encuentras, dicen que te han llevado a Pithiviers, pero son solo rumores. ¡La gente habla tanto!, les gusta parecer que saben, pero en realidad nadie está al corriente de lo que sucede.

Lo que sí que es cierto es que están deteniendo a mucha gente, gente joven, entre dieciséis y cuarenta y cinco años. Dicen que es una medida contra todos los judíos apátridas. Por eso nos han separado y las niñas siguen conmigo.

Supongo que toda esa gente que están deteniendo como a ti, estarán ahora contigo y no lo creerás, pero me reconforta saberlo. Al menos sé que no estás tan sola.

En cuanto ha amanecido he mandado otro telegrama a André Sabatier, lo intenté ayer, pero me fue imposible contactarlo.

Te escribo lo que le he dicho:

Ayer intenté en vano contactar con usted por teléfono. Le he telegrafiado, así como al señor Esménard. Ayer, la gendarmería se llevó a mi mujer. Destino (según parece): el campo de concentración de Pithiviers (Loiret). Razón: medida general contra los judíos apátridas de dieciséis a cuarenta y cinco años. Mi mujer es católica y nuestras hijas son francesas. ¿Qué se puede hacer por ella?

Mi querida Irène, solo ha pasado una noche, y ya me siento perdido. No sé qué hacer, cómo actuar, cómo sobrevivir a tu ausencia. Me duele tanto.

Para soportar la noche, debo confesarte que he bebido un poco, vino tinto, de ese de Burdeos que tanto nos gusta. El alcohol, ya sabes que me ayuda a ver las cosas más claras, y en este caso también me está mitigando este dolor agudo que me muerde el pecho.

Ya sé que te dije, que te prometí, que no bebería más, pero lo que ha sucedido es tan horrible, tan innecesario, que solo quiero

olvidarlo, al menos durante un rato. ¡Parece como si te oyera, mi querida Irène, y ojalá fuese así!, sí, ¡cómo me gustaría tenerte aquí, llamándome insensato, haciéndome ver que este líquido rojo que me empeño en ingerir me va a matar!, ¡te añoro tanto!, de buenas, de malas, ausente en tu bosque, de vuelta con el cabello lleno de hierbas y pajitas. ¡Vale!, tienes razón, el vino no me va a ayudar a olvidar este infierno y tengo que estar despierto para luchar por ti.

¡Te lo prometí! Se lo he prometido a nuestras hijas. Ellas necesitaban oírlo de mis labios y yo creérmelo. ¡Tengo que conseguir que vuelvas a casa!, ¿cómo?, ¡no lo sé!, tengo que pensarlo.

Ha respondido André Sabatier, ha sido muy escueto:

En cualquier caso, serán indispensables varios días. Suyo, Sabatier.

¿Tenemos varios días?, espero que sí. ¡Dios mío!, ¡espero que sí!

Me duelen los silencios, son como portazos en la cara, como capítulos terminados de mecanografiar. Tengo la impresión de que hemos sido reemplazados por otras palabras, palabras serias, con significado. La idea de la supervivencia me ronda.

¿Tuvimos amigos alguna vez? Comienzo a dudarlo.

Siempre tuyo,
Michel

Irène

Se nos llevan.

La policía ha comenzado a dar gritos por la gran sala. Nos meten prisa: «¡En pie, en pie, venga!», dicen. ¡Como si fuera tan fácil!

Estamos entumecidos, sucios, muertos de hambre, y después de horas sentados en el suelo hacinados y sin poder ir al baño, movernos no es algo tan sencillo.

Debemos hacer una fila, eso nos dicen, «cojan todas sus cosas, no se dejen nada, vayan saliendo y subiendo a los camiones», repiten como si fuese un mantra.

Pero es imposible y la gendarmería se ha convertido en un gran caos.

Por un momento pienso en huir, en deslizarme sin que nadie se dé cuenta por alguna de las puertas que se abren y se cierran todo el tiempo. Seguro que dentro encuentro a alguien amable, alguien que quizá me haya leído y me deje volver a casa.

También contemplo una ventana, hace rato que la miro, desde el amanecer. Y la salto sin esfuerzo y nadie me dice nada, incluso hay una mujer que me saluda con la mano; es la mujer del lápiz. Le digo, contenta, que me lo quedo de recuerdo. Vuelvo a casa por el camino que sale a la derecha, siempre hay un camino hacia la derecha, y atravieso el umbral vacío de mi hogar, trágico espacio de despedidas, y me acerco de puntillas hasta las habitaciones de mis hijas y las veo cómo duermen. Michel también descansa y yo preparo el desayuno sintiéndome feliz.

Y justo en ese instante en el que rompo un huevo sobre la sartén, me siento libre.

¡Lo que hace la imaginación!, pobre de aquella gente que no la tenga. La ficción ayuda a vivir cuando es imposible; la ficción es capaz de dominar tu mente.

Y de pronto, alguien cercano a mí rompe esa imagen de ensueño que he recreado para poder sobrevivir al encierro y a la interrogación y pregunta que a dónde nos llevan y un policía le golpea con el fusil en el centro del estómago. Y yo siento su mismo dolor cuando el hombre se dobla por la mitad y otros dos policías se lo llevan arrastrándolo hasta el fondo de la sala y lo dejan tirado en el suelo.

¡Cuánta brutalidad!

Parecen muy enfadados y yo comienzo a tener mucho más miedo.

Desearía tener el corazón de una anciana, débil y fuerte al mismo tiempo, sabio para conocer todas las respuestas y saber qué debo hacer en cada momento, generoso para ir tras el hombre partido en dos y ayudarle a levantarse del suelo. Pero no hago nada. No me muevo. Como los demás, me quedo anclada mirando el suelo y mordiéndome el labio de abajo hasta hacerlo sangrar, buscando unas lágrimas que ya no saben llorar.

De repente, me acuerdo de la carta, la tengo en la mano y casi me olvido de ella. Pienso qué puedo hacer, a quién puedo entregársela. Busco con la mirada otra mirada, alguna complicidad de los que no llevan estrellas amarillas, una cara amigable que no muerda o no mire al suelo avergonzada. Y la veo, es una mujer mayor, el puro retrato de una mujer cordial, educada, está detrás de un mostrador alto, sentada en una silla de madera, encogida, intentando pasar desapercibida. Sé cómo se siente, yo llevo haciéndolo varios años, aunque no haya dado resultado.

Entonces me acerco hasta ella muy despacio, atenta de que no me vean los policías, y deslizo el papel dentro del mostrador. Como el avión de papel de un niño travieso vuela hasta caer directamente en sus manos. Y ella alza los ojos sorprendida y me mira; estoy ahí, cerca, atenta a su extrañeza, implorándole silencio con las manos, y un último y único favor.

Michel

Mi querida Irène,

Te escribo de nuevo y con el mismo convencimiento de ayer, nunca sabrás de estas cartas. Ya ha pasado un día desde que te fuiste y sigo tan perdido como la primera noche. También sigo bebiendo. No estoy bien. Nada bien.

Las niñas se han ido al colegio, las he saludado por la ventana. Babet iba feliz, traviesa, siempre delante de Julie, trotando por la calle principal, ajena a nuestro sufrimiento. Y Denise tenía la cara hinchada, ha debido de llorar toda la noche. Y yo sin poder abrazarla. No ha querido darme un beso de despedida, imagino que me culpa por no ser yo, en vez de tú, el detenido. Y no la culpo. Las niñas estarían mejor contigo. Te necesitan. Yo también, mi querida Irène. Yo también.

Me doy cuenta de que soy un hombre inútil, prescindible. No sé hacer nada, no tengo trabajo, no puedo traer dinero a casa, arranco las lechugas antes de tiempo, solo sé teclear, escribir cartas y lamentarme después, ah, y beber, eso es lo único que hago bien.

También echarte de menos. No puedo soportarlo, Irène, lo intento, pero no puedo vivir sin ti.

Me han llegado noticias de nuestros amigos. En París todos andan como locos, la gente está huyendo, abandonando sus casas. Parece que hay rumores de que va a haber una gran redada y no se sabe con certeza a quién van a detener, ni que día va a ser, pero me imagino que no tardará mucho y que seremos los mismos de siempre el blanco de esos chiflados.

Nos están acorralando, mi querida Irène.

Ayer estuvo aquí el primo de Cecile, y me trajo noticas tuyas. Dice que estás en Toulon S/Arroux, en la gendarmería. No estás lejos. A mitad de camino entre Lyon y Dijon. ¡Ojalá pudiera ir a buscarte ahora mismo, abrazarte y traerte de nuevo a casa!

Nos contó que en Alemania han comenzado a deportar a familias completas hasta Polonia, ¿te lo puedes imaginar, ancianos, niños?, ¡qué mundo de perturbados!, y yo me pregunto, pero, ¿qué pretenden?, ¿crear un Estado de judíos?, ¿dónde?, ¿en medio de Polonia?

También nos contó cómo viajaban, al parecer es un secreto que

va de boca en boca. Trenes de ganado. Nos comparan con ganado. Parece imposible, pero sus fuentes dice que son fidedignas. Espero que a ti no te pase nada de esto, me pongo enfermo solo de pensarlo.

En los campos de trabajo separan a las mujeres de los hombres. También les despojan de todo lo que llevan. Si lo pienso bien, querida Irène, somos unos privilegiados, porque no creo que nosotros vayamos a sufrir tales atropellos, tenemos muchos amigos, y yo espero que mis cartas hagan efecto, y que alguien haga algo por nosotros, por ti especialmente, porque nosotros, de momento, estamos a salvo.

Aunque no sé hasta cuándo. Los judíos parece que apestamos.

¡Cómo odio esa palabra que nos condena!

Alemania está trastornada, son como animales, un rebaño adiestrado para matar, fieras heridas en su amor propio; están intoxicados de odio y antisemitismo.

Nuestro futuro es sombrío cuando pienso en que hay niños de seis años que son entregados para la causa por sus padres. La maquinaria nazi está creando un ejército de monstruos, las nuevas juventudes hitlerianas.

¿Alguna vez has visto a un monstruo con el rostro blanco y la cara de un adolescente? Pues ahora desfilan orgullosos por las calles de Berlín. Les mandan incluso a la guerra.

Siento una ola de pesimismo que me sube por la garganta. Más pesimismo, como si no tuviera ya bastante.

Necesito beber, eso lo único que me mantiene con vida, lo único que acalla el grito y el desgarro, lo único que me acerca a ti.

Siempre tuyo,
Michel

Irène

Fuera de la gendarmería esperan unos camiones y a la gente de la estrella amarilla nos obligan a subir a ellos.

Tengo mucho miedo.

Busco con impaciencia a la mujer del cuaderno, la que me dio aquella cuartilla y el lapicero, necesito tener, al menos, una cara amiga cerca para afrontar las horas de incertidumbre que me esperan.

La encuentro un poco detrás de mí y ralentizo mis pasos para ponerme a su altura. La gente que me sobrepasa protesta. Ninguno quiere entrar en esos transportes. Yo tampoco quiero.

Cuando me pongo a su altura, descubro que es una mujer alta, a su lado yo casi parezco una niña, una hija. Me reconforta. Quizá ella sea más fuerte que yo, quizá pueda cuidar de mí. Por una vez no imagino la historia que tiene detrás, como hago siempre que conozco a alguien, prefiero que sea ella la que me cuente más tarde por qué está aquí, cómo ha llegado, si tiene familia.

Quiero saberlo todo de esta mujer.

Ella me mira, me sonríe y me da la mano. Y ese pequeño gesto ya es para mí una excusa para amarla, para ordenar el caos de ese lugar, para superar el paso siguiente que nos toca, viajar.

¿A dónde?

Yo se la aprieto con fuerza, con agradecimiento, y miro hacia delante, sintiendo algo de vergüenza y al mismo tiempo mucha paz.

Ella imita mi gesto.

No nos hace falta hablar, ¿para qué?, la mayoría de las veces hablamos demasiado, incluso contamos demasiado, los libros también, se hacen gruesos por inercia, como si las manos del escritor se convirtieran en una fuente, un manantial, un grifo de palabras que no puede parar, pero que de tanto decir y decir, no llega nada, ni una mínima emoción.

No, no nos hace falta hablar, al menos no por ahora. La tensión es muy grande. La tensión es un no futuro, un páramo seco.

Hace calor, y el sol me quema la piel mientras avanzo hacia el camión, pero esta vez lo agradezco. ¿Cuándo volveré a ver una luz tan limpia como esta, tan parecida a la de mi casa de Issy?

Es curioso que diga mi casa, antes no la sentía así.

París era mi hogar. Issy solo había sido una huida, mi encierro, una cárcel donde refugiarme de estos bárbaros que odian a las estrellas amarillas. Pero al final ha resultado lo contrario.

No hay guarida suficientemente lejana para las panteras negras; tampoco para la policía francesa, por lo que se ve. Se han convertido en sus manos ejecutoras. Colaboradores necesarios de un genocidio.

¡Pobre Francia!, en estos momentos más que nunca me compadezco de ella. Ella que siempre buscó ser otra cosa, y quizá lo fue, sí, hubo un tiempo en el que lo fue, y por eso yo la amaba, pero en esta guerra, Francia se ha puesto de rodillas, ha perdido el rumbo, su identidad, el sentido de su bandera y su canción.

En el camión vamos todos muy juntos, huele mucho a sudor, y el vaivén me revuelve el estómago, o quizá sea el hambre. Llevamos muchas horas sin comer ni beber un sorbo de agua y el calor es insoportable.

Miro los rostros que me rodean y todos tienen el mismo color apagado, la misma tristeza metida en el cuerpo, los mismos ojos que parecen cuencas vacías, y me doy cuenta de que nos hemos rendido antes de tiempo, de que somos como muertos.

No soporto esta melancolía.

Yo aún atesoro ilesa mi capacidad de emoción, las ganas de vivir intactas, pese a todos los presagios y esta posibilidad abierta de no retorno.

Mi mano en la mano de la desconocida del lapicero me da un calor enorme, me hace sudar, pero me resisto a soltársela, es lo más parecido al amor que he sentido en muchas horas. Y su amor me da seguridad ahora que no poseemos nada, ni siquiera la posibilidad de preguntar por un mañana sin que nos partan por la mitad.

Me entretengo pensando en las niñas, en lo que estarán haciendo, en la ropa que se habrán puesto, en si habrán ido al colegio esta mañana como si fuera un día cualquiera, en qué hará de comer Cecile con los escasos víveres que nos quedaban, en Julie llevándolas de la mano por la calle principal del pueblo, en mi querido Michel tecleando mi salvación compulsivamente.

¡Qué lento se me va a hacer este viaje!

Esta riqueza interior tan mía es un tesoro, ahora me doy cuenta; es mi salvación en estas horas largas de infierno bajo la lona del camión y el sol plano del verano.

Estoy aquí sin estarlo, me elevo, e imagino a toda esta gente que ahora me rodea, que suspira agotada, que llora sin lágrimas, que se acurrucan buscando algún apoyo, y antes, mucho antes, cuando

todavía caminaban seguros por sus hogares, cuando sonreían felices a la vida, cuando preparaban una comida o salían al alba a dar un paseo y se tropezaban con el amanecer más bonito del mundo.

Y así, sin estar en mí, contemplándolo todo desde fuera, como si fuese un ángel o un ave, veo a la Irène derrotada, a mi yo más afligido, y no me diferencio en nada del resto de los pasajeros del camión. Y así van pasando las horas, intentando levantar el ánimo, pero no lo consigo.

Confieso que este trayecto que no sé sabe a dónde ni cuándo, me va a dar para mucho, sobre todo, porque por primera vez me doy cuenta de lo inútil que han sido las palabras de mis libros, siempre disfrazando sentimientos, verdades sombrías que quería que vieran la luz y no me atrevía a enfrentar.

Utilicé la ficción como una metáfora de mi vida, cuando hubiera sido mucho más noble el acercamiento, el perdón, un gesto de entendimiento; lo importante siempre hay que decirlo de otra manera, ahora lo entiendo, ahora que ya no tengo un futuro cierto, salvo que mi obra viva en las manos de otros, salvo que alguien pronuncie mi nombre en alto o hablen de mí en las universidades.

¿Quién sabe? Soy una interrogación sin respuestas que se dirige a ninguna parte. No, a ninguna parte no, acabo de leer que entramos en el campo de concentración de Pithiviers.

¡Oh, Dios mío, no!

Aprieto muy fuerte la mano de mi desconocida del lapicero y ella me abraza. Huele a algo parecido a la lavanda y eso me da paz, me lleva de vuelta a casa.

Y entonces dice: «¡Me llamo Catherine!». Y yo sé, al escuchar su nombre, que ya nunca más estaré sola. ¡Catherine!, repito para mí sonriendo, rememorando uno de los momentos más emocionantes de mi vida.

Catherine, ese fue el nombre que yo quise ponerle a mi primogénita, a mi querida hija cuando nació, ¡Catherine!, ¡la vida está llena de casualidades!, o quizá sean ángeles que te acompañan.

«Irène», respondo yo.

Y mientras los camiones van parando y la gente se agita recogiendo sus cosas, nosotras parecemos suspendidas en un encuentro que nos aísla del mundo y su negrura. Y ese momento está lleno de recuerdos.

Aún vivíamos en París. Tuvo que ser en marzo de 1941, porque mi memoria me devuelve una imagen de primavera, y la fiesta de los almendros en flor. Luego llegó Issy, la enfermedad de Michel y el despido. Y después el bloqueo.

Y ya no pudimos volver a casa.

Recuerdo que el ejército alemán presionaba al gobierno de Vichy para que se cumpliera la Ley del cuatro de octubre de 1940, donde se decía que se debía internar a los extranjeros de raza judía. Y nosotros estábamos en esa lista, o deberíamos haberlo estado cuando se revisó el censo de la población, pero si fuimos convocados o no, nunca lo supimos, porque no recibimos en Issy las famosas citaciones; billetes verdes, las llamaron.

Supongo que el destino quiso regalarme días de vida, o que tuviera tiempo para escribir *Suite francesa*, o qué sé yo, a lo mejor quería que conociese a Catherine, los destinos son volubles y caprichosos, pero el caso es que yo estaba en Issy junto a mis hijas, había ido a verlas, y un Michel enfermo y recién despedido se reunió con nosotras un poco más tarde.

Issy nos salvó.

¿Cuántas veces lo había hecho durante aquellos meses?

Nos contaron que se habían enviado seis mil quinientas citaciones, seis mil quinientas trampas, en las que cayeron muchas familias judías, aunque de eso nos enteramos mucho después.

Tenían que acudir a la estación de Austerlitz para que se revisara su situación, y fueron casi tres mil ochocientas personas las que cayeron en el engaño, porque ya no les dejaron marchar. Fueron detenidos y enviados a los campos de internamiento del Loiret: Beaune-la-Rolande y Pithiviers.

Tuve sueños con esos nombres durante días cuando me enteré, se contaban tantas cosas.

¿Y ahora?, ¡yo estaba ahí!

¡En Pithiviers!

Quizá, ya era la hora de cumplir el destino que burlamos refugiándonos en Issy. ¿Por qué iba yo a ser una judía especial?

Michel

Mi querida Irène,

Hoy es dieciséis de julio. Llevas tres días fuera de casa y parece como si fuese una vida entera. Ayer por la tarde recibí un telegrama de André Sabatier en el que me contaba que había escrito una carta a J. Benoist-Méchin, el secretario de Estado de la Vicepresidencia del Consejo, que decía así:

Nuestra autora y amiga Irène Némirovsky acaba de ser trasladada desde Issy-l'Évêque, donde residía, a Pithiviers. Me lo ha comunicado su marido. Rusa blanca (judía, como sabes), nunca ha tenido ninguna actividad política; es una novelista de enorme talento que siempre ha hecho el mayor honor a su país de adopción, y madre de dos niñas de cinco y diez años. Te suplico que hagas todo lo que esté en tu mano. Gracias por anticipado. Muy fielmente tuyo.

Y hace un momento me ha llegado una carta tuya y ha sido como un regalo inesperado del cielo, como verte en el umbral volviendo a mí, como abrazar tu talle delgado. La ha traído un muchacho, casi un niño, y no ha dicho mucho, solo que se la habías dejado a su madre antes de partir hacia Pithiviers, creo que no quería comprometerse, ni contarme ninguna cosa más. Ha salido huyendo en cuanto he cogido el papel.

Mi querida Irène, eres la mujer más increíble que conozco, y no sabes la alegría que tengo de tener noticias tuyas y saber que te encuentras bien y estás tranquila. ¿Grosellas?, bueno, bueno, eso ha sido casi una fiesta.

De todas formas, a mí no puedes engañarme, conozco bien tu tendencia a fabular y a que yo no me preocupe en exceso. Eres admirable.

También tu optimismo lo es, ¿cómo lo haces?, ojalá yo me pareciera más a ti.

Tu carta me ha dado fuerzas, y he vuelto a telegrafiar a Robert Esmérard y a André:

Mi mujer debe haber llegado Pithiviers.
Creo útil intervenir ante el prefecto regional de Dijon.
Subprefecto Autun y autoridades Pithiviers.

Tengo que sacarte cuanto antes de allí. Esta espera me está

matando, pero no me puedo quejar, yo no.

También he mandado un telegrama de agradecimiento y confianza a André y uno más diciéndole que me comunique tanto las buenas como las malas noticias.

Después he preguntado si podía enviarte algún paquete a Pithiviers, y un tal Lebrun, imagino un intermediario de La Cruz Roja, me ha respondido que es inútil enviarte paquetes porque nadie te ha visto.

¿Dónde estás, mi querida Irène?, ¿acaso no has llegado?

Muero de inquietud y de amor.

Siempre tuyo,
Michel

Irène

Esto es un infierno.

No puedo creer lo que estoy viendo. Catherine y yo seguimos de la mano, y lo miramos todo con los ojos muy abiertos. ¡Qué drama!

Aquí las condiciones de vida son mucho peores de lo que esperaba. Nos han dado algo de comer, poca cosa, un pedazo de pan duro pequeño y una nuez de mantequilla ya rancia. Lo hemos devorado como si fuese un manjar y se me han resentido las encías. Mi propia sangre parecía el postre, me la he chupado con los dedos. Después hemos podido beber algo parecido a un caldo templado que imagino querría ser una sopa, pero solo sabía a agua, agua sucia.

He tenido el impulso de escupirla, pero no lo he hecho, no quiero ponerme exquisita, ahora no, ni que parezca que soy de una familia rica. Me da vergüenza, porque veo que Catherine acepta las cosas con mayor resignación y viendo a la gente de los barracones me da la impresión de que todavía no conozco en su plenitud la palabra hambre.

¡No sé si voy a resistirlo!

Aquí se hacinan más de cien mujeres y están todas amontonadas. Parece un horno. Los barracones son de madera; los camastros, si se puede llamar a eso camastro, son armaduras con paja y huelen fatal. Imagino que los hombres tendrán otro tanto de lo mismo. Intentamos hacernos un hueco para sentarnos y nos miran mal.

Así que Catherine se sienta en el suelo y yo la imito, cuando de pronto escuchamos una voz que dice:

«Hoy tenéis visitas, haced hueco que vienen muchas más. Solo será una noche, así que no os pongáis muy cómodas».

Ninguna dice nada, tampoco hay preguntas.

Tenemos un miedo atroz.

Veo a Catherine sacar su cuaderno y escribir. La envidio, y me gustaría ser capaz de ponerle palabras a este momento, pero pese a mi oficio creo que no las encontraría. Estoy consternada.

Saco mi media cuartilla y mi lapicero del bolsillo y miro a Catherine. Ella me sonríe y asiente. Parecemos dos mudas.

Mi querido amor, mis adoradas pequeñas, creo que nos vamos hoy.

Valor y esperanza. Estáis en mi corazón, amadas míos. Que Dios nos ayude a todos.

Cuando todavía no sé si llegó la primera carta, ahora tengo la preocupación de buscar a alguien que esté dispuesto a arriesgarse y enviar esta segunda nota, aunque ni siquiera sé si puedo llamarla así, tan solo es una amarga despedida.

¡Qué corto puede llegar a ser un adiós, dos frases de nada resumen todo el amor que siento y la desesperanza de este momento!

Una mujer me mira, pero parece algo ida, está canturreando una canción que conozco muy bien, yo también se la cantaba a mis hijas cuando eran bebés, pero ella no mece a ningún niño, solo un bulto vacío. No quiero ni pensar en lo que le habrá ocurrido.

Otra mujer, justo al lado suyo, le acaricia el rostro y parece leerme el pensamiento:

«Perdió a su bebé recién nacido ayer mismo, y no pudimos hacer nada para ayudarle, el niño tenía el cordón alrededor del cuello. Nació morado y frío».

Imagino todo el dolor insoportable de esa madre recién parida, no tiene consuelo alguno, es imposible tenerlo en un lugar así.

Sigo sin palabras.

Y me acerco a Catherine y entierro la cabeza en su hombro, no quiero seguir mirando el barracón, ni hablar con nadie más. Por encima veo que no escribe en el cuaderno, ¡está dibujando!, ha inmortalizado a la madre desconsolada con cuatro trazos.

Sorprendida, saco el lapicero del bolsillo y se lo tiendo y pronuncio la primera frase de muchas más que llegarán después: «Creo que a ti te va a hacer más falta, presiento que esta va a ser mi última carta».

Al hilo de la historia
Francia, 1942

Ese mismo día, no muy lejos de donde se encontraba Irène intentando dormir un sueño que no llegaba, de madrugada, a pocos kilómetros de Pithiviers, se iniciaba una gran redada, una operación escalonada en toda Francia que fue bautizada con el nombre de *Viento Primaveral*.

Entre las cuatro y las cinco de la mañana de aquel jueves negro e inolvidable en la historia de Francia, el día dieciséis de julio de 1942, la policía comenzó a golpear las puertas de los hogares judíos.

Muchos hogares fueron abiertos, ante la negativa de las familias, por cerrajeros. Fueron órdenes alemanas, eso es cierto, órdenes sujetas a los datos extraídos del último censo municipal, aquel al que obligaron a actualizar. Lo decía la ley. Sí, y con la ley en la mano, las órdenes alemanas fueron ejecutadas por un gobierno colaboracionista y miles de policías franceses.

El Velódromo de Invierno, cercano a la Torre Eiffel en París, fue el escenario elegido ese aciago día para representar el infierno en la tierra, la deportación masiva de miles de judíos detenidos por toda la ciudad.

Hasta el velódromo llegaron decenas de autobuses cargados con familias judías con sus estrellas amarillas tatuadas en la ropa y lo poco que pudieron coger en el último momento antes de sus detenciones.

En tan solo dos días, fueron arrestados más de doce mil judíos entre hombres, mujeres y niños.

Pudieron ser muchos más pero, alertados por la resistencia de la inminente redada, muchos hombres habían huido ya dejando, confiados de que no les pasaría nada, a sus esposas, hijos, madres y hermanas detrás. Todo el mundo pensaba que solo les buscarían a ellos.

Se equivocaron.

Aquel día, el dieciséis de julio, la masiva redada dejó más de siete mil almas a la deriva, en su mayoría familias, de las cuales algo más de cuatro mil eran niños menores de dieciséis años. Dijeron, aquellos que pudieron contarlo, que los gritos y los llantos

fueron lo peor. Y el calor.

El infierno, en aquel lugar acristalado, a altas temperaturas, cerca de treinta y siete grados centígrados, se prolongó durante cinco días, sin agua ni alimento, tampoco medicinas. No hubo ninguna caridad para ellos.

El enorme velódromo se convirtió en la antesala de una muerte, algo largamente anunciado por el ejército nazi, el intento definitivo del exterminio judío, la solución final. Pero en aquel momento, ninguno de ellos podía saberlo todavía.

Al mismo tiempo, en otros lugares de Francia, más de cinco mil judíos eran detenidos y conducidos a Drancy, al norte del París, a Pithiviers y a Beaune-la-Rolande, principalmente los solteros que viajaban sin hijos.

En todos aquellos lugares que vivieron el triste canto de julio de 1942 hubo algo en común, lo efímero del momento. Fueron estaciones de paso, una escala previa a la muerte y a las deportaciones a los campos de concentración y exterminio alemanes.

Es cierto que Francia estaba en guerra y que había sido ocupado por los nazis, como también es cierto que bajo el régimen colaboracionista del mariscal Pétain se ejecutaron órdenes alemanas a través de policías franceses. Pero la iniciativa en aquellos días de tinieblas de incluir en la redada, y por primera vez, a niños menores de dieciséis años, solo tuvo una mano ejecutora y un responsable. Y es que Francia se negó a cargar con un problema más, el que iban a suponerle los huérfanos de aquellas familias.

Francia vivió, durante aquel verano, uno de los episodios más lamentables de su historia.

La mayoría de los niños detenidos en las redadas de julio no se fueron con sus padres en los trenes de ganado hacia Polonia y quedaron desamparados en los campos de internamiento, sin casi alimentos y solos, viviendo un tormento que duró casi un mes. Los niños lloraban, buscaban a sus papás, no entendían lo que ocurría, por qué estaban allí; muchos de ellos ni siquiera sabían sus apellidos, por lo que fue imposible identificarles.

Hasta que la Oficina Central de Seguridad del Reich en París, viendo el grave problema que tenían, mandó un telegrama el trece de agosto de 1942 en el que especificaba:

Los niños judíos internados en los campos de Pithiviers y Beaune-la-Rolande pueden ser distribuidos gradualmente en los transportes previstos a Auschwitz. De ninguna manera deberán efectuarse transportes compuestos exclusivamente por niños.

Así llegó su fin, en forma de telegrama.

El veinticuatro de agosto todas aquellas criaturas fueron metidas en un tren, el número veintitrés. Dicen que al detenerse el tren en Auschwitz, aquellos pobres niños estaban tan desorientados que no se tenían ni en pie, que lloraban llamando a sus padres, que extendían sus bracitos para que alguien los cogiera, los protegiera; los más mayores hacían lo que podían, les daban la mano, pero también ellos estaban muertos de miedo y como ninguno de los niños entendía el alemán, no podían obedecer las órdenes de los soldados y aún lloraban más cuando les gritaban tan fuerte y tan cerca.

Hubo mucha confusión. Y después, porras y garrotes, y empujones, y al final, gas y cenizas.

No volvió ninguno.

El diecisiete de julio seis convoyes partieron de Pithiviers hacia Auschwitz-Birkenau. Más de seis mil judíos iban en ellos.

El número seis se reservó solo a mujeres y niños. Era la primera vez que Francia mandaba un convoy como aquel. Irène fue una de aquellas mujeres.

El veinte de julio de 1942 las cifras de judíos detenidos alcanzaban ya más de trece mil, sin embargo, fueron menos de la mitad de los que habían previsto, ya que según los censos del fichero de Tulard, tenían intención de capturar y deportar a más de veintisiete mil judíos extranjeros.

Del total de judíos enviados en aquellos convoyes solo sobrevivieron y volvieron a Francia ciento noventa y uno.

Michel

Mi querida Irène,

¡Ya no puedo más! Eso pienso siempre, pesimista y gris como soy yo, tú lo sabes, al levantarme de este insomnio interminable.

Desde que te fuiste, no he vuelto a dormir, no puedo hacerlo, te veo todo el tiempo, y si por casualidad caigo en algún sopor, me levanto sudando y con pesadillas a cual más terrorífica.

Sí, mi amor, me levanto como un fantasma, pero después de saludar a Julie que parece imbatible, y besar a nuestras hijas, que son un auténtico tesoro, me digo que no puedo ser débil y vuelvo al estudio a combatir. Las sonrisas de estas niñas cuando las despido desde la ventana al marcharse al colegio son mi medicina para seguir adelante. Y mi promesa. Un caballero nunca falta a su promesa.

Quedan pocos caballeros.

El alcohol me ayuda. No te lo voy a ocultar. Me ayuda y mucho. Espero que no me lo tengas en cuenta. Solo bebo cuando estoy solo, no sufras, amor.

Tienen que llegar tiempos mejores, y ya lo verás, estaremos juntos, juntos y yo dejaré de beber, te lo prometo, te lo prometo, vida mía.

Desde la última carta que te escribí, han pasado muchas cosas y ninguna al mismo tiempo. Me desespera la lentitud de las gestiones.

Escribí a tu médico para que enviase a Pithiviers tu certificado médico inmediatamente. Y volví a contactar con André Sabatier contándole que había recibido dos cartas tuyas; bueno si se puede llamar así a las últimas dos frases que me llegaron a través de La Cruz Roja. Entiendo que no debió de ser fácil conseguir que la enviaran, y menos encontrar papel, por eso valoro tanto tu esfuerzo y mucho más porque sé que piensas en nosotros.

No puedo ni imaginar el infierno por el que estarás pasando y estoy en un sinvivir de solo pensarlo.

Por eso y porque no puedo dejar que nuestra vida termine así, vuelvo al escritorio día tras día a escribir cartas y telegramas.

Mi querida Irène, yo sigo luchando por ti, lo haré siempre, no tengas ninguna duda, pero me lo ponen tan difícil. Pasan los días y no sé nada, no hay noticias, y presiento que ninguna carta que

envío tiene otro fin que la papelera.

Quizá escriba para nada.

El sábado veinticuatro me escribió André, y sus palabras, aunque amables y educadas, solo me desesperaron y me hundieron un poco más. Decía que no me escribía porque no tenía nada que comunicarme, figúrate qué cosas, como si eso fuera un motivo, con todo lo que está pasando. Decía que entendía mi angustia, que se ponía en mi lugar, y me molestaron profundamente sus palabras, porque no creo que nadie pueda comprender este sentimiento de desamparo que siento ahora mismo. Se despedía de corazón, y yo volví a la carga, a escribirle.

Le dije que insistiera en el hecho de que eres una ciudadana rusa y blanca, que huimos precisamente de Rusia, ambos, con nuestras respectivas familias, perseguidos y que dejamos una gran fortuna detrás, que no sentimos ninguna simpatía por el régimen comunista actual, y que varios pasajes de novela tuyos lo evidencian, así como nuestro rechazo a la religión judía, de la cual nunca hemos sido practicantes, y no en vano estamos bautizados desde hace años en la fe católica. Quizá así podamos conseguir algo. ¿Qué te parece, mi amor?

También le he agradecido de nuevo todos sus esfuerzos, porque estoy seguro de que no han sido pocos, y le he adjuntado una carta urgente que he escrito para hacérsela llegar personalmente al embajador de Alemania, Otto Abetz. Le he sugerido que quizá un buen contacto sea el conde de Chambrun; por lo que he oído, se preocupa por tu suerte, mi querida Irène.

¿Ves como no estás sola?

Hay mucha gente que te quiere y te admira. Yo el primero.

Estos últimos días estoy viviendo sin querer vivir. Sin ti no sé cómo hacerlo.

Hoy ha traído Cecile un rumor que parece cierto, dicen que quieren detener a todos los judíos antes del uno de enero de 1943.

Y yo me he puesto en alerta enseguida, porque si les falto a mis hijas, ¿qué será de ellas?, ¿cómo podré seguir luchando por ti detenido?

Con un dolor en el estómago que me ardía y subía hasta el pecho, he puesto otro telegrama a André urgente, y le he pedido, temiendo que estas nuevas noticias digan la verdad, que nos haga un avance de nuestras mensualidades del próximo año a nombre de Julie Dumot.

¡Ay, mi querida Irène!, lo estoy intentando todo, hasta me he ofrecido a cambiarme por ti, tú sabrías cuidar mejor de nuestras

hijas, ellas te añoran casi tanto como yo, quizá más, ¡son tan pequeñas! Y yo, yo no sé cuidarlas. Me miran como a un extraño, un loco. Es la bebida, lo sé, las asusta, las aleja de mí. Huelo mal.

Julie y yo hemos organizado un plan de emergencia, solo es por si acaso; espero que no haga falta utilizarlo, porque no soportaría que a las niñas las detuvieran.

Hemos hablado también con las maestras y se han mostrado dispuestas a ayudarnos. En el colegio hay lugares estupendos para esconderlas en caso de que sea necesario. Los hemos recorrido todos. Hay que atar todos los cabos porque estoy más inquieto de lo normal, y eso solo puede ser un mal presentimiento.

Sigo bebiendo, y quizá todavía más que antes. ¡Qué condena!

Estoy deseando que vuelvas para dejar de hacerlo. Prometido.

Hoy he abierto tu maleta, y ha sido como tenerte aquí durante unos momentos. Al ver tus cosas, y el orden que había dentro, he sentido toda tu pena, una herida enorme. Tú sabías que iba a pasar esto, ¿verdad, mi querida Irène?, ¿lo presentías de algún modo?, por eso dejaste de escribir. Para estar con nosotros. Ahora lo voy entendiendo todo.

He visto tu cuaderno enterrado entre documentos y a punto he estado de sacarlo, de comenzar a teclearlo, eso me mantendría vivo, esperanzado, alejado de la bebida. Han sido tus últimas palabras, tu última novela. Tu vida y nosotros alrededor de ella. La letra menuda se me ha clavado en el corazón.

Pero lo he dejado todo como estaba, preparado como tú lo dejaste, por si tenemos que partir precipitadamente. Y es curioso, porque por primera vez desde que comenzó esta locura de guerra mundial, contemplo la idea de huir, pero me retrae tu imagen acercándote por el camino. ¿Y si volvieras, mi amor?

Cuando el corazón está involucrado en un futuro, en una esperanza, no se es del todo libre. No, no puedo irme, no debo. ¿Y si, quizá, alguna de mis cartas dieran su fruto? No, prefiero esperar, desear que sea así, que vas a volver, aun sabiendo que, a ciencia cierta, con esta decisión esté condenando a mis hijas a una deportación segura.

Cuando pienso en ello me dan escalofríos, porque sé que el tiempo se nos acaba y debo ocuparme de lo otro, no solo de ti, también de ellas, de alguien que nos ayude, de la logística, del dinero, de saber.

Es demasiado.

Hay momentos, y aunque pueda sonar contradictorio confesarlo, que no llega a entristecerme del todo que nos detengan, así se

acabaría este infierno, estas dudas, y podría a lo mejor, construir otro mundo desde la nada. Si se nos llevan, nos reuniremos contigo, vida mía, volveremos a estar juntos. Tienes que estar echándonos mucho de menos.

Esta tarde han llegado noticias de París; dicen que ha habido miles de personas detenidas estos días, familias enteras retenidas en el Velódromo de Invierno; que la cifra, estoy seguro de que es una exageración, podría haber llegado a ocho mil judíos.

¿No es increíble? Y yo me pregunto, de ser cierta la información, ¿por qué nosotros seguimos aquí?, ¿por qué no nos fuimos contigo, mi querida Irène?, ¿se olvidaron de nosotros?, ¿no estábamos censados?, ¿es porque mis hijas son francesas?, ¿y yo?, ¿qué pasa conmigo?, ¿soy demasiado viejo?, ¿inservible para la guerra?

Cada vez estoy más nervioso. Paranoico, dirías tú.

He buscado un escondite bien seguro por la casa, por si vienen a buscarnos, pequeños huecos que pasarán inadvertidos, para Denise y también para Babet, aunque me da miedo que la pequeña se quede sola, igual llora y nos descubre a todos. Tengo que encontrar algo un poco más amplio para poder ponerlas juntas; estoy seguro, Irène, de que tú piensas lo mismo. Te tengo en mi cabeza todo el tiempo y es como si te oyera. No me das tregua.

Por otra parte, me tranquiliza bastante la presencia de Julie. Todavía recuerdo mis dudas cuando me propusiste que viniera a nuestra casa a vivir con nosotros. Tú sabías que no me gustaba compartir nuestra intimidad familiar con gente extraña, pero me convenciste al final, y te puedo asegurar, que no pasa ni un solo día, desde que te marchaste, e incluso mucho antes, que no te lo agradezca. Quizá me repita, seguro que lo hago, pero Julie es una bendición. Y tú siempre fuiste más sabia que yo.

Tenías razón, mi querida Irène, ¿quién mejor que ella iba a cuidar de nuestras niñas?, tanto si me llevan como si no vuelves nunca, ella será su ancla.

Mi hermana me ha escrito, dice que me mantenga firme por ti. ¡Cómo si no lo hiciera ya!, que no pierda el ánimo, sobre todo por las niñas. Que rece y crea. ¿Rezar?, ¿creer?, ¿en qué voy a creer?, le diría si la tuviera delante. ¡Pobre, qué culpa tiene ella de mi tormento, y más cuando tiene el suyo propio! A unos les sirve creer, a otros no.

Y yo, no soporto más este rastro pestilente que deja la palabra judía, esta huella que me sigue a todas partes desde que nací, que me modela, me atormenta y me señala sin remedio; que añade más dolor a las pequeñas palabras y a la vida cotidiana; su estrella

amarilla de David me lo recuerda todo el tiempo.

Dice Mavlik que sigue buscando noticias, y que conoce a cientos de personas que están en la misma situación que nosotros. La desesperación de París es enorme, la de toda Francia en realidad. Parece que Sam, nuestro querido cuñado, también ha sido detenido, como tú, y que se encuentra en Beau-ne-la-Rolande, cerca de Pithiviers. Es una pena que no estéis juntos, estaría más tranquilo de saberte con él.

Me comenta mi hermana en la carta que va a intentar contactar con los dos y que me volverá a escribir, aunque sus noticias son algo contradictorias, porque dice que también ha recibido una carta de Sam desde Drancy. Y que ahora no sabe si está en un campo o en el otro. Que tiene que investigar.

¡Como si tuviéramos tiempo para las pesquisas! Hay mucha confusión, no la culpo. Y a mí, no sé cómo, se me escapan los días. El mes de julio ha volado ya y cada día que pasa, te echo más de menos.

La Cruz Roja francesa me ha comunicado que nuestro buen doctor Bazy ha salido en dirección a la zona libre y que se ocupará de tu caso personalmente en cuanto pueda y llegue. ¡Dios lo quiera así, aún me quedan algunas esperanzas!

Les he pedido que te digan que recibimos tus cartas y que estamos bien, amor mío, estamos bien, sí, créeme, tristes de tenerte lejos y esperándote en casa con los brazos abiertos para cuando puedas volver.

Aunque te confieso que espero de un momento a otro mi detención. Hemos dejado de ser libres en el país de la libertad y ya solo contemplo palabras tan sucias como muerte, orfandad y animales.

¿Será ese nuestro destino?

¡Qué tristeza!

Siempre tuyo,
Michel

Irène

Nos han subido a un tren de ganado a empujones, con muchas prisas, con insultos y amenazas. Pero llevamos aquí horas parados en el andén, con las puertas cerradas y este lugar no tiene ventanas, apenas unas rendijas mínimas por las que entra algo de aire y encima es caliente.

El calor de este verano está siendo insufrible.

Catherine ha intentado sentarse, que nos acomodáramos en un rincón del vagón, pero ha sido imposible, somos demasiadas mujeres apretujadas, una tortura.

También he visto a algunos niños; bueno, más que verlos los he escuchado, lloran desconsolados, dicen que tienen hambre, piden agua. No puedo ni imaginarme que mis queridas hijas estuvieran aquí conmigo, viviendo este infierno.

Nuestras caras parecen un velatorio y no es para menos.

Al menos yo, tengo el consuelo de que Denise y Babet están en casa, junto a su padre, a salvo de este abismo que se parece mucho a la muerte.

Escuchamos muchos ruidos, ruidos contiguos, hombres que protestan, soldados que amenazan, incluso algunas ráfagas de ametralladoras que deben matar o solo pretenden asustar al aire y a todo aquel que se encuentra cerca y no piensa como ellos. Si eso es lo que buscan, lo consiguen.

Desde nuestro vagón solo podemos conjeturar qué ocurre en el exterior y rezar, aunque no creamos, para que llegue el silencio.

Imagino que son más prisioneros los que están subiendo al resto de los vagones, en Pithiviers había cientos.

¿Se nos van a llevar a todos?

El día se hace interminable.

Al fondo, un grupo de mujeres comenta que nos llevan al norte, a Polonia.

«¿Y cuánto tiempo tardaremos en llegar?», pregunta una mujer.

Y le responde un silencio espeso y cientos de ojos vacíos.

No creo que pueda resistir mucho tiempo estar de pie, pienso, me duelen las piernas. Sin embargo, pese a todo mi cansancio y mi falta de aliento, me preocupa sobre todo que me dé una crisis de asma, y repito para tranquilizarme, como si de un mantra se tratase:

«Irène, todo va a salir bien, todo va a salir bien», incluso se lo digo a Catherine al oído, y ella me sonríe, pero lo hace sin ganas, solo para animarme.

Y de pronto se hace un silencio eterno y se escucha un chirrido ensordecedor después. Por fin, el tren arranca, y parece como si todas allí dentro nos pusiéramos en funcionamiento.

«¡Nos vamos!», dice Catherine, «y que Dios nos ayude, Irène, porque esta vez el viaje va a ser muy largo».

Y yo asiento sobrecogida, esforzándome por estar animada, positiva, aunque por dentro me esté ahogando y sienta en mi estómago un gran agujero negro inaguantable.

Tener a Catherine a mi lado es lo único que me da fuerzas para seguir adelante.

Las horas y los kilómetros van pasando bajo nuestros pies cuando la sed comienza a notarse entre las mujeres y los niños. Algunas se lamentan. Otras dan golpes a las paredes pidiendo algo de agua.

Nadie nos oye, ni siquiera cuando hacemos breves paradas en los pueblos. Allí fuera el mundo parece haberse vuelto sordo.

Al rato, comienzo a no sentir las piernas, las tengo como troncos, se me han dormido, e intento moverlas, agitarlas, me agobian, pero no hay espacio y el resto de las mujeres que me rodean se quejan. Las imploro que nos sentemos, que busquemos el método de acoplarnos las unas a las otras, y aunque parezca mentira, la idea, en un principio impensable, cala y tiene cierto éxito. Imagino que todas nos sentimos igual de mal. Desde el extremo del vagón nos vamos sentando, muy juntas, nos metemos entre las piernas de la que tenemos al lado y detrás para tener un apoyo en la espalda, poco importan ya las distancias, las clases sociales, el olor o el que seamos unas desconocidas; es la única manera de poder soportar las horas que nos faltan, que a juzgar por la velocidad del tren, van a ser muchas todavía.

Durante un rato es una bendición estar ahí sentadas, incluso hablamos, nos contamos de dónde venimos, qué hacíamos antes de ser detenidas, pero poco a poco, a ese aire de cierta festividad, se le suma el calor del mediodía y comienza a ser insoportable estar ahí abajo.

Y la sed nos obliga a callar, a cerrar los ojos para soportar los minutos, para que pasen más rápido. Y así siguen pasando las horas.

Jamás he sentido tanta incomodidad, tanto miedo, tanto hambre, tanta sed, tantas ganas de hacer pis. Otro problema más.

Se lo digo algo avergonzada al oído a Catherine y ella me señala

un barreño negro que tenemos algo más allá. Y yo, que ya no sé si escandalizarme o reírme, niego con la cabeza, prefiero hacérmelo encima a levantarme y orinar delante de todas esas mujeres y sus hijos. Así que decido aguantarme. Intento volver a dormir, y lo consigo a ratos, y en mis sueños, a caballo entre el sopor y el dolor del cuerpo entero termino mojándome entera. Me despierta mi propia humedad.

Y miro a Catherine, y ella aprieta mi mano.

«Todo está bien, Irène», me dice para consolarme. Y yo quisiera besarla y agradecerle lo buena que es conmigo siempre, desde que la conozco, pero no tengo espacio y la mujer que tengo acoplada a mí, comienza a sentir mi orina sobre su falda, la humedad, el olor y me grita, estropeando el momento entre las dos.

Y yo me disculpo, lo hago diez veces, veinte, pero la situación no mejora y la mujer sigue increpándome, y al final me pongo de pie y me alejo de mi sitio, de Catherine, y medio pisando a otras mujeres que también protestan pese al cansancio, llego hasta la puerta de la entrada del convoy y me coloco junto a una rendija mínima para tomar algo de aire.

Y es ahí cuando me doy cuenta de que el mundo de afuera está ya oscuro, quizá sea de noche, y de que debemos de estar muy al norte porque el poco aire que entra comienza a ser más frío.

Se está bien aquí, me digo, pero no lo comento con nadie; ni siquiera le hago un gesto a Catherine para que se me una; soy ruin, lo sé, es esta maldita guerra y la inhumanidad a la que nos está arrastrando lo que saca lo peor de las personas.

Y yo también tengo un lado muy oscuro, tan oscuro como el odio que siento ahora mismo y no para de crecerme por dentro. Es espeso.

Puede que quizá solo sea este hambre de hoyo profundo que tengo, y que los confunda; me gustaría que fuera así, ni siquiera en este momento tan próximo a la muerte deseo sacar lo peor de mí, ¡hay tanto malo ahí fuera!

Intento mojarme los labios, los tengo agrietados y me duelen, pero ya no tengo saliva ni para tragar.

Y pienso, por un momento, agotada, en lo que va a venir después, cuando lleguemos a Polonia, si es verdad que vamos allí como dicen las mujeres del fondo del vagón que, no sé cómo, parecen enterarse de todo. Y si esto es un martirio, este hacinamiento de cuerpos, donde apenas se puede respirar y cada vez huele más a excrementos y a sudor, no quiero ni pensar en lo que nos espera al salir del tren, trabajos forzados, dolor físico en las

manos, en el cuerpo entero.

No voy a poder resistirlo, no, no voy a poder. Y pienso en lo inútil que ha sido mi vida, en la poca preparación que tengo para la supervivencia, en mi nulo entrenamiento. ¿De qué me servirán las letras o mi ficción?, ¿para qué mi educación refinada, mis tres idiomas?

Es mejor no pensar. No darle vueltas, me digo. Es preferible cerrar los ojos, alejarse de este lugar, elegir otro donde pasar la noche. Me voy a ir a Issy, sí me apetece ver mi bosque y a mis niñas jugar entre los árboles. ¡Qué felices son!, ¡éramos!, ahora me doy cuenta. Y siento en el alma no haber aprovechado cada minuto de mi libertad con ellas, con Michel. ¿A quién le importa ahora *Suite francesa*? Si morimos nadie la encontrará. ¡Dios mío!, ¡qué ciega he vivido!

Llevo tantas horas en este tren que parece que no hubiera vivido nunca en otro lugar, estoy perdiendo incluso la noción de los días, ¿llevamos días viajando?, no puede ser, pero, ¿cuántas horas habrán pasado ya?

El tren sigue impasible, con su traqueteo constante, meciéndonos por las vías del tren, como si fuera una madre. Y yo vuelvo a cerrar los ojos y esta vez, no sé cómo, he llegado a París, hay mucha gente a mi alrededor, y todos hablan de lo mismo, de libros, y noto una mano deslizarse entre la mía, y mis labios sonreír, mi querido Michel está junto a mí. Y me acomodo en su pecho que siento muy duro y no sé por qué, es como si fuera de madera, pero me da igual, me da igual, es Michel, y es su aroma, su cuerpo tibio, mi corazón.

Y de pronto, me despierta un frenazo que me impulsa hacia delante y me hace caer sobre una mujer mayor que protesta con debilidad. Le pido disculpas, pero no hago ademán de moverme ni levantarme. Y ella parece que se conforma, y me abraza casi como si fuera una hija. Y yo se lo agradezco en el alma y le doy un beso en la mejilla que la hace sonreír, asentir, y quizá por un breve momento ser feliz.

¡Feliz!, ¡hace falta tan poco para ser feliz!, con un recuerdo bastaría, o con algo de humanidad.

Es un hecho que el tren está frenando, escuchamos hipnotizadas su largo chirriar. El vagón se va despertando de su letargo al ritmo de los frenos y, poco a poco, todas las mujeres se van poniendo en pie. No sé por qué lo hacemos, quizá alguien haya dicho que esta parada es la definitiva, a lo mejor las mujeres del fondo. Por si acaso, yo ayudo a la mujer mayor, que apenas puede sostenerse.

«Quizá hayamos llegado ya», le digo para animarla. Pero ella no me contesta, no tiene fuerzas.

Afuera se escucha vida, imagino que viene de otros convoyes, o del andén mismo, hablan duro; debe de ser alemán, pienso, me recuerda al ruso, pero se mezcla con otros gritos, voces que piden, que imploran; las reconozco, las entiendo, es francés, la gente está pidiendo agua.

Nuestra puerta se abre.

Y yo, que estoy muy cerca de ella, siento, de pronto, un miedo irracional y doy un paso hacia atrás inconsciente. Todas lo hacemos, en realidad.

Nos apretujamos, mucho más si cabe, las unas a las otras, supongo que por protección; juntas nos sentimos más seguras aunque no nos conozcamos de nada ni hayamos intercambiado siquiera dos palabras.

Y cuando corren la puerta entra un aire fresco inesperado que nos da la vida.

Nunca hubiera imaginado que un momento de corriente pudiera significar tanto, pudiera ser un futuro, la vaga idea de la supervivencia.

Y justo después, entran más mujeres y todas callamos sobrecogidas.

Las voy contando una a una, son quince, y sus rostros están vacíos, golpeados, rotos, con rastros de sangre seca en la cara, en las manos, en las piernas, apenas se mantienen en pie.

Los soldados alemanes se burlan de ellas, las insultan, algo entiendo, antes de verlas desaparecer y mezclarse entre nosotras. Lo hacemos de forma inconsciente, pero las protegemos con lo único que tenemos, nuestra vida y la solidaridad que a veces existe entre las mujeres.

Cualquiera de nosotras podría haber sido ellas. Lo sabemos bien.

Una mujer próxima a mí pide agua a un soldado, la implora, coge a un niño entre sus manos y se lo muestra, y vuelve a pedir, se pone de rodillas, llora, suplica con las manos juntas sobre el pecho, con el niño llorando en su regazo. Lo hace en francés.

En estos momentos, poco importa la dignidad, ya no significa nada; al menos, no para nosotras, que solo queremos sobrevivir. Y ella me parece muy valiente.

El soldado alemán hace como que no entiende, se ríe de ella señalándola con el dedo índice, y yo quisiera salir y darle un bofetón a ese malnacido; el lenguaje de los signos es universal, incluso el violento. También el de la caridad, pero está claro que ese

muchacho no la tiene. Quizá la tuvo, quizá tuvo una madre como cualquiera de nosotras, las que estamos en el tren, una madre que le enseñó alguna vez a ser un buen hombre, un caballero, pero la guerra embrutece, y el adoctrinamiento te nubla el juicio de tal manera que en vez de seguir siendo un hombre, te conviertes en una marioneta.

Observo la mirada del resto de los soldados, la mirada de indiferencia ante esa madre que suplica, ante ese niño que es un mar de lágrimas, y me doy cuenta de que esa mujer que ha viajado conmigo durante horas, a la que no puedo ponerle ni un nombre siquiera, no va a conseguir nada; o puede que sí, un disparo si insiste.

Esos soldados no son tales, son solo unos niños con armas, niños que juegan a ser mayores, a obedecer las órdenes de un loco con bigote, a ver quién es más malo o más débil o tiene la sangre más impura.

Y entonces es cuando vislumbro el peligro, y sin pensarlo, me acerco a ella tan rápido como puedo, me agacho y la abrazo fuerte. Y en ese abrazo le susurro solo cuatro palabras, hay imperativo y ruego: «¡Calla, por favor, calla!».

La mujer me mira a los ojos sorprendida y yo la acaricio la cara con cariño, mientras repito muchas veces en bajito: «¡Por favor, por favor, por favor!».

Entonces el niño deja de llorar, y el soldado alemán, suelta la mano que ya estaba cogiendo el arma y se aleja riendo de nuevo, haciendo un gesto con el dedo índice en círculos sobre la frente. Y yo suspiro. Y cojo a su bebé en brazos, y después otras mujeres la ayudan a levantarse del suelo.

En ese momento el tren se pone de nuevo en marcha muy despacio, y yo miro alarmada el andén. Nadie se acerca a traernos agua. Ya no hay tiempo. El justo para cerrar las puertas y devolvernos la oscuridad.

«Tendremos que esperar», pienso, pero lo digo en alto desesperada, sin darme cuenta. «¿Esperar a qué?, ¿a morir?» pregunta una mujer, una de las que ha ayudado a esa madre llorosa a levantarse.

«No», respondo yo, «hay que sobrevivir, guardemos todas nuestras fuerzas, como sea».

El viaje se reanuda.

Las mujeres que han entrado están muy mal, cuentan cosas horribles, siembran en el vagón un miedo irracional que se extiende y nos deprime.

Todas callamos. Es imposible sacar de adentro alguna palabra de ánimo.

El niño que todavía tengo en brazos comienza a reclamar a su madre y ella, exhausta, lo coge de nuevo, le acerca el pecho y se lo ofrece como alimento, pero es un seno vacío, y ella lo sabe. «Al menos le calmará», me dice excusándose; y es cierto, el niño se adormece succionando la nada.

Y yo me quedo prendada de ese pecho, de esa unión, del canto suave de la madre que le mece; y me vuelven oleadas de un amor profundo, escenas de la infancia de mis hijas, un retorno a mi maternidad, al cordón umbilical que todavía me une y me engancha a mis queridas hijas.

Cierro los ojos para verlas mejor, y poco a poco va cundiendo el ejemplo, es mejor soñar, imaginar algo bonito, algo que nos ayude a reservar el aliento, a vivir.

Dormir, dormir, dejar pasar las horas, dormir.

Sentarse ya no es posible.

A medida que pasan las horas el aire se hace irrespirable, huele a excremento sólido, a orines, a sudor ácido, a muerto, y eso que no sé cómo huelen los muertos.

Las otras mujeres siguen adormecidas, los niños también.

Intento contar las horas que llevamos en el tren cuando, otra vez, a través de las rendijas, veo la noche llegar. Dos días, llevamos encerradas dos días, sin comer, sin beber, ¿o son tres? Ahora dudo. Se me mezclan los momentos. Imposible evitar la negrura, imposible no hacerse preguntas, no pensar que nunca nos han querido para trabajos forzados. Este viaje es una tumba abierta, una fosa, una forma de matarnos, de eliminarnos en un suelo que no sea francés.

Y esa idea va calando, me llega hasta los huesos, me hace querer morirme ahí, ya, rápido, en ese rincón mismo, sin ruido, sin molestar a nadie, ¿para qué esperar más? ¿Puede haber algo peor que esto?

¿Puede?

Sí, seguro que lo hay, pero no quiero ni imaginarlo.

De pronto, siento una mano helada que toma la mía, unos abrazos que me cobijan por detrás, que me rodean la cintura, y no sé cómo lo ha hecho, cómo se ha deslizado hasta llegar hasta mí, en esa marea de cuerpos apretados los unos contra los otros, pero pese al hedor del vagón, me viene su aroma a lavanda. Quizá solo lo imagino.

«¡Catherine!», susurro sujetándome a ella con fuerza, con

desesperación.

«Aguanta, Irène, aguanta, no te dejes vencer, ya queda menos.»

Y yo asiento, pero en mi cabeza bullen preguntas que no tienen respuestas, ¿cuánto menos, un día, dos, horas?

«¿Qué escribirías ahora mismo si supieras que solo te quedan unos minutos de vida?», me pregunta de pronto.

Y yo me quedo pensando en lo inútiles que me resultan las palabras en este momento y le respondo:

«Solo escribiría mi nombre, y este día, como un testimonio de vida; todo esto que nos está ocurriendo es demasiado real incluso para mí, que me he alimentado toda mi vida de ficción».

«Y tú, ¿qué pintarías?».

«A ti escribiendo tu nombre en la pared de este vagón».

«¿Me dejas el lápiz?».

Tardamos tres días en llegar y el tren paró en cuatro ocasiones; en todas ellas siguieron entrando más mujeres al convoy, y en dos de ellas nos dieron agua, pero apenas fue suficiente para calmar la sed de todas las mujeres y los niños que estábamos allí. Hubo quien se bebió sus propios orines. Ni siquiera lo vi mal, cada una sobrevivía como podía.

Hasta que hicimos la última parada y la puerta se abrió. Unos soldados comenzaron a gritarnos muy fuerte y a hacernos gestos con las manos indicándonos que saliéramos. Yo acaricié la pared del vagón, mi nombre escrito en grafito y el de Catherine. La luz nos deslumbraba y las piernas, dormidas desde hacía horas, ya no nos respondían. O quizá es que no querían avanzar. También ellas tenían miedo.

¿Cómo fiarse?, ¿de quién hacerlo? El corazón me latía con fuerza.

Catherine me dio la mano, temblaba como yo.

Mientras el vagón se iba vaciando, muchas mujeres quedaron tendidas en el suelo, también niños. Al principio pensé que dormían, pero cuando me acerqué a una de ellas, y la moví, percibí toda la verdad y ahogué un grito de rabia. ¡Estaban muertas!

¡Muertas!, se habían sostenido en pie por la estrechez de los cuerpos unidos. Habíamos estado apoyadas junto a muertos.

Los soldados fueron sacando los cuerpos sin ningún cuidado, como si fuesen fardos pesados, y los lanzaban a un rincón, acumulándolos, mientras en el andén hacían con nosotras una selección precisa de dos filas. Imaginé que ponían a las mujeres que valían a un lado y las que no, al otro.

No supe qué fila era la buena, solo que me separaron de

Catherine y cuando sentí su mano soltar la mía me quise morir allí mismo y cerré los ojos.

No quería verla marchar. A ella no.

Nos lo quitaron todo en un segundo; no es que yo llevase mucho, pero lo poco que había cogido en Issy desapareció en una montaña de bultos y maletas que a nadie le importaban. Me raparon el cabello, mis rizos de siempre, los vi caer uno a uno, e imaginé a Michel guardando en una caja cada mechón como si fuera un tesoro, solo que no era él quien los recogía, sino una mujer con la mirada más triste del mundo y un pijama enorme de rayas donde se perdía.

Después nos desnudaron y nos llevaron a empujones a una ducha de cinco en cinco. A más de una la pegaron por el camino. No perdían el tiempo aquellas mujeres, parecía que ensayaban un guion ya aprendido.

El agua estaba helada, se incrustaba en mi piel, y yo tiritaba como una hoja, me lamía los labios, me deshacía, resistía. Incluso me oriné encima para sentir algo de calor. ¡Qué más daba ya!

Recordaba a Catherine todo el tiempo, recordaba su: «Aguanta, aguanta, Irène»,

y yo lo hacía. ¡Lo hacía!, si había aguantado el tren también podía con la ducha helada, con todo lo que me pusieran delante.

Nos tatuaron unos números, no me fijé cuales, me negué a mirarlos, pero sentí mucho dolor, la carne abriéndose para ellos. Seguían tratándonos como al ganado, no, peor que al ganado, éramos pura escoria. Al finalizar, nos dieron una ropa manchada, vieja, grande, a rayas. Y pensé en la mujer con la mirada más triste del mundo, la que había recogido mis rizos, y comprendí que era judía. Como yo. Me pregunté para qué querrían los alemanes tanto pelo, había una gran montaña en un rincón. Esa fue una de las muchas preguntas que me hice durante aquellos días, sin saber que serían los últimos de mi vida. Nos llevaron a un barracón de madera, muy parecido a los que había visto en Pithiviers. Allí había un interminable mundo de mujeres rendidas, en los huesos, deformadas, sin cabello o con calvas, un enjambre enfermizo de mujeres ya condenadas a la muerte. Su tristeza era contagiosa.

Su tristeza no albergaba ni la más mínima esperanza.

Encontré un hueco y me instalé acurrucada en un rincón. Pensé que para vivir, lo mejor era pasar desapercibida y dormir. Y eso fue lo que hice. Estaba tan cansada que incluso aquel jergón de paja duro me pareció de pronto el paraíso. Hasta que una mujer comenzó a zarandearme y me despertó. Gritaba mucho y yo no la

entendía, pero era judía como yo, eso estaba claro, estaba rayada como mi nueva piel, tatuada con otros números, y en su pecho brillaba el color amarillo de la estrella de David.

Me puse en pie e intenté calmarla, y al hacerlo ella ocupó mi lugar y se quedó tranquila. Y entonces deduje lo que había ocurrido, me había apropiado de su espacio, y en aquel lugar horrible y sin alma, muy pronto lo comprendí, un jergón, un pijama y un poco de sopa sucia al día eran lo único que nos diferenciaba de los animales o de los muertos. Era lo único por lo que merecía la pena vivir.

Deambulé por el barracón buscando un hueco, mendigándolo casi; no era la única que lo hacía, pero me echaban de todas partes, hasta que vi la espalda de Catherine y mi alegría fue mayúscula. Me precipité hasta ella y la abracé con fuerza; hacía casi un día que no la veía, y ella se echó hacia atrás dolorida. Estaba llena de golpes. Tenía la cara morada, hinchada y el pijama a rayas ensangrentado.

La miré interrogante y ella no dijo nada; me cogió la mano, un gesto tan nuestro, y me llevó hasta un jergón. «Lo compartiremos», me dijo, y yo se lo agradecí en el alma. No sabía cómo lo hacía, pero siempre iba por delante de mí, siempre acababa salvándome.

Esa noche canté para ella, la mecí como si fuera una de mis hijas, y sentí que su rostro se humedecía junto al mío. Me emocionó nuestra unión, estaba hecha de miserias, de palos, dos desconocidas llorando en un colchón sucio lejos de casa, y sin posibilidades de retorno.

Al día siguiente nos levantaron al alba. Hacía frío, pero no teníamos con qué calentarnos. Me froté las manos con fuerza y expulsé mi propio aliento sobre ellas, cerca de mi cara. Catherine no podía ni moverse y yo la dejé tumbada y me despedí de ella con un beso en la mejilla y una frase optimista, una frase con un rastro de futuro: «Hasta luego, intentaré traerte algo de comer».

Nadie se acercó a buscarla.

Al salir del barracón, me encontré con un amanecer casi trágico, ensangrentado y pensé en la belleza de la vida, y un segundo después en que aquellos rojos no podían significar nada bueno. Y con aquel presentimiento miré al barracón y encaré el día, un día que sería una copia de tantos otros, un día que resultó mucho más triste de lo que jamás hubiese imaginado que podría vivir.

A los gritos, las mujeres rayadas comenzaron a moverse despacio formando filas, pero yo no sabía qué debía hacer, dónde colocarme, no entendía lo que decían aquellas bestias polacas o alemanas, o lo que fueran, y una mujer francesa, con la que había viajado en el

tren, me fue traduciendo como pudo: «Las más fuertes a esta fila, a las canteras», había gritado una mujer con voz muy grave. Y yo di un paso hacia atrás, ¡cómo iba a cargar con piedras si no podía ni con mi alma!, «el resto, a los camiones».

Por un momento pensé en acercarme a la fila de las canteras; casi todas las mujeres estaban ahí, pero luego decidí que si aquellos camiones me llevaban directa a la muerte, sería lo mejor. Una liberación.

Estuve todo el día abriendo bultos y maletas; las había de todo tipo, grandes, pequeñas, viejas, nuevas. Eran nuestras cosas, y las de tantos otros desdichados que habían bajado del tren aquellos días y seguirían haciéndolo durante semanas.

Teníamos que clasificarlo todo, lo útil y lo inútil.

Por mis manos pasaron trajes de bebé con su aroma impregnado todavía, baberos, ovillos de lana, fotografías de familia, cartas, zapatos, pieles, medias, camisas, gorritos, mantas, pijamas, joyas, dinero, libros y un largo etc. que me hicieron tiritar, emocionarme y llorar. Eran pedazos de vida, los últimos momentos de alguien antes de partir. Tenían el sello de la precipitación, los abrazos rápidos, el miedo al porvenir.

Y con cada prenda yo veía la escena, la imaginaba, la escribía en mi cabeza, y descubría mi capacidad de seguir narrando todavía.

Mi deseo de contar, entre tanto horror, era enorme.

¡Seguía viva!

Y así estuve durante horas aquel primer día, y los siguientes que me tocaron, mientras Catherine empeoraba en el barracón y yo hacía lo que podía para alegrarla y que nadie la viera. Fue ella quien me regaló su cuaderno, ella quien me dijo: «Escribe lo que ves, Irène». Y era asombroso cómo me salían las palabras otra vez, cómo aquellas mujeres paralizadas, sucias, esqueléticas y medio muertas, me inspiraban mi mejor prosa. La más emotiva.

Y los recuerdos, los recuerdos volvían con las frases, revivía mi bosque de Issy y a mis hijas danzando por la casa. Los abrazos de Michel, ¡cómo me envolvían los abrazos de Michel!, podía hasta tocarlos.

Soñaba despierta y rehacía cada pequeño detalle. Mis largas caminatas, las calles de París, las tertulias encendidas, la vida tranquila, los dedos en el piano, los árboles meciéndose con la tormenta, el huerto de mi casa, el sol que atardecía sobre los prados, los cuentos antes de dormir, sus voces infantiles…

Sobrevivía.

Los trenes seguían llegando cada día había nuevos prisioneros,

miles de maletas por abrir, miles de emociones por sentir. Yo iba a ver a los prisioneros, les observaba en la distancia haciendo filas, perdidos, sin fuerzas, y buscaba entre la multitud a Michel, a mis queridas hijas.

No llegaban.

Cada tren sin ellos era mi esperanza. ¡Seguían vivos! Y yo con ellos.

Aguanté hasta que Catherine comenzó a delirar una noche, y yo al verla tan mal me quise morir con ella. No podía concebir aquel lugar sin su mano por la noche, sin su rostro iluminado por cualquier tontería, sin su sonrisa de ángel cuando le contaba una historia o le traía algo que había cogido de una maleta; era ella la que me decía que escuchara a los pájaros cantar, que si ellos todavía lo hacían, nosotras teníamos una posibilidad. Era ella la que me ayudaba a sobrevivir, y no al revés.

Catherine deliro toda una noche, y yo estuve a su lado, cantándole, dándole todo mi amor, hablándole de coraje, todo el que yo no tenía, susurrándole que fuera libre, que me llevara con ella, pero no lo hizo.

Yo me quedé.

¿Qué iba a ser de mi vida?, me pregunté cuando bajé su mirada y apreté su mentón hacia arriba para cerrarle la boca. Me resultaba insoportable pensar en vivir sin ella en aquel espacio tan triste.

Y con ese pesimismo en el alma, y el desamparo de no tener a mi querida Catherine a mi lado, me enfermé yo también, volvió el asma, la tos, la fiebre y la debilidad. Tenía largas pesadillas, hablaba por las noches, comencé a delirar.

Quizá me contagiara algo Catherine, aunque no lo creo, enfermé de tristeza, de desamor. Mis compañeras del barracón no me soportaban, algunas me tapaban la boca con la mano para no oírme. No las culpo.

Ni siquiera los cielos extraordinarios de aquel lugar al amanecer, o el cuaderno y mis letras, o la idea de volver a ver a mis hijas, a mi querido Michel, alguna vez, consiguieron arrancarme de la melancolía en la que me había instalado.

Yo solo quería morirme.

Así fue como terminé en el *Revier* y supe que ya no saldría de allí. Lo supe con la misma certeza con la que presentí que vendrían a detenerme a Issy.

Incluso yo que no llevaba ni un mes en aquel infierno de Auschwitz conocía ya sus reglas, las teníamos escritas a golpes en nuestra piel blanca y moribunda.

Los prisioneros muy enfermos, los que ya no podían trabajar ni tenerse en pie, eran amontonados como la escoria que eran en aquel lugar mal llamado enfermería, y solo les quedaba esperar su momento. Gaseada, moriría gaseada, lo sabía; eso si no conseguía morirme antes. Y recé con toda la fe que me quedaba en el cuerpo para que aquello sucediera. Lo intenté. Sabe dios que lo intenté, la idea de convertirme en cenizas se hizo mi fiel compañera de cama. Mi amante de aquel largo verano.

Diecisiete de agosto.

Desde la oscuridad de este umbral al que me llevan hoy, donde sé que ya no hay camino de retorno, solo elevación, paz y sueño, voy rezando, y eso que nadie me enseñó nunca a hacerlo.

Pienso en los míos, y en todo el amor que siento ahora mismo, y algo vibra dentro de mí; quizá sea una luz que me indica el camino.

Entregar la vida, volver al sueño, a la noche, al silencio inesperado roto por una puerta que se cierra de pronto, que nos clausura, y el grito desgarrador de los que me rodean y se abrazan para tener consuelo.

Yo también les rodeo. Mejor morir acompañada aunque me sienta sola.

Mejor que pase rápido, que no quede ni un solo minuto para la memoria.

Michel

Mi querida Irène,

Te gustaría el otoño de este año. Es fiero, diferente, el viento arranca las hojas de los árboles y hay un manto prematuro en el bosque que muere bajo nuestros pies. Todo está dorado. El jardín de nuestra casa, sin embargo, resiste en verdes, es como si se hubiera quedado atrapado en el verano, en ti, en tu deportación.

Creo que espera tu vuelta.

Quizá sea un mal augurio. Últimamente los veo por todas partes.

Pienso en ti cada minuto del día y aguardo tu regreso en el dintel de la entrada todas las noches. ¡Tantas veces me parece verte regresar por el camino del bosque!

Estoy cansado. Y solo. Sí, también muy solo; o al menos, me siento así.

Cada día parece que amanece mucho más tarde, que sopla más el viento, que mis dudas se agigantan, que no entiendo nada, ni siquiera el beso de las mañanas de dos niñas pequeñas.

Tengo sospechas, miedos irracionales que me crecen con fuerza, de abajo a arriba, amenazan. No soy estúpido, sé que no vas a volver, o quizá sí, no pierdo la esperanza de volver a verte, de abrazarte, lo hago cada noche, aunque no sea algo real.

Tus hijas preguntan por ti, te llaman, lloran, sobre todo Denise, la escucho por las noches y no acierto a consolarla. Mi tristeza es tan grande que es egoísta, la quiero solo para mí, aunque a veces, creo que es contagiosa y por eso se extiende por la casa como un mal virus.

La deportación nos amenaza a nosotros también, siguen con su limpieza de raza, y lo hacen cada día. Las noticias me tienen en vilo. Los Aliados avanzan pero no lo suficientemente rápido. No llegarán a tiempo.

Ni siquiera en este bucólico lugar perdido en el campo vamos a poder sobrevivir.

Demasiados ojos, demasiada verdad.

¿Y qué ocurrirá cuando suene el timbre?

Los alemanes administran el odio a su antojo. Son la raza dominante. Y Francia les sigue el juego, es un foco de antisemitismo, y su único objetivo es exterminarnos. Nos ven como

una especie de demonios.

Sé que miles de judíos están huyendo al sudeste de Francia, también a Suiza.

Cada mañana anoto los cambios, los días, el mes. Son breves frases, como por ejemplo: Hoy he visto al panadero llegar temprano, llevaba la cesta repleta de baguettes; Marie llevaba mucha prisa, su niño lloraba en su regazo; el otoño ha comenzado a quedarse desnudo, la hojas vuelan, me apena, significa que tenemos encima el frío, tengo que acordarme de ir cogiendo leña al volver del bosque; los verdes amarillean; ya no es tiempo de cosecha; el azúcar me recuerda a algunos versos; las colinas parece que ondean, veo en ellas el mar. Lo añoro; hay frutos del bosque y castañas en el suelo, recordar coger una cesta para llevarlos a casa, a las niñas les encantan; tengo pesadillas, se repiten cada noche; las niñas tienen hoy fiesta en el colegio, van a cantar canciones, parecen contentas; Julie se retrasa con el desayuno, la veo preocupada; hoy Cecile ha traído noticias, han puesto patrullas en las carreteras, paran a los coches y les piden su documentación ladrándoles, y en verdad no sé muy bien por qué lo hacen, por aquí nos conocemos todos, no hay necesidad de ser maleducado; creo que hay hombres malvados; esto no puede prolongarse en el tiempo; la espera se hace eterna; no sé vivir sin ti, tampoco quiero hacerlo; ¡mi querida Irène!; los alemanes me parecen todos iguales, pómulos altos, ojos azules, copias; requisan alimentos por las granjas y las casas. Han venido dos veces, buscan lo que sea, frutas, pan, mermeladas, carne, nosotros hemos escondido lo poco que tenemos en el huerto, debajo de las lechugas que nunca parecen estar a punto.

A veces, mi querida Irène, pienso en tu madre, a ella no le he pedido ayuda, y es de las pocas. Me da mucho coraje imaginarla, tan ajena a nuestras vidas, en su mansión frente al mar, como una estatua, pasando por esta guerra de puntillas, por este dolor que no le es propio, que no le importa lo más mínimo, que no le afecta. Todo lo ajeno le resbala como la lluvia, siempre lo hizo.

Ya sé que tu madre no siente nuestra pena, ¿por qué habría de sentirla? Se libró de ella hace años. Y del amor. Dinero, dinero, solo ha conocido esa palabra, solo le ha movido esa palabra, dinero, joyas, deleite y hombres, amantes, todos los posibles. Un intercambio mutuo. Los judíos le sobramos, su esposo, su propia hija, su yerno, sus nietas, la guerra no va con ella, eso es verdad. Y sin embargo, sabiéndolo, y conociendo tu criterio, no me resisto a intentarlo, a conmoverla. Creo que debería ir a suplicarle que ocultara a nuestras hijas, ¿no estás de acuerdo, amor? ¡Cómo

necesito tu consejo!

Sería capaz de ir al infierno mismo, de ponerme de rodillas ante el diablo si hiciera falta, por ellas todo, por nuestras amadas hijas, hay que ponerlas a salvo. En Issy corren peligro. Tu madre podría salvarlas, lo sé, pero Julie me quita la idea todo el tiempo, como imagino que lo harías tú si estuvieras aquí; a veces me parecéis dos gotas de agua. Dice que el viaje es peligroso, que estamos muy lejos, que por el camino nos pueden detener, que es mejor que yo cuide de ellas hasta el final, que huyamos a Suiza si no puedo resistirlo, pero que no vaya a verla.

«Eso nunca, eso lo último», me dice.

Y luego me habla de su frialdad y no puedo creer que una abuela sea así, tan dura, tan despreciativa, tan indiferente a nuestra suerte, a ti, Irène, eres sangre de su sangre, su hija.

No, no puedo creer que no ame a sus únicas nietas. Y Julie se ríe, se ríe de mí, me dice que soy un ingenuo, un romántico, que no la conozco. Que es mejor que no pierda el tiempo porque las rechazará.

Y esta conversación, mi amor, me deja un amargor enorme en el estómago, y me la imagino, tan distinta a ti, tan banal, delante de un espejo, huyendo de lo feo, del ruido, de las deportaciones, de los heridos y el hambre, de lo vulgar, escondiéndose, deleitándose en los retratos de las paredes de su hogar, un hogar que nunca fue tal, que no pudo serlo, un lugar de pasada, sin gloria, ni centro, mostrando un disfraz imposible de reconocer.

Así que no insisto, tampoco con las cartas. No sirven para nada, estamos solos en esto.

En agosto, y ya ha llovido desde entonces, escribí a André y le conté que me había enterado, a través de una fuente muy fiable, de que las mujeres internadas en Pithiviers habían sido conducidas a Alemania y desde allí al este, a Polonia, ¿a dónde?, no puedo saberlo. Le dije que me moría de preocupación, porque no sabía nada de ti desde el trece de julio, o quizá fuera el quince cuando enviaste aquellas dos frases de despedida, tan normales, tan dramáticas, o puede que más tarde, ¿cómo saberlo?, no hay fecha, no hay nada, ni siquiera una dirección para devolverlas.

Le conté que te habías ido sin nada, sin dinero, sin víveres, sin casi ropa y que me resultaba insoportable verte allí y yo aquí, encerrado en este pequeño pueblo, sin poder hacer nada por ti, sin permiso para moverme, atado y señalado con la maldita estrella amarilla. Le dije, porque es verdad, que no duermo, ni puedo comer, desde que te has ido, y que no me consuela nada salvo la

bebida y estas cartas inútiles que te escribo para no sentir que te he abandonado.

Escribí a la señora Cabour, siempre tan amable, ya la conoces, y como nos ofreció su ayuda, aproveché y la pedí algo de hilo, algodón y papel, ¿te lo puedes creer, mi vida?, me falta papel.

Estas cartas que te escribo me dan la vida, te mantienen cerca, sobre todo ahora que no sé si estás viva o muerta, ¡qué palabra más definitiva, más odiosa! Quisiera pensar que estamos a tiempo.

¡Ay, mi amor!, ¡cómo podría llegar hasta a ti! No tengo descanso, no lo encuentro, solo pienso y pienso, ¿qué podría hacer?, ¿hay algo que no haya hecho todavía? Continuo buscando una salida.

En septiembre me escribió André, no fueron buenas sus noticias. Ninguna de sus gestiones había dado resultado y yo comienzo a desesperarme. Es como chocar la cabeza contra un muro cada mañana, pero no me rindo.

Le he propuesto que me intercambien por ti, quizá esa sea la solución, pero me ha dicho que no, que no serviría de nada, que los hombres y las mujeres en los campos de trabajo forzados están separados y que no insista, pues con ello puedo estar llamando la atención demasiado y me arriesgo a una detención.

Así que llevo días en silencio y abrumado por la inactividad.

Y luego tengo un problema, y es que necesito renovar mi documento de identidad extranjero, válido hasta el próximo noviembre, y André me dice que no haga nada, que no me mueva, que no llame la atención, que estoy en una situación muy peligrosa.

Muy peligrosa, repito, como en un gran agujero negro, pienso después. Y siento un escalofrío que me recorre el pecho, que se aferra al miedo que siento y a la vida al mismo tiempo, que desea volver a verte, no desfallecer en este momento, en este momento no.

Y eso me asusta. Me asusta mucho, porque soy débil y los días parecen siempre una copia, como una triste despedida.

¿Dónde estás, mi querida Irène?, ¿volverás algún día?

En los días más tranquilos, cuando todavía no ha amanecido y estoy tumbado en la cama, me parece escuchar tu respiración, y extiendo la mano hacia tu lado, aquel que te guardaba el calor y el reposo, y acaricio tu cuerpo, tu amor.

Te necesito tanto, Irène.

Siempre tuyo,
Michel

Algo más que un puñado de fechas
1942

Las deportaciones continuaron y las malas noticias también. Cada vez eran peores. París se convirtió en una ciudad fantasma.

En toda Europa, la Iglesia Católica alzó la voz para ayudarles, denunciando el genocidio que se estaba produciendo con el pueblo judío.

En Francia, el cardenal de París Emmanuel Suhard fue el primero en redactar un documento denunciando su persecución, documento que fue enviado al mismo Pétain. Le siguieron otras voces: el arzobispo de Toulouse, Jules-Gérard Saliège, el obispo de Montauban, Pierre-Marie Théas, el obispo de Niza, Paul Rémond, el religioso Jules-Marie Gerlier, el fraile capuchino en Saboya.

Fueron muchos los que ocultaron a niños judíos, y encarcelados por ello cuando fueron descubiertos.

La Iglesia Protestante del pueblo de Le Chambon-sur-Lignon en Cévennes dirigida por el pastor André Trocmé, logró que todo el pueblo se involucrara y salvara a cientos de niños judíos y a sus familias. En la aventura de la supervivencia, también hubo que lamentar pérdidas. Su primo, Daniel Trocmé, el director del asilo infantil Maison des Roches fue descubierto protegiendo a niños judíos y asesinado en el campo de exterminio de Majdanek un tiempo después.

Se calcula que de marzo a diciembre de 1942 fueron deportados alrededor de cuarenta y tres mil judíos, y casi la totalidad de ellos acabaron en la cámara de gas, aunque por aquel entonces ninguno podía saber lo que estaba ocurriendo, ni la gran magnitud del drama que se viviría al finalizar la guerra.

Michel llevaba varios días decaído, incluso más de lo que era habitual en él. Intuía el final, su arresto inminente y así sucedió. No se hizo esperar. Había dejado de escribir pidiendo clemencia, buscando noticias. Lo sabía, todo era inútil. Incluso beber resultaba inútil. Ni siquiera estando borracho era capaz de calmar su sed. De olvidarse de los vivos. De no sentir que ya estaba muerto. Tenía las manos agarrotadas, moradas. Un aspecto demacrado, sucio. Y las ojeras profundas, como pozos. Casi daba miedo mirarle. A las niñas les costaba mucho esfuerzo acercarse a él. Abrazarle. No las culpo.

Tampoco Michel lo hacía. Ni Julie.

Yo me paseaba por la casa, iba y venía, contemplaba cada momento. Estaba siendo testigo del final de una historia, de una familia. Un testigo mudo y confuso. Me resultaba muy difícil no participar, no hablar, no animarles, no contarles lo que sabía que sucedería en un futuro, no decirles: «¡Huid!, ¡aún estáis a tiempo!, ¡no tienes porqué morir, Michel!». Pero no podía. Mis labios no se movían, mis manos no sabían escribir, y solo podía permanecer así, como un espíritu, indiferente y frío, intentando recordar cada minuto como una cronista que se limita a hilvanar unos hechos o a recordar un diálogo para luego contárselo al mundo.

Sin embargo, todo había cambiado para mí. Incluso mi inspiración había mutado. Mirando desde un rincón, solo podía pensar en cómo salvarles. En cambiar la historia. Admiraba a Michel, su constancia, la fuerza que había tenido con cada carta, su manera de hablarle a Irène. Aquel amor me había hecho sentir pequeña, insignificante, egoísta. Y quería a sus hijas, a esas pequeñas criaturas que se alimentaban de un pasado todavía perfecto, de un demasiado pronto.

Aquella casa me había secuestrado, estaba llena de amor y de todo lo contrario, de fatalidad, de fechas, de horas y minutos contados, un tiempo efímero.

No había ninguna perfección en sus paredes.

Ni en la verdad que después yo contaría. Quizá no hubiera ninguna verdad. Ningún escritor debería tener el derecho de usurpar una historia, de hacerla suya, de superarla con ficción. Pero es lo que hacemos, ¿no? Somos unos imprudentes, amamos sin remidio.

En uno de los otoños más extraños y tristes de su vida, Michel también fue detenido. Sucedió un día de octubre. En algún momento, mientras se lo llevaban, alguien, un aldeano probablemente, aseguró que le había visto sonreír. Lo dudo mucho. Aunque, quién sabe, quizá pensaba que no tardaría en ver a su querida Irène.

Si lo hizo, eso, sonreír, se equivocó.

A Michel lo internaron en el Creusot y después en el campo de concentración de Drancy, donde según consta en el registro le confiscaron ocho mil quinientos francos.

Cuando le vi coger aquel dinero y guardarlo precipitadamente en el bolsillo de su pantalón justo antes de que se lo llevaran, quise gritarle con todas mis fuerzas que no fuera tan insensato, que aquel dinero no le serviría para nada, no compraría ningún favor ni le

devolvería a Irène a casa, pero aunque hubiera podido escucharme, ¿habría entendido alguna de mis palabras? ¡Qué absurdo resulta el miedo y qué estúpida la nostalgia de pensar que la vida permanece en espera, allí donde la dejas!

Michel estuvo retenido alrededor de un mes en suelo francés. Allí tocó fondo. Sus sueños tocaron fondo. Nada de lo que vio durante aquellos casi treinta días fue lo había imaginado, nada fue como había creído, y de pronto, se sintió un viejo humillado, inútil y tonto. ¡Cuántos errores había cometido durante aquellos meses! De aquel abismo nadie correría a salvarlos, nadie diría una sola palabra en su favor. Estaban todos condenados.

Fue una lástima que lo comprendiera demasiado tarde.

Conozco bien el rostro de la decepción, y Michel caminaba por aquel campo de internamiento francés como si no viviera ya, como si su tiempo fuera algo agotado, algo que había dejado de pertenecerle.

Y así fue.

El seis de noviembre de 1942, Michel formó parte de un nuevo convoy a *Auschwitz*, un viaje en el que vivió el mismo infierno que su querida Irène.

Al llegar fue llevado directamente a las cámaras de gas.

No permanecí a su lado. No quise seguir su rostro hacia el frío polaco ni repetir el paisaje de esqueletos cenicientos. No busqué su cuerpo ni los restos rayados tan parecidos a todos los demás. Ya no importaba la piel. Tampoco su reacción bajo la no ducha. No quería verle despojado de su humanidad ni convertido en polvo gris.

Había llegado a amarle.

Sí, lo confieso. Me confieso. Al escribir me di cuenta de que amaba cada una de sus debilidades. Quizá, también, por qué no, eran un poco las mías.

Brindé por ellas aquella noche. Lo hice con vino y su sabor me recordó al verdadero amor. También a este bello poema que un día leí de Alberto Cubero:

Junto a los rompientes de los acantilados viven los que fueron expulsados del laberinto. No tienen rostros de desterrados. No hay tristeza ni congoja en sus ojos. Pasean entre las rocas, contemplan el vuelo de las aves, respiran profundamente. Sobre todo esto último, respiran profundamente. De cuando en cuando, dibujan en el aire sueños a los que no ponen nombre. Cada noche, una pequeña embarcación viene a recogerles. Ellos dicen que viene del faro del fin del mundo y que les lleva allá de donde no se regresa. Les gusta imaginar eso. En realidad, les lleva mar adentro para mostrarles el secreto de la

tiniebla.

Hay períodos de la vida que transcurren en una especie de limbo, de felicidad inmensa pese a toda la tristeza que escribes. Esos momentos de creación, de fusión con los personajes, pasearme entre las páginas, ser parte de la trama, experimento, cuerpo y alma, hacer posible lo imposible, reír, amar, llorar incluso, como ellos, igual, con la misma emoción, son algo increíble. No me avergüenza decirlo, vivo de otros, me alimento de otros. Todo es sencillo cuando hay sombras a las que seguir.

El tiempo ha dejado de ser mío.

Ya no pertenece.

Nadie me avisó de que esta vida sería así.

Pero no me quejo, porque aunque la muerte de Michel e Irène me ha dejado el cuerpo lleno de cicatrices, yo, sigo con los vivos. Sigo en mi rincón de siempre.

Julie me espera. Mis niñas me esperan. También, sus esperanzas de sobrevivir.

La huida

… Soy estación desierta
una vez que las maletas han abandonado mi suelo,
una vez que los recuerdos
me señalan con el dedo convirtiéndome en rea.
Soy una estación con trenes,
invisibles por veloces que no me dejan creer
más que en la ausencia y la huella.
Alma Diego,
Cuando seas otro

Julie camina con paso acelerado por las calles desiertas del pequeño pueblo francés de Issy-l'Évêque. Está nerviosa y le tiembla ligeramente la barbilla. Para evitarlo, frunce los labios, los aprieta, se los muerde, se hace heridas.

Pide, una y otra vez, en silencio, que no llegue tarde, por favor, que no llegue tarde. Y se lo pide al aire de sus pulmones, no hay nadie más, juntando las manos como si tuviera frío, implorándole a la nada, maldiciendo entre dientes a los alemanes, a los nazis que lo han ocupado todo y han sembrado el caos y se han llevado a su querida Irène y a Michel.

La vida, desde que se fue, ya no ha sido la misma.

En vano, intenta darse prisa, disimular su angustia, sabe que no tiene que correr, se lo repite cuando nota que sus pies casi corren por la calzada, no quiere que ningún vecino note su desesperación, no debe llamar la atención.

Ya no confía en nadie. Hace tiempo que no lo hace. Los golpes enseñan.

Por el momento, parece que lo consigue, eso, que nadie le preste demasiada atención. Se cruza con algún vecino, pero van inmersos en sus propias perdidas, en su mundo de pequeñas miserias.

Todo ha sucedido tan rápido que no tiene muy claro qué debe de hacer primero, está confusa; ensimismada, repasa la larga lista de asuntos pendientes y últimos recados que debe afrontar, pero el más urgente, sin duda, es salvarla, recuperar a Denise, mantenerla con vida, esconderla en un lugar seguro, y después, huir del pueblo con las dos niñas.

Se le acelera el corazón.

Piensa en Babet, que ese día no ha ido al colegio porque no se encontraba bien, y la ve dentro del escondite que tienen preparado en la casa, encerrada con su muñeca favorita. Así es como la ha dejado, sola, en el mismo retiro que usó cuando vinieron a por su padre, un viejo espacio conocido y nada querido.

Está intranquila.

Cuando Cecile la llamó para prevenirla, no se le ocurrió otro lugar mejor; era el más próximo, y ahora piensa que quizá tenía que haberla dejado con alguien, piensa que quizá esté llorando o tenga mucho miedo, todavía es tan pequeña; piensa en si Cecile habrá llegado ya y estará con ella, y con la mente la mete prisa, la hace correr.

Mientras Julie atraviesa la plaza con el rostro incendiado, llega la policía a la puerta de la casa, les ve con el rabillo del ojo, descender, golpear, gritar.

Julie no se vuelve, solo acelera el paso y se cruza en la esquina con una Cecile precipitada, colorada, nerviosa. Ella le hace un gesto de calma y le dice muy seria, sin llegar a pararse: «¡Disimula, miente todo lo que puedas, Babet está escondida dentro!».

Y Cecile asiente.

A las dos les ha unido la misma historia, las mismas circunstancias, Irène. Las dos le prometieron, y no hace tanto, velar por sus hijas, y lo harán, ¡claro que lo harán!, con su vida si hace falta.

Ahora Julie es la tutora de esas dos criaturas y no sabe si tendrá fuerzas para afrontar la soledad de los días y la huida.

Y las preguntas, ¿cómo hará para soportar las preguntas de esas dos niñas?

Prefiere no pensarlo demasiado, actuar por impulsos, concentrarse.

Lo primero que tiene que hacer es conseguir esos papeles nuevos para las niñas, nombres que no las reconozcan, quizá cortarles el pelo, cambiarles de ropa. Los gendarmes están detrás de ellas, parece que no han tenido bastante con los padres.

¡Son insaciables!, ¿qué querrán hacer con dos criaturas?, ¿con todas las que ya se han llevado de París?

Hay controles en todas las carreteras y en los alrededores todos las conocen, eso se lo ha dicho Cecile y entre las dos piensan rápido. Tienen que marcharse por el bosque, pasar desapercibidas por los caminos, dormir al raso si hace falta.

Hay que coger ropa de abrigo, bastante.

Necesita instrucciones. El hermano mayor de Cecile, o el primo, o quién sabe, gente de la Resistencia francesa, se están ocupando de todo, al menos de la logística: dormir, comer, avanzar seguras, y sobre todo encontrar un lugar para las niñas donde puedan permanecer a salvo durante el mayor tiempo posible.

El riesgo es muy alto, pero Francia y sus gentes son generosas y todavía hay quien se arriesga simplemente porque es lo que hay que hacer.

Como ella.

Bueno, como ella no, ella ama a las niñas. Y sabe que si las cogen, las tres serán detenidas, no le salvará a Julie ser francesa, ni aria; las leyes son muy claras, todo aquel que ayude a los judíos se convertirá en su enemigo frontal.

Y Julie ya lo tiene asumido, pero no le importa lo más mínimo, haría cualquier cosa por sus niñas. Para ella son como sus nietas.

Lo más importante, piensa mientras vuelve a acelerar el paso, es anticiparse a los movimientos de la Gestapo y de la policía. Y por eso casi está corriendo de nuevo. Tiene que llegar a tiempo, o no se lo perdonará nunca.

Prevenir a la maestra, sigue enumerando su lista mentalmente: Esconder a Denise en el lugar que tienen preparado por si pasaba algo; volver a casa, hacer como si nada pasase, mentir, recoger sus ropas, poca cosa, la maleta de Irène, importante, algo de comida, lo justo, dejar pasar el rato; asegurarme de que no han dejado a nadie para que me siga; volver a recoger a la niña de su escondite, el colegio. Marcharse al alba si puede ser.

Cuando Julie llega al colegio, corre por los pasillos. Allí ya no hay nadie que la pare ni la mire y abre la puerta del aula sin llamar siquiera. Los niños dan un respingo y alguno que otro grita del susto.

Se disculpa como puede, con gestos, ha sido muy impulsiva, pero por suerte no le hacen falta las palabras. Tampoco las tiene. Se ha quedado sin aliento, y solo acierta a decir: «¡Alemanes!».

Denise se pone en pie y recoge sus cosas con rapidez, besa a sus mejores amigas, que han comenzado a llorar, y se despide del resto de sus compañeros con un saludo de mano y un golpe de corazón.

Luego le coge la mano a Julie y ella la sonríe y la abraza para darle ánimos y fuerza. Después le dice que se vaya con la maestra, que ella tiene un escondite perfecto, que confíe, que cuando la policía se marche, volverá a buscarla. Y Denise, al principio, parece dudar, ya son demasiadas pérdidas, no podría soportar una más, pero obedece. Le da la mano a la maestra, que se lleva el dedo

índice a los labios cerrados y con ese pequeño gesto, el resto de niños, la clase entera, entiende que deben callar.

Después desaparecen por una puerta lateral.

Y llega otra maestra corriendo a ocupar su lugar.

Julie se acerca a la ventana y ve llegar a la policía. Se pone tensa, ¿y ahora?, no sabe cómo escapar.

La maestra le dice que coja el pasillo de la izquierda, y que al fondo hay una puerta y una escalera que da al exterior. Y ella se precipita en esa dirección.

En tan solo cinco minutos el colegio entra en pánico. La Gestapo y la policía gritan mucho por los pasillos, interrumpen las clases, preguntan a todo el mundo.

Es el caos.

Julie llega al exterior justo cuando la policía entra en la escuela y toma la calle principal hasta su casa. Le sudan las manos. Para disimular su angustia se va parando con los vecinos, los saluda, se entretiene, compra algo con lo que volver a casa, cualquier cosa, lo primero que ve, un presentimiento la alerta.

Seguro que en su casa también hay policías esperándola, y seguro que quieren interrogarla. La inquietud hace su trabajo y se le cierra el estómago.

Mientras, en la escuela, la maestra esconde a Denise en un agujero que hay entre la pared y su cama, en la vivienda contigua a la escuela. Y cuando está segura de que es imposible que la encuentren, besa a Denise y la desea suerte: «¡Qué Dios nos proteja!», le dice antes de marcharse y cerrar la puerta.

Denise lo recordará siempre. También su manera de temblar.

Muy humana.

La maestra vuelve al colegio y disimula su sorpresa ante la invasión de tantos soldados. Después miente, miente como nunca lo ha hecho y espera no volver a hacerlo, y dice lo que tiene que decir, que Denise no ha ido al colegio, que llevan varios días sin verla, enferma, les asegura.

Y los soldados no la creen. Los soldados no creen a nadie. Y comienzan a moverlo todo, a romper cosas, a abrir cada puerta, a registrar cada rincón. El ruido de las botas es ensordecedor y los niños lloran muy alto.

Alguien decide sacarlos al patio.

Denise, en su escondite, reza oraciones católicas, las que le enseñaron cuando hizo la comunión hace ya años, no conoce otras, ninguna judía, pero tampoco las necesita. Estas le dan mucha paz, y recitándolas se siente a salvo.

Piensa en su madre y en su padre y en lo lejos que están; bueno, en realidad no sabe dónde están, quizá estén detenidos cerca, pero los añora igual, cerca o lejos, qué más da, hace meses que no les puede tocar, sobre todo a mamá.

Y por un momento se le pasa por la cabeza la idea de salir, de dejarse detener, así podrá estar con ellos y volver a ser una familia. ¡Necesita volver a verlos! Pero enseguida se le quita el deseo, sobre todo cuando se acuerda de Julie y escucha a las fieras acercarse.

Y cuando entran en la habitación cierra los ojos con fuerza, como si los ojos abiertos pudieran delatarla, y se queda sin respirar, como muerta, diciéndose a sí misma: ¡Estás a salvo, estás a salvo, estás a salvo!

¡Le dan tanto miedo los soldados!

Todavía recuerda cuando llegaron a buscarlos, primero a mamá, y tres meses más tarde, a papá.

Se lo llevaron por la mañana, de madrugada.

Era una fría mañana del mes de octubre, una mañana dorada. Papá decía que mamá adoraba los árboles que lloraban ámbar, y ese día sucedió, en nuestro huerto, los árboles lloraron. También lo hicieron ellas.

Cuando los soldados entraron en su hogar, tiritó la tierra. De todas formas, los esperaban. La Resistencia les había avisado y papá cada noche se despedía de ellas como si fuese la última noche y les señalaba los escondites que tenían preparados.

Decía: «¡Si vienen, escondeos!».

Y fue así, cómo, sin quererlo, las fue preparando para el adiós.

Cuántas veces Denise pudo preguntarle: «Papá, ¿por qué no huimos?», pero su padre no escuchaba a nadie. Solo esperaba. La esperaba. Denise también. Y la pequeña Babet. Mamá era la luz de la casa y sin ella las cosas no tenían color.

La esperanza de su padre era también el deseo de Denise, y ella creía que si su padre tenía fe, y pensaba que era posible que mamá volviese, ¿quién era ella para pensar lo contrario? Tuvo fe. Y entre llanto y llanto, pedía que volviese.

Escucharon su llegada desde el calor de las sábanas como un zumbido lejano.

Su padre estaba en la ventana, contemplando el amanecer de otra noche de insomnio, cuando les vio llegar por aquella carretera desierta.

Enseguida supo lo que iba a ocurrir.

Se acercó a sus hijas y las despertó con besos. Las sacó de la cama y las llevó hasta los lugares secretos. Denise y Babet se

dejaron hacer somnolientas.

Tres coches aparcaron delante de la puerta principal. Julie los contó de uno en uno. ¿Hacían falta tantos para llevarse a un solo hombre?, pronunció en voz alta.

Cuando llamaron, golpearon la puerta siete veces, siete rotundas veces. Parecían puños de hierro pidiendo entrar. La puerta tembló. También los que estaban dentro.

Las niñas corrieron a abrazar a su padre, que ya estaba vestido, con su gabán holgado y sus zapatos negros relucientes, y se colgaron de su cuello llorando.

Él las abrazó con fuerza, sin prisas, con lágrimas en los ojos.

Estaba tranquilo, sobrio.

Las llevó de la mano a sus escondites, las metió, las cubrió con una manta. Julie, mientras tanto, volaba haciendo camas, eliminando cualquier vestigio de una vida infantil.

Las instrucciones eran claras, tenía que parecer que allí no había niños.

Hubo golpes, silencio, precipitación de pasos. Y después roturas, muebles destrozados, gritos. Y al final solo quedó el llanto de Julie en la sala, monótono y acompasado, y el silencio de la noche. También la pérdida en algunos corazones.

En todo eso piensa Denise escondida en ese pequeño agujero, mientras los alemanes y la policía siguen buscándolas, a su hermana Babet, que espera que esté a salvo, y a ella. Escucha cómo pronuncian sus nombres en alto, cómo hacen llorar con sus gritos a otros niños más pequeños, o sus compañeros de clase quizá, y solo espera que no la delaten. Y lo repite muchas veces: «¡que no me delaten, que no me delaten, que no me delaten!».

También piensa en Julie y en Cecile, y ahora en su maestra. Les debe mucho y agradece el riesgo que corren todos los días por ayudarlas. Son sus ángeles de la guarda.

Denise resiste en el agujero varias horas sin salir, sin moverse; también su hermana pequeña lo hace en otro boquete igual de incómodo.

La policía se marcha enfadada y amenaza a la directora del colegio, le dice que si las está encubriendo ella misma irá delante a un campo de concentración cogiéndolas de la mano. La directora no se deja amedrentar. Tampoco las maestras, que responden con naturalidad y cuentan la versión que han preparado, llevan días sin venir a la escuela, y pensaban que estaban enfermas, gripe o algo así, hay otros niños enfermos, es la época.

En casa de los Epstein, Julie y Cecile también sufren el acoso y

el interrogatorio, las amenazas y el registro, pero se mantienen firmes y seguras. Y al final los soldados se van, pero las mujeres no se fían, se sienten vigiladas.

El corazón les late con fuerza todavía. Y saben que no se van a dar por vencidos tan fácilmente y que volverán.

Así que no les queda más remedio, de momento, que esperar. Como a las niñas.

La maestra le lleva a Denise algo de comer, le cuenta lo que está ocurriendo fuera y le pide que aguante. Julie hace lo mismo con Babet.

Y al mismo tiempo va preparándolo todo, algo de ropa, comida, direcciones, dinero, y la maleta de Irène. La levanta. Pesa mucho y por un momento se siente tentada de dejarla atrás, quizá en casa de la madre de Cecile, pero al final se olvida de la idea, porque fue una de las pocas cosas que le insistió su querida Irène.

Aún puede recordarla:

«No te vayas sin la maleta, por favor, Julie, ¡prométemelo!».

Si para Irène era tan importante, piensa Julie, tiene que irse con ellas.

Julie apaga las luces y corre las cortinas. Por una rendija observa la calle. Hay dos hombres que miran hacia su casa, son sombras negras.

Tiene miedo.

A la luz de una vela, para no llamar la atención de los preparativos, va cosiendo pequeños bolsillos dentro de los abrigos, en los vestidos. Ahí meterán el dinero que les queda, y piensa que fue una lástima que Michel se llevara tanto, aunque entendió sus razones; quizá allí, en el campo de concentración, decía, podría sobornar a alguien, comprar favores, indagar sobre Irène.

Las joyas de Irène y todo lo que pueda tener algún valor irán en otros bolsillos. Tendrán que repartirse el peso entre las tres y no será fácil, Babet es muy pequeña y Julie teme que no soporte el camino.

Y antes de acostarse, solo un par de horas, antes de ponerse en ruta y huir por el bosque, va a ver a Babet, y se la encuentra dormida en su pequeño escondite.

La acaricia y la niña ni se mueve. Se queda un rato mirándola.

Entonces escucha un ruido, son como pisadas que provienen del jardín de atrás, quizá del huerto. Agudiza el oído y se acerca a la ventana con el estómago en la garganta. Quizá alguien esté robando sus verduras.

Mira por una rendija pero no ve a nadie. Y de pronto suenan

unos golpes en la ventana del salón. Julie da un respingo y el corazón, está vez, le da un vuelco.

Cierra la puerta del escondite, Babet no se ha enterado de nada y se precipita a esconder debajo de la cama de Irène todo lo que ha organizado para el viaje.

Se acerca a oscuras hasta el salón, muy despacio. Quien está golpeando la ventana sigue insistiendo, aunque no parece querer llamar la atención, porque da suaves golpes contra el cristal. Y al llegar, vislumbra una sombra pequeña y ahoga un grito:

¡Es Denise!

Corre a abrir la ventana y la niña la abraza con fuerza. Está llorando.

Julie la calma, vuelve a cerrar la ventana y se asegura de que nadie la ha visto entrar. La niña lleva varios papeles en la mano. Le cuenta, cuando se calma, que se los ha dado Cecile, que fue a buscarla a la escuela y que la ha acompañado hasta el jardín.

Julie les echa un rápido vistazo; son los salvoconductos que esperaba para las niñas, nuevas identidades. En los documentos pone que pueden circular por el territorio ocupado.

Vuelve a abrazarla y le hace aprender su nueva identidad entre besos, aunque a Denise le cuesta memorizar su nombre, porque no le gusta nada. «¡Nadine, Nadine!», repite torpemente.

Entre las dos despiertan y sacan de su escondite a la pequeña Babet, y las niñas se funden en un gran abrazo. No paran de llorar. Julie tampoco.

A continuación les explica lo que van a hacer.

Babet, al contrario que su hermana, está encantada con su nueva identidad y la repite cantando y dando saltos por la habitación: «¡Claire!, ¡es precioso!, ¡ya nunca más volveré a ser Babet!».

Julie va detrás de ella; la viste como puede; les dice, poniéndose muy seria de pronto, que va a ser muy duro el viaje que van a emprender, que se van a cansar mucho, que será muy peligroso, que no deben hacer ruido, ni llorar, ni gritar, ni cantar, que tendrán que soportar el frío de la madrugada y noches al aire libre, pero que estarán juntas y a salvo de los alemanes, y las niñas enseguida parecen entender la gravedad del momento. Sobre todo Babet.

Les dice que deben descansar, al menos un par de horas más, y que saldrán al alba por el camino del bosque. Y las niñas obedecen, se acurrucan en la cama de sus padres, muy juntas y se duermen enseguida. Parecen dos ángeles.

Julie las mira y se da ánimos, ¡lo conseguiremos, niñas!, dice en silencio.

¡No permitiré que se os lleven esos monstruos jamás!

Julie

Viviré siempre,
así tendréis un lugar donde encontrarme.

Decidí emprender el viaje que Michel no tuvo el coraje de hacer.

Supe, desde el principio, que Irène no volvería, y él también lo sabía, lo sabía, y aun así, se arriesgó con cada carta, con cada telegrama, con cada copa de vino.

Se puso al descubierto y en evidencia, y al hacerlo, arriesgó no solo su vida, también la de sus hijas y la mía propia. Eso es algo que no podré perdonarle nunca. Y, pese a ese nunca que me llena la boca y me la tuerce con enfado, comprendo muy bien cada uno de sus errores, cada una de aquellas cartas y telegramas, cada copa de vino a deshora, cada momento ebrio, cada encierro en su despacho, en su habitación, cada momento suyo debilitado junto a la ventana sin saber qué hacer.

El amor te vuelve un loco.

Durante el camino de huida por todo el sur de Francia junto a Babet y Denise, pensé mucho en Michel y en todas las razones que le hicieron permanecer inmóvil. Siempre hay motivos que te nublan el juicio. Pero Michel era un hombre bueno, enamorado, frágil, y simplemente no quiso salvarse; eso fue todo, algo muy sencillo de entender o todo lo contrario, imposible de hacerlo. Salvarse sin Irène hubiera sido algo parecido a traicionarla, a serle infiel. ¿Y si ella volvía?, esa fue su gran pregunta, su vana ilusión, la que llenó los meses de su ausencia. Pero solo fue una excusa. Su excusa pregunta para no moverse y dejar que los días decidieran nuestro destino. Una forma de azar, una posibilidad entre tantas.

Mientras huíamos, a cada paso que dábamos, las niñas y yo nos íbamos reinventando por el camino, y pronto nos acostumbramos a la idea de no volver a aquel lugar; Issy era un escenario derrumbado, Issy era el adiós; eran los vecinos y los amigos que dejaron de serlo, el refugio convertido en trampa, el murmurar sobre los desaparecidos, sobre quién era judío o no, sobre el modo de sobrevivir otro invierno. Nunca más volvimos, y muchas veces he pensado en todo lo que abandonamos en aquella casa, en todo lo que se perdió en el piso de París.

¡Fue tanto!, ¡toda una vida!

Sufrimos el frío, el hambre, el dolor de piernas y un cansancio enorme. Y cada pueblo que alcanzábamos nos recordaba a Issy, a su hogar, a sus padres detenidos; por eso, al cabo de unos días, dejamos de entrar en ellos.

En ese viaje aprendí que la melancolía podía llegar a enfermar.

El plan inicial fue llevarlas a Suiza a través de las montañas, recalar en el pueblecito de Le Chambon-sur-Lignon, y esperar a resguardo de alguna caritativa familia hasta que se organizara una expedición al país vecino, pero mis planes se fueron torciendo por el camino y fuimos improvisando sobre la marcha.

La policía francesa no parecía descansar.

No he conocido, después de aquellos tristes y larguísimos días, una constancia más ruin que perseguir a dos criaturas.

Atrás dejamos la niebla, sus rostros desdibujados y un amor enorme que no paró de crecer con los días, los meses y los años.

Un amor que se convirtió en herida.

Una herida que ninguna de nosotras supimos cómo cerrar.

Con su maleta en la mano «Julie»

Y dime, quizá tú lo sepas,
¿cuál es la distancia para querernos toda la vida?

Aquella mañana las desperté muy temprano; apenas unos tonos grises en el horizonte se deshilachaban del negro de la noche. Alumbré sus rostros con una vela y les dije:

—¡Vamos, niñas!, es hora de levantar.

—Un poco más, solo un poco más —protestó la pequeña Babet.

—¡No hay tiempo!, ¡vamos!

Denise animó a su hermana con un beso y se levantó de un salto. Sin decirle nada, comenzó a ordenar la habitación, mientras Babet la miraba sorprendida.

—¡Vamos, perezosa!, ¡ponte los zapatos o nos iremos sin ti —dijo Denise en tono de humor.

—¡Ya voy! —dijo Babet alargando la última sílaba.

Mirándolas, me di cuenta de la suerte que tenía, sobre todo con Denise; era una niña increíble y muy lista, ¿en qué momento había dejado de ser una niña y se había convertido en una adolescente?

Pensé en Irène.

Siempre lo hacía, cada vez que las observaba o que les contaba algo, pensaba en Irène, en su orgullo de madre, en lo que ella hubiera dicho en aquel momento, en lo que callaría, en cómo habría afrontado la huida.

Recogimos con rapidez, en apenas treinta minutos y sin hacer ruidos, nos despedimos de la casa. Nada de lo que dejábamos atrás nos importaba demasiado, solo eran cosas, objetos, lastres. Todas las personas que nos importaban, que habían hecho que aquel lugar tuviera algún sentido o pudiera llamarse hogar, ya no estaban.

Partimos sin ancla. Fue fácil cerrar la puerta. Mucho más de lo que había imaginado. Salimos por el jardín; era más seguro que por la puerta principal, y fuimos bordeando las casas de la calle como si fuésemos sombras furtivas. En realidad, lo éramos. Sombras. Furtivas. Ambas cosas. Y dejamos el jardín y su huerto, y las flores cerradas en un rincón. Babet cogía mi mano con fuerza, tenía

miedo, lo notaba por su manera de apretarme, pero se dejaba llevar obediente, silenciosa.

Esa noche parecía haber crecido diez palmos.

Nos cruzamos con un hombre al que apenas conocíamos, quizá de vista, un hombre del campo, de despertares al alba, de cuerpo partido, y nos dimos los buenos días sin abrir la boca, con un gesto breve y rápido, él siguió su camino, pasivo, esquivo, con su miedo clavado en el costado.

Nosotras hicimos lo mismo con el nuestro.

Me entristeció pensar en las gentes del pueblo de Issy, tan afables, tan acogedoras con la luz del sol, pero en el fondo tan deseosas de que nos fuéramos, de que me llevara lejos a aquellas niñas extranjeras, huérfanas y judías. Siempre nos habían visto como un faro de problemas para su pequeña existencia rural. Una molestia, un daño colateral más de aquella guerra de locos y fanáticos raciales.

Para mí, Francia se había convertido en escenario interminable de cobardes.

—La guerra transforma a los hombres —les dije entristecida, arrimándolas a mí.

—Los vuelve muy malos —afirmó Babet.

—Solo egoístas, tesoro. El miedo empequeñece los cuerpos, los torna tristes, extraños.

Mientras avanzábamos en silencio me di ánimos, ¡coraje!, me dije, ¡tú puedes!

Tenía una misión muy difícil por delante, muchas dudas, y una promesa que cumplir, y apenas me quedaban fuerzas. ¡Me sentía tan mayor, tan sola, tan poca cosa!

Pero tenía que finalizar lo que había comenzado y hacerlo bien; no, muy bien, nuestra fuga sería un recuerdo para Denise y Babet, un recuerdo imborrable contaminado de cansancio, mentiras y el olvido de los años.

¿La mente nunca calla?

¡Cómo habíamos llegado hasta aquí!

Me había convertido, de la noche a la mañana, en madre, padre, abuela, salvadora, la única familia de aquellas niñas, su propia resistencia. Y eso era un peso enorme sobre mis hombros. Me hundía.

Cuando alcanzamos el bosque, las solté y aligeramos un poco el paso. Babet trotaba por delante, recogía piñas, palos, piedrecitas. Nos las enseñaba contenta. Denise se retrasaba. Iba bastante cargada, casi como yo. Pensé que, si caminábamos tan rápido, no

aguantaría y aún nos quedaba un largo día por delante.

En la mano yo llevaba un mapa, y en él tenía marcados cada uno de los pueblos por los que podíamos pasar y casas de gentes que nos podían ayudar. Eran un secreto a voces los apoyos clandestinos de la zona.

Se lo mostré a Denise y le señalé con el dedo el camino para que lo siguiera conmigo.

—Tenemos que intentar llegar a Gueugnon, está a casi cuatro horas a pie. A nuestro ritmo y con la pequeña Babet, puede que sean cinco o quizá más. Tendremos que ir haciendo paradas. ¿Crees que Babet aguantará?

—Sí, si la entretenemos.

—Pues habrá que pensar en algo.

—Eso déjamelo a mí —dijo sonriendo.

Me pareció sorprendente que pudiera sonreír en aquel momento. Lo agradecí. Un rostro afable siempre hace que el mundo y todo su dolor funcionen mejor. Denise llamó a su hermana y se pusieron a hacer juegos de palabras. También se entretuvieron con el escondite, corretearon un rato, recogieron castañas, se las comieron. Después buscaron setas que luego me enseñaban y yo les decía si eran venenosas o no.

A su lado yo caminaba contenta, maravillada por su inocencia, y sobre todo por la forma con la que habían aceptado un abandono de su hogar casi trágico.

Y cuando ya llevábamos bastante rato avanzando, hicimos la primera parada. Miré el reloj, era de Michel, se lo olvidó en la mesilla de noche cuando lo detuvieron, o quizá lo dejó adrede para nosotras; era de oro, una buena pieza que, a buen seguro, si teníamos problemas, sería lo primero que vendería.

Apenas marcaban las diez de la mañana.

Las abracé.

—¡Lo estáis haciendo muy bien! —les dije.

—¿Falta mucho? —preguntó Babet—, empiezo a estar cansada.

—Pues la verdad es que no lo sé, pero no deberíamos estar lejos, aunque hace tiempo que no veo ningún cartel.

—¿Dónde estamos?

—¿No nos habremos perdido? —se inquietó Denise.

—¡No, no!, por el bosque es complicado encontrar señales, pero estoy segura de que vamos bien.

Y les señalé, más o menos, un punto aleatorio en el mapa.

En ese momento, al sentarme, me di cuenta de lo fatigada que estaba, pero callé, había puesto en duda su capacidad de aguante y

no la mía. ¡Decididamente estaba muy mayor para aquel viaje!, y encima me habían salido ampollas en los pies.

Me las protegí como pude.

Después, comimos algo, todo muy frugal, apenas había traído víveres conmigo para que no me pesara sobre los hombros; queso y un pedacito pequeño de pan, eso fue todo.

—¿Y a dónde vamos nos darán de comer?, ¿podremos beber agua?, ¡tengo hambre y mucha sed!, ¡Julie! —protestó Babet.

—¡Seguro que sí! —les dije, aun sabiendo que las estaba mintiendo, porque, en realidad, no tenía ni idea de lo que nos íbamos a encontrar por el camino, ni cuándo llegaríamos a una casa segura. Sentía una suma de emociones, cansancio, vergüenza y temor. Temor, ¿sabría ser una buena madre?

Y vi cómo Denise me miraba preocupada.

¿Intuía la verdad?, ¡claro que sí!, sus palabras siguientes me lo corroboraron:

—Todo irá bien, Julie —me dijo acariciándome la cara.

Y de pronto el mundo me pareció otra cosa, un lugar amable. Sus palabras, aquellas sencillas palabras, aquella caricia a tiempo, me supieron a gloria, y me lanzaron de nuevo al camino. Me dieron una razón para vivir y seguir luchando.

Tan abstraída estaba pensando en ello, que no reparé en los truenos, ni en que el cielo se había vuelto gris plomo así, de pronto. Incluso había comenzado a llover.

Las cosas se nos complicaban.

Visualicé un punto cercano marcado en el mapa; tenía que ser una casa de acogida, y tenía que estar por allí, próxima a donde nos encontrábamos. Intenté acelerar el paso y que las niñas me siguieran, pero arrastraban los pies desganadas y quejosas. Mojadas. Y yo tiraba de ellas, tiraba de mí, de la maleta, me aferraba a la ilusión de ver cuatro paredes y un techo, un interior seco, comida humeante sobre un mantel de tela y un fuego lleno de leña ardiendo en la chimenea.

—¡Venga, no os paréis, que esto se está poniendo muy feo y tenemos que llegar a algún sitio!

—¿Y allí podremos descansar? —preguntó Babet.

—Intentaremos pasar la noche.

Y aquello pareció animarla y se puso a corretear por delante de nosotras. De pronto, escuchamos un grito:

—¡Allí, Julie! —dijo—, ¿no la veis?, ¡allí! —Indicaba con su pequeño dedo índice un punto perdido en un horizonte cercano—, ¡mira, es una casa! ¿Será la que buscamos, verdad?

—¡Ay sí!, la veo, ¡Dios mío, menos mal! —dije en alto. Y añadí —, ¡ojalá sea la que buscamos!

—¿Y serán buenos los que estén dentro? —preguntó Denise temerosa.

—¡Eso espero!, ¡eso espero!, tienen que serlo, es la casa que tengo marcada en el mapa, no puede ser otra. Y la buena de Cecile nunca se equivoca, ¿a qué no?

Fue nombrar a Cecile y que las niñas se echaran a correr, y yo no tuve tiempo ni de decirles que esperaran, y tampoco podía gritar por si nos delataba.

Y entonces, justo en aquel momento, me entraron muchas dudas, ¿y si me había equivocado?, ¿y si en esa casa se alojaban soldados alemanes? En algunos pueblos y casas tenían la obligación de cederles habitaciones y la gente de la comarca convivía con ellos.

¡Tranquila!, me dije para apaciguarme, tienes todos los papeles en regla, las niñas son francesas, tú eres francesa, estás de viaje, vas a visitar a la hermana de la difunta madre de las niñas, nadie va a sospechar, todo va bien, incluso si hubiera alemanes, ¡tranquila!

Así fue cómo yo también apresuré el paso, agotada como estaba, y me acerqué hasta la casa siguiendo la estela feliz de Denise y Babet.

Y al llegar tuve la inmensa alegría y la sorpresa de encontrarme en persona con mi querida Cecile.

Nos lanzamos a los brazos.

Pocas veces en mi vida, ni antes ni después de aquel instante tan tenso, descubrir a alguien esperándome me había supuesto tanto desbordamiento. Cecile era justo la mujer que yo necesitaba en aquel momento.

—¡Ay, Cecile!

Denise lloraba desconsolada convertida en un ovillo a sus pies, y Babet saltaba contenta alrededor. Cecile apenas podía pronunciar una sola palabra sobrepasada por la emoción. Cuando nos calmamos, Cecile nos contó las últimas novedades, aunque ninguna de ellas me tranquilizaron.

—La policía volvió está mañana a buscar a las niñas. Me pillaron en el huerto, recogiendo algunas verduras y no pararon de hacerme preguntas, sobre todo de ti. Les dije que te habías marchado a tu casa, al sur, o que al menos eso habías dicho, que sin las niñas ya no encontrabas ningún sentido a permanecer en Issy y menos en aquella casa que teníamos que cerrar, pero no sé si me creyeron, Julie. Podría ser que estuvieras en peligro ahora, que hayan dado la

orden de buscarte. Es muy sospechoso que viajes con dos niñas. Eso es justo lo que están buscando.

—¿Y qué hago?

—Esconderos. Deja que pasen algunos días, dos o tres, hasta que se calmen los ánimos. Aquí estarás a salvo.

Cecile me marcó en el mapa algunas casas más en las que podían acogernos y darnos de comer hasta que llegáramos a Le Chambon-sur-Lignon y una vez allí, me dijo:

—Lleva a las niñas a ver al pastor Trocmé, André Trocmé, recuerda bien este nombre, él te ayudará. No es que forme parte de nuestra Resistencia ni nada de eso, pero a su modo también lo hace, combate de una forma no violenta, acogiendo a cuantos judíos y extranjeros lo necesiten. En sus homilías, anima al pueblo, desde el púlpito, a la desobediencia civil y a dar cobijo a quienes lo busquen y vengan huyendo de la guerra y una muerte segura. Quizá en el Collège Cévenol, podrían quedarse las niñas una temporada y así tú descansas y te repones. ¡Inténtalo, Julie! No perdemos nada. Les mandamos un aviso y esperan vuestra llegada.

—¡Aún tardaré unos días!, no me esperaba que fuera tan duro caminar. Estoy rota, Cecile.

—Me lo imagino. Hay que intentar que viajes en algún transporte. Hablaré ahora con Françoise, es la dueña de esta casa. Conoce muy bien esta zona y en quien o no se puede confiar. Quizá sepa de alguien.

—Eso sería estupendo, Cecile. Además, tengo algo de dinero. Lo pagaría si hiciera falta.

—Guárdalo bien, Julie, lo vais a necesitar. La guerra puede durar todavía muchos meses. Los Aliados avanzan, pero reconquistar posiciones está resultando más arduo de lo que se esperaban.

—Estoy pensando, Cecile, ¿y si separásemos a las niñas?, que una hiciera el viaje por delante, por ejemplo Denise, que es la mayor, y yo, algo más tarde, con Babet. Así no llamaríamos tanto la atención.

—Sí, podría ser una buena idea. ¡Ven!, vamos dentro que voy a presentarte a Françoise, ya verás, te va a encantar, es una mujer increíble, y además, me parece a mí que estas niñas tienen mucha, mucha hambre. ¿O me equivoco?

No lo hizo. Todas teníamos un hambre de lobos.

Tampoco se equivocó con Françoise.

Françoise nos abrió su casa y nos robó el corazón nada más entrar. Nos acogió con dulzura, nos dio de comer, lavó nuestra ropa

y curó mis heridas de los pies. Hizo cosas extraordinarias que nunca hubiera imaginado que nadie podría hacer por unas desconocidas. Aquella mujer fuerte y noble no le tenía miedo a nadie. Su marido se había ido a luchar con la Resistencia y sus dos hijos también. No sabía dónde estaban y cada noche encendía tres velas junto a sus retratos y le pedía al señor que hicieran el bien y que se los devolviera con vida, y luego añadía con sarcasmo: «¡Solo te pido eso, señor, anda, sé generoso!».

Françoise sobrevivía como podía, se dedicaba a las labores del campo y a ayudar a quien se lo pedía. Su casa estaba vacía; en cada habitación se podía encontrar el rastro de sus hijos, que ella se ocupaba de mantener intacto.

Sin embargo, no ocupamos ninguna de aquellas habitaciones familiares, sino el cobertizo; tenía preparada una habitación que pasaba inadvertida al abrigo de la paja y algunos animales.

Despedirnos de Cecile fue lo más duro que hicimos aquel día, mucho más que la larga caminata o el haber abandonado un hogar que ya no sentíamos como nuestro. Las tres estábamos sobrecogidas, y nos aferrábamos a su cuerpo con cariño. Cecile lloraba. Todas lo hacíamos, incluso Françoise lloraba. Fue como volver a decirle adiós a Irène, a Michel. Y como a ellos, aquel resultó también un adiós definitivo. Solo que entonces, todavía, ni siquiera podíamos saberlo.

Tardamos casi un mes en llegar a Le Chambon-sur-Lignon. Paramos en otras casas, sí, nos acogieron, sí, pero ninguna resultó igual de entrañable. La hospitalidad que nos brindó Françoise fue tan especial, tan familiar, hubo tanto amor, que fue difícil de olvidar. Muchas noches soñaba con ella, volvíamos sobre nuestros pasos, la abrazaba y le pedía en mis sueños: «¡Protégelas, Françoise!, yo ya no puedo más, no puedo». Pero a la mañana siguiente, abrazada por Denise o por Babet, con su cariño pegado al cuerpo dándome calor, volvía a alzarme, a tener fe, a creerme que podía hacerlo y a ponerme en el camino entumecida.

El amor me movía, y la promesa que una vez le hiciera a Irène también; siempre había sido una mujer de palabra y un juramento significaba mucho más que un futuro.

Hicimos pequeños trayectos en vehículos, siempre juntas, Denise no quiso escucharme ni entrar en razón; decía que solo me tenía a mí y a Babet, que no iría por delante, ni por detrás tampoco; se negó a separarse, y yo lo acepté; aun corriendo riesgos, comprendí su intranquilidad.

Nos refugiábamos en granjas cuando caía la noche; nos

escondíamos todo el tiempo y no nos fiábamos de casi nadie, y si por casualidad no alcanzábamos ningún pueblo y ya no podíamos dar un paso más, nos abrazábamos y nos guarecíamos en algún bosque cercano.

Nunca había pasado tanto frío como durante aquellas semanas. Y creo que, de alguna manera, ya nunca dejé de sentirlo. Se me quedó muy adentro.

Vivíamos al límite, siempre alerta, preocupadas porque sabíamos que nos buscaban, y daba igual por dónde fuéramos; siempre había alguna persona o nos cruzábamos con alguien, y cuando eso sucedía, nos sentíamos observadas.

Cualquiera podía delatarnos.

Por eso comenzamos a despertarnos al amanecer, para evitar aquellos tropiezos y caminábamos con paso ágil para entrar en calor. Decidimos, para ahuyentar el frío y evitar cargar con más peso, ponernos encima cada una de las prendas que habíamos cogido y llevábamos en hatillos, y descubrimos que nos calentaban, aunque también nos ralentizaban el paso. El invierno resultó muy duro.

Hubo momentos en los que tuve que llevar a Babet en brazos durante kilómetros enteros. La niña no podía ni con su alma.

Y yo tampoco, porque además cargaba con la maleta de Irène. Se me hacía un mundo llevarla conmigo, cada día me pesaba más. Sabía que dentro había papeles, correspondencia, un cuaderno, la última novela que había escrito mi querida Irène, fotografías, y que todo era importante, hasta lo más mínimo, era la memoria de las niñas, quizá algo más, pero más de una vez me planteé abandonarla por el camino, sobre todo cuando me fallaban las fuerzas. Y eso me sucedía muy a menudo.

El invierno se recrudeció aún más cuando estábamos a punto de alcanzar Chambon.

—Ya no nos queda nada —les decía a las niñas para animarlas— ¡venga, un poco más y estaremos calientes!

Y ellas asentían, se daban la mano y una de ellas me la daba a mí y arrastraban los pies por el camino. Pero Denise se enfermó; y aquello nos trastocó los planes y tuvimos que permanecer en un granero varios días ocultas. Las primeras noches, Denise deliraba, tenía calentura y yo le ponía paños de agua fría en la frente para que mejorase, y le daba de beber a poquitos, mientras Babet correteaba y jugaba con dos gatitos cachorros y una mamá que según ella encontró cerca del bosque.

Recuerdo aquellos días con gran angustia; llegué incluso a temer

por la vida de Denise, pero al mismo tiempo fue como un regalo. Babet y yo descansamos esperando a que Denise mejorase y, por primera vez desde que salimos de Issy, les hablé de su madre.

Y nombrarla fue como devolverla a la vida, como recuperarla, como amueblar una casa vacía y sin recuerdos. El tiempo parecía no existir cuando me llegaban a la boca sus evocaciones, era como si me paralizara.

La mirada de Denise se iluminaba cuando hablaba de Irène y Michel y siempre me pedía más y más. Sus historias le encantaban, la revivían. Sin embargo, a Babet no le causaban la misma fascinación y eso me entristecía. ¿Estaría olvidando a su madre, a su padre? No podía permitirlo. Así que, al mismo tiempo que les narraba, de la vieja maleta, comencé a sacar algunas fotografías.

—Vuestra madre se pasaba el día leyendo de niña, de joven, y como bien sabéis, también de mayor. Era una romántica, una soñadora. Se enamoraba de los personajes y sus ideales y cada novela que caía en sus manos, que fueron muchas, la hacía un poco suya. Así fue cómo se gestó la escritora que es, y algún día, cuando seáis algo más mayores, podréis leer todos sus libros, que no son pocos. Irène tiene en su mano duendes.

Siempre intentaba hablarles en presente, y eso que, por aquel entonces, ya comenzaba a albergar alguna duda de que Michel y ella volvieran a casa, a su querida Francia, después de la guerra.

—A Irène siempre le gustó París, su tía Assia, vuestra tía abuela, y su primera institutriz, la señorita Rose, fueron las que le hicieron amarla antes incluso de conocerla. Ella decía que en París las novelas podían hacerse realidad, podían salirse del papel. Y sucedió.

»Recuerdo cuando me contó su viaje de huida desde Moscú, porque vuestra madre, y ya imagino que conocéis la historia, y vuestro padre, también huyeron de una guerra como esta que estamos viviendo ahora. ¡Ay las guerras, cuánto dolor arrastran!, ¡las maldigo a todas ellas!

—No está bien maldecir, Julie, ni jurar tampoco. Papá siempre me lo dice —me reprendió Babet.

—Tienes razón, tesoro. Aunque con la guerra haremos una excepción, ¿de acuerdo? Bien, ¿por dónde iba?

—El viaje de mamá huyendo de Moscú —me recordó Denise.

—Sí, ellos tuvieron que recorrer gran parte de Europa hasta llegar a París, y por el camino pasaron mucho, mucho miedo.

—¿Cómo nosotras?

—Exactamente igual, mi vida, incluso puede que más, porque aquel viaje debió de resultarles interminable. El primer país donde

se refugiaron fue Finlandia. Irène me contaba que el viento, en aquel lugar, era glacial y le cortaba la cara, que nunca había sentido un frío tan grande, y eso era difícil, porque vuestra madre había vivido toda su infancia y adolescencia en Rusia. Pero hasta llegar a Finlandia sufrieron mucho. Tuvieron que disfrazarse de campesinos, con faldas largas y botas de fieltro y disimular quiénes eran. En la suela escondieron el dinero que llevaban y también en pequeñas bolsitas cosidas entre la ropa metieron las joyas de su madre, que no eran pocas. Cuando caminaban, contaba, parecían cascabeles. En el tren que pudieron coger para llegar a la frontera, los otros campesinos, los de verdad, los miraban raro, porque su equipaje era muy distinto a los fardos con los que cargaba la gente del pueblo. Sin embargo, y aunque la situación era muy peligrosa para los aristócratas y los judíos, los dejaron tranquilos.

»En Finlandia, junto al frío y al desarraigo de su tierra, perseguidos por un ejército que no les amaba y un pueblo furioso que despreciaba sus comodidades o las envidiaba a partes iguales, se enamoró por primera vez, o al menos eso pensó. André, así se llamaba el muchacho que la hizo fantasear con la idea del amor. Era un soñador, un idealista, quizá un loco. Un día desapareció del refugio donde estaban todos escondidos, un hotel coqueto en la montaña. Lo hizo por la noche, sin despedirse de nadie, ni siquiera de ella, y ya nunca más supo de él. Puede que muriera a manos del ejército rojo, o quizá luchó como el más bravo de los soldados. ¡Quién sabe!, pero aunque André solo le dio un beso a Irène durante una noche de invierno, aquel fue su primer beso, y para ella, fue como despertar a la vida.

»Tardaron varios días en volver a ponerse en camino e Irène siempre tuvo la esperanza de volver a encontrarse con aquel muchacho, hasta que emprendieron un nuevo destino, y entonces supo que nunca más lo volvería a ver. Estocolmo fue su siguiente refugio, y allí estuvieron varios meses.

»Irène, que multiplicaba las imágenes y las convertía en mundos imaginarios, comenzó a idealizar aquel encuentro fugaz con el muchacho hasta hacerlo crecer y rodearlo de misterio y un amor enfermizo. Y André, de la noche a la mañana, se convirtió en su amor platónico, un amor al estilo romántico, que la hacía padecer y la dejaba en llanto por las noches, y que desesperaba a sus padres, que bastantes preocupaciones reales tenían ya.

»Desde Estocolmo viajaron en barco a una desolada y húmeda Inglaterra. Y aquel fue un viaje aterrador, de grandes olas y tormentas. Irène decía que llegó a pensar que morirían en el mar.

—¿Por eso mamá odiaba el mar?

—No, tesoro, Irène lo amaba, pero desde la costa.

—¿Y qué ocurrió en París?

—¡Ay París!, aún recién salida de la batalla, aún con ese aire melancólico de muertos y Gran Guerra, de gentes tristes y medio dormidas, pese a toda la pobreza que rondaba por sus calles, París enamoró a vuestra madre. Ella siempre dijo que en la ciudad de París había encontrado su media naranja, su sitio en el mundo. Que Francia era su patria.

»Lo primero que hizo al llegar fue buscar a su querida Rose, pero no consiguió dar con ella, y aquello la entristeció mucho. Sin embargo, no se dejó vencer, estaba dispuesta a hacer de su vida un río, una entrega, una catarata si hacía falta; tenía las manos llenas de ideas y la cabeza repleta de personajes, de emociones, de vidas, ¡cuánto anhelo por vivir al máximo tenía vuestra madre con tan solo dieciocho años!, ¡era un huracán!

»Estudió bachillerato, bajo la atenta mirada de otra institutriz muy recomendada que sustituyó a su querida Rose, esta vez inglesa, Miss Matthews, y con ella compartió el pan y la esperanza. Y su piel, con el estudio y las letras, se agigantó, se fue transformando poco a poco en la futura escritora que siempre intuyó que sería.

»Vuestra madre, mis queridas niñas, fue…, no, no, no fue, es muy especial y para mí, ya lo sabéis, ha sido mucho más que alguien a quien cuidé, es una amiga, una hija casi.

—Julie, ¿tú crees que mamá volverá algún día? —preguntó Denise.

—¡Vaya pregunta!, ¡claro que sí!, ¡y papá también!, si lograron sobrevivir a la Gran Guerra, y al exilio ruso, también superarán esta prueba. Y nosotras estaremos aquí, o en cualquier otro lugar, no importa, a salvo, y les recibiremos, cuando eso suceda, con los brazos abiertos.

Un día, Denise se levantó sin fiebre una mañana y yo, por fin, pude respirar tranquila, aunque a lo largo de nuestra huida y los años que nos quedaban todavía por vivir a escondidas de los alemanes, sufrimos otros episodios angustiosos, y siempre, como protagonista del delirio, estuvo mi querida Denise. Era una adolescente enfermiza, triste, melancólica, y la guerra tampoco la ayudó mucho, ni el hambre o el frío de los caminos que se nos metía en los huesos y en los pulmones, o aquellos lugares subterráneos donde, en algún momento, tuvimos que guarecernos de nuestros perseguidores.

Algunas veces llegué a pensar que se enfermaba porque no podía

soportar mirar lo que la rodeaba; sus ojos se cansaban de tanta oscuridad. Era un alma demasiado sensible, una primavera sin flores.

Pero aquella mañana de finales de noviembre de 1942, verla sonreír fue como un regalo que me calentó por dentro el corazón. Lo recogimos todo en apenas diez minutos, tampoco teníamos gran cosa que guardar, y volvimos al camino.

Aprendimos a no despedirnos de nadie. A no encariñarnos con ningún colaborador; a escondernos cuando veíamos a gente; a comer como pajarillos lo poco que nos dejaban en los cobertizos que teníamos pactados de antemano en el mapa y en los que pernoctábamos sin contacto humano alguno. Era mejor así, menor riesgo para ellos, menor para nosotras. Lo fundamental era saber lo mínimo, pasar desapercibidas. Vivir casi del aire y de las buenas gentes que se arriesgaban por nuestra causa. No hubo pocas, aunque no tantas como después se dijo. Cada cual se guardó sus vanidades para el futuro. La gente tenía miedo, nosotras teníamos miedo, el miedo es algo legítimo, quién podría culparles; el miedo oprime el cuerpo y le da una sensación de angustia que desborda. Fraternizar en tiempos de guerra resulta del todo descabellado. Como creer en los milagros. No existen premios que paguen la caridad ni la compasión. El premio para los nazis era el castigo. El nuestro. El de todos. Muerte a los judíos. A los que protegen a los judíos, a los que alimentan a esos perros.

¡Cuánta oscuridad arrastra esta guerra!, ¡cuánta mala conciencia!, ¡qué absurdo es todo! Siento un cansancio inmenso, un vacío enorme. Ya no me reconozco, ¿quién soy? Ni los atardeceres ni esas preciosas auroras que nos despiertan cada mañana me conmueven. Antes lo hacían. Antes tenía ilusiones. Era libre. Era yo.

Yo.

Ya no puedo ser yo. Y me desagrada este papel de superviviente, de parecer que puedo con todo; no, no lo hago, claro que no, mentiría si confesara lo contrario, ¡qué fatiga es sentirme y fingir!

Amar puede llegar a ser agobiante, tanto como hacer promesas imposibles.

Es curioso cómo el cuerpo puede permanecer quieto y conforme en cualquier lugar; cómo se adapta al dolor, a la pérdida, al miedo; cómo puede estar aparentemente dormido dentro de un agujero hondo inmundo sucio, sin ventilar, y no decir nada, no quejarse en voz alta, no llorar desesperado. El cuerpo es un verdadero genio. Es la cabeza su enemiga, los pensamientos grises los que no dan tregua: «Me gustaría estar en cualquier sitio que no fuera este, que

acabara la guerra, no tener hambre ni frío, ¡una cama, por favor! ¿Y si los nazis nos descubren esta noche o mañana o pasado?, ¿y si existen los fantasmas?, ¿y si el invierno no pasa nunca?, ¿moriremos congeladas?, ¿y si se olvidan que existimos y nadie viene a socorrernos?, ¿y si Irène y Michel han muerto?, ¿qué haremos?… ¡Para, no quiero oírte!».

Conseguimos, y todavía no sé ni cómo lo hicimos, tuvo que ser el destino o una ayuda del cielo, que nos acercase, en cuanto Denise se recuperó, un camión que iba hasta las mismísimas puertas de Le Chambon-sur-Lignon. Fue un golpe de suerte. Y durante el trayecto no hubo ninguna parada, ningún soldado, ningún susto, nadie que nos pidiera los papeles o nos hiciera pasar un mal rato. Y por un momento, a través de las ventanas, pude contemplar aquel invierno tal y como era, un suceso de días, de lluvia, de viento congelado, una luz fría y azulada, un paisaje desértico, un desfile de invitados huyendo.

E intenté encontrarle algún sentido a las cunetas, al camino, al cansancio de aquellas niñas perseguidas, al mío propio, a la miseria de los hombres en guerra, y a su bondad, también a su bondad; pero no pude, no había nada, mi horizonte interior era desolador, una vigilia, una grieta enorme por la que se colaba de todo, incluso el insomnio. Y eso que aún no había llegado lo peor.

No sé cuándo dejé de creer en el mundo, ni en qué momento su belleza dejó de conmoverme; tampoco cuándo comencé a odiarlo todo.

Bueno, supongo que me engaño, y sí lo sé, fue el devenir de los meses y los años, el rechazo, después la muerte, la tristeza contagiosa de mis querida niñas, fue un descenso a los infiernos progresivo.

Y esa fue mi excusa para huir. Pero todo eso llegaría más tarde.

A las puertas de Le Chambon-sur-Lignon aún nos quedaban esperanzas. Sin embargo, al apearnos del camión nos encogimos. Los alemanes estaban por todas partes, parecían controlar el pueblo, convivir en cierta armonía con sus gentes. Procuramos caminar con la mirada clavada en el suelo y muy deprisa. Las niñas tropezaban todo el tiempo, supongo que por la ansiedad; tampoco la ropa influía, parecíamos amorfas con tantas capas unas encima de otras. Llamábamos la atención, y eso era lo peor.

Encima Babet lloraba cada vez que se nos acercaba un soldado alemán o simplemente pasaba a nuestro lado por la calle. Y entonces los ojos de hielo nos recorrían y alzaba las cejas interrogantes y yo, les sonreía levantando los hombros como para

quitarle importancia a aquel llanto infantil, miedoso, y sus rostros de piedra me congelaban la sangre.

De tanto en tanto, mientras buscábamos la dirección y el punto de encuentro que nos había marcado Cecile, nos llegaba el aroma del pan recién hecho, o el de alguna comida preparada al calor de un hogar seguro, y cuando el estómago percibía aquellos olores a nido, rugía furioso, se enfadaba, se ponía nostálgico.

Hacía días que no comíamos nada decente y teníamos mucha hambre. Y frío, ¡tanto frío!

Nuestra llegada fue casi un milagro inesperado después de perdernos varias veces por el pueblo y de dar vueltas y más vueltas a las mismas calles; al final, ya desesperadas, me decidí a preguntar y paré al único señor que caminaba por la calle en aquel momento. Y resultó que era el propio señor André Trocmé.

¡Qué alegría nos llevamos!, sin conocerle le hubiera dado un abrazo en plena calle, aunque me contuve a tiempo, ¡qué hubiera pensado de mí!

¡Qué patética puede llegar a resultar la desesperación humana!

Caminamos despacio y en silencio siguiéndole hasta la casa parroquial, que para nuestra sorpresa, estaba repleta de niños que parecían felices.

Denise se quedó a mi lado, tímida, coartada, y Babet, sin pensárselo, se lanzó a jugar con aquellos niños, que la acogieron como si la conocieran desde siempre.

Hacía calor al abrigo de la chimenea, ¡calor!, por fin sentíamos calor, y fuimos despojándonos de todas las prendas que nos sobraban y acumulándolas en un rincón.

Observé a André bastante rato mientras saludaba a los niños y estos le abrazaban, mientras organizaba la comida; era un hombre con un rostro entristecido, el pelo algo cano y con entradas en la frente. Su mirada, bajo las lentes, mostraba bondad, y me recordó a un perro de las nieves que tuvo mi padre en la granja cuando yo era niña. Su hablar contrastaba con su imagen campechana; era claro, firme, casi fiero y, por su tono, se notaba que estaba dispuesto a todo por cuidar de su gente, de sus niños perdidos, como él llamaba a los refugiados, a los judíos perseguidos.

—Las cosas están muy mal, Julie —recuerdo que me dijo pesaroso cuando por fin Denise se despegó de mi lado y pudimos hablar tranquilos y en confianza—, y con toda la pena del mundo tengo que decirte que no creo que sea una buena idea que os quedéis aquí. Nos vigilan. Y además, cada vez viene más gente, no damos abasto, escasean los alimentos, las medicinas, incluso el

papel; los salvoconductos no nos llegan a tiempo y huir a Suiza a través de las montañas, ahora mismo, nos está resultando casi imposible. Y tú llevas a una niña muy pequeña, no lo resistiría. No, no puede ser, Julie. Tenemos que pensar en otra vía de escape.

—¿Y cuál? —pregunté desesperada—. Esas niñas llevan caminando casi un mes entero en unas condiciones muy duras, están rotas, y ya no es solo el cansancio físico, sino el anímico, están tristes y soportan la ausencia de sus padres en silencio, sin quejarse, pero por dentro están muertas de miedo. Así no pueden vivir, André, de un lado al otro, sin educación, ni compañeros. No es vida para un niño.

—Tienes razón, Julie, y te comprendo, pero como habrás podido ver por ti misma, nos han sitiado el pueblo, hay soldados por todas partes, y la policía no para de hacer redadas por las casas. Estamos en su punto de mira y también nosotros tenemos pánico por los niños, sobre todo por ellos. No sería un buen refugio para las hijas de Irène, te lo aseguro. Hasta ahora hemos conseguido superar cada problema, pero nuestro valle de la esperanza, como algunos nos llaman, ha comenzado a resultar peligroso, la guerra se está recrudeciendo y la limpieza étnica se está haciendo masiva e indiscriminada; ahora se los llevan a todos, da igual que sean niños pequeños, ancianos o mujeres, y no puedo creerme que sea porque les mandan a hacer trabajos forzados, ¿de qué les servirían?, hay algo más, tiene que haberlo, la gente cuenta cosas terribles.

—¿Qué cosas?

—Se habla de campos de exterminio.

—¡Dios mío!

—Esta guerra está siendo un auténtico genocidio.

—André, ¿y tú crees que Irène y Michel…?

—No lo sé, Julie, pero mucho me temo que tendrás que hacerte a la idea de que quizá no vuelvan. A lo mejor deberías de ir preparando a las niñas por si acaso.

—Eso nunca, ¿cómo soportarían esta huida si pensasen que sus padres no van a volver? No. Esperaré. La esperanza, y tú deberías saberlo, es lo último que debemos perder.

—Sí, pero la esperanza, incluso aquí, no puede ser una ingenua ni taparse los ojos o los oídos. Aquí no estaréis seguras, tememos que vengan a por nosotros a detenernos de un momento a otro. Colaborar y ayudar a los judíos está penado con la muerte y las leyes son muy claras aunque nuestra fe y la de toda esta gente que me ayuda, que es mucha, sea inmensa. Pero nos estamos salvando de milagro, y no sé cuánto tiempo durará.

—Todo saldrá bien —me escuché decir y sonó a un optimismo estúpido que estaba muy lejos de sentir.

—Hace tiempo que nada va bien, Julie. Cada niño que perdemos, cada madre, cada abuela que detienen en una redada es un golpe en el estómago, es una derrota.

—No puedes salvarnos a todos, André, ya has hecho bastante.

—Quizá, pero nunca parece suficiente, me gustaría tanto poder protegerlos a todos… —dijo emocionado, al borde del llanto.

Esa noche, André nos llevó hasta una granja perdida en la montaña, bastante alejada del pueblo y de difícil acceso. Nos dijo que allí estaríamos a salvo durante unos días, mientras arreglaba las cosas para que nos fuéramos a otro lugar seguro, que la familia acogía todo el tiempo a judíos huidos y que tenían la vivienda preparada y una contigua por si había una redada.

Eran un matrimonio mayor, religioso, con pocas fuerzas para atendernos pero de una generosidad extrema. Taciturnos, incluso algo siniestros, dedicaban casi todo su tiempo libre a la lectura y a la oración.

Denise y Babet se les unieron enseguida y aquello pareció ablandarles, las niñas les robaron el corazón. Y yo estaba feliz compartiendo su cariño, aunque no acababa de sentirme muy cómoda en aquel lugar perdido del mundo.

Desde el principio intentamos no ser una carga, les ayudábamos a coger leña, a hacer la comida, a recoger. Procuramos molestar lo menos posible y no alterar sus silencios. Denise se llevaba a Babet por el bosque y desaparecían durante horas.

Aquello me intranquilizaba, pero Amélie, que así se llamaba la mujer, y Pièrre, su marido, me dijeron que no tuviera miedo, que los alemanes nunca se habían acercado por allí, y que en todo el tiempo que ellos llevaban viviendo en aquel lugar, casi veinte años ya, solo habían recibido la visita de André y su primo Daniel.

Recuerdo aquellos días, que luego se transformaron en semanas, sin saber por qué, como una ofrenda del cielo. Allí recuperamos las fuerzas y las ganas de vivir.

En una de sus escasas visitas, André nos dijo que, en cuanto pudiera y sin levantar sospechas, me conseguiría billetes de tren para las tres y que el mejor lugar al que podíamos huir era a la ciudad de Burdeos.

Yo, le había insistido en que quería llevar a las niñas a un colegio, internarlas, que siguieran con su educación, que era lo que me habían pedido Irène y Michel, y él me aseguró que haría cuantas gestiones estuvieran a su alcance para conseguirlo. Hablamos de un

internado de monjas, incluso de algún orfelinato. Todo quedó en una interrogación.

Pero los días fueron pasando, la Navidad y sus cánticos, el invierno crudo y nevado de enero, y la solución final, lejos de calmarse, se recrudeció.

Desde Marsella, la salida de refugiados resultaba imposible. Los Aliados avanzaban. Los alemanes peinaban la zona en busca de judíos.

Comenzamos a escondernos de nuevo. Era demasiado peligroso salir de la granja, como para pensar siquiera en viajar en tren con dos criaturas.

Seguíamos en su malvada lista de judíos.

André, que de tanto en tanto venía a visitarnos, me pedía paciencia. Estaba asustado por todo lo que estaba sucediendo. Hablamos de irnos a América, de que cogiera un barco, pero yo no tenía dinero suficiente para emprender un viaje tan largo y no quería alejar tanto a las niñas de Francia. Esa era su tierra. ¿Y si sus padres volvían?

Él me miraba entristecido.

Así que seguimos resguardados del mundo en aquella granja, junto a la anciana pareja, hasta que André fue detenido por la policía francesa.

Era febrero del 1943.

Pero no se lo llevaron solo a él, sino también a Edouard Theis y a Roger Darcissac, sus fieles colaboradores. Y la gente del pueblo se echó a la calle para evitarlo, pero André les llamó a la calma y les prometió que volvería. Emocionados sus feligreses, toda aquella gente que ayudaba sin pedir nada a cambio, asintieron en silencio y le dejaron partir.

Las noticias de su detención las trajo su primo Daniel al día siguiente a la granja, junto con tres billetes de tren.

¡Era hora de marcharnos!

No pudimos ver cómo florecía la montaña en primavera, ni cómo André volvía a casa junto a sus niños del valle de la esperanza; tampoco supimos que, un tiempo más tarde, sería el propio Daniel a quien detendrían y que él, no tuvo tanta suerte como su primo. De todo eso y de tantas otras cosas más, nos enteramos mucho después, cuando finalizó la guerra y nuestros corazones enmudecieron de dolor.

El día de nuestra partida, algo se quedó en aquella tierra, y estoy segura de que fue una parte de nuestro corazón agradecido por tanto cariño.

Las niñas me miraban.

¿Cómo podía explicarles el sentir de aquella guerra si ya no me quedaban palabras?, ¿y el de la muerte y las continuas despedidas?

La guerra se iba llenando de ellos, de huidas, emboscadas, detenciones, cenizas lejanas, desconfianza.

La guerra dejó la tierra fría y desolada, y un llanto silencioso fino y constante como las lluvias de otoño.

La guerra dejó los pueblos con sombras de mujer y lamentos de niños.

Habituarse fue lo peor, el dolor ajeno y el propio, hablarles de su madre y de su padre.

La maldad seguía corroyendo a la vieja Europa, y en cada paso que dábamos se nos iba rompiendo, poco a poco, el alma.

La guerra continúa…

Y yo sigo aquí, aquí junto a mis personajes.
Todo está bien.
Compartimos lo bueno y lo triste.
Respiramos.
Busco alguna verdad.

El invierno de 1940 quedaba muy lejos en el recuerdo de sus gentes, pero fue justo durante aquellos meses, los más fríos, cuando las nieves cubrían el poblado y las montañas de Le Chambon-sur-Lignon, cuando el valle se convirtió en esperanza y refugio de un pueblo perseguido. Y todo comenzó con la familia de Marguerite de Felice, una sola mujer, solo una, y después el proyecto se agigantó.

Marguerite ya se había movilizado años antes por los españoles durante nuestra Guerra Civil y en el 1939, al finalizar nuestra contienda, compró una casa modesta para inaugurar un orfanato y acoger a todos los niños huérfanos españoles que llegaban solitos o estaban en campos de internamiento franceses mal atendidos.

Pero Marguerite de Felice no estuvo sola en su iniciativa. Para ella trabajó una mujer española de origen francés, Juliette Usach. También ella había huido de la guerra de España en el 1938. Juliette era médico, educadora y protestante, y enseguida se ocupó de dirigir el orfanato con manos sabias arriesgando su vida en cada paso. Acomodó a españoles exiliados. Y en cuanto estalló la Segunda Guerra Mundial, también escondió, protegió y enseñó a multitud de niños y jóvenes judíos. Bajo la protección del gobierno suizo, pese a situarse en suelo francés, sus niños, los niños de Guespy, como se les llamaría desde entonces, recibieron todo el cariño que pudo darles.

Desde otro escenario, uno más religioso, el púlpito, André Trocmé, otro de los grandes colaboradores, predicaba caridad, y les decía a todos sus feligreses que no bastaba con rezar, que tenían que implicarse con los más necesitados, con los refugiados, darles cobijo, ropa, comida, compartir su techo y su fuego, su amor.

Y así se aprobó en una asamblea.

Hasta allí llegaron durante la guerra cerca de cinco mil refugiados, en su mayoría judíos, y niños, y fueron escondidos en

granjas, establos, bodegas, sótanos, colegios; el pueblo enteró se volcó con ellos, les ayudaron a huir a Suiza, crearon un tejido a través de las montañas y una red de apoyo y trabajo, de solidaridad, que estaba en todo momento en contacto con la Resistencia.

Ni siquiera la detención de André y otros colaboradores suyos cercanos frenó a los habitantes de Chambon. El respaldo de la población de toda la región lo hizo posible, y permitió salvar muchas vidas, cerca de tres mil.

André Trocmé volvió; su primo Daniel no tuvo tanta suerte. En 1944 fue detenido, torturado y gaseado en el campo de concentración de Majdanek, cuando apenas quedaban algunos meses para que acabase la guerra.

Chambon-sur-Lignon se cruzó en mi camino mientras viajaba por Francia. Me gustó la osadía de sus calles, el valor que escondían sus fachadas y las flores de los balcones en verano. Y yo necesitaba un escenario. ¿Por qué no podía ser ese? Estaba tan cerca de Issy que me pareció casi lógico que mis niñas, como yo empecé a llamar a Denise y Babet cariñosamente mientras escribía esta novela, en su huida, hubieran pasado por allí. Puede ser que las hijas de mi querida Irène no caminaran nunca por este pueblo o puede que sí, en mi imaginación ocurrió, ocurrió de verdad, puedo verlas, escucharlas, pero sea cierto o no, este lugar es un santuario para la memoria. Un lugar de culto, de acogida y refugio.

¿De dónde parten los recuerdos?, ¿y el deseo de contarlos?, ¿de compartirlos?, ¿de inventarlos incluso?, ¿de hacer tuyo lo que le pertenece a otros?

¿Qué provoca a un escritor?, ¿quién le susurra al oído que una historia es importante, distinta a las demás, merecedora de sus meses a la sombra, de su tiempo, de todas sus emociones?

No tengo la respuesta, aunque me gustaría.

Obsesión, puede que esa sea toda la verdad. Una sola palabra que se vino conmigo de viaje, de vuelta a casa, a Madrid.

Recuerdo que pasé por Lyon, también que entré en todas las iglesias de la ciudad y en cada una de ellas puse velas. ¿Qué pedía?, ¿luz? Puede ser. Sin ella no se podría creer en el mundo. Tampoco en sus historias. Sin luz no habría ilusiones nuevas.

Y yo las tenía todas. El paso de los kilómetros y el coche iban menos veloces que mis manos. Escribían solas.

Fuera, tras el cristal, no se apreciaba el viento, ni el calor, ni la noche cuando fue llegando. Tampoco el tiempo. Había vuelto al frío enero de 1942.

Seguí en silencio a las niñas y a Julie por los caminos, por el

bosque, en cada refugio donde reposaron y se escondieron de los alemanes y de los franceses que las buscaban; las acompañé durante la enfermedad de Denise, en cada caricia que se regalaban, fueron muchas, incluso en los juegos infantiles de Babet. ¡Cómo le gustaba jugar a aquella pequeña!, ¡cómo inventaba!

Respiré con ellas, pisé la nieve, las hojas tardías del otoño y me acurruqué a dormir a su lado en más de una ocasión. Se me hicieron eternos aquellos días, para lo bueno y para lo malo. Fui una viajera en sombra. Una viajera del futuro que no podía intervenir en su presente. Es difícil mantenerse al margen de una historia.

Pero lo hice. Me sucede a veces, sobre todo cuando escribo novelas. Sigo a los personajes. Es una mala costumbre, o buena, según se mire. A veces me gustaría ser uno de ellos, un personaje más. Aunque siempre procuro no molestar; me meto las manos en los bolsillos porque cuando las miro no las encuentro y eso me inquieta. Observo lo que ocurre a mi alrededor como lo haría un pájaro desde la rama de un árbol. Son extraños mis movimientos, lentos. No me reconozco. Las voces me llegan distintas, como si estuvieran distorsionadas. Hablan mucho, diría que no callan salvo cuando caen rendidas por la noche. Duermen muy juntas, así el calor parece más real. Julie tiene mucho que contarles, mil historias guardadas en la manga, algunas reales y otras inventadas. Deduzco que es una forma de mantenerlas alejadas del miedo, de la oscuridad, de los recuerdos, de las palabras: papá, mamá. Es mejor no nombrarlas nunca. Hablar, hablar, cuando uno habla, el campo parece menos negro, los puños se abren, se relajan las pestañas y corazón bombea más lento. Cuando uno habla la noche tiene un consuelo, no estar solo es una bendición, es de sabios.

Yo no elegí esta historia, lo hizo ella, ella me eligió a mí. Esa es la verdad. Sé que es difícil de creer, pero estoy segura de haber escuchado aquella voz, quién sabe de dónde venía: «¡Habla, que la gente sepa de Irène, que no la olviden nunca!». Y yo hice caso. Obedecí. Por eso estoy aquí. Arrimada a la vida que continúa después de todo.

Aquí, justo aquí, cerca de este aroma que ya me es familiar, corriendo junto a Babet sin que ella sepa que lo hago, abrazando por la noche a Denise para darle más calor y que sane pronto, apretando la mano de Julie cuando ya no tiene más fuerzas o levantando su maleta de cuero marrón para aligerarle el peso.

Aquí, como una vieja amiga de la que nadie sabe nada. No quiero estar en ningún otro lugar.

Hoy he visto llorar a Denise. He contado cada una de sus lágrimas, las tocaba con los dedos, las deshacía. No podía consolarla. No lloraba por la calentura que la va minando día tras día ni por el cansancio que se va acumulando, no, Denise lloraba de pena. Una pena honda que sabe que no puede compartir. No se atreve a nombrarla. También la he oído maldecir, cuando Julie y Babet han salido al jardín. Hay mucha rabia encerrada dentro de ella. Es la rabia del luto, de la ausencia, del no saber, del vivir pendiente de la pequeña Babet y sus caprichos. ¡Maldita pequeñaja!, escupe aunque la quiera con locura. Y sé bien que en ese momento ser la mayor pesa. Callar pesa. Es una losa ardua de levantar. La ahoga por unos instantes. La hace toser y doblarse en dos su delgada adolescencia.

Y yo la miro partirse, la miro, solo eso, porque no puedo hacer otra cosa, pero desde el suelo donde estoy sentada, desde el punto exacto dónde la miro, de pronto, he sentido que ella respondía a mis pupilas. Ha sonreído.

¿Era para mí esa sonrisa? ¡Me gustaría tanto! Después, justo un segundo después de ese regalo inesperado que no acierto a saber si estaba dirigido a mí o a un recuerdo, o quizá, solo ha sido un acto reflejo, ha cerrado los ojos y se ha quedado muy quieta, casi sin respiración. Se podían escuchar todos los sonidos del campo.

¿Dormía?

Apenas queda luz en la habitación.

Dormir, qué bendición sería poder dormir una noche entera, seguida, sin interrupciones, dormir, solo eso, algo sencillo, un gesto humano, corriente, diario. Dormir junto a Denise, ahora mismo, sin dilación, coger su mano, acurrucarme junto a su vientre y dejarlo todo, todo, las palabras, las frases, las emociones. Pero mis personajes no dan tregua, tengo que velarles. Seguir despierta. La trama continúa, como el teatro, como la vida misma. Es una ardua tarea la ficción, un raro vivir. Es sentir la soledad, el amor, la amistad, todas las emociones propias y también las del otro, duplicarlas, crearlas. Decirme la verdad o mentirme. Dar luz a la oscuridad. Amor al odio. Paz a la guerra.

Existir figurándome, siendo bastante ilusa, quizá algún día seré eterna, no por mi piel sino por las palabras escritas y guardadas en el corazón de la gente. De mucha gente. Si yo pudiera contar todo lo que sé, lo que pienso, lo que invento cada minuto. Si pudiera hablar de cada personaje que me roza, que me visita con frecuencia, no habría horas ni días ni bibliotecas que guardasen todo este legado. Es infinito mi deseo de contar. Me hace feliz.

De pronto, ruidosa como solo sabe ser ella, con esa pegadiza risa infantil y su voz aguda insoportable, ha llegado Babet y se ha tirado sobre su hermana Denise sin avisar. En su mano llevaba un puñadito de nieve.

«¡Mira Denise!, ¡está nevando!». Ella apenas ha dicho nada. Solo un murmullo pobre ha salido de sus labios:

«¡Ay, Babet, cuánto te quiero!».

Y Babet feliz la ha cubierto de besos.

La negrura de la guerra no da tregua 1942-1943

A cada paso nos hallamos más lejos,
perdidos al fondo del camino.
Blas Hernández,
Motivos aparte

A finales de 1942, cuando el ejército italiano ocupó el territorio al este del río Ródano, miles de judíos huyeron a esta parte de Francia. Las autoridades italianas, en contra de todo pronóstico, se negaron a entregar los judíos a los alemanes, a pesar de las amenazas, de su insistencia y de la alianza que los unía. Muchos de ellos fueron detenidos a lo largo de 1943, pero cientos de ellos, consiguieron escapar a Suiza.

1943 también fue un año negro para la Historia.

La mayoría de los judíos que eran deportados para trabajos forzados, viajaban a una muerte segura, mientras las tropas soviéticas contraatacaban y atravesaban las líneas de Hungría y Rumania. El Sexto Ejército alemán se rindió a los rusos el 2 de febrero de ese año. En mayo, las fuerzas del Eje tuvieron que rendirse en Túnez ante los Aliados y la campaña contra el norte de África finalizó con éxito para ellos.

La guerra continuaba, y los muertos se contaban a miles, de un bando y del otro, por no hablar de los que eran gaseados y quemados en los campos de exterminio.

En julio, las tropas estadounidenses y las británicas entraban en Sicilia y no tardaron mucho en hacerse con la isla italiana y todo el sur de Italia. Los alemanes controlaban el resto, desde Roma hacia el norte.

La Unión Soviética comenzaba su propia ofensiva y en noviembre de 1943 ya liberaban Kiev.

Y mientras todo esto sucedía por el mundo, la Francia de Vichy, lejos de apaciguarse, se radicalizó todavía más, y las milicias de la extrema derecha francesa se dedicaban a buscar judíos para matarlos.

¿Y yo?, ¿qué podía hacer?

Seguía paso a paso el suceder de los meses, el devenir de esa guerra que parecía eterna, seguía a Denise, a Babet, a Julie. Seguía sin entender las cosas que nunca había entendido. Cambiaba de escenario, de casa, de bosque, de camino, de transportes que nos llevaban de un lado al otro, que no llevaban a ninguna parte; cambiaba de miedos, de manos. Seguía a los soldados, a los buenos y a los malos. A veces los buenos parecían malos y los malos se convertían en buenos. Una locura. Hasta el cielo parecía que entendía aquellos días. Era fiel al gris, al polvo, a la fugacidad.

¡La luz duraba tan poco!

Sabía, porque ya conocía la historia, que los meses de la guerra estaban contados, daba igual si quedaban diez o veinte o uno solo. El mal estaba hecho para esas dos niñas que yo tanto amaba. Y los muertos estaban bien muertos, eran cenizas o estaban enterrados, amontonados sin orden en cualquier lugar. Ninguno volvería. Quizá, si alguno sobrevivía, con suerte, lo haría en la memoria de una hija como Denise o Babet, en el papel de alguna autobiografía o en el corazón de las madres, de los padres, de algún hogar vacío. Quizá en los retratos. Las casas vacías también saben anhelar. Las camas sufren las mayores ausencias, el calor de sus seres queridos. Y las calles de una ciudad, ¿nunca habéis escuchado su aullar cuando se encuentran solas? ¿Quién echaría de menos en París a la familia Epstein-Némirovsky? Me preguntaba. ¿Dónde estarían todas esas personas reales, esas que fueron una vez importantes, esas con las que compartían el té, el baile, las tertulias, su tiempo, lo escrito, todos esos amigos y conocidos, los poetas, los escritores, los editores, dónde?, ¿se preguntarían por la suerte que habían corrido Irène y Michel?, ¿y sus hijas?, ¿hablarían bajito sobre ellos?, ¿censurarían al gobierno francés?, ¿desearían el regreso de sus amigos?, ¿olvidarían que una vez existieron?

La vida es una larga caída.

¿Será cierto eso que dicen por ahí, será cierto que somos solo una mirada? ¿Un continuo recodar hacia atrás?, ¿que el dolor te hace más fuerte?

No lo creo. El dolor te deja roto. Los límites físicos son cortantes. Anulan. Otras veces pareciera que no existieran, que son invisibles, como el amor. ¿Es real el amor?

Quisiera pensar que sí, soy una romántica sin solución. Por eso sé que Julie amaba a aquellas niñas. Sus padres, Michel e Irène, estuvieran donde estuviesen, amaban a aquellas niñas. Sus futuros hijos que ni siquiera sabían que tendrían, Emmanuel, Nicolás, Irène,

Fabrice y Marianne, amarían a sus madres.

Yo amaba a aquellas niñas.

Denise y Babet serían eternas. Así lo había decidido la historia.

Mi historia.

Nada termina del todo.

En un rincón de Francia
Julie

Ayer se fue,
mañana no ha llegado,
hoy se está yendo sin parar un punto,
soy un fue, y un será (…)
Quevedo

Todo recuerdo es una dependencia y yo… ¡tengo tantas!

El día en el que nos fuimos también nevaba en Le Chambon-sur-Lignon, lo hizo durante semanas, con fuerza, como si no quisiera que nos fuéramos. Quizá no quería. Nevaba, con la misma intensidad con la que nevaban nuestros rostros. Y eso es algo que no he podido olvidar a pesar de los años.

Detrás de nosotras se quedó un manto blanco y unas huellas profundas tatuadas en el camino. Dentro de cada huella dejamos un pozo de tristeza y preguntas: ¿Resultaría el viaje peligroso?, ¿pasaríamos desapercibidas?, ¿serían felices en el nuevo colegio internas?, ¿me añorarían cuándo estuvieran solas?, ¿estarían a salvo?, ¿nos recordarían en algún lugar?, ¿alguien nos echaría de menos?

Irnos nos resultaba muy difícil, un nudo en la garganta, un peso insoportable, marcharse sin tener un adónde se parece mucho a la muerte.

Despedirnos de toda aquella buena gente que nos arropó durante meses fue un vacío enorme que no supo llenar el tren, ni la huida, ni el final de la guerra, ni siquiera el volver a comenzar de nuevo, fue levantar el vuelo sin una rama a la que volver.

En el viaje hacia Burdeos nadie nos paró, ningún soldado se nos acercó con su olfato a sangre judía, nadie sacó una lista en la que nuestros nombres reales o imaginarios estuvieran buscados, no vivimos ninguna situación desagradable o al límite de nuestras fuerzas, y sin embargo, pareció que nos adentrábamos en un bosque muy oscuro. En una prisión. Nos mecía la tensión el traqueteo del tren. Y nos asustaban los rostros cenicientos de los viajeros que nos rodeaban medio ocultos con las barbillas sobre los pechos y los

brazos cruzados o los susurros, esas palabras contadas sin voz. No hablamos mucho en aquel viaje y si lo hicimos tuvo que ser del presente. El deseo de presente es algo que no se acaba nunca. Ni siquiera en tiempos de guerra.

El paisaje, a través de la ventana, nos ofrecía campos de invierno nevados, caminos vacíos, sin alma, distintos tonos de grises. El rumor del viento helado se colaba por las ventanas, nos paseaba, nos hacía tiritar, nunca he podido olvidar su escalofrío, se me grabó en el corazón como una premonición que lo inundaba todo.

Fue un viento de mudanza, la certeza de otra huida, y la esperanza de que estaba más próximo el final.

Quizá si esta historia la contasen las niñas, sería otra, más triste o más alegre, no lo sé. Quizá me odiaron. Puede ser. Si lo narrasen ellas, sería otra vida. Pero yo repaso el momento del adiós, el de sus manos dentro de las mías, el de las lágrimas que me pedían que siguiéramos juntas, comiendo juntas, durmiendo juntas, paseando juntas, huyendo juntas.

Juntas. Solo eso. Era algo sencillo. Una dulce locura.

Recuerdo la fuerza de mis hombros al girarse y el peso de plomo de mis pies al alejarse por la calle principal que lindaba con el internado al dejarlas.

Y el bosque, recuerdo el bosque.

El bosque se quedó conmigo, una oquedad oscura dentro del vientre.

Pero yo volvía cada semana, volvía como las melodías regresan a la boca, o el oleaje a los acantilados, y las visitaba todos los domingos, siempre a la misma hora, y aunque al principio me recibieron con resentimiento, como si las hubiera abandonado sin avisar, sin darles una explicación, sin decirles un adiós, poco a poco, volvimos a la complicidad que nos había unido desde siempre.

Y aunque el comienzo, sobre todo el primer saludo, me resultaba difícil, una decepción seguida de silencios incómodos, miradas esquivas y titubeos de lo vivido de lunes a sábado, al final del día regresaban a mí.

¿Qué otro camino podían tomar?

Nos necesitábamos para seguir adelante como el aire para respirar. Y yo me daba cuenta de lo mucho que las echaba de menos cuando me encaminaba hacia el colegio y mis pies volaban con urgencia en su dirección.

Siempre que podía les llevaba algo rico, un pedacito de

chocolate o un pastel comprado en el mercado negro, un libro, un juguete; cualquier pequeño detalle valía para iluminar sus ojos, sobre todo los de la pequeña Babet, que se alimentaba de domingos. Denise preguntaba por sus padres, era lo primero que hacía nada más verme, y yo mentía, o no lo hacía, porque en realidad nadie sabía nada y lo que se sabía era tan terrorífico, tan negro, que no podía contárselo.

Lo que más me gustaba de aquellas visitas era nuestra soledad y todo el amor que nos contagiábamos, cuyo efecto me duraba la semana entera.

La escuela y los pasillos parecían nuestros. Las otras niñas del internado, todas compañeras de Denise y Babet, se marchaban los fines de semana con sus padres y la directora, la madre Anne-Laure, nos dejaba deambular por las instalaciones como si fuese un hogar. No podía arriesgarme a sacarlas a la calle, Burdeos era un polvorín lleno de riesgos. Durante aquellas largas horas, Denise y Babet me contaban las historias del colegio, se atropellaban la palabra, eran minutos de una intensa complicidad. Me conmovían. Y a veces, yo les hablaba de lo que vivía fuera, de mi día a día, de la suciedad de las avenidas, de los mendigos que me encontraba por todas partes, de la falta de alimento, de las largas colas para conseguir alguna cosa que llevarse a la boca, de los soldados fieros de ojos azules que nos seguían por todas partes, y nos paraban para pedirnos los papeles cuando se les antojaba, del toque de queda, de cómo marchaba la guerra entre los malos y los buenos, de cómo podía apenas sobrevivir sin ellas y sus besos. No podía. Les hablaba de mi soledad, porque era una forma de acercarme a ellas, de compartir el dolor que sentía por haberlas alejado de mí, perdido de algún modo.

Y ellas me contaban sus progresos, pequeñas cosas que para ellas eran gigantes; me hablaban de sus compañeras, de las maestras, de lo que comían, de que ya tenían alguna buena amiga, amigas de confidencias, también de lo que hacían o no hacían y de las noches.

Temían a la noche, era lo peor, eso me decían. También para mí eran lagos oscuros. Nos habíamos acostumbrado al calor compartido, al recelo compartido.

Y así fueron pasaron los meses y nada pareció cambiar salvo las estaciones; seguíamos con el mal sueño, con los locos por la calle, con las nubes grises, con la ausencia de noticias, y la tenebrosidad del mundo.

Algunos recuerdos fueron convirtiéndose en polvo. Supongo que, de alguna manera, podría decirse que fuimos felices. Sí, supongo,

maquillábamos la verdad, nos la ajustábamos a medida como un vestido de raso, ¡había que seguir adelante!

Hasta que una nueva oleada de redadas comenzó a barrer la ciudad y toda la preocupación volvió de golpe.

Tras los muros
1944

El día de los hombres no es un juego.
El día de los hombres está hecho
de algo que empieza con la luz.
Roberto Juarroz

La Segunda Guerra Mundial seguía su curso y el año 1944 abrió sus puertas más enfrentado que nunca. Ni siquiera el Desembarco de Normandía, durante aquel verano en suelo francés, calmó los ánimos antisemitas y eso que tenían encima al ejército de los Estados Unidos. Los Aliados avanzaban rápido hacia París y por el sur, cerca de Niza, hacia el río Rin con rumbo noreste. Estaban cercados, y aun así, del veinte al veinticuatro de julio las SS realizaron su última redada en la capital francesa y toda su maldad recayó sobre los más débiles, los niños, deportando hacia la muerte, y ya casi al finalizar la guerra, a alrededor de setecientos niños judíos que no consiguieron librarse de todo su mal.

El veinticinco de agosto, los Aliados liberaban París.

Bulgaria se rendía en septiembre y Finlandia abandonaba el Eje cuando los Aliados alcanzaron la frontera con Alemania.

Los alemanes evacuaban Grecia, Albania y el sur de Yugoslavia en octubre.

A finales del año 1944, toda Francia, y la mayor parte de Bélgica y el sur de Holanda eran libres.

Libres. ¡Qué palabra!

Pero, volvamos hacia atrás. Sí, volvamos a principios del año 1944.

Teníamos a los Aliados ya a las puertas de la ciudad de Burdeos, cuando los nombres de las niñas volvieron a destacar en las listas de los judíos no detenidos y pendientes.

Y no sé cómo, ni por qué, las niñas volvieron a ser la preocupación de los mismos cobardes de negro. Había que exterminar a todos los judíos, incluso a los niños, eso dijeron.

Esos días, paseando por las calles, me planteé la idea de volver a huir, de coger la maleta de Irène de nuevo y tomar otro rumbo,

pero la pregunta que me asaltaba continuamente era: «¿Y ahora adónde iríamos?».

Por este motivo conversé con la directora de la escuela, la buena madre Anne-Laure, que desde el principio nos había ayudado y dado cobijo. Las dos estuvimos de acuerdo: Había que organizar un escondite seguro dentro del centro en el que las niñas pudieran guarecerse lo más rápido posible, y sobre todo juntas, en el caso de que se iniciara una redada. Y eso hicimos.

Después, esperamos. Aunque esa tensa espera fue lo peor, por dentro me iba creciendo una ansiedad muy parecida a la muerte, a un mal presentimiento, un cansancio enorme.

En la primera redada pude avisar a la hermana a tiempo; seguía teniendo contactos con la Resistencia, me daban información, poca cosa, solo aquella que podía concernir a las niñas o que nos afectaba de una forma directa; saber mucho, en aquellos tiempos, era demasiado comprometido, y todos estábamos en el punto de mira.

Avisé y desaparecí. Ya caía la tarde en sombras y la falta de luz abrigó mi vuelta a casa, pero no mi pensamiento. Me sentía prisionera de aquella redada que estaban viviendo mis niñas lejos de mí.

¿Y si las encontraban y las detenían?, ¿y si no volvía a verlas?

No paraba de dar vueltas a la pequeña casa donde llevaba ya tiempo viviendo; miraba la puerta de salida, y la cruzaba, con la mente; y con ese pequeño gesto, breve, difícil, todo se ordenaba; después, me lanzaba a la calle corriendo. Necesitaba llegar al colegio, abrazar a mis pequeñas, darles todo mi calor, que era el de abuela, madre y padre, todo junto, un amor grandioso, y esconderme con ellas en aquel agujero negro, inmundo, que las habíamos preparado.

Pero sabía que no debía moverme, que no beneficiaría a nadie, y con aquellas contradicciones dolorosas que marcaban mi vida en guerra: deseo, prohibición, amor, miedo, valentía, me tumbaba en la cama y cerraba los ojos.

Parecían de plomo.

Yo no estuve allí para verlo, me lo contó más tarde la madre, pero en el colegio se vivieron momentos de una gran inquietud.

En cuanto les di el aviso y desaparecí, Anne-Laure no esperó ni un segundo, fue corriendo a buscar a Denise y a Babet y se las llevó de la mano escalera abajo hacia las cocinas del convento. Atrás dejaron una habitación en pánico, repleta de compañeras asustadas y llorosas por la inminente redada. La hermana Émilie intentó

calmarlas, y les pidió ayuda, necesitaba ordenar el lugar, sacar y hacer desaparecer todo lo que pudiese recordar que Denise y Babet habían vivido alguna vez en el convento. Y poco a poco, con la actividad, las niñas se fueron implicando, y en un momento no quedó ni rastro de sus compañeras.

Cuando terminaron, se felicitaron y Émilie las abrazó una a una para darles algo de calor. Después las agrupó y les dijo muy seria:

—No os inquietéis, mis niñas. Veréis, lo que va a suceder es muy sencillo, dentro de un momento escucharemos el timbre, y en tan solo unos segundos, la escuela y el convento se llenarán de policías haciendo preguntas. Van a hacer una redada. Buscan niños judíos. Mantened la calma y sed naturales, y recordad, nunca habéis visto a Denise ni a Babet, no sabéis quiénes son. ¿Está claro? No tenéis nada que temer, vuestros papeles están en regla, sois ciudadanas francesas, cristianas, internas en esta escuela. Bien, las únicas que corren verdadero peligro son vuestras compañeras. Todas queremos mucho a Denise y a la pequeña Babet, ¿verdad que sí?, ellas ya han perdido a sus padres y no podemos permitir que se las lleven presas, son solo unas niñas. Así que entre todas vamos a protegerlas. ¿Estáis conmigo?

—¡Síííí! —dijeron las niñas en coro emocionadas.

—¡Estaba segura de que podía confiar en vosotras!, ¡sois las mejores y estoy muy orgullosa, mucho, mucho! —exclamó emocionada la hermana Émilie, y añadió:

»Recemos, hijas mías, recemos, que la oración es la medicina más noble para calmar nuestros corazones».

Mientras tanto en las cocinas del convento, la madre Anne-Laure abría un armario de roble, apartaba la ropa hacia un lado, las mantelerías de hilo bordado y los hábitos blancos, y llegaba a un doble fondo.

Al otro lado había una pared y una puerta; la cruzaron indecisas, y de pronto se vieron dentro de una despensa enorme donde había víveres en abundancia y leña acumulada en un rincón haciendo una gran montaña. También candelabros y otros recipientes de plata tapados con grandes sábanas blancas. Las niñas se miraron sorprendidas, abrieron mucho los ojos y cruzaron el mismo pensamiento en silencio, ¡una cueva de tesoros, como la de *Alí Babá*!, pero la hermana se dio cuenta enseguida y dijo para justificarse:

—¡Hay que dosificar los víveres, queridas!, ¿de dónde pensáis que sale lo que coméis? Os recuerdo que estamos en guerra. Además, este es nuestro patrimonio y me niego a dárselo al

enemigo. ¡Al enemigo, ni agua!

Las niñas rieron nerviosas y abrazaron a la hermana; estaban muy excitadas. Esta les devolvió el cariño e intentó como pudo calmarlas. ¡Pobres criaturas!, ¡tenían tanto miedo, me confesó.

—Todo va a ir bien, hijas mías, y nadie se os va a llevar de aquí, de eso estoy segura, pero debéis estar muy calladas, os lo pido por favor. Mantened la calma, y sobre todo, escuchéis lo que escuchéis, no os delatéis, no murmuréis, no lloréis.

La hermana le puso una manta y una linterna a cada una en las manos y corrió una estantería que había dentro de la despensa. Allí, en el suelo, había una trampilla que levantaron. Delante tenían unas largas escaleras.

—¡Bajadlas con mucho cuidado!, al final, encontrareis una pequeña habitación con dos colchones, agua y algunos víveres. Procurad utilizar poco las linternas y dosificar la comida, solo lo imprescindible, ¿de acuerdo?

Denise asintió y Babet se abrazó a su hermana.

—¡Todo irá bien, pequeñas!, ¡volveré a buscaros!

Y la puerta se cerró sobre ellas.

Denise, entonces, alumbró la escalera y comenzó a descender despacio seguida de cerca por su hermana pequeña, que lloraba aterrorizada. Olía a humedad, a sucia guerra. Solo un poco más arriba, apenas a cuatro peldaños, el ruido de una estantería que se movía sobre ellas, las sobrecogía, las enterraba vivas.

Siguieron descendiendo, cinco, seis, siete peldaños más, ocho, nueve, diez, contaban, y al llegar, tal y como les había asegurado la madre, encontraron dos colchones, y sobre ellos el agua, dos paquetes de galletas y dos almohadones. Se abrazaron, se envolvieron en las mantas y se sentaron a esperar a oscuras.

—Denise, ¿vamos a vivir?, el corazón me late tan rápido que me duele el pecho.

—¡Desde luego que vamos a vivir, Babet!, respira hondo y se te pasará, pero ahora calla, es mejor que estemos en silencio.

En cuanto la hermana alcanzó el armario y mientras colocaba las mantelerías todo lo rápido que podía, sonó el timbre del convento.

Llamaron cuatro veces. Llamaron con los puños.

Sobresaltada, la madre Anne-Laure dio un respingo y, muy despacio, mientras se colocaba el hábito en su sitio, salió a abrir la puerta pidiéndole a Dios que le ayudara.

La redada fue muy rápida, vista y no vista, la policía invadió todas las estancias como si fueran una legión de mosquitos

hambrientos, preguntaron a las niñas, ellas lloraban de miedo, callaban; preguntaron a las hermanas, a la madre, todas negaban, abrieron puertas y armarios, movieron camas; alguien les había denunciado, eso les dijeron, pero no encontraron nada que les hiciera sospechar, nada a lo que aferrarse, ni siquiera una palabra; y sin embargo, algo les decía que las hermanas estaban mintiendo.

Y tal y como llegaron, con el mismo alboroto de voces, órdenes y alguna disculpa que si pronunciaron ninguna escuchó, se marcharon prometiendo volver y amenazando a la madre Anne-Laure con detenerla si se descubría que tenía escondidas a las hijas judías de la escritora Irène Némirovsky.

Cuando la madre Anne-Laure cerró la puerta tras de sí, las piernas le temblaban, se santiguó tres veces y dijo en voz alta: «Dios mío, señor, te pido perdón porque hoy he pecado, hemos pecado todas, las hermanas y las niñas que intentamos educar; y no lo hemos hecho una vez ni dos, ay señor, sino muchas veces; todas ellas, sin duda alguna, por una buena causa. Un alma en peligro siempre lo es, y en este caso tenemos dos. Estoy segura de que lo comprenderás y de que harás una excepción ante estas almas descarriadas que, sin duda alguna, volverán a pecar otra vez si hubiera otra redada. Ya sabe mi lema, señor, y puede que quizá no sea muy cristiano pero, ¡al enemigo, ni agua!».

Y después, se fue corriendo a buscar a las niñas. Para su sorpresa, las encontró durmiendo. Aquel día la madre tomó una decisión importante y drástica, despidió a todo el personal ajeno al convento; si alguien las había denunciado, tenía que ser de dentro, y pensó en alguna cocinera, o en el hombre que les traía la leña, o… ¡todo eran dudas!, ¿y si habían sido los padres de aquellas criaturas que ellas mismas, las hermanas, enseñaban? ¿Podía haber tanta maldad en el mundo?, ¿qué daño podían hacerles dos pequeñas niñas judías huérfanas?

Aquel pensamiento la superó, así que para protegerse y desconfiando de todo y de todos los que la rodeaban, cerró también la escuela y el internado, y allí solo quedaron las hermanas y las pocas niñas internas que no tenían padres porque habían muerto o estaban luchando en la guerra.

Pero a pesar de todas las precauciones que puso la madre Anne-Laure, y mientras la guerra daba sus últimos coletazos en la ciudad de Burdeos, el convento vivió tres redadas más, y en todas ellas pude avisarlas y huir a tiempo a mi refugio sin que me sucediera nada, y eso que la ciudad era una hoguera encendida de ira, de bandos enfrentados, de atentados y castigos, de muerte por las

calles.

La tercera redada fue la peor, la más virulenta, todo el mundo estaba muy nervioso, la guerra se terminaba, apenas le quedaban algunos días contados; y por eso, en aquella ocasión, decidí que lo mejor era llevarme a las niñas del internado y huir, ocultarlas en sótanos seguros que la Resistencia me ofrecía lejos de las hermanas. Me angustiaba ponerlas en peligro. Me angustiaba la insistencia de la policía con ellas.

Hice bien. ¡Las hijas de Irène se habían convertido en su obsesión!

Me escondí, con Denise y Babet, durante más de dos semanas en túneles subterráneos mugrientos y con roedores. Y había tanta humedad que se nos metió muy dentro, sobre todo a Denise, que se enfermó de pleuritis y a punto estuvimos de perderla. Recuerdo cómo Babet la abrazaba y le daba calor con su cuerpecito delgado y minúsculo; cómo sus manos se llevaban entre caricias las perlas del sudor enfermizo de la frente de su hermana. Y el llanto de aquella pequeña criatura, inconsolable. «¿Y si su hermana se moría?», me preguntaba llorando. Y yo le quitaba la idea.

Denise deliraba, llamaba a su madre, hablaba de ella, tenía pesadillas, gritaba nombres, pedía auxilio; y nosotras le tapábamos la boca, encogidas, temblando, mientras las bombas caían sobre nosotras y la tierra.

Y cuando el peligro pasó, un hombre, un desconocido, todos los que nos habían protegido lo eran, vino a buscarnos.

Solo guardo un recuerdo de aquel momento:

—¿Qué día es hoy? —le pregunté.

—Veintiocho de agosto, señora. La guerra, por fin, ha terminado, al menos para nuestra Francia. ¡Venga, anímese, hay mucho que celebrar!

Eso me dijo aquel hombre y yo quise besarle, y llorar en su hombro apoyada, sin preguntas, sin prisas, mucho rato, todo el rato del mundo. Pero no hice nada de eso. Solo arropé a mis niñas, las abracé con fuerza. Las palabras soldado, botas, fusiles, arañas negras y ojos de hielo habían muerto para nosotras. También el miedo a ser judío. Encendí una vela y la acerqué al rostro de las niñas. «¡Somos libres!», les dije. «¡Libres!, ¡gracias, Dios mío!». Y la luz iluminó sus ojos. Llorábamos.

Nos quedamos sentadas mientras la vela se consumía, como si estuviéramos disfrutando de un falso sol.

Saqué de aquel infierno de túneles a mis niñas y volvimos despacio al internado a través de las calles bulliciosas de un

Burdeos irreconocible, despierto y alegre, que celebraba la vida y la victoria con más vida, besos y abrazos.

Días interminables

Siempre hay flores para quien quiere verlas.
Henri Matisse

Viví la liberación junto a Julie y las niñas, encerrada en aquellos túneles húmedos y mugrientos despojados de toda humanidad. En algún momento, dudé de todo lo que sabía, del futuro que ya conocía de antemano.

Denise desvariaba. Y me pareció increíble que, en el estado en el que estaba y con los nulos medios de los que disponía Julie para paliar su calentura, pudiera salvarla. Pero el destino obró el milagro. Se salvó.

Durante días me paseé entre desconocidos por la ciudad de Burdeos. La fiesta parecía interminable. La gente reía. Se reunían en los cafés, en las casas. Se alargaban las horas, las conversaciones. Me hipnotizaba el ruido.

Hacían hogueras improvisadas por todas partes quemando cualquier vestigio alemán, banderas, uniformes, papeles, coches, todo lo que en su huida precipitada habían abandonado. En sus rostros había una mezcla de alivio y odio. Mucho odio, sobre todo cuando lanzaban al fuego aquellos objetos alemanes o cuando escupían a los lugares que habían sido frecuentados y ocupados por los nazis.

Hubo ensañamiento con la gente, y para mí, eso fue lo peor, lo más triste de mis paseos por aquella bulliciosa ciudad que recién estrenaba la paz. Aquellas personas que de algún modo o en algún momento habían tenido alguna relación con los alemanes, fueron sometidos a todo tipo de tropelías, de excesos y abusos. No hubo piedad. Daba igual que fueran hombres de negocios o mujeres; daba igual que la mayoría de las víctimas fueran sobre todo madres, mujeres jóvenes con maridos luchando en la guerra o detenidos en campos de prisioneros de guerra alemanes; daba igual que la idea fuera subsistir alquilando una habitación, limpiando sus casas o dando de comer a los soldados alemanes; daba igual que hubieran servido de entretenimiento en los clubs como prostitutas a cambio de un plato de comida caliente en la mesa, de chocolate o de algún producto de belleza; daba igual que hubieran sido moneda de

cambio para proteger a los suyos o que incluso hubieran sido correos o espías de incógnito al servicio de los aliados, no hubo piedad con nadie, eran el *colchón de los boches,* y con esa frase comodín todo estaba justificado. Sobre todo el escarnio público. Por eso se las dejó a su suerte y al sálvese quien pueda.

La guerra vuelve miserable a la gente.

Y la paz hace que la justicia sea un espejismo para los vencidos.

De pronto, aparecieron de la nada los justicieros, los salva patrias, exaltados que se declararon de la noche a la mañana miembros de la Resistencia cuando no lo eran, y aunque lo hubiesen sido, ¿qué derecho tenían a juzgar?, ¿por qué tanta ferocidad contra su propia gente?

Saber mantenerse en pie, a los ojos del prójimo, siempre parece un pecado.

Señalaban con el dedo a las meretrices, las insultaban, tatuaron esvásticas en sus frentes para marcarlas y humillarlas públicamente por si no habían sido, durante la guerra, suficientemente humilladas; les afeitaron la cabeza, e incluso muchas de ellas murieron en juicios populares y ciudadanos. La felicidad nunca es completa para todos, no parece algo natural.

Sentí dolor al vivir aquellas escenas. Vergüenza de la gente, de sus voces enfurecidas. De esa ira descontrolada. De las bocas sucias y los rostros contraídos, enfermos de venganza. No era esa la vida que yo quería, tampoco la historia que quería narrar. Cerré los ojos. Y dirigí mis pasos hacia el puerto. Quería ver el mar. El mar sabe mecer cualquier herida. Ya lo decía Karen Blixen: «La cura para todo es siempre el agua salada: el sudor, las lágrimas o el mar». Basta su aroma salado, su humedad, el horizonte inalcanzable para sentirte a salvo del mundo. Es fácil volver al hilo de una historia después de contemplar el azul inmenso.

En el colegio, donde las hermanas cuidaban de Denise, reinaba la paz. Babet estaba recostada junto a su hermana. Le acariciaba el rostro. Me tumbé junto a ellas, y tuve el mismo deseo de supervivencia en las manos que aquella caricia.

De vuelta a la libertad
«Julie»

Yo te daré pájaros
que cantarán tu nombre
desde lo más alto de los árboles.
Gioconda Belli

Las monjas le devolvieron la vida a Denise, o quizá fue la paz quien lo hizo, o el gran amor de su hermana pequeña que no se separó de ella ni un solo instante o puede que la posibilidad de que sus padres regresaran a casa pronto ahora que todo había terminado.

A casa. Pero, ¿cuál era esa casa?

De vuelta a la libertad, pensé en regresar a París; si era cierto que todo había terminado como decían, quizá era el momento de moverme, de buscar noticias de Irène y Michel. ¿O era mejor esperar?

Contacté con su editor por carta, y le agradecí todas sus mensualidades, y su desvelo. Nos había mantenido con vida. También le pregunté si sabía algo de Irène, o si se podía enterar de alguna forma. Me contestó que no tenía noticias, pero que como yo, ardía en deseos de que volviera, que había comenzado a hacer gestiones, a preguntar, y que me mantendría informada. En tanto me preguntaba por las niñas y su salud, y me establecía una asignación mayor.

Los libros de Irène Némirovsky volvían a estar a la venta en las librerías.

Pasaron algunos meses en una agónica espera, y llegamos a Navidad, a los últimos días de un 1944 que nos había devuelto la paz y la esperanza sin noticia alguna, cuando recibí un telegrama del editor de Irène, Robert Esmérard.

Me lancé a él destrozándolo casi, pero solo ponía:

Que el 1945 nos traiga al fin la paz y les devuelva a sus seres ausentes.

Comenzaba a desesperarme. Y las niñas también. Nadie sabía nada, ¿por qué no volvían?, ¿dónde estaban Irène y Michel?

La gente que iba regresando hablaba de cenizas y hornos crematorios, de cámaras de gas que parecían duchas, de miles de muertos, y yo no quería ni pensar que mi querida Irène hubiera pasado por todo aquello, me negaba a creerlo.

Necesitaba viajar a París, buscarles, estaba convencida de que podría encontrarles si me esforzaba. Quizá estaban en algún hospital, quizá habían perdido su documentación, quizá…

Tenía que abrazar a Irène, lo deseaba con toda mi alma, quería decirle que había cumplido mi promesa, que había mantenido a sus hijas a salvo; así que lo organicé todo y fui a despedirme de las niñas, pero ellas no me permitieron irme. No sola. Fue así como las tres volvimos a la ciudad de París.

Y así como el bosque oscuro nos penetró en el corazón.

Mi corazón ya estaba roto
«Julie»
1945

Tal vez.
Por lo menos, durante un instante de tregua,
ya no tuvo más miedo.
Solo sintió aquella soledad inesperada.
La soledad de una persona que en vez de ser creada, crea.
Clarice Lispector

¿Cuándo me di cuenta de que no volverían? No sabría decirlo con certeza, fue una especie de premonición. Algo parecido al tacto de las cenizas. Un día dejé de luchar, así sin más, dejé de buscar, de esperarles, y mi esperanza se desvaneció como ellos, entre los escombros y la memoria. Sentirlo fue como aceptar una rendición, fue una triste despedida. El ansiado reencuentro nunca tendría lugar.

Ya habían pasado varios meses del año 1945, quizá era primavera. Ni siquiera recuerdo que ese año brotasen las flores en los jardines.

No pude hablarles a mis niñas de la muerte de sus padres, tampoco de lo que sentía mi propio corazón, no sabía cómo enfrentarme a ese gigante. Así que dejé que creyeran en los milagros un poco más, en la vida misma, ¿por qué no?, ¿acaso tenía yo algún derecho a quitarles el único anhelo que todavía les hacía sonreír?

Entre tanta desolación, a ellas se les escuchaba reír. ¿No era algo increíble?, ¿un regalo? Y yo, ¿cómo no iba a vivir por cada una de esas sonrisas?

Me ayudaban a respirar.

¡Victoria!, ¡qué palabra más hueca!, nunca saboreé tan poco su triunfo.

El uno de enero de 1945, los alemanes comenzaron a retirarse y los soviéticos liberaban Varsovia y Cracovia, y durante los siguientes meses Hungría, Eslovaquia y Austria. El dieciséis de abril los rusos sitiaron Berlín. Y Hitler viendo a su ejército de titanes

derrotado y hundido, se suicidó. Entre el siete y nueve de mayo Alemania se rendía ante un doble ejército, los Aliados y los soviéticos. Pero lejos de Berlín y de la vieja Europa, la guerra continuaba.

El seis de agosto de 1945 Estados Unidos lanzaba la primera bomba atómica para sorpresa y sobrecogimiento del mundo entero.

Cayó sobre la ciudad de Hiroshima. La arrasó.

El nueve de agosto lanzó una segunda, esta vez sobre Nagasaki.

Y la muerte no se hizo esperar.

El escenario y el drama fueron de tal magnitud que no tardó en llegar la ansiada paz mundial que todos deseaban y la rendición incondicional de los japoneses.

El catorce de agosto de 1945, la Segunda Guerra Mundial había terminado.

Los judíos deportados fueron volviendo a cuentagotas; eran muertos transparentes. Aun así las niñas no perdían la confianza.

Esperaban. Esperaban. Buscaban en listas. Esperaban. Ese verbo no parecía tener fin. Y cada mañana se levantaban con el mismo sueño y salían de casa con el paso rápido y con el ansia de volver con noticas o con ellos de la mano.

Las semanas y los meses siguientes fueron desvelando una verdad a gritos que todos imaginábamos pero que ninguno alcanzaba a describir.

Nos acostumbramos a vivir rodeadas de muertos, de sus sombras, porque la mayoría nunca volvieron, y de las miradas tristes de los vivos y sus incontables lágrimas.

Yo vivía con la angustia de no querer saber más; todas las historias eran iguales, copias de un mismo drama que no podía compartir con ellas, porque no me salían las palabras de la garganta.

Hasta que un día, Denise me miró a la cara, titubeó al principio y después, muy clara y directa me preguntó con una seriedad que nunca antes le había visto en el rostro:

—No van a volver, ¿verdad Julie?

—No, Denise, con todo el dolor de mi corazón, no lo creo. Desearía poder decirte otra cosa, algo que no sonase tan definitivo, pero nadie sabe nada de ellos y yo ya no quiero seguir fingiendo más.

No volvimos a hablar del tema. Tampoco a nombrar a Irène, ni a Michel; fue como si les borrásemos de la cotidianidad de nuestros días. Esa fue la conclusión, un aparente olvido. Y una mañana dejaron de salir a buscarles, y la vida, así sin más, sin dramas ni

llantos, nos cambió y recuperó su pulso. Fue como volver a la normalidad si esa palabra existiera de verdad en el año 1945.

Un espejismo más de aquella guerra.

La memoria nunca ha sabido de héroes.

No nos hizo mejores personas el olvido, porque nunca lo hubo, pero su fachada nos envolvió en un largo silencio que nos permitió vivir arropadas, dar pasos, mirar hacia delante. Ser familia. Tomar decisiones.

Siempre me pregunté qué había ocurrido para que me hiciera aquella pregunta Denise, qué encerró aquella pregunta negación. Quizá alguien habló con ella, alguno de aquellos muertos vivos que volvían, o a lo mejor leyó alguna de las cartas que me habían enviado y hablaban de que lo más probable es que estuvieran muertos. Jamás me atreví a curiosear.

Lo que sí que hice fue organizar un viaje a Niza; a las niñas solo les quedaba, que yo supiera, un familiar, su propia abuela, la madre de Irène, y aunque sabía que la relación con Irène no había sido buena y estaban distanciadas desde hacía años, casi los mismos que tenía Denise, dieciséis, pensé que era el mejor lugar donde las podía dejar, el más justo; esa abuela tenía derecho a saber que sus nietas, sus únicas nietas se habían quedado solas en el mundo, y aunque me tenían a mí, yo no podía darles el nivel de vida que se merecían, el que hubieran querido sus padres.

A mí ya no me quedaba nada. Ni siquiera las fuerzas.

Denise y Babet estuvieron de acuerdo en emprender aquel viaje a Niza, e iban contentas, no conocían a la abuela extravagante y rica de la que tanto habían oído hablar, y todo el mundo decía que era un personaje, pero estaban seguras de que no les decepcionaría, e incluso me convencieron a mí de ello.

Fue un viaje extraño, muy diferente a los que habíamos vivido durante la guerra, pero desde el principio tuve una sensación de final, de amargor; quizá presentía lo que iba a venir después.

En Niza la gente había vuelto a sonreír, las calles estaban a rebosar, morir ya no resultaba posible. El azul del mar se nos contagió en la piel nada más llegar y su luz, ¡qué distinta era del gris de París, incluso en un día otoñal!

Llegamos a la avenida Président-Wilson, la dirección que tenía escrita en un papel y que un día, que ya quedaba muy lejano, mi querida Irène me dio.

Llamamos a la puerta.

Y mientras nos abrían, yo respiré muy hondo y miré a las niñas con una sonrisa, estaba nerviosa. Denise y Babet también lo

estaban, se retorcían las manos.

Recuerdo que les dije: «Todo irá bien», pero mentía, y sé que ellas lo notaron porque asintieron con la misma inseguridad que tenía yo.

¿Cuántas veces llegué a decirles aquella frase?, ¿cuántas veces resultó un disfraz?, ¿todas? Puede.

Nos abrió una doncella y nos presentamos; la abuela había vivido, incluso durante la guerra, con las mayores comodidades. Su rostro se tornó lívido y pareció dudar un momento, pero al final nos indicó que esperásemos en la puerta y cerró dejándonos en la calle.

Recuerdo como si fuese ayer las palabras de Babet:

—¿Por qué no nos ha dejado pasar, Julie?

Y a mí se me hizo un nudo en la garganta y no pude contestar. Solo la abracé muy fuerte. Hubiera podido arrastrar a las niñas conmigo, alejarlas de aquel lugar malvado, salvarlas de las palabras que salieron de la boca de su propia abuela un momento después, pero no lo hice, no pude moverme. Y cuando la puerta volvió a abrirse y la tuve delante, el mundo se me cayó a los pies e instintivamente coloqué a las niñas detrás de mí.

La recordaba joven, hermosa, excesiva, y me encontré una anciana engalanada, ácida y fuera de lugar, una mujer de hielo que se limitó a mirarnos de arriba abajo desde el dintel con el mayor de los desprecios.

—Querida Julie, pero ¡cuánto tiempo ha pasado!

No el suficiente, pensé, pero me mantuve callada. No era el momento de ofender a aquella víbora.

—Señora Némirovsky —le dije venciendo mi propia repulsión— le traigo a sus dos nietas, Denise y Babet, imagino que no se habrá olvidado de ellas, aunque seguro que no las recordaba así, han cambiado mucho, ¿verdad?, se han hecho mayores durante la guerra. Supongo que ya sabrá que su hija Irène fue detenida en las redadas de julio de 1942, y unos meses más tarde se llevaron también a Michel. Yo he cuidado de sus nietas desde entonces, pero creo que ha llegado el momento de que vivan con usted, con su abuela, el único familiar que les queda.

—Querida, ¿has dicho hija?, yo no tengo ninguna hija, y si estas niñas se han quedado sin padres y usted no puede o no quiere hacerse cargo de ellas, llévelas a un orfelinato para niños pobres, pero no venga a molestarme.

Y nos cerró la puerta en las narices.

Tengo grabado aquel momento con fuego, me quemó el corazón.

Jamás pude olvidar el rostro de Denise, ni cómo contemplaba

aquella puerta cerrada que se había convertido en un abismo, en un odio a muerte. Tardó en reaccionar, sus piernas no se movían, no giraban, no terminaban de decir adiós, y aquella eternidad de minutos me dejó una oscura sensación, la extrañeza de que, por muchos años que pasaran, Denise no se recuperaría de la guerra.

Fue un momento dramático.

Pensé mucho en ello de vuelta a París, quería hablar con ellas, sobre todo con Denise; Babet no parecía tan afectada, ni siquiera lloró, se encogió de hombros y dijo: «Mucho mejor, yo con esa señora no quiero vivir, ¿la has visto Julie?, tiene cara de serpiente».

¿Cómo redimirlas de aquel abismo en el que seguro se sentían, de la culpa que llevaban dentro, del repudio que habían sentido?, ¿cómo podía protegerlas del orgullo y el desamor de aquella abuela tan vil?

No supe hacerlo. No tenía palabras, no me salía ninguna que tuviera algún sentido. Deseaba volver a nuestra ternura, a los abrazos que nos habían unido, a la ingenuidad de su infancia, a nuestro primer huir, pero todo eso se había desvanecido.

Y nos convertimos en unas extrañas sin nada que decirnos.

Por eso decidí marcharme, y aunque en aquel entonces sentí que me rompía por dentro, tuve que hacerlo, necesitaban volar, encontrarse, y yo ver algo de luz al finalizar el túnel.

Durante los años siguientes mi corazón me insistiría: «¡Vuelve!, tienes que arroparlas de nuevo», pero lo acallaba, y me prohibía la cercanía. Denise y Babet no eran mías, nunca lo fueron y aceptarlo fue lo más noble que hice.

Dejé a las niñas en el mejor colegio interno que encontré, las Hermanas de Sión de Grandburg; estoy segura de que mi querida Irène hubiera dado su aprobación. Me ocupé de que tuvieran una buena asignación, hablé con unos y con otros. Conseguí que nuestros ángeles de la guarda, los editores de Irène, el señor Robert Esmérad y Albin Michel, lo fueran durante mucho tiempo. Siempre pensé en el bienestar de Denise y Babet, en su economía. Las quería con locura, y ellas lo sabían.

Los libros de Irène volvieron a ponerse a la venta en todas las librerías, y lo que quedó en el limbo de la guerra, también vio la luz, incluso aquellos textos en los que se habían usado seudónimos para poder publicar, como el mío, el de Pierre Nérey, o el de Charles Blancat. Todo menos el cuaderno en el que Irène había estado trabajando durante la guerra y que estaba encerrado en su maleta, esa con la que cargué durante toda nuestra huida.

Un día recibí una carta de André Sabatier; también él había

estado a nuestro lado durante la guerra, protegiéndonos, y también lo estuvo después. Me preguntaba si sabía algo de una gruesa novela terminada por Irène, o por terminar, y en la carta me confesaba que había sido la propia Irène, a punto de ser detenida, quien le había confesado a su editor, Albin Michel, que estaba escribiendo algo importante:

Mi querido amigo, piense en mí. He escrito mucho.

Supongo que serán obras póstumas, pero ayuda a pasar el tiempo.

Ese día, abrí la maleta y busqué entre los papeles algún manuscrito. Y cuando vi el cuaderno escondido entre documentos, recordé a Irène, su lento caminar hacia el pinar, sus tardes en el corazón del bosque, sus manos manchadas de tinta; y supe que allí era donde estaba su última novela.

La leí y me emocionó tanto encontrarme con mi querida amiga desnuda de sentimientos, humillada, sola, que no pude evitar llorar durante días. Su mirada se me clavó en la piel, en mi memoria; su pánico, sus dudas y recuerdos se convirtieron en los míos, en mis pupilas. Decidí guardarla. Y la metí en el mismo sitio donde ella la había dejado; y después callé, y no se lo conté a nadie, ni siquiera a las niñas, porque si algo tenía claro en aquel momento era que no me correspondía a mí mostrarle al mundo a la verdadera Irène. Su obra póstuma era muy grande, humana, sencilla, un testimonio de la veracidad de la guerra. Era la memoria de sus hijas, su decisión. Su futuro.

Por aquellos días recibimos varias alegrías; la primera fue que *La Banque des Pays du Nord* donde trabajó Michel antes de que lo despidieran, nos entregó cierta suma por mensualidades atrasadas, una especie de indemnización por un despido que nunca debió de ocurrir. La segunda fue que, en la ciudad de Nueva York, admiradores de la obra de Irène se volcaron en conseguirnos fondos a través de donativos. Y por último, que *La Société des Gens de Lettres* también se comprometió en auxiliarnos.

Fue algo increíble. Una comunión.

Antes de partir rumbo a América, el corazón me latía con tanta fuerza que estuve a punto de desmayarme. En realidad, no necesitaba irme para comprender a los muertos, ni tampoco alejarme de ellos; cada muerto se vino conmigo, sobre todo ella, mi querida Irène. Nunca me abandonó.

No supe lo que significaban aquellas niñas para mí hasta que estuve lejos de ellas; transformaron mi vida, le dieron todo el sentido, y después, se lo quitaron.

Unir los pedazos fue imposible, mi corazón estaba roto.

Un diálogo de recuerdos
«Babet y Denise»

…y lo que llamamos amarnos fue
quizá que yo estaba de pie delante
de vos, con una flor amarilla en la mano,
y vos sostenías dos velas verdes,
y el tiempo soplaba contra nuestras caras
una lenta lluvia de renuncias y despedidas…
Julio Cortázar,
Rayuela

Muchos años después…

—Otra vez se me ha repetido el mismo sueño, Babet.

—¿Qué sueño?

Denise suspira impaciente e ignora la pregunta de su hermana. ¿Por qué nunca es capaz de recordar lo que le cuenta?, piensa Denise y vuelve a suspirar profundo mirándola con cariño.

—Desde que abrí esa vieja maleta y comencé a sacar sus recuerdos, todo es pasado y pesadillas. Y no lo entiendo, Babet. Hace tiempo que dejé de ser una niña como para estar tan asustada, pero transcribir esas notas del cuaderno de cuero que guardaba mamá dentro, me está matando. La veo todo el tiempo, de día, de noche, ¡qué condena!, es como volver.

—¿Volver, a dónde? —quiere saber su hermana, de pronto interesada.

—A ella. A ella. ¡Te lo estoy diciendo! A mamá, a mi infancia, a París, a Issy-l'Évêque. Creía que lo tenía superado, pero no. Lo tengo aquí —y se señala el centro del vientre y lo aprieta fuerte, empujándolo hacia dentro— justo aquí, cruzado. Me produce tanto dolor como un aguijón.

—A veces, la melancolía se te va metiendo en el cuerpo, se va infiltrando poco a poco y duele. Duele mucho.

—Sí, puede que sea melancolía. Tenemos una buena colección de dramas y nostalgias. Al leerla, siento que esta vida mía se me va terminando, y no, no me mires así, Babet, que no voy a morirme ni

hoy, ni mañana, ni pasado, me siento bien, tranquila, pero no sé, es como un anuncio, como que ha llegado el momento de respirar, de curar las viejas heridas, de sumar muertos y contarlos, uno a uno, quizá también de volver a verlos. ¡Tengo tantas ganas de volver a ver a mamá!, ¡tanto dolor de abrazos! Hemos hecho un largo viaje hasta aquí.

—El mejor viaje, Denise, vivir.

—Pero la angustia puede llegar a ser punzante.

—Lo sé bien. He pasado por mi propio duelo con sus memorias, ¿recuerdas aquellas noches en vela?, ¿las preguntas que te hacía a cualquier hora?, ¿la inquietud?, pero los muertos no sancionan, Denise, los muertos son polvo, polvo bondadoso, polvo de luz, a nuestros muertos les gusta que hablen de ellos. Te abren el camino. ¿No crees que a mamá le gustaría? Hay que dejar que hable la historia con mayúsculas. Pero no hablar por hablar, eso nunca. Tampoco mentir o ensuciar su memoria.

—Debimos de hacer el duelo hace mucho tiempo, Babet. Abrir esta maleta antes, juntas. Hubiera sido todo más sencillo.

—Quizá no estábamos preparadas, Denise. Llevábamos toda una vida intentando olvidar.

—¡Toda una vida!, me ha pasado por encima toda esa vida que dices, Babet, y nunca podré estar preparada para el peso de mis recuerdos —dice Denise entristecida—. Me dije que debía ser paciente, que asimilar la muerte de un padre y una madre era un golpe duro, bajo, incluso en tiempos de guerra. ¿Cuántas veces me negué a abrir esta maleta?, tú lo sabes, ¡años!, ¿cuántas me negué a recordar que existía, que estaban ellos dentro, en cada documento, que fueron reales? Teníamos que haberla destruido, abandonado en cualquier sitio durante nuestra huida.

—Entonces, hubiéramos exterminado dos veces su recuerdo. Esta maleta ha sido siempre nuestro legado, las dos lo sabíamos, aunque cerrásemos los ojos y nos negásemos a abrirla. Esta maleta forma parte de nuestra historia. Ellos, papá y mamá, son nuestra historia.

—Babet, recordarles hoy, transcribir sus notas, me hace perderles de nuevo, ¿no te das cuenta? Hurgar en el pasado me abre viejas heridas. Ya te lo dije una vez, no me hagas recordar, no quiero volver a ser aquella niña huérfana y solitaria.

—Sin ti, nunca lo habría logrado. Necesitaba tu memoria, Denise. Aquella niña de cinco años la necesitaba para hablar de mamá, se lo debía. Además, nunca has estado sola, y lo sabes.

Babet abraza a Denise y se queda un rato estrechándola con

fuerza.

—No puedo soportar pensar que voy a perderte.

—Todavía no me he ido. Y no te creas que el cáncer va a poder conmigo tan fácilmente. Creo que nadie le ha dicho que soy una superviviente del Holocausto. Quizá, si se lo digo, me deje en paz.

—No bromees, Babet, no tiene gracia.

—No lo hago, cariño. Pero te prometo que voy a luchar, ya lo estoy haciendo. Y puede que escribir sea la mejor terapia para hacerlo, después de todo.

—Intuyo que lo que está dentro del cuaderno es muy grande, Babet. Quizá sería mejor que lo mirases tú, tienes un ojo más profesional.

—Ahora no puedo, Denise. Tengo mucho trabajo y estoy escribiendo una nueva novela. ¿Sabes?, he tardado mucho tiempo en darme cuenta de lo que quería, alejaba la idea de convertirme en escritora, porque la temía; sí, no me mires así, temía no ser tan buena como mamá, la gran Irène Némirovsky, temía que me compararan, que las palabras, las críticas, me asediaran, me volvieran vulnerable e insegura. Pero no ha sucedido así, es como si no pensara en nada cuando escribo, me olvido de que el mundo está ahí fuera juzgándolo todo. He dejado que las palabras, solo las palabras sean las que me bendigan, las que me cubran la piel y me llenen de emociones. Es maravilloso sentirlo, ser libre, escribir, ahora comprendo mejor a mamá. Buscaba en las palabras su refugio, su casa.

—¡Qué orgullosa estaría mamá si te viera ahora, si te escuchara!, su hija alocada, su salvaje querubín dorado, como ella te llamaba cuando intentaba peinarte aquellos rizos rebeldes e imposibles, convertida en escritora, siguiendo sus pasos. Recuerdo tus primeros cinco años y cómo envidié siempre tu libertad, tu alegría, la despreocupación que reinaba en tus días, fue tan diferente a la mía en todos los aspectos. Quizá eso fue lo que me hizo débil, aquella vida mimada y rica en detalles, en atenciones, que mamá y papá me dieron en París y que en Issy desapareció de golpe; me convirtió en una niña triste, desubicada, miedosa de todo lo que sucedía a mi alrededor. Yo quería ser una niña, como tú, una niña de campo, de tierra en los zapatos, de vestido sucio, de aire libre, de peleas por el camino, de revolcones en la hierba, de ardilla trepando a los árboles, pero no podía. Tú desaparecías durante horas y no necesitabas a nadie, y yo, en cambio, buscaba la mirada de mamá en cada momento, su complicidad, su abrazo, el permiso, los ánimos, sus palabras. Era dependiente de su amor. Recuerdo

cuando a los cinco años nos sorprendiste a todos leyendo. Estabas en brazos de papá y comenzaste a leer el titular de un periódico. No podíamos creerlo. Ni siquiera en el colegio se habían dado cuenta de que sabías hacerlo. Te bastó escuchar a los mayores para aprender.

—Me encanta escuchar esas viejas historias tuyas. Tu memoria me ayuda a recordar. El otro día tuve un *déjà vu*, vi a una niña jugando con una pelota. La lanzaba contra una pared con rabia, una y otra vez, y me vi reflejada en ella, rodeada por un jardín muy verde.

—Tu *déjà vu* seguro que te llevó hasta Issy-l'Évêque.

—Me gustaría volver a aquella casa, ¿vendrías conmigo?

—Volver es como adentrarse en aquel viejo salón helado y medio vacío que la chimenea nunca conseguía calentar. Volver es como estar frente a este viejo cuaderno lleno de recuerdos. Es un sufrimiento. A veces pienso en todos esos momentos en los que sin saber qué hacer, esperaba que ellos vinieran a salvarnos.

—No hubieran podido salvarnos mejor de lo que lo hizo Julie.

—¿Cómo puedes saberlo?

—No lo sé, pero el drama no fue solo nuestro, Denise. Fue de todos. Pero no te pongas tan triste y dime, ¿qué has encontrado en el cuaderno?

—Al principio solo parecían notas sobre la guerra, informaciones sin aparente importancia, salvo histórica, de los días que habían pasado, de lo que pensaba mamá, pero, cada día que pasa esas notas van cobrando más sentido. Creo que es la última obra de mamá.

—¿Una novela?

—Sí, una novela. He descubierto una trama y diferentes personajes. Los estoy siguiendo, aunque mucho me temo que va a ser un manuscrito inacabado.

—Cuéntame, cuéntame —invita Babet a su hermana mayor en un susurro. Y la anima tocándole la rodilla, acariciando sus manos después.

—Es mejor que lo leas… ¡dame unos días!

—Entonces, háblame de ellos.

Babet ha sido su confidente, su paño de lágrimas, su única familia durante mucho tiempo, el tiempo que tardaron en formar las suyas propias. Babet es más fuerte que ella, siempre lo ha sido, quizá porque recuerda menos, o quizá porque ha sido capaz de ponerle letras a la muerte. Y música. Ese fue su puente a la cordura de niña, leer, inventar historias, escucharlas, sobre todo

escucharlas, en aquellos días negros, sin testigos, ni luna, en los que Julie nos contaba historias de la vida de mamá para entretenernos y calmar nuestro miedo. Babet se alimentaba entonces de palabras. Y yo, de esperanza. Ese fue mi gran error del pasado. Tenía fe. ¡Qué estúpida!

«La tierra es una bola que no reposa en nada», estuvo repitiendo con dificultad durante días siendo muy pequeña hasta casi volvernos locos. Así fue Babet, una criatura adorable, asilvestrada, a la que también, y por desgracia, tendré que sobrevivir. Un muerto más. Uno de los más queridos. ¿Qué haré sin mi pequeña Babet?, me pregunto en silencio mientras la miro cómo espera de mi aliento las palabras que la salven el día y el futuro. Siempre las palabras. Las necesita, la liberan, y escribir sobre mamá, sobre la gran Irène Némirovsky, la acercó a ella, la sacó de su madriguera. A veces pienso que eligió una biografía como primera publicación de su puño y letra para no tocar sus emociones, para dejarlas intactas, a salvo, al menos las más profundas, pero cada capítulo de su *Mirador*, revela una ternura de ángeles y el deseo íntimo de profundizar, de llegar hasta el final, hasta ella. Hasta aquellos días de huida que son un poco como los que hoy vivimos. Y sé que lo hará, me lo dice una vocecilla. Por eso escucha tan atenta, para seguir con la historia, para continuar escribiendo.

Mientras escriba, Babet seguirá viva, y yo estaré a salvo.

…

—Denise está tumbada boca abajo.

—¿Denise?, ¿pero si Denise eres tú?

—Lo sé, lo sé, pero prefiero contártelo desde fuera, me afecta menos. En cuanto pueda respirar y me entre el aire, quizá lo cambie.

—Como quieras, tercera persona entonces.

—Denise está tumbada boca abajo y llora entrecortadamente, casi suspirando. Desearía que nadie la escuchase pero es imposible porque la nariz le moquea todo el tiempo y su respiración le salta sobre el pecho. No puede dormir. En su retina ve el rostro de su madre todo el tiempo y la tristeza de sus ojos se le ha contagiado también a ella.

»Anhelaría pensar en algo distinto que no fuera si mamá volverá o no esa noche a tiempo de desearle las buenas noches; es tarde ya y tiene sueño y le parece que está siendo muy egoísta, pero le falta su último beso, ese que siempre le daba antes de dormirse; le falta que le apriete contra su pecho, que la envuelva entre las mantas; le falta escuchar su cuento susurrado, siempre nuevo, siempre recién

inventado solo para ella. Desde que mamá se ha ido, su hermana pequeña, Babet, está muy rara, llorosa y muerta de miedo. Se sobresalta por todo, y le tiembla continuamente el mentón como si tiritase de frío. Se hace pis en la cama y su habitación huele muy ácida, por eso se arrastra por las noches como una sonámbula, con su manta y su almohadón, hasta la cama de Denise, para sentirse protegida y caliente. Y Denise la sonríe secándose rápidamente las lágrimas y la abraza, como haría su mamá, suspirando —tararear no le sale—, acariciando cada hebra de su cabello de terciopelo dorado que siempre lleva recogido en una trenza y huele a jazmín. No puede confesarle a Babet que ella también se siente muy sola, y que tiene miedo, un miedo atroz de que mamá no vuelva nunca. Nunca sería mucho tiempo. Sería la vida entera. Tampoco quiere reconocer que Julie no es suficiente, aunque lo intenta, ni su papá, ni ella, su hermana, ni las amigas de la escuela. No, ninguno es suficiente. Sin su madre se encuentra desamparada y llena de sospechas. Puede que no sea cierto, que su imaginación esté disparada, pero a Denise le parece que el mundo las señala por la calle; le parece que las profesoras cuchichean a sus espaldas; que el tendero levanta una ceja que antes no movía, una ceja de «no quiero problemas, vete rápido». No, Denise no quiere contarle a su hermana nada, porque es demasiado pequeña para entenderlo, pero anhelaría tener otro padre, uno más fuerte, que no fuera judío, sobre todo eso, que no fuera judío. Un hombre que las salvara de todo, que las permitiera huir, que no bebiera cada noche y cada día, que no se arrancara el cabello, que no llorara todo el tiempo mirando la foto de mamá, que no insistiera en ponerle un plato a un fantasma, o en esperarla cada día, como también hace ella por la noches, en el dintel de la puerta al atardecer, como si realmente su madre fuese a volver con su cuaderno lleno de letras y garabatos, ideas, frases o pensamientos, con su cabello desordenado y lleno de pajitas del campo, con el vestido manchado por el polvo del camino, después de una jornada fructífera o no de escritura. ¡No! —piensa Denise—, ¡mamá no va a volver así, como si nada!, ¡mamá no vendrá esta noche, ni mañana!, ¡mamá está prisionera!, eso le dice Julie y Denise se lo repite continuamente para no olvidarse, para no sentir el deseo de gritarle que vuelva cada noche, para no llamarla por la casa al volver de la escuela, para no culparle en voz alta por ser escritora, famosa y sobre todo judía, judía, sí judía, ¿por qué tenía que ser judía?, ¿y ellos, los demás, papá, Babet y ella misma, por qué siguen siendo judíos? Denise no quiere ser judía, porque ser judía quiere decir que también vendrán a por ellos, que les harán

prisioneros como a mamá.

»Denise quiere ser como Julie, solo francesa y nada más, eso sería lo mejor, sí, así volverían a estar juntos. A veces, pocas, se concede un momento y piensa en la muerte, ¿y si su madre estuviera…? ¡No!, no puede ni pronunciarlo en voz alta, le duele tan solo pensarlo. Denise está convencida de que lo notaría, de que sentiría algo en el centro del pecho, en el corazón, porque la muerte le asusta mucho y cuando los niños la nombran o los mayores, y hablan de guerra, y de disparos, se le agita todo el cuerpo, se estremece, como si tuviera un siniestro presentimiento escondido en el regazo a punto de saltar. Ese presentimiento le recuerda a los conejos. ¡No!, ¡no!, su madre no puede estar muerta, no puede morir así, sin verlas de nuevo, sin despedirse de verdad, porque aquello no fue una despedida, fue un atropello, una mentira. Las madres nunca mueren, se dice, se convence, se repite en sueños, nunca mueren; solo en los cuentos tristes para emocionar a los niños; si murieran sería como asegurar que se puede matar a una legión de hormigas hambrientas en primavera. Algo imposible si vives en el campo.

»Denise recuerda cada detalle de aquel momento; después lo hacen sus pesadillas, ¡qué poder tienen los malos sueños! Acompañan durante el día.

»Del antes de la maldita guerra ha quedado solo una vaga sensación de felicidad mezclada con un fuerte dolor en el costado y las lágrimas que nunca le salían. Lágrimas retenidas, como mamá. Lágrimas en forma de susurros, preguntas y exclamaciones; lágrimas en forma de fecha y verano, tatuadas de calor, de sudor, de pueblo y campesinos, de Issy-l'Évêque, de abejas zumbando enloquecidas en el jardín, de casa glacial en invierno, heladora incluso en verano, del ruido de las sillas arrastrándose temerosas, de miradas de ahogo y precipitación, de manos húmedas, de caricias últimas. Lágrimas de llanto silencioso, impotentes. Abrazos interrumpidos en un dolor, en un adiós, en un deseo, volver a casa pronto, lo antes posible. Esta noche mejor que mañana.

»Pero mamá no volvió. No, no lo hizo. Por eso hubo lágrimas en julio. Comenzaron un día trece y siguieron todo el año 1942. No paraban. Se alargaron algunos años más. Mamá se marchó un trece de julio. Y ese día, para mí, tiene el significado de la propia muerte.

—¡Qué día! —exclama entristecida Babet, sacándola de su relato.

—El peor. Aunque aquel día aún nos quedaban esperanzas. ¡Yo esperaba tanto que volviese mamá! Rezaba aquellas oraciones que

me enseñaron cuando hice la comunión todas, todas las noches para que sucediera. Me aferré a aquella idea desesperada bajo el sueño durante la guerra. A veces, me pregunto, ¿por qué comenzó justo ese día la solución final y no otro cualquiera? ¿Acaso para los alemanes significó algo especial?

—Tuvo que serlo. Un día importante, me refiero.

—Sí, ese y los que vinieron después.

—Les servimos en bandeja, y sin resistencia alguna, nuestro final como pueblo. Fue un mes tan trágico para la memoria de Francia como productivo para los alemanes y su gran limpieza étnica. Fue el mes de la muerte, el año de la muerte, de la huida, de las sospechas.

—Pero, en realidad, todo comenzó mucho antes, en marzo, en aquella primera redada de la que habló papá durante un almuerzo. Todavía puedo escucharle.

—Me dan tanta envidia tus evocaciones, tus años de más. Yo no soy capaz de recordar casi nada que no sea irrisorio, sin importancia, el campo, la casa grande, la pierna maltrecha de Julie, el frío, las lágrimas, su aroma, recuerdo cómo olía mamá, pero mi memoria está construida en su mayoría de fotos viejas, de relatos tuyos y de palabras, todas las que mamá nos dejó en sus libros. A veces parece que me veo en sus personajes.

—Quizá seas uno de ellos, o varios, mamá siempre escribía sobre lo que la rodeaba.

—Puede ser, pero te he interrumpido, ¿de qué hablaron en aquella comida?

—Del infierno:

—Me han contado que los franceses han detenido a cerca de cuatro mil judíos y que los tienen retenidos en el campo de Drancy. Parece que van a ser entregados a los alemanes para ser deportados a campos de trabajo en Polonia.

—¿Auschwitz? —preguntó mamá muy seria.

—Sí, eso he oído —le respondió papá.

—Entonces —añadió mamá—, ya no volverán con vida. Yo también escucho cosas, Michel, no sé qué tienen de ciertas, pero dicen que no es un campo de trabajo sino de…

»En aquel momento, vi de reojo a Julie hacerle un gesto con la mano a mamá. Un gesto de silencio. La mano derecha tapaba su boca y mamá entendió enseguida; también yo lo hice, no hacía falta ser muy lista para darse cuenta de que para los mayores era mejor que los niños no nos enterásemos del drama que nos circundaba. Vi cómo mamá callaba, asentía y bajaba la mirada avergonzada intentando cambiar rápidamente de tema. Julie nos propuso salir al

jardín, cogió tu mano y me miró muy seria. En su gesto no había dudas, tenía que seguirla. Lo hice a regañadientes y algo enfadada, yo ya me sentía muy mayor, y quería saber lo que le estaba ocurriendo a Francia, por qué nuestra familia vivía escondida en aquella casa, en aquel pueblo pequeño, por qué nadie venía a vernos ya, por qué vivíamos con miedo todo el tiempo y por qué los niños cuchicheaban a nuestras espaldas. Pero sobre todo, quería saber por qué sufría tanto mamá, su rostro siempre estaba contraído, rabioso, y alrededor de los ojos habían comenzado a salirle miles de arrugas. Cuando le pregunté, mamá se rio, y me dijo que era por su edad. Aún no lo podía saber por aquel entonces, pero para mí, mamá tendría siempre treinta y nueve años.

»Desde el jardín, agudicé el oído por si podía escuchar algo. Era papá quien había tomado la palabra y decía:

—Estoy preocupado, Irène, quizá deberíamos pensar en irnos, cruzar a Suiza que es un país neutral. No estamos lejos. Hay un pueblo, Le Chambon-sur-Lignon, que se encuentra a mitad de camino, y me han dicho que allí se ha organizado una Resistencia civil y que acogen a familias judías que huyen de los nazis y están en peligro, como es nuestro caso. Parece que los esconden en granjas y los ayudan a pasar por las montañas.

—¡Pero Michel, no nos queda dinero! —Protestó mamá desesperada—, ¿cómo vamos a pagar una documentación nueva, empezar de cero otra vida en un país extraño?

—¡No importa!, no nos pedirán dinero, lo sé, son buena gente, actúan de forma clandestina, al amparo de la mayoría de los habitantes del pueblo. Su tierra se ha convertido en un refugio.

—Puede que ellos no nos pidan dinero —le insistió mamá—, pero, ¿y cuando lleguemos a Suiza?, ¿qué pasará?, ¿de qué viviríamos?

—Quizá podrías volver a escribir y yo buscar un trabajo en un Banco o de ingeniero. En Suiza estaríamos a salvo, Irène.

—¡También lo estábamos en Francia!, ¿o es que lo has olvidado? No, Michel, ya no me creo nada. No creo a nadie. Además, Babet es muy pequeña, no soportaría el viaje. Al menos, aquí, en Issy, la gente nos quiere. Ellos nos protegerán.

—No creo que nadie pueda protegernos ya, Irène. Hace tiempo que la guerra se les ha ido de las manos y a nosotros también. Nos comportamos como si no fuera con nosotros toda esa ira alemana que ahora está personificada en este gobierno fascista francés, pero esta vida rural, campesina, no engaña a nadie. Detrás de cada una de esas puertas hay una gran desconfianza, hay víveres escondidos,

fusiles entre la paja. La gente se desvía a nuestro paso, igual que se desvían cuando ven a un soldado alemán. Nos temen tanto como a ellos. Somos el problema. Las estrellas amarillas. Estuvimos un año conviviendo con ellos; esos muchachos, como tú les decías, buenos chicos al fin y al cabo, unos niños casi, la *Wehrmacht*, con los que trabamos cierta amistad en el Hôtel des Voyageurs y que se fueron a combatir contra los rusos al frente Este, no son los mismos que ahora se pasean por nuestras calles vestidos con un negro provocador y una mirada glacial. Pero aquellos por los que nos compadecimos una vez y que partieron, no te engañes, querida, tampoco hubieran dudado ni un instante en detenernos si sus órdenes fueran esas; la palabra maldita nos tiene marcados, como esta estrella amarilla. Ni siquiera el teniente Hohman, al cual me unía una gran amistad por las muchas conversaciones de letras y partidas de billar que compartimos durante meses, hubiera hecho nada, lo sé. La amistad en tiempos de guerra y en bandos contrarios no existe, no puede existir, es humo. No, Irène, por favor, despierta, nadie vendrá a ayudarnos, nadie nos protegerá, no habrá piedad, ni penas. La guerra avanza y nosotros seguimos aquí, quietos, al final de la calle. Todo el mundo sabe quiénes somos. Solo tienen que preguntar. Este pueblo, como cada lugar de Europa ocupado por Alemania, tiene el miedo en la garganta, en las manos. Delatar puede ser tan solo una forma de sobrevivir. El alcalde que antes nos protegía ha sido sustituido por ese patán despreciativo, ese campesino sin estudios, ¡ay, Irène!, si hubieras visto con qué odio me miró ayer cuando fui a recoger al colegio a las niñas y me crucé con él. Su saludo escupía tanto desdén. Si fueran otros tiempos, te juro que lo hubiera puesto en su sitio, pero no, me tuve que morder la lengua y agachar la mirada para ver después esa maldita estrella amarilla que muestra nuestra vergüenza como pueblo perseguido. No sabes cómo detesto callarme, estar sometido a sus leyes. Se me está agotando la paciencia, Irène.

—Mi querido Michel, todos estamos muy nerviosos, pero no hay que perder la calma.

—¿Perder la calma? Aquí hay tanta quietud que me voy a volver loco. Nuestra vida se asemeja a la del ganado, que espera paciendo a ser devorado. Al volver a casa coincidí con aquel muchacho que nos contó Cecile que formaba parte de la Resistencia. Iba muy serio, con las manos en los bolsillos, y al verme se llevó un dedo a los labios y me señaló con la cabeza el bosque. Hay encuentros extraños, encuentros que no parecen formar parte del destino, que parecen forzados a existir. Bajo los álamos, escondidos entre aquel

aroma mezclado a siega y el sol a medio camino, en un lugar que podría haber resultado idílico de no ser por esta dichosa guerra y nuestra condición de judíos repudiados, me previno: «Están organizando nuevas redadas para el verano, Michel. Y serán masivas y en toda Francia. Dicen que tienen más de veintisiete mil fichas de judíos censados y que os quieren mandar a campos de trabajo en Polonia, pero hay muchas voces que hablan de lo que ocurre en esos campos lejanos, y de los hornos crematorios que funcionan día y noche. Michel, son campos de exterminio. Tenéis que iros cuanto antes, poneros a salvo. Además, las autoridades están elaborando más normas, más prohibiciones; y esta vez, la ley antisemita, que está prevista que entre en vigor el quince de julio, os vedará la entrada en parques, en restaurantes, teatros, cines, museos, bibliotecas, tiendas y un largo etc. Os están matando en vida. Y aquellos que os ayuden serán también detenidos y fusilados. Está claro que os quieren fuera de la sociedad francesa, fuera de Europa, fuera del mundo. ¡Cuánta hipocresía! No puedo con esta guerra. Lo siento mucho, Michel».

»Irène, mi vida, ¿no te das cuenta?, es muy grave lo que va a sucedernos. Nos quieren recluir en nuestras casas como si fuésemos unos apestados. Y si no podemos entrar en ningún sitio, ¿cómo compraremos comida, leña, todo lo necesario para vivir?

—Alguien tendrá que ayudarnos.

—Le estaremos poniendo en peligro. Quien preste ayuda a los judíos será considerado un traidor.

—¡Ay, mi querida, Julie! —suspiró mamá llorosa—. ¿Crees que podrían detenerla?, ¡no puede ser!, ¡Dios mío, qué va a ser de nosotros!

—Si no huimos, Irène, habrá que prepararse para lo peor.

—Lo peor —repitió mamá—, ¡qué ironía!, ¿qué es lo peor, Michel?, ¿hay algo peor que esta muerte, esta mentira en la que vivimos?, ¿algo peor que esta asfixia de días interminables y recelos? Nuestra existencia ha dejado de ser un punto seguido hace mucho tiempo. Nos gotean miles de muertes judías a nuestro alrededor, detenciones, desapariciones, violencia. Así que dime, ¿por qué íbamos a ser diferentes nosotros? Hay un camino que les traerá hasta nosotros, lo presiento, lo sé, hace meses que me lo dice el corazón y prefiero conformarme con este destino sobre este suelo, bajo aquellos árboles que me resguardan en el bosque y me contemplan mientras escribo y veo crecer a mis hijas. No quiero huir otra vez, Michel, ya lo hicimos una vez; no, no voy a huir por ser quien soy, o por no serlo, da igual, a ellos qué les importa. En

mi elección se encuentra la riqueza; en mi elección, en esta oscura testarudez, lo sé bien, quizá descubra mi propia tumba.

—¡Irène!, no solo será tu tumba, será un plural. Será nuestra tumba.

—Ni una palabra más o asustaremos a las niñas, ¡nos quedamos! Y confío en que Dios nos proteja.

—Que así sea, aunque no deja de parecerme curioso que confíes en un Dios en el que no crees —asintió papá apesadumbrado, sabedor de haber perdido la batalla.

»Y yo, desde mi rincón del jardín, con aquella altura mía de trece años que quería, sin serlo, parecer un gigante, me encogí hasta volverme insignificante y les odié por primera vez en mi vida, les odié. ¿Por qué querían morir?

—El resto de aquellos días de 1942 se encargó de contarlos la Historia: y tú, mi querida Babet, también los escribiste en su biografía. Mamá fue detenida el trece de julio y trasladada enseguida a Pithiviers. Formó parte del convoy número seis que salió hacia Auschwitz el diecisiete de julio. En aquel tren iban hacinados ochocientos nueve hombres y ciento diecinueve mujeres. Sobrevivieron al final de la guerra dieciocho. Mamá no fue uno de ellos. Pero casi al mismo tiempo que mamá vivía su desengaño más grande y se alejaba sin remedio de nuestras vidas dejándonos huérfanas, toda Francia era sacudida por la sinrazón y la enfermedad del miedo.

—El miedo puede llegar a ser devastador, Denise. Puede anularte y sacar lo peor que tienes dentro o convertirte en un héroe, así sin más, de la noche a la mañana. El miedo siempre deja un mensaje para bien o para mal, y en París dejó una huella imborrable por sus calles, aunque cueste hablar de aquellos días y de su memoria en las aulas, en las familias, incluso en los libros de Historia. Reconciliarse es una de las tareas que Francia todavía tiene pendiente, porque al terminar la guerra, la locura nazi conmocionó al mundo, pero lo que nadie pudo comprender fueron las razones que llevaron a los franceses a actuar como verdugos. Aquella madrugada del dieciséis de julio de 1942, no fueron los alemanes los que iniciaron la gran redada antijudía, sino los franceses. Más de cuatro mil quinientos gendarmes y alrededor de cincuenta autobuses municipales, sembraron el pánico por la ciudad. Obedecían órdenes, es cierto, y estábamos en guerra, pero hubieran podido negarse, hubieran podido mirar hacia otro lado, hubieran podido no llamar a todos aquellos malditos timbres. Hogar por hogar, la Gendarmería Francesa fue arrastrando a las familias

judías censadas hasta aquella fecha, alrededor de veintisiete mil personas, hasta el Velódromo de Invierno (*Vel d'Hiv*), donde fueron hacinados sin agua ni alimentos, bajo el calor sofocante del mes de julio que alcanzaba los treinta y siete grados centígrados. Una operación que tuvo lugar no solo en París sino en toda Francia.

—Para ti todo tiene un rigor histórico, datos, fechas, cifras, pero no para mí, no. Me dan igual los días, los motivos, incluso los otros muertos.

—No puedes decir eso.

—Sí, Babet, lo digo, y ya sé que suena egoísta, pero julio es ella, sigue siendo ella, es mamá cada año, nosotras huérfanas, papá medio loco, tecleando, borracho y rendido por las noches, Julie haciendo de madre, de abuela, de todo. Julio sigue siendo la guerra y el miedo, y la orina por las noches, y las pesadillas y tu mano pequeña sudada dentro de la mía buscando alguna protección que lejos estaba de poder darte. Julio sigue teniendo el color negro y la imagen nítida de la buena de Cecile; su ayuda, su acogida en Issy, convenció a mamá de que nos fuésemos con ella en aquellas vacaciones en Biarritz; y si hoy podemos hablar de vida, siempre será gracias a Cecile.

—Le debemos mucho, ella nos libró de París, y del vientre podrido del Vel d'Hiv. Fue ella quién nos evitó el infierno, porque nosotras pudimos ser como aquellos cientos de niños que quedaron a la deriva, solos y muertos de hambre, en el campo de Drancy después de que se llevaran a sus padres deportados. ¡Cuánto debieron de sufrir aquellos niños!, ¿te lo imaginas?

—¡Qué calvario! Creo que ni poniéndome en su piel sería capaz. Nuestra orfandad fue tan distinta.

—Fue una huida.

—Sí, hace poco leí sobre ellos en una publicación, conocía su historia; bueno, creo que toda Francia la conoce, aunque no se hable de ella, pero me sobrecogió la crueldad de las palabras con las que vivieron aquellos niños sus últimos días. Decía el artículo que para sobrevivir, aparte de la sopa aguada que les daban en el campo y les producía una diarrea enorme, se alimentaron de hierba. Pero que lo peor fue su viaje hacia la muerte. Identificarlos. Algunos eran tan pequeños que no sabían ni hablar, estaban confusos. Cerca de seiscientos niños viajaron en aquellos trenes hacia Polonia. Llegaron a Auschwitz desorientados, llorosos, con el miedo pintado en sus rostros. Los niños más mayores intentaban proteger a los más pequeños de los gritos de los alemanes haciendo de escudos. Ninguno de ellos entendía lo que les gritaban. A

empujones y con porras, los soldados les arrastraron hasta las cámaras de gas. Solo tres pequeños de aquella marea de niños llorosos consiguieron escapar y salvar la vida. Solo tres. ¿Te das cuenta?

—¡Es una historia tan triste! Y nosotras pudimos correr su misma suerte. Por eso no podemos quejarnos, Denise. Hemos sido felices, después de todo. Si nuestros padres hubieran sobrevivido, es verdad que quizá nuestra vida hubiera sido de otra manera, mejor, con más amor, sin muertos ni recuerdos anuales, sin aniversarios ni escritura.

—¡Ellos nos querían tanto! Y todos esos recuerdos que hay dentro de esa vieja maleta y las palabras escritas en el cuaderno son como un pozo sin fondo. Cada palabra suya me los devuelve, me descubre algo nuevo. Incluso en los personajes que leo les veo. Nuestra madre sufría, era vulnerable, era una sentimental.

—Si hay algo que puedo recordar de ella es todo aquel amor que nos daba; eso no he podido olvidarlo. Su presencia en mi memoria es como una sombra constante, muy real. Aún hoy sigo notando las manos de mamá acariciando mis sueños, mi cabeza dorada. ¡Cuántas veces habré repetido yo después ese mismo gesto!, ¡qué gran oscuridad lleva el cariño!

—Sí, como las pesadillas que arrastro cada noche. Llegan siempre después de trabajar en los textos de mamá y comienzan por aquella enorme casa de Issy en la que nunca encontré consuelo. En mi sueño no hay nadie, está vacía, sin muebles, sin vidas, pintada de blanco. Corro y os llamo, a mamá, a papá, a ti, y me responde irónica mi propia voz distorsionada. Se burla de mi miedo. El corazón me late con fuerza, parece como si quisiera salirse del pecho y yo lo retengo, lo sujeto con fuerza y mis manos vibran bajo su coraza. Me precipito hasta la puerta y clavada en ella encuentro una carta de despedida. Es de mamá. Reconozco su letra. Sus palabras me bailan en el agua y me froto los ojos para ahuyentar las lágrimas que me llegan sin remedio, pero no puedo, no consigo ordenarlas, ni entender su significado. «Mamá», le grito, «¿qué me has querido decir?, ¡mamá!» Pero ella no está. En la casa no hay nadie, tampoco papá, pero se escucha el ruido de las botas contra el suelo. Arranco la hoja y me precipito hasta el jardín y allí veo a papá, medio escondido, cuidando de los árboles, recogiendo sus frutos, arrancando las verduras siempre antes de tiempo. Les habla como si fueran personas. Y yo corro hacia él angustiada y le intento abrazar con fuerza, pero al hacerlo su imagen se desvanece y escucho al viento reírse de mí. Me dice: «Denise, no se puede

abrazar a los fantasmas, él también es parte de tus muertos». Reconozco la voz de Julie y me giro para buscarla. Y está allí, justo detrás de mí, sentada sobre la vieja mecedora de mamá. «¿Qué llevas en la mano?», me pregunta; y yo le tiendo la carta y le respondo: «No lo sé, no puedo leerlo». Julie me sonríe y dice: «Parece la letra de mi querida Irène, ¿quieres que te la lea, tesoro?». Y ese tesoro, de pronto, me sabe a caramelo y asiento, acercándome a su lado:

Mi querido amor, mis adoradas pequeñas, creo que nos vamos hoy. Valor y esperanza. Estáis en mi corazón, amados míos. Que Dios nos ayude a todos.

«Esas fueron las últimas palabras que nos escribió mamá», le digo entristecida, «cuando ya la habían detenido y antes de que emprendiera aquel viaje a la muerte hasta Polonia». «Buena memoria», responde Julie. Y después rompe la carta de mamá en mil pedazos y los lanza al aire convirtiéndolos en mariposas. Y yo la grito: «¡Noooo!, ¡para, para!, ¿por qué lo has hecho, era su último recuerdo?», sollozo con rabia, «era lo único que me quedaba de ella». Y entonces, Julie me acaricia el rostro y yo rechazo su mano azulada, porque está demasiado helada, como la de los muertos. Y ella se aflige y cierra los ojos: «Todavía sigues viviendo de espaldas a tu destino, Denise», dice desdibujándose como las hojas de un diente de león recién soplado en primavera. Y yo intento retenerla, sujetar su mano de nieve en polvo: «¿Y cuál es mi destino?», la grito, «no te vayas, Julie». «Vivir, solo eso, vivir, aprender a hablar con tus muertos y olvidar después, Denise, olvida, olvida, olvida… es tu única defensa, mi querida Denise». Y justo en ese momento, me despierto, y recorro la casa como un alma en pena hasta llegar a la maleta. Saco las fotos, las beso muchas veces, luego el cuaderno de letra diminuta de mamá y sigo leyendo, transcribiendo cada fragmento, dejando pasar las horas y el silencio, sola, inmersa en una gran confusión, en un campo vacío. He descubierto que las frases forman parte de una trama, están cobrando sentido, Babet.

—¿Quieres decir que terminó una novela en Issy-l'Évêque y que la hemos tenido oculta todo este tiempo?

—Empiezo a pensar que sí.

—¡Sería algo maravilloso, todo un descubrimiento!, una novela póstuma —dice, Babet con un punto de orgullo.

—A mí me asusta. Me hace recordar a aquella niña de trece años que ya nunca más volvió a ser la misma. Aquella niña que ya había dejado de serlo, que quería crecer más rápido para entender a los mayores, para poder escucharles y comprender toda la tristeza que

escondían sus silencios. Aquella niña que jamás superó la orfandad, el abandono, la cobardía, el significado de las estrellas amarillas, tiene una herida inmensa en el pecho después de tantos años; aquí, mira, justo en el centro. No sé, Babet, es como si aquella niña de trece años no se hubiera ido del todo, y a medida que leo a mamá, la recupero. Aquella niña me duele en las entrañas.

—Quizá este sea el momento justo para ti y esa niña, Denise. Para reconciliaros. Ha pasado toda una vida, debes enfrentarte a ello. Y después, seguir adelante, vivir, como dice en tu sueño Julie.

—¡Adelante!, ¿te das cuenta de lo que dices?, ¿qué nos quedan?, ¿diez años?, ¿quince, tal vez? Es demasiado tarde para casi todo.

—Tú transcribe, y ya veremos a dónde nos lleva la velocidad de la tinta.

—Yo ya sé a dónde nos va a llevar.

—¿A mamá?

—A nuestra vida tal y como era antes de que nos la robaran. Todo lo que leo, lo que escribe mamá en ese cuaderno, está creciendo: Mamá antes de partir, mamá escribiendo en el bosque sobre su regazo, sonriéndonos al pasar. Mamá llorando ante la imagen de un soldado que la gritaba mucho porque está tardando demasiado en despedirse. Mamá ante la locura. Mamá en julio, siempre en julio, con aquel calor de interior, de treinta y siete grados, que derretía las horas y sus minutos. Mamá y la imagen que he creado en mi mente sobre su deportación, los trenes y la deshumanización. Mamá y el orín sobre su cuerpo. Mamá y su miedo visceral. Mamá y la vergüenza. Mamá y el hambre. Mamá junto a cientos de judíos, niños, mujeres, familias enteras, junto a aquel puñado de cobardes de la gendarmería, un gobierno de colaboracionistas, ¡hipócritas todos ellos! que vinieron a buscarla y la entregaron a los alemanes. Mamá y la muerte, la mentira sobre el papel, la palabra tifus enmascarando una ducha de gas. Y después papá, el nuevo personaje de esta historia, la misma soledad, el llanto, el canto de la máquina de escribir que imploraba, los mismos pasos solo unos meses más tarde, el mismo trayecto, el mismo infierno de rayas, las cenizas del olvido. No sé si quiero volver a revivir todo aquello. Quizá deberías hacerlo tú. Siempre has sido más fuerte y es tu mundo, no el mío.

—¡No!, lo harás muy bien. Lo sé. ¿Y le puso algún título?

—*Suite francesa*. Aunque también he encontrado: *Tempestad en junio y Dolce*. No lo sé todavía, tengo que seguir avanzando, pero creo que podrían formar dos partes de un mismo libro, como dos etapas, el antes y el después de la guerra. Nosotras también lo

vivimos.

—¿El antes y el después?

—Sí, hay también muchas notas sobre la situación que se vivía en Francia, el curso de los acontecimientos, pensamientos de mamá, recuerdos de nuestra infancia.

—A mí me gustó desde el principio aquella casa de Issy-l'Évêque en medio del campo. Supongo que a eso te refieres. Y también me gustaba Cecile, nuestra nodriza. Era la mejor cocinera del mundo.

—¡Ay, *Néné*!

—¿Por qué la llamabas así?

—No lo sé.

—¡Cuánto ha llovido desde entonces!

—No lo suficiente.

—Algún día deberíamos volver. Quizá siga viva.

—Quizá. Cuesta creer que así sea. Cuando pienso en Cecile, me encuentro con mamá, veo a Julie y a papá, la cocina, el salón, las habitaciones, los campos eternos ondeando en primavera con el viento, y se me hace un nudo en la garganta la visión. Creo que no podría.

—¿Volver?

—Sí. Ver su rostro ya anciano de toda una vida, me caería como un plomo. Sería aún peor que volver a la maleta cada noche, y a sus inmortales treinta y nueve años, bastante peor. Es triste no poder imaginar a tu madre anciana. Es triste no poder hundir en la tierra sus entrañas. Es triste no tener un cementerio donde poder ir a hablarle, a llevarle flores, a limpiar los restos de las aves. Es triste ser uno de los vivos entre miles de muertos con aroma a quemado. Y todo está ahí, en este manuscrito inventado que quiere mostrar toda su verdad, la decadencia del ser, del haber sido, el deseo de contar, el silencio de una guerra interminable, el rechazo, la rabia, el odio. Y leo y avanzo, y me encuentro el escenario de Issy en cada página, ese que anhelas tanto ver, y no puedo olvidarlo aunque quisiera hacerlo. Está ahí, entre las letras diminutas de mamá, mezclado entre el sufrimiento, el amor desesperado, los recuerdos, la palabra escrita. No, no me hace falta volver. Aún recuerdo aquellas vacaciones, las últimas antes de la guerra, las últimas con ellos, y a Cecile llegando a Hendaya alborotada, ¡qué mujer más vital era!, ¡qué nervio tenía! Tuvo que ser el mes de septiembre del treinta y nueve, porque no hacía mucho calor. A mamá le gustaba alargar las vacaciones, que la playa se quedara desierta, tener la sensación del dominio de la tierra, pero creo que también le asustaba París. Volver a París y que todo hubiera cambiado. La

palabra guerra le atemorizaba.

—¡Mamá adoraba aquel lugar!, decía que el mar le daba la vida. ¿Por qué no vuelves alguna vez por allí, Denise?, te gustaría.

—No. Hay lugares que tengo prohibidos.

—¿Prohibidos?, pero, ¿por qué?

—Porque alguna vez, allí, fuimos felices.

—A mí, sin embargo, son los lugares vividos los que más me atraen. Hendaya está preciosa y entiendo que mamá amase aquella tierra atlántica fronteriza con los Pirineos y España. Yo he seguido mirándola, conquistando su azul por ella. ¿Recuerdas las horas que se pasaba frente al mar?

—Babet, solo tenías cinco años —suspira cansada Denise.

—Puede que tengas razón, y que lo que siento solo sean escenas que imagino o quiero imaginar, pero se han vuelto muy reales. Como por ejemplo sus ojos, los veo todo el tiempo.

—Quizá porque son iguales a los tuyos.

—Quizá. ¿Y su voz?, ¿qué me dices del timbre de su voz?, ¿es también el mío?, ¿el tuyo?, lo escucho todo el tiempo. Y su aroma, ¿cómo puede ser que recuerde su aroma?

—Porque sigue encerrado en esa maleta, entre las cartas, en el cuaderno viejo. Cada madrugada al recostarme después de haber transcrito algunas de sus palabras me llevo las manos a la cara, a la nariz, y sí, la siento, su aroma sigue aquí, con nosotras. Yo también lo noto, Babet. Y desde que he comenzado a leerla, ay, ya no sé ni por qué decidimos hacerlo…

—Querías entregárselo al Institut Mémoire de l'Édition Contemporaine, y yo te convencí de que debíamos leerlo primero.

—Sí, es cierto, y a veces creo que fue un error hacerte caso. Te confieso que las pesadillas me están enfermando, y que tengo visiones. Mamá me acompaña todo del tiempo, la tengo pegada en el costado y me hacen sentir muy pequeña, una niña.

—¿Pequeña?, ¡eres la mujer más grande que conozco, Denise!

—Te equivocas, soy pequeña, insignificante, un fraude. Soy la soledad de los niños huérfanos, una superviviente que aprendió a vivir como pudo.

—Los recuerdos tienen su lado oscuro.

—Eso es algo tenebroso.

—Es un desafío.

—Pero, ¿qué quieren de mí, Babet?, ¿qué están buscando?

—¿Aceptación?

—¿Sabes?, no se lo he contado a nadie. No me atrevía, pero he tardado en comprender la importancia pública y personal que tiene

este cuaderno. Al principio lo sentía como un gran secreto familiar, su voz, su pensamiento, sus caricias, sus ojos implorantes, la exageración incluso de mamá, su derrotismo; nuestra intimidad como familia quedaba expuesta, eso pensaba, que solo debía pertenecernos a nosotras, pero ahora ya no estoy tan segura. Creo que este diario íntimo es turbador, inquietante, es luz al mismo tiempo, un retrato de la Francia que fuimos. En él hay tantas dudas, hay hambre, frío, desvelo y denuncia, hay hipocresía, niños y madres que no saben dónde esconderse, que huyen de la palabra guerra, de las estrellas amarillas y de la incomprensión y el fanatismo de los carteles prohibiendo en la misma frase perros y judíos. En este manuscrito hay hombres que luchan, valientes y también miedosos, ricos y pobres que se juntan en las mismas vías de salida, y que se ven abocados a la misma igualdad a que te somete la huida, las carreteras colapsadas, los heridos, el caos.

—Es un enorme peso sacarlo a la luz, Denise, eso es cierto.

—Despertará a los fantasmas, y eso me asusta.

—Los fantasmas hace tiempo que están despiertos; es más, yo diría que nunca se fueron a dormir.

—A veces puedo verlos. Una multitud de gente en los huesos viene hacia mí, hay mujeres y hombres, también niños harapientos. Todos cargan sacos pesados de estrellas amarillas sobre la espalda. Caminan despacio y gritan: ¡Los alemanes se han ido!, ¡los alemanes se han ido!, ¡corred!, ¡salid de vuestros escondites!, ¡somos libres!

—¡Qué escena más terrorífica!, me dan ganas de llorar.

—¿Babet, seguro que estás preparada para lo que descubramos?

—Sí, Denise, estoy preparada incluso para morir.

—¡No digas eso!, no puedo soportar oírlo. No te vas a morir, ¡te curarás!, ¡muchas mujeres lo hacen!, ¡todavía eres joven!

—¡Está bien, no lo diré más!, no te disgustes.

—Solo te pido una cosa, Babet, cuando llegue el momento, que espero que tarde mucho, no te vayas sin despedirte de mí, por favor, no me dejes con una mentira más en el corazón como hizo mamá al decirme su adiós: «Me tengo que ir de viaje, Denise, pero volveré. ¿Cuidarás de tu hermana en mi ausencia, por favor, tesoro?, ¡sé que puedo confiar en ti!», eso dijo entre lágrimas, o algo parecido, ¿te lo puedes creer, Babet? Sus últimas palabras fueron un engaño, y encima me hizo responsable de ti. ¡A mí!, ¿y yo?, ¿dónde quedaba yo?, ¿quién iba a cuidarme a mí?, ¿papá, que solo pensaba en salvarla, en teclear cartas de ayuda hasta la madrugada, en esperarla en el dintel, en beber para olvidar toda su pena y de paso la nuestra?, ¿Julie?

—Te lo prometo, Denise. No te mentiré. De todas formas, ¿no te parece que ya hemos vivido bastante?, ¿no estás cansada?

—Mucho, pero lo tuyo es otra cosa; el tratamiento te come las fuerzas.

—Quizá sea eso, pero en estos últimos meses he sentido que ya me quedaba muy poco por hacer. Solo tengo un deseo, escribir. Quisiera tener tiempo para acabar esta novela en la que estoy metida, y que en parte también vuelve a hablar de mamá, y de nosotras, y de esos recuerdos que me cuentas y con los que me alimento. Parecemos las puntas de un iceberg, ¡tenemos tantos lados escondidos!

—Ya lo decía Clarice Lispector:

«Lo humano es estar solo».

—Sí, solo incluso acompañado.

—Mi querida Babet, es triste tener que desdoblarte en dos, parecer una cosa, y en realidad, ser otra. Es triste haber dejado pasar tanto tiempo para reconciliarme con la memoria. ¿Por qué lo he hecho?, ¿qué me hacía alejarme de mamá? Tú la buscabas, seguías su hilo, sus pasos, sus paisajes, y yo, sin embargo, ya me ves, la rehuía y me refugiaba solo en ti, y en todo lo nuevo que me llegaba. ¡Ha sido tanto!, ¡qué bendición! Durante años no pronuncié ese nombre tan común. Mamá. Y tampoco me gustaba que me lo llamaran. Mamá. Mi madre era *Irène Némirovsky*, solo Irène, así me gusta llamarla. Siempre Irène. Y leerla. ¡Cómo me ha gustado leerla! Sí, de ella lo he leído todo, me ayudaba a alejarme de la madre y al mismo tiempo me acercaba a ella, al personaje, a la escritora, a lo que fue, y fuimos una vez, como el vaivén furioso de las olas de esos mares del norte picados que llegan hasta la playa con brío rompiéndolo todo a su paso, trayendo recuerdos, encuentros y desencuentros, caos, y que en cuanto tocan la arena, su furia se desvanece y se convierte en espuma, en la miel derretida de un té recién hecho. Tomar distancia, dejar pasar el tiempo, las estaciones, los años, y no pensarla, eso me ha ayudado a sobrevivir, y a no nombrarla como algo mío. Que mi apellido estuviera encubierto, y lejano también. Yo era Epstein, una superviviente judía, una más, no alguien grande, no una Némirovsky con un legado literario detrás.

»Pero el tiempo es circular, Babet, y todo vuelve, como si fuese un laberinto del que no puedes escapar. Y me ha vuelto la nostalgia de las tardes en Issy, y tu imagen desaliñada, tan nítida como la tuya que tienes ahora mismo y puedo acariciar. Me han vuelto los caminos, los robles, los campos eternos de trigo, la falsa calma de

las calles de los años en guerra. Me vuelve su aroma, su aspecto bohemio, sus manos manchadas de tinta, su ropa arrugada. Me vuelve nuestra propia imagen, la de dos niñas ruidosas y felices que nos cruzábamos por su caminar solo para molestarla, o quizá para atraerla, para arrancarle una mirada, una atención, una sonrisa, un beso lejano, una mano saludando. Tú siempre querías ir de su mano. Y ella te la daba, solo a ti. Incluso en su penúltima carta de despedida te abrazó a ti en la distancia y a papá y a mí me dirigió aquellas palabras tan tristes: «Sé razonable», eso dijo, ¿te lo puedes creer? Yo ya era mayor, supongo que pensaba que ya no la necesitaba tanto. ¡Qué añoranza más grande tuve de ser pequeña como tú!, ¡cómo anhelé haber sentido en mi piel aquel abrazo tan cálido! Nunca llegué a superarlo del todo, y menos el desapego que yo creí veraz en ella, que me arrancó de mi adolescencia y me pasó a plomo a la madurez, a golpe de lágrimas y pérdida, a golpe de responsabilidad y demonios que me anidaban dentro, descontrolados.

»El cuaderno me lo está desmontando todo, y está siendo ahora, en esta incipiente ancianidad, con esta tardía lectura recién descubierta, cuando la estoy recuperando. Y me siento amada, muy amada. ¡Qué grande es ser amado! Los recuerdos son nostálgicos, y me han transportado veloz, me han explotado en las manos como si fuesen fuegos artificiales. Nos adiestraron para aceptar lo que había ocurrido, para entenderlo, para seguir viviendo, olvidando, perdonando, un continuo gerundio insoportable. Pero, ¿cómo podíamos entender, siendo apenas unas niñas y después unas adolescentes, aquel realismo brutal? No, la perplejidad de la vileza humana necesita una sobredosis de fantasía, de distancia, de vejez, de sus memorias, de este ahora.

»Sí, es ahora, tiene que serlo, supongo que el destino lo ha querido así, porque, ¿hubiera sido posible volver a sentir todo aquel amor enorme que nos tenía y se reservaba para el papel de no haber sido madres nosotras también?, ¿y todas aquellas preocupaciones que la paralizaban, nuestro futuro, el qué sería de nosotras, lo hubiéramos comprendido?

»Es casi mágico, es una segunda oportunidad, volver a recorrer los mismos senderos que ella y verlos desde otra perspectiva, la suya, la de madre y escritora, haciendo malabarismos con la vida diaria y cotidiana. Es como pedirle perdón. Siento toda su ternura en mí, en nosotras, y sigue intacta, aquí, en el corazón, en las manos. Y lo mezcla todo. Hay estupor y miedo al escenario. Hay voz propia en un caos sobrecogedor, hay descripciones acertadas,

algunas son desgarradoras, claridad mental, interrogantes, su yo más vulnerable habla de amor, de tinieblas, de una soledad enorme, del umbral hacia la muerte. Hay asombro en sus frases, dudas, y una alegría inmensa por poder vernos crecer lejos de París y su frivolidad de culto y riqueza. Hay necesidad, la de nuestra risa, para ella era contagiosa, otra forma de vivir, de poder seguir respirando cada día y alegrar aquellos ojos que vivían desconsolados de tanto mirar hacia fuera.

—¿Crees que en París también su mirada fue tan triste?

—No, creo que París para ella fue la vida, el renacer, su refugio, el amor. Sobre todo al principio, los primeros años. Mamá llegó a sentirse una auténtica francesa. Y yo, escondida, escuchaba cómo le hablaba a papá de la tierra que amaba, y a aquellos amigos ruidosos que llenaban nuestra casa parisina con sus risas, excesos y poesía. Ni siquiera la guerra lejana que se sucedía en Europa y ya atropellaba a miles de judíos, les afectaba lo más mínimo. Hablaban de ella con distancia, con el mismo interés que podía suscitarles un concierto o una velada literaria. Hasta que la radio comunicó, estando de vacaciones en Hendaya, la declaración de guerra de Francia contra Alemania. Ahí todo cambió.

—Sí, fue el tres de septiembre de 1939. Apenas había terminado la Guerra Civil española, el uno de abril del mismo año.

—Ay, Babet, tú siempre tan precisa con las fechas.

—Ya sabes que soy una apasionada de la Historia y sus datos.

—Y yo de los recuerdos, los tengo grabados como si fuera una película. Sin embargo, es curioso, no me acuerdo de lo que hice ayer, ni la semana pasada, y eso que no soy tan mayor.

—Bueno, eso depende de a quién se lo preguntes, ¿no te parece? —rio Babet.

—¡Cómo eres!, pero es cierto. Supongo que tienes razón y que para la gente joven, para los niños, yo ya soy una anciana. Además, te diré que todo lo nuevo lo borro del cerebro, me ocupa lugar y no lo quiero. No es importante, solo me interesan los recuerdos; esos se vendrán conmigo a la tumba, como las estrellas amarillas y todos los residuos.

—¿Residuos?, ¿estrellas?

—Sí, la basura emocional me gustaría llevármela, que desaparezca, que no la sufra nadie más después de mí. ¿No te parece que es injusto que se herede? Además, ya no creo que me quede mucho por vivir.

—No digas eso, Denise. Tú eres inmortal.

—Pues lo digo, claro que lo digo, sin ti no pienso vivir.

—En cierta forma —dice Babet haciendo como que no ha oído el comentario de Denise— la dejamos viva; la basura, digo, queda escrita.

—Pero no es lo mismo que haberla vivido de verdad, que haberla sentido en el cuerpo y encadenada a la retina. Lo escrito puede emocionar, entristecer tal vez, sin embargo, en cuanto se cierra un libro, *voilà!*, desaparece, se olvida.

—A veces deja poso.

—Los posos también son desechables.

—¿Y las estrellas?

—Las estrellas son mi felicidad, mis duendes, he tenido muchos. Serán una forma de compensarme en la otra vida los desastres de esta. A ver, ¿dónde lo había dejado?

—Creo que me hablabas de mamá y del inicio de la Segunda Guerra Mundial.

—Sí, mamá se lamentaba por los pasillos de aquella casa de la playa, decía que el escenario de España, recién salida de la Guerra Civil, era todavía devastador, que los campos de internamiento franceses estaban masificados de republicanos españoles, de gentes, buenas gentes, que huían de un país de vencidos y que vivían en unas condiciones pésimas. Caminaba a grandes zancadas por las habitaciones, por el pasillo, como una loca, dando gritos, recogiéndolo todo de forma precipitada. Estaba alarmada, y tenía miedo, todos lo teníamos; bueno, tú no, tú jugabas en la playa ajena a lo que se nos venía encima. Mamá quería volver a París a toda costa, cuanto antes, refugiarse en su casa, conocer todos los detalles. ¿Qué iba a significar para ellos, judíos extranjeros residentes, acogidos sin nacionalidad, estar en guerra contra Alemania?, se preguntaba. A *Néné* le faltó tiempo para convencerla. Llevarnos al pueblo de su madre en plena campiña francesa, cerca de la ciudad de Lyon, era la mejor opción, la más fiable. «Es zona ocupada», recuerdo que dijo mamá. «Sí, es zona ocupada, pero segura para las niñas, ya lo verás».

—No se equivocó.

—Yo estuve días pensando en aquella expresión, «zona ocupada», ¿sería porque nosotras ocuparíamos la casa o el pueblo? ¡Qué inocente era por aquel entonces!

—¡Éramos!, y lo fuimos durante mucho tiempo. A veces la inocencia no es más que un mecanismo de defensa.

—De esperanza, diría yo, de confianza en que sucederá lo que anhelas, aunque eso lo sabemos ahora.

—Yo siempre creí que volverían.

—Y yo, lo creí de verdad, nunca te engañé. No era una esperanza o una vana ilusión, no, no fue nada de eso. Estaba convencida de su vuelta, y por eso te hablaba a menudo de ellos; bueno, en realidad, lo hacía todo el tiempo, así los mantenía cerca de mí, y de paso, conseguía lo más difícil, que no los olvidaras. Julie también lo hacía. Nos contaba historias de mamá cuando era joven, ¡cómo nos gustaba escucharla! Nos dormíamos pegadas a su cuerpo tibio mientras sobrevolaban sus palabras sobre nuestras cabezas. Sin embargo, ninguna de aquellas historias que nos ayudaron a ahuyentar el miedo durante los meses de huida, nos preparó para lo que vino después, porque era imposible entender las cenizas de los hornos crematorios y los miles de vidas gaseadas, no a nuestra edad; imposible comprender la definitiva palabra muerte de los seres a los que más amábamos, así como el silencio que acompañó a los días en los que íbamos como supervivientes, las dos solas, a la Estación del Este o al Hotel Lutétia, aquellos centros de acogida, únicos puntos de encuentro, para los repatriados y las familias que buscábamos y esperábamos la vuelta o alguna noticia de nuestros seres más queridos. Esos lugares fueron desde el principio un mal presagio, con sus carteles escritos en pizarras improvisadas con nombres y apellidos reales, que al finalizar el día acababan tirados en el suelo, pisoteados, muertos de tristeza. ¡Cuánta gente vimos llorando aquellos días!, no sabía que pudieran existir tantas lágrimas juntas. Un día nos pareció ver a mamá entre la gente. ¡Dios mío!, aquel fue uno de los momentos más esperanzadores de mi vida, mientras corría, contigo detrás, gritando al mismo tiempo que yo: «¡Mamá!, ¡mamá!, ¡espera!». Sí, fue increíble, y al mismo tiempo demoledor, cruel, despiadado, porque cuando llegué hasta ella y la abracé con fuerza por detrás, y ella se giró un segundo después sorprendida, el mundo se me cayó a los pies. Aquel rostro demacrado y falto de alimento no se parecía en nada al de nuestra madre, rico en poesía. Y yo me retiré molesta y lo rechacé. ¿Por qué me sonreía esa mujer?, pensé dolida, envidiosa, ¿por qué ella estaba viva y mamá no volvía nunca?, ¿a qué esperaba para regresar? Estaba enfadada, y quise golpear a aquella mujer desconocida por ello. Sentía la rabia acumulada, una rabia que hería, y tanta desesperación que apenas podía soportarme. Humillada ante los ojos de la gente que nos rodeaba, que quizá esperaban un reencuentro o un milagro, algo en lo que poder seguir creyendo, un rastro de humanidad después de todo, no me salió más un pobre balbuceo de disculpa. Y tomé distancia con la misma determinación que un minuto antes había corrido hacia su

perfil e intenté aferrarte a mi costado, protegerte de aquella desconocida con aspecto de mamá. Pero fue tarde; tú, mi pequeña y querida Babet, ya estabas ahí, agarrada a las faldas raídas de aquella mujer convertida en madre por un espejismo del destino. Ella también era una buscadora con cartel, como nosotras. En la mano llevaba una fotografía amarillenta de un hombre, quizá un hermano, un hijo, un marido, un padre; la sujetaba como si fuera el apoyo más grande con el que contaba en el mundo. También ella añoraba un reencuentro; también dependía del mismo anhelo para seguir viviendo. Éramos almas gemelas, almas en espera. ¿Quiénes de los que nos rodeaban, rostros tristes e inquietos, no eran buscadores de esperanza? No sé por qué odié a aquella mujer, y hoy lo lamento. No hubo un motivo claro, no entonces, o quizá sí. Confundir su sombra, su perfil, su espalda, fueron suficientes para devolverme la esperanza y luego quitármela. Y cuando vi que ella se agachaba y te acariciaba la cabeza, sentí envidia de tu pelo; y cuando te susurró al oído con su boca gris y fea, con su cara demacrada: «¡Calma, pequeña!, ¡calma!, ¡tu mamá volverá pronto!, ¡estoy segura!», yo deseé que aquel susurro hubiera caído en mi oído aunque fuese solo por un momento. Mintió, y yo sabía que lo hacía, y aun así, me lo creí. Y fue providencial. Sí, aquel engaño piadoso fue como un milagro. Nos mantuvo con la ilusión de que volverían papá y mamá juntos, de la mano. Nos mantuvo unidas, fuertes, casi alegres, y eso que era difícil, la pena se contagiaba por las calles. Aquellas primeras visitas solo fueron la antesala de largos meses de espera y un continuo decaimiento, un martirio, eran tiempos sombríos. La gente enmudecía ante la visión de aquellos espectros llenos de huesos que volvían a París metidos en pijamas de rayas demasiado grandes para ellos. Eran transparentes, no tenían piel que se sujetara al cuerpo, y la poca que conservaban estaba lívida, hundida. Aquel hotel de lujo que yo había conocido en todo su esplendor con los papás fue reconvertido en un lugar de encuentro y ayuda a los repatriados y a sus familias. Allí fueron recogiendo a los que volvían de los campos de concentración, les reagrupaban y les intentaban devolver algo de la dignidad que habían perdido por el camino. También se recababa información. Había paneles colgados, fotos de desaparecidos, demandas desesperadas de familiares pidiendo noticas, buenas o malas, cualquier mínima información; se ofrecían recompensas, agradecimientos, y nosotras buscábamos lo mismo que todos ellos. Eso nos fue uniendo. A veces nos acompañaba Julie, y cuando ella venía todo era más fácil, porque nos mantenía alejadas de los

huesos y el llanto. Nos impactaron tanto las imágenes, y eso que tú te ponías detrás de mí para no acercarte demasiado a aquellos esqueletos vivientes, que tuvimos pesadillas durante años. Es imposible que no lo recuerdes, Babet.

—Sí. ¡Cómo olvidar los malos sueños! Me hacían orinarme en la cama y me daba una vergüenza enorme, sobre todo cuando fuimos al internado. Sin embargo, no soy capaz de describir lo que veía en ellos, ni cuándo dejaron de atormentarme. Supongo que se diluyeron como la infancia, con los años.

—Yo vi aquellos cuerpos, sus muecas vacías, sus mandíbulas hundidas mucho tiempo. Me despertaba sudando, llamando a mamá, a papá, después a Julie. Rezaba para que el nuevo día nos trajera noticias, para que nos reconfortara. Vivía pendiente de una lista, de una voz que pronunciase sus nombres en alto, que me dijera: «¡Están vivos!», solo eso. Vivía de la pobre palabra: ¡ojalá!

»Y cuando Julie trajo aquella carta temblando de la cabeza a los pies y el rostro deshecho y negando, lo supe. No me hizo falta leer nada, ni tampoco escuchar sus palabras, no tenían sentido. Me deshice de su consuelo y corrí a abrazarte muy fuerte a la habitación de al lado donde estabas dibujando una familia feliz, pero no fui capaz de pronunciar una sola sílaba. No en aquel momento. Las palabras no me salían del pecho. No salieron en mucho tiempo, tú lo sabes, aunque tampoco te hicieron falta. Siempre fuiste muy lista. Aquella carta, que no tuve la valentía de abrir, significó mucho más que la pérdida de una madre y de un padre; significó la soledad más absoluta, la visión de un futuro gélido, del odio bajo mi piel, un odio enorme, un odio que fue creciendo conmigo y se agigantó a medida que se iba conociendo la dimensión de lo que fueron aquellos campos de exterminio. No pude evitar ahondar en la herida, y eso que tú me pedías que no lo hiciera, que no trajera aquellas fotografías horrendas de muertos amontonados, de esqueletos caminando sin vida, que no las acumulara en los cajones, entre los jerséis, pero no pude hacerlo, y al final mi dependencia del horror se te hizo contagiosa y obsesiva a ti también. Necesitábamos hurgar en las cifras, en el despropósito, en la verdad que fueron sirviendo a cuentagotas y nos hizo mayores en la monstruosidad de la guerra y la orfandad. Y es cierto que nunca estuvimos solas, que en comparación con otros niños, fuimos muy afortunadas; nos lo dieron todo, cobijo, protección, educación, incluso cariño, pero un niño nunca puede llegar a olvidar del todo.

—Nada se acaba si uno no quiere, Denise.

—Para ti resultó más fácil; eras más pequeña y también sociable.

Sin embargo, es curioso que hayas sido tú quien haya sacado a la luz los recuerdos y memorias de mamá.

—Sin ti no habría podido hacerlo. Además, todavía queda mucha verdad por salir. Ese cuaderno me tiene el alma en vilo.

—Y a mí, en un sinvivir. He descubierto que el dolor no se cura del todo, que no se pasa con los años, aunque pueda parecerlo. Le tengo aquí, en el vientre, ha encontrado su acomodo. Y me vienen recuerdos nítidos cincuenta años después. Es sorprendente, Babet. Siempre fui una niña muy reservada, no como tú. Yo no podía compartir el drama, y me lo guardé muy adentro. Pero hubo un momento en el que decidí que todo lo que guardaba me hacía un daño enorme. Y fue gracias a Viktor E. Frankl, y su libro *El hombre en busca de sentido*. Fue él, un hombre que había pasado por el mismo infierno de nuestros padres, el que me abrió los ojos. Aquel hombre pasó frío y miedo, un hambre voraz, sufrió el desprecio hacia la vida y tuvo a la muerte silbándole cerca, y sin embargo, decía que la vida era digna de ser vivida, y que el sufrimiento tenía en sí mismo su propio sentido. Me hizo pensar. Mirarte de cerca. Observarme. La melancolía nos unía, nos abrazaba, pero éramos seres tristes, seres que compartíamos las mismas sensaciones de desamparo, y aquel dolor nos paralizaba, era abismal, como una perforación en el centro del cuerpo. ¿Recuerdas cuando leímos por primera vez la frase «solución final»?, ¿cómo nos obsesionó conocer la verdad?, ¿cuándo entendimos lo que había supuesto Auschwitz y el campo de exterminio de Birkenau, a tan solo tres kilómetros del primero?, ¿cómo nos levantó la piel? ¿Cuántas veces nos habremos preguntado cómo se pudo asesinar a seis millones de personas, judíos y no judíos?, ¿cómo lo hicieron tan rápido?, ¿cómo aquel plan siniestro y sin corazón pudo salirles bien durante tanto tiempo y sin que la gente lo supiera? ¡Qué gran mentira!, ¡alguien lo sabía!, ¡tenían que saberlo!, ¿cerraron todos los ojos?, ¿por qué callaron?

—Callaron porque el miedo te hace enmudecer, te protege. Y seguro que tenían sus motivos, como los que adujeron cuando nos dijeron que mamá estaba enferma, que murió de tifus, cuando la realidad fue que ni siquiera tuvieron una sola oportunidad para vivir. Ya se fueron cadáveres.

—Hoy son todo reivindicaciones y gente valiente sacando pecho. Nunca ha habido tanta memoria ni tantas mentiras. La Resistencia; es escuchar esa palabra y me pongo enferma. La gente que nos ayudó durante la guerra no buscaba ni publicidad ni glorias futuras, tampoco que se alzaran monumentos en su honor. Era simplemente gente anónima, gente buena.

—Buena gente. Sí, ¡y hubo tanta! Y otra tanta que luchaba por Francia, por los suyos, sus pueblos, por la liberación, pero no por nosotros, qué va, por los judíos, no, ¡a quién le importaban un puñado de judíos!, ¡un puñado de extranjeros! Éramos como un grupo aparte, los apestados. Por eso fue sencillo poner a la población en nuestra contra, atribuirnos las desgracias de un país entero, de Europa ya que estaban, ¿por qué no?, había que echarle la culpa de la crisis y la falta de empleo y libertades a alguien. Y después, ya iniciada la guerra, había que seguir por el mismo camino trazado de piedra y obediencia. Y ese miedo atroz y el hambre de vientre hundido fueron excusas vitales para no dar tregua a los judíos. Fuimos la excusa perfecta de un loco con una sola fijación, la raza aria.

—¿Alguna vez has leído el libro que escribió Hitler, ese que habla de lo que esperaba para Alemania?

—¿El *Mein Kampf*?

—Sí, ese, *La lucha*.

—No. Nunca, jamás he podido. Me produce escalofríos solo de pensarlo. ¿No fue su reedición prohibida?

—Sí, y lo está todavía, durante setenta y cinco años. En el 2016 quedará libre, y Dios no lo quiera, pero espero que no haya ningún editor disputándose el honor de sacarlo a la luz. La carroña siempre ha resultado muy atractiva para la venta. De todas formas, me queda el consuelo de que yo ya no lo veré, y eso me tranquiliza. Lo leí hace tiempo, conseguí un ejemplar en un mercadillo del libro usado. Estaba medio escondido y no pude resistirme a comprarlo. Sus ideas me dejaron devastada.

—Como el piso de París, del que no quedó nada, ni uno solo de sus libros. ¡Cuántas veces me acuerdo de él! A veces, la memoria me lo devuelve de golpe, de forma inesperada, sin motivo, cuando entro en una habitación y veo el lujo de las telas, mis muñecas ordenadas, la porcelana para los invitados, el pasillo largo, eterno, los vestidos de fiesta de mamá, su risa junto a las otras risas, los versos desordenados y el humo de los cigarrillos, las copas tintineando al unísono, el chocolate caliente esperándome en la cocina, tu cuna de encajes. ¿Sabes?, en el cuaderno lo cita.

—¿El qué, la casa de París?

—El libro de Hitler, y a él también. Mamá debió de leerlo.

—Se publicó en 1925, cuadran las fechas.

—Yo recuerdo que, en aquellas reuniones del piso de París, a los amigos de papá, les gustaba hablar de él. Le llamaban «el loco alemán ese» y se reían de sus frases y sus extravagancias, de los

aires de grandeza que tenía para su pequeña estatura, incluso su ridículo bigote negro era motivo de mofa entre los hombres. Decían que vivía obsesionado con la pureza de la sangre y la raza, que odiaba a los judíos.

—Y así era. En aquel libro escribió frases tan horribles como: «El pecado contra la sangre y la raza constituye el pecado original de ese mundo y marca el ocaso de la humanidad»; le obsesionaba la raza.

—Y nuestra muerte.

—Escribió: «La personificación del diablo, como el símbolo de todos los males, asume la forma de vida del judío» o «el grito de una ametralladora de doce pulgadas es mucho más penetrante que el siseo de mil periódicos judíos. Por eso, deja que sigan con su siseo».

—¡Calla!, me estremezco al escucharte. ¡No quiero saber más!

—¡Espera!, la última: «¿Existirá algún tipo de suciedad o despilfarro, especialmente en la vida cultural, que no involucre a algún judío? Incluso si cortas la historia de manera cuidadosa encontrarás siempre a un gusano como si se tratara de un cuerpo en descomposición», ¿no es increíble que un libro así se llegara a editar, que la obra de mamá, y la de tantos otros escritores judíos excelentes, se tildara de sucia e innecesaria?, ¿y esta, cómo la definirían?

—Ese libro fue una provocación, una invitación al odio a través de la palabra.

—Y una excusa para la guerra. No es tan difícil sembrar el mal.

—A veces, creo que deberías haber sido tú quien escribieras los libros. Lo habrías hecho mejor que yo y te habrías enfrentado a lo único que no has logrado superar en toda la vida.

—Sí, me he quedado atrapada en la no infancia, y soy como un bucle que se repite cada cierto tiempo, como un fantasma que regresa a una vida apacible que ya no existe, pero adoraba. No fui joven, ni una adolescente indolente como he conocido tantas, como tú misma fuiste; yo me salté esa etapa, me la robaron, todos esos años de despreocupación y de rebeldía, de crisis existenciales nimias y de búsqueda en la confusión, me los arrebataron. Pasé de niña a mayor. Y eso marca. Te hace menos persona, como estar en fuga, y después renacer en otra piel distinta. ¿Cuándo me hice tan mayor?, ya no puedo recordarlo.

—No puedes porque llevas toda la vida intentando olvidar aquellos años, a mamá, a papá y lo que les sucedió después. Y lo quieras o no, tienes una historia detrás, la tenemos, y un destino

común a miles de personas, judías o no, supervivientes o no. No puedes cerrar los ojos por más tiempo, y el cuaderno de mamá me está dando la razón. Ha sido como un acercamiento de luciérnagas en el bosque, algo inesperado. Enorme.

—Es hora de volver con todas las consecuencias.

—Sí, y restituir a la madre y a la escritora junto a nosotras. Ya no puedes buscarte más excusas, Denise. Míralo como si fuese un viaje, un viaje al pasado.

—Eso es lo que hacen todos los viejos, ¿verdad?

—¿Desandar el camino?

—No, romperse.

—Puede ser.

—Tienes razón, Babet, tuve que hacerlo hace mucho tiempo, pero siempre he tenido ese miedo inhóspito que produce el duelo. Hoy, por ejemplo, he vuelto a verla mientras leía. Estaba junto a mí, sentada en el orejero de flores rojas, sonriendo. Llevaba su camisón blanco de seda bordado con sus iniciales, el cabello recogido en la nuca y los pies descalzos. Y detrás de ella se ha abierto un pasillo muy largo y ella se ha desdoblado. Una parte se ha quedado a mi lado, y la otra se ha marchado recorriendo el pasillo silenciosa. Abría y entraba en las habitaciones, saludaba, se despedía. Después, la pared ha proyectado una cama, y sobre ella, decenas de cuartillas desordenadas creciendo y sus dedos estaban manchados de negro. ¿Recuerdas que la tinta no se le iba de las manos ni siquiera después de un baño? Y de pronto, he sentido una brisa y he mirado hacia la ventana, pero las cortinas estaban echadas y la persiana bajada; sin embargo, había un aroma a lilas y a tomillo recién cogido del campo. Y al cerrar los ojos, he vuelto a aquel rincón del huerto, ese donde ponía la mecedora y leía durante horas; los libros siempre fueron más interesantes para ella que las personas. Y yo estaba ahí, simultánea, la no niña y la anciana contemplando embelesada la escena, transcribiendo un recuerdo, o una parte del cuaderno de mamá, ya no lo sé, he dejado de diferenciar lo que es real y lo que es onírico, por ese deseo de vuelta, de verla, de recuperarla, de estar con ella un poco más.

—¡Qué extraño es escribir!, a veces parece que avanzas muy rápido y otras, te das cuenta de que solo te has enfangado, es algo así como remover arcilla con los dedos.

—O como acumular trastos viejos e inservibles en un lugar de la casa por si en algún momento les encuentras una utilidad. Y yo creo que eso era lo que hacía mamá, acumular, ideas, palabras, historias, escenas, las amontonaba todas en frases como la gente que sufre

síndrome de Diógenes. Y yo las leo, y encuentro que algunas de ellas no tienen sentido. Al menos no para mí. Pero a ella no debía de ocurrirle lo mismo, no, a ella la iluminaban, y de algo pequeño brotaba un duende, un párrafo, una trama, un personaje, la esperanza de seguir abriéndose paso en aquel presente mate e infinito, desencantado, en guerra, carente de títulos que no fueran otros que la propaganda mezquina, las comparaciones odiosas y el ardor de la lucha. Y como si fuera magia, en aquel escenario gris y desesperado, le surgía el canto de un ave y lo convertía en frase, o describía a una niña, quizás tú o yo o los otros niños del pueblo, cualquiera de ellos, que descubrían el mundo y se maravillaban por cualquier pequeñez, un trino incomprensible, unas piedras multicolores, un conejo blanco, una mariposa, el fruto recién salido de un árbol en verano. Y todo lo que veo proyectado en la pared, a mi alrededor, mientras mamá me sonríe, y es bonito, como un sueño. Y entonces me pongo en pie, me acerco a su perfil, muy despacio, y pruebo a tocarla solo un momento para ver si es real o soy yo la que me estoy volviendo loca por leer esas memorias tan suyas y mías al mismo tiempo, recuerdos que se entremezclan como las manos de dos enamorados, o las manos de una madre y una hija. Me da miedo que se vaya, y por eso digo en voz alta: «Mamá, ¡no te vayas!, solo es un momento», pero ella se crispa, se pone tensa, y en los oídos comienzan a retumbarme sonidos grises y de botas negras, y todo se vuelve violento y precipitado. Y vuelve la pesadilla, los tacones de mamá haciendo ruido en las baldosas, los gritos desde la puerta, los susurros por los pasillos, las lágrimas de un adiós precipitado, de una gran impotencia, manos rápidas en mi rostro, caricias que saben a poco, torpes, palabras de tristeza, de despedida, de invención: «¡Volveré!». Ella sabía que no volvería, ¡lo sabía!

»Ahora comprendo muchas más cosas, y si entonces no entendí a mamá y la culpé por no huir, por aferrarse a la tierra y a sus principios, por engañarme, hoy le doy la razón. Hizo una apuesta, y perdió, lo sé, pero fue fiel, se fue fiel a sí misma. Y ahora más que nunca, aprecio ese valor inmenso de su lealtad.

»Al menos, y ya sé que no es un consuelo, sufrieron durante poco tiempo. A veces pienso en papá, en que su destino fue mucho más trágico que el de nuestra madre, tecleando todas aquellas cartas que escribió enfebrecido para intentar salvarla, toda aquella esperanza que mantuvo intacta hasta el maldito mes de octubre en el que a él también lo detuvieron. Y pensar que mientras él la soñaba volviendo por el camino, sana y salva, como si nada hubiera

pasado, un malentendido tal vez, con esa sonrisa que nos hacía curvar sin querer nuestros labios hacia arriba, ya estaba muerta.

—Fue cruel.

—Puede que la culpa la tuviera mamá por aquella carta que escribió nada más llegar a la gendarmería.

—¿La conservas?, ¿la has visto en la maleta?

—Creo que estaba por aquí, entre la correspondencia de aquellos últimos días. Pero no se lee bien, la escribió a lápiz y sus grafías se han desdibujado.

—¿Me la leerías?

—No me hace falta, mi querida Babet, me la sé de memoria:

Amor mío, por el momento estoy en la gendarmería comiendo grosellas, mientras espero a que vengan a llevarme. Sobre todo, debes estar tranquilo, tengo la convicción de que esto no durará mucho. He pensado que también podríamos dirigirnos a Caillaux y al padre Dimmet. ¿Qué te parece? Cubro de besos a mis amadas hijas… que mi Denise se porte bien y sea razonable. Te estrecho contra mi corazón, así como a Babet. Que Dios Todopoderoso os proteja. Por mi parte, me siento fuerte y tranquila. Si podéis enviarme alguna cosa, creo que mi segundo par de gafas se quedó en la otra maleta (en el portafolios). Libros, por favor. Y, si puede ser, también un poco de mantequilla salada. ¡Hasta pronto, amor mío!

»¿Lloras, Babet?

—No puedo evitarlo, escucharla en tu voz es algo que me supera, es como si la trajeras de vuelta a la vida. Y que pidiera libros, y gafas para leer, y mantequilla salada, ¿no te enternece?, ¡qué ingenuidad más grande! He imaginado a mamá muchas veces, un cuerpo exhausto y consumido, un rostro afligido, cubierto de ojeras, de golpes, una copia de todo lo visto mil veces; la he imaginado tosiendo, con aquellos ataques de asma que le daban y la debilitaban hasta la extenuación y que nos despertaban por las noches; la he imaginado vencida ya, en la *Revier*, la enfermería de *Auschwitz*, la antesala de la muerte, y en la cámara de gas, después, de pie, esperando la muerte muy digna, sin voz; la he imaginado despidiéndose en silencio de todos nosotros, sobrecogida por la dimensión de lo vivido, por primera vez en su vida sin nada que decir, sin defensas, rodeada por una balada triste de lamentos, de gentes que ni siquiera conocía. Imaginarla ha sido sencillo. Han sido los otros los que me han devuelto su retrato final, el lenguaje de los cuerpos muertos, cuando mamá ya no es mamá. Pero escuchar sus últimas palabras, la tranquilidad con la que se marchaba, la fe que conservaba en volver a vernos, me sobrecoge todavía. Me duele y

me cala en lo más hondo escuchar ese: *Te estrecho contra mi corazón, así como a Babet*. ¡Ay!

—Llorar en esta vejez que te empeñas en desempolvar una y otra vez para tus relatos y biografías, es lo único que nos queda. Y leerla.

—E inventar.

—Siempre tuviste mucha imaginación, eso es verdad, y te gustaba hablar y hablar, no parabas, y fantaseabas con las otras compañeras del internado sobre lo ricos que eran nuestros padres, y yo te odiaba por hacerlo, por exponerlos a la envidia; ya desde niña tuviste vocación de escritora de ficción.

—La ficción y la realidad forman parte de la misma moneda.

—¿Lo crees de verdad?, parece algo imposible.

—Tengo la certeza, ¿cómo si no, cada vez que me cuentas algo, añades detalles nuevos, una fecha, un color, un paisaje, un personaje?

—Quizá invente, y me deje llevar yo también por la imaginación de las Némirovsky.

—Y si así fuera, ¿qué más daría?

—Eres un tesoro. ¿Sabes?, mamá habla todo el rato de nosotras en ese cuaderno. Le gustaba vernos felices, ajenas al drama y a la guerra que se sucedía, viviendo aquella vida tan normal que parecía inventada, de cuento, casi bucólica, y eso le ayudaba a superar el encierro de Issy; aunque sufría por nosotras, ahora lo sé, y sentía que la tierra se la bebía. Nunca imaginé que mamá pensase, en algún momento, que había la más mínima posibilidad de que si se la llevaban presa, no volvería. Pero ella lo sabía, ¡claro que lo sabía! o quizá solo fuese un presentimiento, una osadía más de las suyas, y por eso lo preparó todo, con frialdad y detalle, por escrito. Tuvo que estar muy desesperada para hacer venir a Julie. ¡Pobre Julie!, ¡lo que la hicimos pasar!

—Sí, nos hicieron creer que Julie había venido solo a visitarnos; que se quedaba porque era feliz con nosotras.

—¿Feliz?, ¿crees que llegó a ser feliz?

—No, no lo creo.

—¿Cómo no pudimos darnos cuenta de nada?

—Mamá quiso mantenernos al margen, y lo consiguió. Nos dejó ser niñas, vivir, hasta que ya no pudo ser.

—¡Ay, Julie!, ¡qué mujer!, ¡qué lealtad más grande!, ¡qué fuerza tenía!

—Mamá sabía que nos cuidaría, que defendería nuestros intereses con su vida hasta el final. Y así fue.

—Eligió bien.

—¿Recuerdas cuando descubrimos que ella no había escrito la novela de, *Los bienes de este mundo*, sino que había sido mamá?

—Cuando volvieron a editar el libro y le cambiaron el nombre por el de nuestra madre, fue un momento precioso, como recuperar una vida perdida.

—Sí, fue muy emocionante.

—¿Cómo pudimos llegar a ser felices en Issy con toda aquella angustia que nos rodeaba? Leyendo el cuaderno, siento toda su turbación. La tengo pegada en la piel. Yo veía a mamá coser las joyas y el dinero dentro de los forros de los abrigos de piel, y después, cuando los vendió y dijo que era porque no hacía tanto frío en Francia y porque además en un pueblo tan pequeño ya no se los podía poner después de todo, y me sonrío, y yo le ayudé a cambiar las joyas y el dinero de sitio, como si fuera el pasatiempo más normal del mundo, y vi cómo lo metía en forros más sencillos de abrigos de paño para protegerlos de nuevo y se llevaba el dedo índice a los labios pidiéndome silencio. «Será nuestro secreto», me dijo guiñándome un ojo. ¿Por qué nunca le pregunté nada? La veía tan triste, tan pensativa, aunque sonriera; su escribir era menudo, angustioso, rápido, como si tuviera prisa en terminar algo. Hablaba con papá en susurros, y con Julie también, pero a veces cogía cosas, pocas. Un día escuché algo sobre las cuentas que tenían y el dinero bloqueado, inservible, dijeron. No les entendí, y tampoco me preocupé, la verdad, en los abrigos había mucho más que en las cuentas, de eso estaba segura, yo misma lo había metido. Aunque ese era nuestro secreto.

»A Julie se le ocurrió una idea para burlar a los nazis y recuerdo que en aquella conversación fue donde escuché, por primera vez, la palabra «aria». «Julie es aria», dijo mamá con un brillo esperanzado en la mirada a papá, aria y francesa, «ella publicará por mí y el dinero de mi editor irá a sus cuentas». Y con aquella palabra tan desconocida, parecía que el mundo ya no estuviese en peligro, ni nosotros tampoco. Y me gustó que fuera así. A mamá le había hecho brillar, así que me la guardé para mí como mi palabra favorita. Aria. Esa fue la gran diferencia entre vivir y ser detenido. Y mamá sabía que a Julie no la tocarían. No podían hacerlo. Los judíos éramos el problema, solo nosotros, daba igual la nacionalidad o si profesábamos una religión o no. Los judíos éramos los perros que mordían la mano al amo. Pura escoria.

—Decía Sartre: «Solo se es judío a través de la mirada del otro, y se puede decidir no serlo». Maldita palabra, cómo la odiaba.

—Y mamá también. Ella nunca quiso ser judía, ni llevar aquella odiosa estrella amarilla, aunque a nosotras nos dijera que era muy bonita. La rechazaba, y nombrarse también. Decía que a ella no podían clasificarla, porque no se identificaba con ellos, aunque lo dijera un papel. Tardé mucho en entender las palabras de mamá, y después las de Sartre. Y es que ambos decían lo mismo, aunque no llegaran a conocerse: «No es el carácter judío el que provoca el antisemitismo sino a la inversa, es el antisemita quien crea a un judío».

—A los papás les hubiera gustado. Fue todo un personaje ese Sartre. Me lo imagino discutiendo en nuestro salón, con toda aquella gente al lado que llenaba sus noches y que parecían atemorizados de su propia indiferencia. E imagino también una pregunta no formulada en el aire: ¿Podremos escapar del destino de este loco?

»¡Escapar!, eso fue lo que hicimos, lo que hemos hecho todo este tiempo, lo que hicieron ellos y después nosotras, intentar escapar sin movernos ni un milímetro, sin dejar de creer que podía ser de otra manera. ¡Qué ilusos fuimos ya desde aquel viaje, al inicio de la guerra! ¡Qué eternas resultaron sus horas!, y todo ¿para qué?

»Tú dormiste durante horas y yo te sostuve la cabeza sobre mi regazo. Pesaba. Te asustaba pensar que mamá no estaría a nuestro lado y yo me sentí mayor ocupando su lugar durante meses. Y al llegar a aquel minúsculo pueblo, donde nuestros padres eligieron escondernos como quien echa una cortina sobre la ventana de una habitación vacía de existencia, solo dejamos que pasara el tiempo y las estaciones. Ellos buscaban mil maneras para no mencionar la guerra, ni el abandono, ni la palabra refugiadas, ni toda la basura nazi o las comparaciones de los judíos con la escoria que ellos vivían en París. Desde aquel día de septiembre, y nadie supo cómo ocurrió, los días emprendieron un correr distinto, a veces rápido, y otras lento, muy lento, callado; en ocasiones, también bullicioso, como cuando descubrimos la parte trasera de la casa de *Néné* y el jardín que daba a un campo abierto donde había conejos que brincaban a nuestro alrededor. Nunca hasta aquel momento había visto conejos tan de cerca ni tantos juntos. Sus orejas eran puntiagudas y muy largas y sus bigotes se movían con la misma rapidez con la que engullían las zanahorias que *Néné* les guardaba y yo les acercaba con sigilo. ¡Cuántas horas pasamos en aquellos campos y en la calle! No me importó nada cuando papá y mamá se fueron a París entristecidos por la separación, ni cuando se despidieron de nosotras de forma torpe y aguada; para ellos el

mundo estaba lleno de peligros, sonaba a trágico, pero no para mí. Verme allí, autónoma, por primera vez, fue una liberación. Además, en París siempre estábamos rodeados por mucha gente, el colegio era aburrido, y los papás, metidos en sus asuntos, no nos prestaban demasiada atención. Si por alguien lo sentí en algún momento, fue por ti; todavía eras muy niña al inicio de la guerra, y llorabas todo el tiempo llamando a mamá. Esa fue la razón de que me acostumbrara a leerte al irnos a la cama. Aquello te calmaba. Y yo me sentía feliz de hacerlo, más mayor. Los meses que siguieron, papá y mamá vinieron a vernos muchas veces. Todavía se podía circular libremente por Francia, pero el ambiente ya estaba enrarecido. Mamá recibió un permiso temporal de circulación por ferrocarril a finales del mes de diciembre. En él se especificaba que tendría la duración de algo más de un año, del veinticuatro de mayo de 1939 al veintitrés de agosto del 1940, pero ya habían pasado varios meses desde entonces. En el permiso también ponía su nacionalidad, rusa, su nombre de soltera, Irène Némirovsky, y la autorización expresa de que podía viajar al pueblo de Issy-l'Évêque para ver a sus hijas evacuadas por la guerra.

—¿Te llegué a enseñar la carta que Robert Esmérard, su editor, le escribió a mamá al inicio de todo?

—Sí, aquella carta me impactó. Bueno, en realidad, toda la correspondencia que te enviaron para documentarte y escribir *El Mirador*, entre papá, mamá y sus editores, me dejó su sabor agridulce.

—Sus palabras fueron tan bonitas. Aquel hombre siempre fue su ángel de la guarda.

—¡Y el nuestro!

—¿No está por ahí, en la maleta?, ¡me gustaría que me la leyeras! Tu voz, cuando lees, me lleva de viaje al pasado.

—¡Déjame que mire!, lo tengo todo ordenado, por fechas, por personas, como ella lo dejó; mamá era muy meticulosa.

—¡Eso me suena!

—Sí, supongo que lo he heredado de ella, como tantas otras cosas.

—Sí, muchas, sobre todo su aire melancólico.

—Y tú, su mundo de letras, la ficción en la cabeza.

—Tú también la tienes, y lo sabes, aunque no hayas querido dedicarte a ello.

—Yo lo que tengo son recuerdos acumulados. Y horas recorriendo la misma idea, la misma calle, la misma fotografía ya gastada. Y noches, tengo tantas noches perdidas en escenas con

luces apagadas. Como aquella. Mamá sobrecogida, leyendo la carta, reaccionó con torpeza, las frases sin terminar, la emoción contenida. Nunca la había visto llorar hasta entonces, pero ya no sería la última. Llegaron muchas más lágrimas, todas las lágrimas del mundo. Y papá se acercó hasta ella, y le apretó la mano. Pero mamá se soltó, y siguió leyendo.

»Vivimos en estos momentos unas horas angustiosas que pueden convertirse en trágicas de un día para otro. Usted es rusa y judía, y podría suceder que quienes no la conocen —pocos, sin duda, dado su renombre de escritora— le creen dificultades; de modo que, como hay que preverlo todo, he pensado que mi testimonio de editor podría serle útil. Así pues, estoy dispuesto a atestiguar que es usted una mujer de letras de gran talento, tal como por otra parte prueba el éxito de sus libros tanto en Francia como en el extranjero, donde existen traducciones de varias de sus obras. Estoy también más que dispuesto a declarar que, desde octubre del 1933, época en la que acudió usted a mí tras haber publicado con mi colega Grasset varios libros, uno de los cuales, David Golder, fue una extraordinaria revelación y dio origen a una película notable, siempre he mantenido con usted y su marido las relaciones más cordiales, además de ser su editor».

—¡Qué bien lees, Denise! Escucharte es como volver a casa, una casa llena de amor y cicatrices.

—Es bonito eso que dices. Casi poético.

—Así es como yo siento el hogar que tuvimos de niñas, un lugar donde aprendimos a vivir entre la oscuridad y la luz de las pequeñas cosas. Pero sigue, no quería interrumpirte

—Estar en Issy, como comenzaríamos a llamar a aquel pueblo de forma cariñosa desde entonces, era una aventura constante. Los días parecían mucho más largos, no se acababan nunca, y se escapaban de la rigidez y los riesgos de París, de sus calles empedradas y sin verde, de sus vestidos ridículos, pomposos y almidonados que mamá se empeñaba en ponernos. Íbamos descalzas, y nos daba igual que se nos clavasen las piedras del camino. Issy fue como prolongar los días de verano en invierno. No teníamos horarios, ni reglas. Allí, conocimos lo que era la auténtica amistad, y gritar, nosotras nunca lo habíamos hecho. Tampoco reír alto y sin comedimiento. Issy fue descubrir a las aves y sus diferentes cantos; fue sentir todo el silencio del campo y sus despertares rojos. Aprendimos muy rápido a vivir de otra manera. A vivir mejor. Yo no echaba de menos París. Siempre detesté su grisácea tez, su incansable lluvia fina, el frío que te calaba en los huesos, y esa neblina que ascendía desde el suelo cubriéndote los zapatos con su

vapor. En París el sol andaba tímido, tenue, blanquecino, no terminaba de brillar del todo ni siquiera en verano, ¡era tan diferente al sol de Issy!, que agradecí cada día que estuve en el pueblo como si hubiera sido un obsequio. Issy me regaló la infancia cálida que no había vivido hasta entonces. Lástima que igual que me la dio, también me la quitaría después. Los papás venían a vernos con frecuencia, sobre todo al principio, pero pronto esa continuidad estuvo vedada y se alargaron los tiempos y las ausencias, y nosotras comenzamos a echarles tanto de menos que pedimos volver a París. Cecile trataba de reconfortarnos, e inventaba mil excusas para las largas separaciones. También nos decía cosas como que volver a París, cuando nos entraba la nostalgia, iba a suponernos el encierro en la lujosa casa de la avenida Constant-Coquelin. Que veríamos el mismo escenario todo el tiempo y desde la ventana, el gran jardín del convento; que las jornadas se nos harían eternas porque los colegios estaban cerrados por la guerra, algo que no era verdad, pero en aquel entonces, ¡qué podíamos imaginar nosotras! Y luego nos hablaba del hambre, nos decía que en París no había comida ni chocolate, y nosotras la creíamos y ya no queríamos ir, lo del chocolate era demasiado. Pero a los pocos días se nos pasaba el efecto y nos llegaba de nuevo la melancolía y ella se inventaba otra historia, una de lamentar, una que nos mantuviera felices en Issy, a salvo de la guerra y de su furia más tiempo.

—¡Nos quiso mucho Cecile!

—Y mamá. Ella nos mandaba largas cartas de amor, y nos contaba naderías como si fueran cuentos para entretenernos. ¡Cómo nos gustaban sus cartas! También mantenía correspondencia continua con Cecile. En aquellas otras cartas, que no leíamos porque no iban dirigidas a nosotras y Cecile las ocultaba, mamá le narraba, solo a ella, la realidad de París. Sí, París se había vuelto un lugar demasiado triste, incluso para la mirada de un niño. Y la melancolía se había unido al gris de sus calzadas como si fuesen almas gemelas. El silencio ocupaba cada rincón de la ciudad, y más cuando el toque de queda la ensordecía; las plazas, antes ruidosas, eran cadavéricos espectros ante el toque de queda. La guerra comenzaba a hacer estragos en las tiendas y en los ánimos de las gentes. Incluso entre los amigos las cosas estaban cambiando. Llegaban noticias lejanas, la radio las traía, y también los conocidos que viajaban. En Europa estaba sucediendo algo terrible, inimaginable, que si resultaba cierto iba a hacer temblar los cimientos del mundo; pero, le tranquilizaba Irène, ese drama no

llegará a París; No, negaba Irène en aquellas cartas, como queriéndose convencer de algo, eso sería imposible. Cada vez con menor frecuencia, seguía narrando, nos reunimos en casas, y las conversaciones o me matan de aburrimiento o se tornan airadas al finalizar la velada, se percibe el miedo en la mirada de los poetas, y el derrotismo en sus versos. El miedo es como un mordisco, duele. Son todos unos estúpidos, intelectuales burgueses adinerados que juegan a ser revolucionarios, a escribir con rima la Historia de Francia, y no saben que eso es inverosímil, que la velocidad de la tinta y de lo que se contará mañana está por llegar y tal vez ninguno lleguemos a verlo. Son unos petulantes enfermizos que juegan a héroes desde un salón con chimenea y un cigarro encendido en la boca, y lo único que harán por el prójimo en esta absurda guerra, por su propio país, ese que dicen amar tanto, es hacer las maletas y huir. Sí, Cecile, eso harán, pero nosotros no. ¡No!, nosotros nos quedaremos. Yo creo en Francia. Amo este país. Y no nos pasará nada, aunque comienzo a contemplar la idea de viajar a Issy y quedarnos con nuestras hijas. No lo sé todavía. Tengo que pensarlo.

»Querida Cecile, el hambre ya ha llegado a París, las tiendas están desabastecidas y los caminos llenos de gente huyendo, refugiándose en el campo. Las prohibiciones se han incrementado y la ley nos asfixia. Sabemos que ha habido desapariciones. Van a por los judíos. Ha habido detenciones y parece evidente que lo que se contaba que sucedía en el resto de Europa ha llegado también aquí, a mi querida Francia, Cecile. Da igual ser rico o pobre, célebre o desconocido, la guerra no conoce a nadie, la guerra solo busca judíos, judíos, todos los judíos de Francia, que no se escape ninguno, parecen decirnos con sus bandos y sus leyes nuevas. Y todo el mundo anda callado, como anestesiado, y revuelto al mismo tiempo. Tenemos mucho, mucho miedo, sobre todo de la gente cobarde. Sí, Cecile, la gente cobarde es capaz de todo, es la peor, es la extraña derrota de los que sufren una puñalada por la espalda. Y siento como si todas estas emociones ya las hubiera vivido antes, y los mensajes de peligro me revolvieran continuamente alertándome. Y yo que creí que ya nadie me pondría jamás un disfraz, ni una etiqueta que nunca he elegido. Por la calle, vecinos y conocidos nuestros, tuercen la mirada al cruzarse con nosotros. Las ventanas de las casas están cerradas, y las cortinas echadas. Hoy he notado mi propia turbación mientras te escribía, mi pulso temblaba y me salían las palabras con precipitación. Y me he encerrado en mi despacho para que Michel no me viera llorar, ya sabes que se

preocupa por todo, y he pensado en las niñas, pienso en todo momento en ellas, y las imagino. Pierdo fuerzas y las palabras han dejado de salirme. Creo que me estoy apagando, con cada nuevo viaje, con cada día de ausencias y abrazos. Con los toques de queda y la sensación de que somos unos parias, gentes sin patria allá donde vamos. ¡Judíos!, nos escupen sus leyes. Me preocupa la promulgación de la nueva ley sobre los ciudadanos de raza judía que dice: «Los ciudadanos de raza judía podrán ser puestos bajo arresto domiciliario por el prefecto del departamento en que residan. Y los extranjeros de raza judía podrán ser internados en campos especiales». ¿Cómo va a afectarnos?

»Todavía hoy puedo escuchar las palabras que le dijo Cecile a mamá en su último viaje: «¿Y por qué no os venís aquí?, a Issy. Si puedo cuidar de vuestras hijas, de vosotros también lo haría. Aquí estaréis a salvo, es como vivir aislados de los problemas que asolan Europa. Además, en este pueblo somos todos como una gran familia». Y la respuesta de mamá fue: «Mi querida Cecile, tu generosidad es extraordinaria en estos tiempos difíciles, y creo que nos lo pensaremos, ¿verdad, Michel?, aunque mucho me temo que ya no podremos estar a salvo en ninguna parte y que esta ley solo es el principio de algo muy negro».

—Aquella preocupación de mamá resultó ser muy cierta. ¿Cómo pudo ver tan clara la desolación que afectaría al mundo?

—Mamá fue una visionaria, e imagino que tuvo mucho que ver su enfoque premonitorio con su propia infancia, su huida y los pogromos. Ella ya lo había vivido antes, lo deja claro en esas cartas a Cecile. Y papá también. La Historia se repetía. Los dos sabían el rechazo que los judíos provocaban en Europa y lo demuestra en ciertos apuntes del cuaderno. Escucha, esto lo transcribí anoche: «Todo lo que se hace en Francia, en cierta clase social, desde hace unos años, no tiene más que un móvil: el miedo. El miedo ha llevado a la guerra, a la derrota y a la paz actual. El francés de esa casta no siente odio hacia nadie; no siente celos ni ambición, ni auténtico deseo de revancha. Solo está muerto de miedo. (…) Hay un abismo entre esa casta, que es la de nuestros dirigentes actuales, y el resto de la nación. (…) El mundo está cada vez más dividido. (…) Alrededor de uno se percibe el olor a sangre fresca, y alrededor del otro, el hedor a la carroña. (…) Uno se acostumbra a todo, a todo lo que se hace en la zona ocupada: las masacres, la persecución y el pillaje organizado. Son como flechas que se clavan en el barro, en el barro de los corazones».

»Hay un momento en el que compara a Hitler con Napoleón. Esa

parte te gustaría, Babet.

—He leído sobre ello. Y hay opiniones para todos los gustos. Pero en lo esencial, estoy de acuerdo con mamá en esa comparación histórica, al menos desde el punto de vista del coste de vidas humanas, a los dos les importó muy poco la muerte de millones de personas. Las víctimas y su voracidad tienen mucho que ver con la gloria y la grandeza de los tiranos, de Francia uno y de Europa, el otro.

—Sí. A veces, yo llamaba a su puerta, cuando ya estábamos todos juntos en Issy, y la sorprendía llorando, junto a la ventana que daba al huerto, muy lejos de donde estábamos, con las manos tensas, crispadas, apoyadas sobre el cristal, como agarrándolo, como intentando atrapar algo. Ella no disimulaba su llanto y, sin mirarme, decía: «¿No lo oyes, Denisse?, ¡nos están llamando!»; y yo, que no entendía lo que quería decir, le preguntaba: «¿Quién mamá?, ¿quién nos llama?». «El bosque» respondía ella, «el bosque. Anda, ve a jugar al bosque, Denise, allí no hay estrellas amarillas, no hay nadie ni nada que nos escupa la palabra judío a la cara. Vete al bosque, tesoro, y llévate a tu hermana, él os protegerá. El bosque es como nosotros, como nuestro pueblo, temido, extraño, atrayente, sabe cómo ocultar», y después callaba asintiendo, conforme. Y yo, confundida me marchaba y la dejaba sola con sus excéntricos pensamientos.

»Por las noches la escuchaba sollozar, le murmuraba palabras a papá, y yo solo cogía alguna suelta, ceguera, Hitler, ese nombre tan raro lo nombraba mucho, y otros como odio, persecución, huida. Papá nombraba escapar, y se hacía preguntas: «¿Pero qué le ocurre a este loco país?», le decía a mamá, «¿qué nos está haciendo?, ¿dónde ha quedado aquella libertad que vinimos a buscar, que encontramos a granel?, ¿y la Revolución de la que tanto hablaban o el derecho reconocido de nuestras hijas como ciudadanas francesas?, ¿ya no existe?, ¿la palabra judío lo mancha todo?». Y mamá le respondía: «¿Recuerdas que quisiste llamar a nuestra Denise, France?, ¿lo recuerdas, Michel?, querías honrar a esta tierra de adopción buena y generosa, ¡qué chiflado estabas! Mírala ahora, se ha convertido en nuestra enemiga. Francia nos repudia. ¡Oh, Michel!, ¿en qué momento nos olvidamos de lo que éramos?, ¿por qué tienen ese afán de culparnos de todo, las estafas, la crisis, la locura del pueblo alemán, la falta de alimento, nuestra riqueza, el paro o incluso hasta de nuestras costumbres y olores?». «¿Olores?», inquirió papá sorprendido. «¡Olores!, ¡sí!, ¿te das cuenta?, ¡ya no saben qué inventar para seguir calumniando! ¡Extranjeros, rusos,

judíos! ladran despreciando cada sílaba. ¡Comunistas! ¡Estamos perdidos, Michel!, ¡perdidos!, ¿qué podemos hacer?».

»Y papá callaba, mientras el mundo aullaba como una manada de lobos hambrientos. Detrás de la puerta yo les imaginaba abrazados sobre la cama, la mano de papá acariciando los rizos de mamá, perdiéndose entre sus lamentos.

—Al menos Issy supuso un respiro en sus vidas, una exigua tregua. Quizá fueron felices.

—Quizá.

—Nosotras lo fuimos.

—No lo sé. Las casas de la infancia son un espejismo.

Volver a ti, mamá
Denise

Que no vuelva el pasado a pasear por mis aceras.
Que no vuelva a mirarme cuando estemos tan cerca.
Alma Diego,
Cuando seas otro

Incluso hoy hablo en susurros, hoy que ya soy una anciana. Nunca me gustó pensar que molestaba a los muertos. ¡Hubo tantos! Todavía los hay.

¡Ay, cómo maldigo a las guerras, a todas ellas!

Yo no conseguí olvidar la mía; mi guerra era interna y de fantasmas; cada rostro de aquellos días, cada miedo legítimo, cada viaje y huida, me acompañaban nítidos en la memoria. Revivían en la oscuridad.

De nada me sirvieron los silencios, la verdad estaba ahí, delante, recluida en mis manos, encerrada en el corazón. Negarla no fue la mejor solución, aunque yo la eligiera para poder seguir viviendo, respirando. Babet siempre me lo dijo, fue mucho más sabia que yo, y eso que era la pequeña de la casa.

Mi querida Babet, estos días más que nunca te estoy echando de menos. ¿Por qué te has ido tan pronto? Además de las guerras, ahora también maldigo a todos los cánceres del mundo que alejan antes de tiempo a las personas que amamos.

Te gustará saber, hermanita, que por fin terminé de transcribir el manuscrito de mamá; me llevó su tiempo, ¡no creas!, han sido demasiados recuerdos de golpe, y tu muerte no me ayudó mucho, la verdad.

¡Ay, Babet, si la leyeras!

Es una novela extraordinaria, veraz, fina, magistral, un testimonio de la vida de la Francia que nos dejó huérfanas y de la guerra. Es mamá. ¡Cómo he llorado con cada frase! El tiempo no ha curado mis heridas, ni siquiera las ha matizado, y hoy me duelen más que nunca, pero ya no me quejo, es un dolor de recuerdos. Me hubiera gustado compartirlos contigo.

Te cuento que la novela ha sido publicada y que está teniendo

mucho éxito; bueno, para qué ser modestas entre nosotras, está siendo un fenómeno editorial. Y tú, mejor que nadie, sabes lo que es eso. Le han concedido el premio *Renaudot*, ¿te lo puedes creer? ¡Qué orgullosa estarías de ella, Babet!, tú que siempre amaste por encima de todo la obra de mamá y luchaste porque reviviera de nuevo con aquella biografía, pues ahora, fíjate, ¡se ha hecho realidad!

Mamá, la gran *Irène Némirovsky*, está en boca de todos, y en treinta y nueve idiomas, nada más y nada menos, y pienso que allá donde esté, en su horizonte de cenizas, estará sonriendo agradecida. Quizá también llore, no sé si los muertos pueden hacerlo, aunque no hace falta, ya lo hago yo por las dos, o por las tres. Papá también se alegraría tanto, y Julie. ¡Cuántos muertos tengo! No paro de llorar.

Así que ya ves, mi pequeña Babet, mamá que tanto temía el olvido, ha vuelto para quedarse entre los vivos, y esta novela ha sido como resucitarla, como volver atrás para amarla de nuevo en este presente. Un gran amor que retorna.

Son extraños estos días, me vuelan los minutos y las horas entre las manos, y eso me parece importante, quizá sea un aviso de que el tiempo se me acaba. No me importa, ya he vivido bastante, más que la mayoría, tú lo sabes. He vuelto a Issy-l'Évêque, y he pensado que te gustaría saberlo. Todos han sido muy amables.

¡Cuántos recuerdos me han venido de golpe!

Han puesto una pequeña placa con el nombre de mamá en la misma plaza donde teníamos la puerta principal de nuestra casa y los policías se llevaron a nuestros padres.

Es un lugar triste, un lugar que me corta la respiración, que habla de nosotros. ¿Sabes?, aún se posan los rayos del sol por los huecos de las ventanas.

La casa sigue igual, las calles, el campo y sus conejos, la iglesia, el colegio, pero no quiero volver más, Babet, ya no, el bosque sigue ahí, oscuro, muy dentro de mí.

Querida Babet, te abrazo fuerte, con toda mi alma.

Nota de la autora
O una forma cualquiera de terminar

La vida se vive en sí misma,
nos guste o no.
La esperanza le pertenece a la vida,
es la misma vida defendiéndose.
Julio Cortázar,
Rayuela

Sobre las hojas y la velocidad de la tinta tendría mucho que decir, que escribir. Sobre el futuro de esta novela, que tuvo su principio y su final antes incluso de ser iniciada, también.

Y es que debo de confesar, aquí, en este lugar, en esta frase, en esta especie de epílogo que tan solo es una forma de terminar, como podría serlo cualquier otra, que la escribí enamorada.

Sí, enamorada. Y eso, por mucho que una no lo quiera reconocer, siempre cambia las perspectivas de las cosas y las palabras. Las cambia y las complica. A veces, las mejora. Otras solo las confunde.

Enamorada. ¡Qué palabra más experimental, más momentánea, más necesaria! Todos deberíamos estar enamorados, continuamente enamorados, sufrir su conmoción, su vértigo, su condición animal en los poros de la piel, cada día.

Nunca había estado enamorada, no al menos de una mujer; de una niña sí, lo confieso, de mi hija me enamoré desde que la vi apoyada sobre mi pecho al nacer, pero supongo que ese amor no cuenta, ¿verdad?

Quizá tampoco este.

Se llamaba Irène. Y nuestra relación comenzó con un «baile», un baile que nunca llegó a ser. Vibré con aquel baile inexistente.

Después llegó el resto, la espera, la extrañeza, los escombros, la intensidad, el deseo, el mar en medio, el infierno y aquella vida.

¡Qué vida!, me sedujo su vida. Mala, terrible, buena, inmensa, feroz. Sus momentos fugaces, su palabra tras otra, ¿un amor real?, una pregunta ilusoria, qué amor de verdad no lo es.

Al iniciar la escritura de esta novela, probé con diferentes enfoques narrativos y miradas —siempre me ha gustado

experimentar, contemplar desde fuera y desde dentro, desde las propias entrañas del ser, desde el pasado y el presente—, pero ninguna versión me convencía lo suficiente. Y los meses fueron pasando. La novela avanzaba, sí, pero a golpe de personajes y escenarios. Y aquello no era bastante. No al menos para mí, me faltaba algo, y no sabía qué era, había demasiado ruido alrededor mío, también altura. Deseaba acallar las voces. Buscar, encontrar. Anhelaba una palabra, solo una, pero rotunda, que sobresaliera sobre las demás, que tomara las riendas y marcara nuestro camino, el tuyo, Irène, y el mío. Necesitaba un hilo conductor que me saciara.

Tenía sed. Vértigo.

Visualizaba los escenarios, vivía cada emoción antes que las palabras, antes que el relato. Me atropellaban. Seguía a los personajes, los alcanzaba, los acompañaba, se me escapaban, los esperaba de nuevo. La espera fue larga. Pero un día, sintiendo que el amor no se me pasaba, que no me apaciguaba, lo vi claro. Muy claro. Me transformé. Y comencé a hilar, a rellenar los huecos y los meses. Fue así como tú, Irène, te convertiste en mi desvelo, en la razón de mi intimidad, en mi ficción y realidad. Tu piel era inseparable de la mía.

Ceguera, eso sentí, y una gran obsesión, era capaz de reconocerte en cada una de sus frases, y cuando miraba tu rostro sobre mi escritorio, parecía como si me hablases, como si de verdad me estuvieras contando tu historia. A veces guardabas silencio o te perdías en una nostalgia enfermiza. ¿O era yo?, ¿quién almacenaba realmente aquellas largas afonías?

Miedo. También tuve mucho miedo. Me parecía imposible hablar de ti sin pedirte permiso, entrometerme en tu vida, deshacerme en tu voz, sentir el corazón que te desbordaba. Ser tú sin serlo, dejándome un respiro, algo de identidad, un espacio reducido, un espejismo quizá. Poner un tú, un nombre propio, Irène, y después sentir mi yo. Decidir. Elegir. Narrar.

Desde la narrativa hubo momentos críticos, instantes de duda máxima, en los que no sabía cómo alcanzarte. ¿Podía enfrentarme a un gigante?, ¿a un genio?, ¿yo?, ¿estaría a la altura? Me quedé pensando en ello durante días. Y fue entonces cuando tomé mi primera decisión importante: debía alejarme del personaje, darme un respiro, un tiempo, como en las relaciones íntimas, esas que el corazón te dice que valen la pena, pero que de pronto descubres que no sabes cómo hacerlas funcionar, han perdido el horizonte, se han vuelto ciegas.

Y eso hice. Esperar. Respirar hondo. Guardarte en un cajón.

Me sedujeron otras tramas, otros personajes, otros colores y escenarios, otros públicos, pero tú siempre estabas ahí. Me mirabas de reojo, me ofrecías tu sonrisa. Y yo suspiraba y pronunciaba tu nombre: ¡Irène!

Cuando mi boca te nombraba, tus ojos ardían, me invitaban, me cautivaban.

Seguíamos enamoradas, y eso era muy grande. También extraño.

Sin embargo, atesoré aquel sentimiento como una joya y me lo guardé. Y un día me di cuenta de que podía reconstruir tu corazón, y que haciéndolo hacia fuera, lejos de mí, el mundo se ensanchaba, se convertía en espectáculo, en literatura.

Los que han sufrido de verdad pueden llegar a ocupar del todo nuestra historia y yo había acumulado material durante casi dos años, frases, párrafos enteros, hojas, hojas que completaban cuadernos, cuadernos que atesoraban vidas, vidas reales y otras envueltas en ficción, la mía propia, pero por mucho que quisiera, no terminaba de conocer toda la verdad. ¿Me hacía falta?, me preguntaba.

Información histórica tenía, y una enorme ambición por llenarme la piel de sol y no equivocarme. Tenía esperanza en ti, mi querida Irène, y en los personajes que te rodeaban, en la trama, en los distintos escenarios que yo misma contemplé. Y tenía, lo más importante, amor, ¿acaso no era suficiente un amor consumido y melancólico, un amor que buscaba contemplar ya el final y darle un cuerpo definitivo a tu historia-vida?

Mi mente no callaba, fue tenaz de principio a fin. Y por el camino acumulé multitud de libros sobre el lado derecho de mi escritorio. Todos sobre ti, o escritos por ti, o sobre temas relacionados contigo, con Francia, con la Segunda Guerra Mundial, la época en la que viviste.

Mi estudio fue testigo de grandes duelos.

Recordé cada emoción, lo que había sentido, e intenté transcribirlo. Imaginé la última luz de tu cuerpo al apagarse y el brillo de tus ojos velados por la tristeza de un adiós solitario; imaginé tu cuerpo tenso, tu mirada aterrada, un tiempo antes, al ser detenida, y más si cabe, al despedirte de los tuyos, de tus hijas, Denise y Babet. Babet, como a ti te gustaba llamar a tu pequeña Elisabeth, una mujer valiente que después escribiría una larga biografía sobre ti, y que fue uno de mis más cercanos pilares. Y de Michel, tu marido. ¡Cuánto amaste a aquel hombre, Irène!

Pude vislumbrarte, vestir tus manos finas, delicadas, manchadas

siempre de tinta —no fue difícil imaginarlas, teníamos el mismo oficio y las mismas manchas—, verlas escribir, y también después, cuando ya todo estaba perdido, hacer garabatos sobre la nada, el aire, gestos aprendidos, como los pianistas que mueven las manos libres sobre una mesa ausente de notas blancas, ausente de notas negras.

No me fue difícil describir el paisaje que tú veías, la soledad y el abandono que sentiste, el hacinamiento humano que te tocó de cerca, la tristeza de tu rostro, el desarraigo, la enfermedad, el hambre cortante. Todas las emociones estaban ahí, en mi centro, en mi estómago. Y te escribí compulsivamente, con ese amor turbado e inquieto que ocupa la mente de una enamorada; te escribí como si no existiera nadie más en el mundo, nadie a mi alrededor, solo tú.

Y cuando intentaba volver en mí, después de cada jornada, casi no podía reconocerme, te tenía muy adentro.

En las palabras que enlacé había un telón aterciopelado, pesado y un gran fondo, un fondo donde cabía casi todo. Descorrí el telar, indagué en la veracidad de la historia y después me desvié hacia la ficción. Encontré muchos interrogantes pero ya no había marcha atrás. Tenía un enorme deseo de contar, de sacar a la luz el recelo de un mal sueño, y la propia demencia de la humanidad que parece que nunca tiene fin y se conforma una y otra vez. Hay locuras que se repiten y finales que lo estropean todo. Siempre he creído que las palabras son el auténtico y único vehículo de la memoria. Son una prueba constante del regreso. Un intento de supervivencia, propia, ajena, y a veces, necesariamente colectiva. Y yo me he sentido en la obligación de dar fe. Darte fe. Y fue ese sentimiento lo que me llevó de viaje. Y el destino no pudo ser otro que Francia, tu Francia, mi querida Irène. Cuando me acerqué hasta aquel pequeño pueblo francés cercano a Lyon llamado Issy-l'Evêque, donde te refugiaste junto a tu familia a pasar la guerra, solo encontré un amargo y romántico escenario rural. Lo recorrí con tus ojos, Irène, me paseé vestida con tu piel, miré de frente el hogar que te vio llegar, cobijarte, y también partir hacia la muerte; claro que tú entonces no sabías que te ibas, al montar en aquel transporte, ya un poco muriendo de verdad. O quizá sí lo supieras.

Hoy, mi querida Irène, tu nombre está escrito en la plaza, en una pequeña placa que habla de ti y de *Suite francesa* y también del Premio *Renaudot* que te otorgaron en el 2004 por tu última obra, aquella que estabas escribiendo antes de ser deportada, aquella que suponía la narración de un pedacito de nuestra historia europea, la historia de Francia, los judíos y una ocupación alemana. En esa

plaza hay una rotonda, no sé si te gustaría, pero también ese mínimo círculo habla de ti. Cuenta cosas, salvaguarda tu existencia, un castillo de naipes, un continuo huir en busca de algo de amor, de conciliación. Hay algunos que lo llaman el arte de la adaptación. Y puede que tengan razón, que sea acertado el nombre; creo que a ti te gustaría, refleja tu historia: un anhelo de patria, de pertenencia, de pasión, la ambición de abrirse caminos, de contarlos, de ser público e intelectual al mismo tiempo, de codearse con la élite, los eruditos, los pintores, la vanguardia de la época, música, teatro, letras. Tu historia es la historia de cada judío, una lucha contra la estrechez de miras y los prejuicios. ¿Judía?, ¿qué significaba ser judía?, ¿una especie de maldición?, eso me preguntabas y tus ojos ardían sobre mi escritorio y me invitaban a responderte, a narrar sobre el papel, sobre el teclado. A través de tus ojos, querida Irène, he sentido el dolor solitario de la guerra como un disparo a bocajarro; el silencio agrio que restó en tu casa, abandonada con la celeridad de los vivos, de los urgentes —a veces un minuto puede suponer la diferencia entre la vida y la muerte—. He recorrido las mismas calles empedradas que tus pies pisaron, las calles que callaron durante años. Todavía hoy lo hacen. Eso, callar. Sí, lo hacen. Y a veces inventan heroicidades. Resistencias y pura ficción.

El paisaje, sus gentes, las buenas y las malas, las cínicas, las insensibles, las indiferentes, las lúcidas, las valientes, las miedosas, las derrotadas de antemano, las que amaban, las que odiaban, las borrachas, las que resistieron, las colaboracionistas, todas ellas han ido pasando por estas páginas. Una Francia de personajes, vencida, apática, nublada. Una Francia amada. Algunos no supieron hacerlo. Y a nadie le gusta ser recordado como un traidor, un delator, o peor, como el descendiente de un intrigante. Otros sí. Otros lo arriesgaron todo y se avergonzaron del nazismo y de su locura, y se jugaron la vida por unos desconocidos, por recuperar la patria y el sentido de la fraternidad y la igualdad de la que hacía gala el pueblo francés, y sigue haciendo, su bandera y República. Es la historia de los pueblos y sus gentes, enraizadas con la guerra, la sangre y el amor.

Entre líneas, entre la realidad y la ficción, dibujé una guerra, una guerra que nunca debió existir, pero lo hizo bajo el manto del exterminio y de millones de muertos. Una guerra que cubrió de cenizas, de ruinas y escombros, los campos y el aire puro. También las emociones. Ese es el misterio de la guerra. La fiesta de la muerte, y los recuerdos que siempre quedan después. Las hijas de Irène Némirovsky, Denise y Elisabeth, fueron ese recuerdo, esos

testigos, la muerte pegada al costado durante una vida entera, el destino y la fuerza. Fueron supervivencia y futuro. Y letras, eso también.

Cuando comencé a escribir esta novela las hijas de Irène no hacía mucho tiempo que habían fallecido. No pude inmiscuirme en sus vidas ni convertirlas en un pozo de preguntas. ¡Tenía tantas por hacerles! Pero quizá fuese mejor así. A veces la ficción es la mejor de las realidades. La única. Es capaz de transformar la noche en día, la muerte en vida, lo mínimo en la gran Historia del alma. Y todos sabemos que el alma no enmudece. No puede. No sabe hacerlo.

Me quedé con tus libros, con los testimonios que encontré, con los paisajes que viviste, que vivieron tus hijas, con Julie, ese personaje que apareció de pronto, de la nada, del resultado de una carta, y orquestó la vida que vino después, canalizó las emociones y la huida. También mi ficción. Esta novela tiene un final abierto. Un final sin eternidades, ni glorias. Un final ya escrito.

Irène Némirovsky me enamoró con su obra, y después lo hizo con su vida, y esa fue la razón de que siguiera sus pasos hasta aquí. Un trabajo que concluye hoy, ahora. Agradezco cada uno de sus días, los claroscuros y el devenir de esta familia. He llegado a quererles. Y de alguna manera forman parte de mí. Su compañía ha sido un regalo.

Dicen que se ha escrito mucho sobre la Segunda Guerra Mundial, y yo digo y afirmo que, ¡nunca será suficiente! La población hebrea francesa, durante la guerra, perdió a cerca de noventa mil judíos franceses. Fue un auténtico genocidio amparado en una rendición y la posterior colaboración necesaria del gobierno antisemita de Vichy. Hoy por hoy, continúa siendo uno de los escándalos más polémicos que ha vivido la historia de Francia, quizá, y sobre todo porque sus pueblos no fueron capaces de entender ni perdonar que los propios franceses hubieran sido los verdugos de aquellas pobres gentes.

Setenta años después de su prohibición, a principios del año 2016, la biblia nazi, como se bautizó al libro que escribió Hitler antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, *Mein Hampf*, traducido a nuestra lengua como *La lucha*, volvió a las librerías de todo el mundo generando con ello una gran polémica. En tan solo un año se convirtió en un *bestseller*.

Quisiera aclarar que esta novela es una versión muy personal de lo que ocurrió, y que como tal, está repleta, dentro de un marco real, de invención. Las cartas que Michel escribió a Irène y, que dan origen al título de la novela, en realidad no existieron. Tampoco

algunos personajes que acompañan a las protagonistas. Cualquier incorrección histórica o de pensamiento solo podría ser mía, pero no podía dejar pasar la oportunidad de darle voz a esta gran escritora olvidada durante años.

Recuperarla ha sido mi única mi obsesión. Y amarla, también amarla.

Mi querida Irène, ¡seguimos en pie!

Siempre tuya,
Clara

Todo puede transformarse en literatura,
la noche y el día, la vida y la muerte,
o incluso aquello que ya ha sido contado de mil formas diferentes.
Esa es la grandeza de las letras, su metamorfosis, la identidad.
Ser capaz de convertir lo mínimo en grande,
la Historia en alma.
El alma no enmudece. Todavía.
Ese, ese es el gran misterio de la guerra.
Clara Fuertes

Agradecimientos

Hoy, al terminar de corregir esta novela, al mirarla de frente y echar la vista atrás, al saber que en unos días ya no me pertenecerá, mi corazón necesita, me pide a gritos en realidad, agradecer toda su magia.

¡Ojalá os haya gustado!

A toda la gente buena que me encontré de una manera inesperada en aquel viaje por Francia, ¡gracias!

Gracias por abrirme los ojos, por enseñarme más, por todo vuestro cariño, por aquella limonada en compañía.

Gracias por esta larguísima espera, ha sido eterna, lo sé; gracias por haber hecho realidad esa ruta literaria de la vida de Irène que, de un modo casi natural, os propuse un día de verano de hace ya algunos años, y en definitiva, gracias por conseguir que amara esta historia incluso más que cuando llegué a perderme en ella.

Mi querida Solange, ¡cómo olvidar tu generosidad y aquella comida improvisada en medio del campo! ¡Y a ti Elodie Goldstein, mi bibliotecaria favorita, mis ojos por las calles de Issy durante este tiempo. Imposible no nombrarte. O a Elisabetn Kulik que me aportó datos y sus propios recuerdos. Junto a vosotras el mundo se hizo más grande, más amable, más real.

A mis hijos, Adriana y Samuel, amparo y raíces. Ruido y calma al mismo tiempo. El discreto encanto de creer. Sois mi paisaje. Gracias por dejarme vivir en vosotros. Este momento nos pertenece un poco a todos, ¿verdad?

A Miguel, gracias por regalarme esta cueva donde me pierdo durante horas, por cederme tu tiempo para escribir. Gracias por escuchar cada historia en la que creo, por creer tú también que yo, que tú, que los dos seguimos siendo uno, todavía, ojalá siempre. Gracias por leerme, tus ojos llenan de aire mis historias y de comas, ja, ja, ja.

Gracias a todas esas mujeres que me ayudan a diario, a Anes que me corrige con todo el rigor y el cariño del mundo, a Alexia por sus preciosas portadas, a Lourdes que lee cada una de mis historia antes que nadie. También a la gente que está detrás de este mundo virtual donde me muevo. Mi muro es vuestra casa, sois todos bienvenidos.

Y por último, y porque creo que este lugar lo debe ocupar la

gente más importante, gracias a mis lectores. Siempre, gracias. Sin vosotros, este pequeño paraíso mío no tendría sentido.

¿Quieres conocer un poco más a la autora?
¿Sabías que su color favorito es el amarillo?

Clara Fuertes nació en el corazón de Castilla y León, en una villa llamada Aranda de Duero (Burgos) y en un año decisivo, 1975.

Pasó su infancia y parte de su adolescencia en una ciudad que ama, Valladolid. Sin embargo, su alma siempre fue aragonesa y *Agua de Limón*, su primera novela, sabe muy bien por qué.

Después de cursar estudios universitarios, enamorarse de verdad, ser madre dos veces y trabajar en la docencia, la escritura se convirtió en su vida, en su lugar favorito del mundo.

Hay momentos en la vida de una mujer, en los que una se mira, se detiene y se descubre por primera vez. Tu propio encuentro es algo increíble, y te das cuenta de que todas las experiencias y conocimientos adquiridos a lo largo de los años han tenido un único y verdadero fin, escribir.

Viajera incansable, amante del arte, la lectura y el cine.

Su palabra escrita es denuncia (*Otoño desde mi ventana, ¡Háblale!…. A quien comprenda tus palabras*).

Su palabra es esencia, amor, crítica, biografía, desvelo, historia (*Agua de Limón, El gran dragón negro, Mi querida Irène*).

Su palabra es viaje, compromiso (*Luz de Abril*).

Su palabra es infancia, familia (*La estela de Lidia, y otros cuentos ilustrados en verso*).

¡Su palabra está hecha de mujeres!

Descúbrela en sus redes sociales:
En Facebook: @ClaraFuertesEscritora
En Twitter: fuertes_clara

En Instagram: fuertes_clara
Y en su página de autor en Amazon: http://amzn. to/2qp5vgU